HERÓDOTO

HISTORIA

LIBRO VIII

URANIA

EDITORIAL GREDOS

HERÓDOTO

HISTORIA

Libro VIII URANIA

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
CARLOS SCHRADER



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 130

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por BEATRIZ CABELLOS ÁLVAREZ.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1989.

Depósito Legal: M. 31919-1989.

ISBN 84-249-1399-X.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1989. — 6280.

LIBRO OCTAVO

URANIA

SINOPSIS

SEGUNDA GUERRA MÉDICA: FIN DE LAS OPERACIONES MILITARES DEL AÑO 480/479 A. C. (1-144).

Batalla naval de Artemisio (1-25).
- Enumeración de los efectivos griegos. La cuestión del generalato (1-3).
- Intervención de Temístocles para evitar la retirada de la flota griega (4-5).
- Maniobra envolvente de la escuadra persa mediante el envío de un contingente a circunnavegar Eubea (6-7).
- Escilias de Escione informa a los griegos del plan persa (8).
- Primer enfrentamiento naval, con victoria griega (9-11).
- Violenta tempestad que destruye el contingente persa destacado para rodear a los griegos (12-13).
- Segundo enfrentamiento naval, con victoria griega (14).
- Tercer enfrentamiento naval, que termina con resultado indeciso (15-17).
- Retirada de la flota griega, informada del triunfo persa en las Termópilas. Artimaña de Temístocles para intentar conseguir que jonios y carios abandonen a Jerjes (18-22).
- La flota persa alcanza Eubea (23).
- Jerjes exhibe los cadáveres de los griegos caídos en las Termópilas, ocultando a la flota la magnitud de sus propias bajas (24-25).

Avance persa por Grecia Central (26-39).
- Nuevo ejemplo del talante de los griegos (26).
- Excurso sobre la ancestral enemistad entre tesalios y focenses (27-30).
- Los persas conquistan Dóride y Fócide, penetrando en Beocia (31-34).
- Delfos se salva milagrosamente del ataque persa (35-39).

La flota griega fondea en Salamina (40).

Evacuación del Ática (41).
Enumeración de las fuerzas navales griegas, con datos étnicos sobre los diversos contingentes (42-48).
Los generales griegos celebran consejo, decidiendo, inicialmente, abandonar Salamina y dirigirse al Istmo de Corinto (49).
Jerjes ocupa Atenas, donde sólo la Acrópolis resiste por un tiempo (50-55).
Pánico en la flota griega (56).
Temístocles, a instancias de Mnesífilo, persuade a Euribíades para que convoque una nueva reunión de los generales griegos (57-58).
Pese a la oposición de Adimanto, Temístocles convence a los aliados para librar batalla naval en aguas de Salamina (59-63).
Batalla de Salamina (64-96).
- Antecedentes inmediatos de la batalla (64-82).
  - Los griegos se encomiendan a los dioses (64).
  - Prodigio, favorable a los helenos, acaecido en Eleusis (65).
  - La flota persa llega a Falero (66).
  - Jerjes celebra consejo con sus almirantes y, pese a la oposición de Artemisia, decide presentar batalla en Salamina (67-69).
  - Primeros movimientos de la flota persa (70).
  - Los peloponesios fortifican el Istmo de Corinto ante un posible ataque del ejército persa (71-73).
    - Digresión etnológica sobre el Peloponeso (73).
  - Descontento entre parte de la flota griega por la decisión de librar batalla en Salamina (74).
  - Estratagema de Temístocles para evitar que la flota aliada se retire al Istmo (75).
  - La flota persa inicia una maniobra envolvente y ocupa Psitalea (76).
  - Oráculo de Bacis favorable a los helenos (77).
  - Aristides informa a los generales griegos de la maniobra persa (78-82).
- Desarrollo de la batalla (83-96).
  - Temístocles arenga a las dotaciones (83).
  - Maniobra griega para romper la formación enemiga (84).
  - Bravo comportamiento de los jonios (85).
  - Victoria griega (86).
  - Artemisia sobrevive al acoso adversario (87-88).
  - Desorden entre las naves persas (89).
  - Calumnias de los fenicios contra los jonios (90).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
3, 1	μέγα πεποιημένοι	μέγα τε ποιεύμενοι (con. Stein)
15, 1	τὰς αὐτὰς ταύτας ἡμέρας	τὰς αὐτὰς [ταύτας] ἡμέρας (secl. Stein)
24, 2	τὴν τάξιν [καὶ] ἐλθόντα	τὴν τάξιν καὶ ἐλθόντα (A B C P)
25, 2	ἐφαίνοντο νεκροὶ κείμενοι	ἐφαίνοντο [νεκροὶ] κείμενοι (secl. Stein)
32, 2	πεδίου οἰκεομένην	πεδίου οἰκημένην (con. Stein)
36, 1	θεός σφεας	θεός σφεα (con. Stein)
41, 3	αὕτη δ' ἡ	αὕτη δὴ ἡ (con. Stein)
53, 1	τις ἔσοδος	τις ἔξοδος (con. Gomperz. Vide quae ad versionem adnotavi)
60, γ	ἐθέλει γίνεσθαι	ἐθέλει ⟨εὖ⟩ γίνεσθαι (add. Krüger)
63	τοὺς 'Αθηναίους [ἀνεδιδάσκετο]	τούς 'Αθηναίους ἀνεδιδάσκετο
67, 2	ὁ Σιδώνιος [βασιλεὺς]	ὁ Σιδώνιος βασιλεύς
68 α, 1	τὴν δὲ ἐοῦσαν	τήν γε ἐοῦσαν (con. Legrand)
68 β, 1	πρὸς γῇ μένων	πρὸς γῇ, μένων (interpunxit Powell)
70, 1	παρήγγελλε ἀναπλέειν	παρηγγέλθη ἀναπλέειν (con. Legrand)

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
77, 1	ἀνά πάντα πιθέσθαι	ἀνὰ πάντα πίεσθαι (con. Düntzer. Vide quae ad versionem adnotavi)
81	μόγις ἐκπλῶσαι	μόγις διεκπλῶσαι (con. Naber. Vide quae ad versionem adnotavi)
83, 1	ἠώς τε διέφαινε	ἠώς τε δὴ διέφαινε (con. Wesseling coll. VII 217, 1)
90, 2	ἅτε δὴ ἐόντες	ἅτε δὲ ἐόντες (P marg.)
95	ἐς τὴν Ψυττάλειαν νῆσον ἀπέβησε	ἐς τὴν Ψυττάλειαν [νῆσον] ἀπέβησε (secl. Cobet)
99, 1	ἦσαν ἐν θυσίῃσί τε	ἦσαν ἐν θαλίῃσί τε (con. Valckenaer coll. III 27. Vide quae ad versionem adnotavi)
100, 1	προσέφερε τὸν λόγον	προσέφερέ ⟨οἱ⟩ τὸν λόγον (add. Stein)
100, 2	ἐκ τῆς ἠπείρου τῆσδε	ἐκ τῆς ἠπείρου τῆσδε ⟨οὐδεί⟩ (add. Powell)
113, 1	ἀνωρίη εἶναι	ἀνωρίην εἶναι (P R S V D²)
120	πρῶτον ἐλύσατο	πρῶτον ⟨αὐτοῦ⟩ ἐλύσατο (add. van Herwerden)
123, 2	οἱ στρατηγοὶ διέφερον	οἱ στρατηγοὶ ἔφερον (*cf.* Vide quae ad versionem italicam adnotavit Masaracchia)
123, 2	κρίνοντες ἐκ πάντων	κρινέοντες ἐκ πάντων (con. van Herwerden)
126, 2	οὐδέν κω κατεπείγων αὐτός	οὐδὲν κω κατεπείγοντος (codd. pl.)
138, 1	ποιήσειε ὁ παῖς	ποιήσειε [ὁ παῖς] (secl. Stein)
140 β, 3	ἐξαίρετον μεταίχμιόν τε	ἐξαίρετόν τι μεταίχμιον (con. Aldus)
142, 2	οὔτε γε ἄλλοισι Ἑλλήνων	οὔτε [γε] ἄλλοισι Ἑλλήνων (om. D R S V)
144, 1	οὔτε χώρη κάλλεϊ	οὔτε χώρη ⟨οὕτω⟩ κάλλεϊ (add. Legrand)

Batalla naval de Artemisio. Enumeración de los efectivos griegos. La cuestión del generalato

Los griegos [1] que integraban la flota 1 eran los siguientes [2]: ante todo, los atenienses, que aportaban ciento veintisiete naves [3] (pese a su inexperiencia marinera, los plateos [4], haciendo gala de su valor y de su entusiasmo, figuraban entre las dotaciones de los navíos atenienses). Los corintios, por su parte, aportaban cuarenta naves, y los megareos, veinte.

---

[1] El texto griego, en realidad, dice: «Por otro lado, los griegos...», ya que, entre los libros VII y VIII, no había, originariamente, solución de continuidad (la división de la *Historia* en libros fue obra de la filología alejandrina y aparece atestiguada por vez primera en la *Crónica de Lindos,* II c, 38 [cf. C. Blinkenberg, *Lindos. II. Inscriptions,* Berlín-Copenhague, 1941, pág. 173], y en Diodoro, XI 37, 6). No obstante, como el comienzo de este libro no guarda relación temática con el capítulo que cierra el libro VII, hay que suponer que se ha perdido el texto que servía de transición entre VII 239 y este capítulo, o que el final del libro VII es una interpolacion (cf., *supra,* nota VII 1099; y R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books,* I, Nueva York, 1973 [= Londres, 1908], pág. 357).

[2] Heródoto, que va a pasar a narrar los enfrentamientos navales en las inmediaciones de Artemisio (sobre la topografía de la zona, cf. VII 176, 1, y notas *ad locum*), utiliza una convención literaria propia de la épica, según la cual el relato de una batalla viene precedido por el 'catálogo' de las fuerzas combatientes; en este caso enumera sólo las griegas, ya que de los efectivos persas ya ha hablado en VII 89-96. También es destacable el hecho de que, pese a la absoluta relación existente entre las operaciones militares desarrolladas en las Termópilas y el Artemisio (cf. nota VII 856), el historiador, al igual que ocurre en el *epos* (cf. T. Krischer, *Formale Konventionen der homerischen Epik,* Munich, 1971, págs. 91 y sigs.), no las temporaliza simultáneamente.

2 Los calcideos también equipaban veinte (quienes les facilitaban las naves eran los atenienses [5]); los eginetas, dieciocho; los sicionios, doce; los lacedemonios, diez; los epidaurios, ocho; los eretrieos, siete; los trecenios, cinco; los estireos, dos; y los de Ceos, dos trirremes y dos penteconteros. Además, los locros opuntios acudieron en su ayuda con siete penteconteros [6].

---

[3] Las fuerzas griegas son enumeradas en orden decreciente de acuerdo con su potencial (a diferencia, por ejemplo, de lo que ocurre con la descripción de la flota jonia en Lade [cf. VI 8], donde se adopta un criterio posicional, o de la flota aliada en Salamina [cf. VIII 43 y sigs.], donde el historiador se atiene a un orden geográfico). El poderío naval ateniense, muy superior al de cualquier otro Estado griego, había tenido como origen la proposición de Temístocles, citada en VII 144, de emplear la plata de las minas de Laureo para la construcción de doscientos trirremes (dicha cifra de navíos atenienses debió de ser utilizada en las operaciones de Artemisio: a los ciento veintisiete aquí aludidos hay que sumar los veinte prestados a los calcideos y los cincuenta y tres [cf. VIII 14] que montaban guardia en el Euripo). Cf. J. Labarbe, *La loi navale de Thémistocle,* París, 1957, págs. 61 y sigs.

[4] Dada la afirmación de Heródoto, es presumible que los plateos figuraran en los navíos atenienses en calidad de *epibátai;* es decir, de soldados de cubierta (lo habitual, en la táctica naval de la época, era atacar a un navío adversario con el espolón de proa, para, acto seguido —si el navío embestido no se hundía rápidamente—, abordarlo con los *epibátai).* Sobre las relaciones de amistad entre Atenas y Platea, puestas ya de relieve con ocasión de la batalla de Maratón, cf. VI 108, y nota VI 539.

[5] Es posible que esos calcideos fueran los *clerucos* (cf. nota V 365) atenienses instalados en Calcis (cf. V 77; VI 100, 1), que ascendían a unos cuatro mil, ya que la dotación de un trirreme se componía de doscientos hombres, de los que ciento setenta eran remeros. Cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece,* Oxford, 1963, pág. 156.

[6] En ayuda de la flota aliada, se entiende, y no de los de Ceos. Sobre las características y diferencias entre los trirremes y los penteconteros, cf. notas VII 145 y 218. Corinto, tras Atenas y Egina, constituía por estas fechas la tercera potencia naval de Grecia (cf. Ed. Will, *Korinthiaka,* París, 1955, págs. 653 y sigs.), de ahí el importante contingente que

Estas eran, en definitiva, las fuerzas presentes en Artemisio [7] (ya he indicado la cantidad de naves que aporta- 2

aportaba. Puede resultar sorprendente el escaso número de naves suministrado por Egina, teniendo en cuenta el poderío marítimo de la isla (cf. nota V 383), pero posiblemente el grueso de la flota egineta se hallaba por entonces protegiendo sus propias costas (cf., no obstante, C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 157). Sición se encontraba en el Peloponeso nororiental, próxima al Golfo de Corinto, y formaba parte de la Liga Peloponesia desde el año 510 a. C., aproximadamente, fecha en que fue depuesto el último de los Ortagóridas (cf. *Papiro Rylands* 18 = F. Jacoby, *Die Fragmente der griech. Historiker* [= *Fr. Gr. Hist.*], Berlín-Leiden, 1922-1958, 105, fr. 1). Las naves lacedemonias debían de estar tripuladas por periecos (cf. nota VII 1087), siendo espartiatas (cf. nota VII 513) los oficiales y los *epibátai*. La presencia de siete trirremes de Eretria (localidad occidental de Eubea) implica que no fue esclavizada toda la población con ocasión de la Primera Guerra Médica (cf., *supra,* VI 101, 3; 119), o que la ciudad había concedido la ciudadanía a extranjeros para paliar su déficit de población (cf. F. Grosso, «Gli eretriesi deportati in Persia», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 86 [1958], páginas 350 y sigs.). Epidauro estaba situada en la Argólide, a orillas del golfo Sarónico; y Trecén se hallaba a unos 20 km. al SE. de Epidauro, también a orillas del golfo Sarónico. Estira era una localidad emplazada en la costa Oeste de Eubea, en la zona suroccidental de la isla. Ceos es la más occidental de las Cícladas, distante unos 15 km. de la costa sudoriental del Ática (tanto Estira como Ceos fueron tributarias de Atenas en la Liga delo-ática; cf. G. F. Hill, *Sources for Greek History* (revisado por R. Meiggs y A. Andrewes), Oxford, 1962, págs. 422-423). Sobre los locros opuntios, que ocupaban la costa meridional del Golfo de Eubea, al E. de las Termópilas, cf. nota VII 626.

[7] La flota griega debía de estar fondeada en la actual bahía de Pevki, a unos 10 km. al oeste del cabo Artemisio propiamente dicho (cf. Plutarco, *Temístocles* 8, 3-6). La razón de que los efectivos navales aliados se apostasen tan lejos de las Termópilas (unas 40 millas náuticas), cuando podían haberse internado aguas adentro del canal de Oreo, se debía a que había que evitar a toda costa un desembarco enemigo en el norte de Eubea, ya que ello hubiera permitido a los persas cortar la retirada de la escuadra griega, bloqueando el Estrecho del Euripo (que, a la altura de Calcis, sólo tiene unos 30 m. de anchura), y, por otra parte, hubiesen

ba cada Estado [8]), siendo el número de los navíos allí reunidos, sin contar los penteconteros, doscientos setenta y
2 uno [9]. Por otra parte, fueron los espartiatas [10] quienes proporcionaron el general que poseía la autoridad suprema (se trataba de Euribíades [11], hijo de Euriclides), pues los aliados habían manifestado que, si los laconios [12] no ejercían el mando, no obedecerían las órdenes de los atenien-

---

podido pasar a la otra orilla y atacar a Leónidas y sus hombres por el Este (cf. G. B. GRUNDY, *The Great Persian War and its Preliminaries*, Londres, 1901, págs. 269-270). El 'catálogo' de las naves griegas se cierra mediante una *Ringkomposition* inclusoria; cf., en general, I. BECK, *Die Ringkomposition bei Herodot und ihre Bedeutung für die Beweistechnik*, Hildesheim, 1971.

[8] Sigo la lectura de los manuscritos, a pesar de que el texto plantea problemas y se han propuesto diversas correcciones. Vid. A. MASARACCHIA, *Erodoto. La battaglia di Salamina. Libro VIII delle Storie*, Verona, 1977, pág. 156.

[9] Las cifras precisas que da el historiador sobre la flota griega deben proceder de documentos oficiales. No se incluyen los penteconteros (cosa que sí hace DIODORO, en XI 12, al atribuir un total de 280 unidades a la flota griega), pues, como navíos de guerra, se habían quedado ya anticuados con respecto a los trirremes. Cf. J. LABARBE, «Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque à l' Artémision et à Salamine», *Bulletin Correspondence Hellénique* 76 (1952), págs. 384 y sigs.

[10] Cf. nota VII 513.

[11] Que desempeñaba el cargo de *navarco* de Esparta —es decir, de jefe de la flota—, magistratura de carácter anual para la que había sido elegido por la *apélla* (la asamblea popular espartiata) para el año 481/480 a. C. Vid. más datos sobre Euribíades en G. STRASBURGER, *Lexikon zur frühgriechischen Geschichte*, Zurich-Munich, 1984, págs. 144-145.

[12] Porque el número más elevado de aliados venía constituido por los miembros de la Liga peloponesia (integrada por Esparta, Corinto, Sición, Mégara, Egina, Epidauro, Trecén, Hermíone, Tirinto, Micenas, Fliunte, Orcómeno, Tegea, Mantinea, Élide y Lépreo), cuya cabeza indiscutible era Esparta; cf. W. G. FORREST, *A History of Sparta, 950-192 B. C.*, Londres, 1968, págs. 85 y sigs. En el texto griego (que dice «si el laconio...») aparece un singular colectivo.

ses, sino que renunciarían a la expedición que iba a organizarse.

Resulta que, en un principio [13], antès incluso de enviar 3
emisarios a Sicilia para conseguir apoyo militar [14], se había hablado [15] de que convendría confiar la dirección de la flota a los atenienses. Pero, ante la disconformidad de los aliados, los atenienses transigieron, porque su principal deseo era que Grecia se salvase [16] y porque comprendían —siendo su apreciación correcta— que, si se producía un altercado a propósito del mando, la Hélade sucumbiría, pues una disensión intestina es peor que una guerra que responda a un común objetivo, de la misma manera que la guerra es peor que la paz [17].

Pues bien, en ese firme convencimiento, transigieron 2
sin oponerse, al menos [18] —como luego demostraron—

[13] Probablemente en la reunión mantenida, en otoño del año 481 a. C., por los delegados de los Estados griegos que iban a oponerse a los persas, en el templo de Posidón, en el Istmo de Corinto (cf. VII 145, 1), donde debieron de aprobarse las líneas maestras de la defensiva griega. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia,* III, 2.ª ed., Gotha, 1904, pág. 654.

[14] Cf., *supra,* VII 157 y sigs.

[15] Del texto griego se infiere que la proposición tuvo un origen ateniense. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 360.

[16] El tema de la generosidad de Atenas, al renunciar al mando de la flota en la Segunda Guerra Médica (medida que Plutarco, *Temístocles* 7, atribuye al estadista ateniense), se convirtió en un *tópos* panegirista en la oratoria ática. Cf. Isócrates, *Panegírico* 72; Licurgo, *Contra Leócrates* 70; Elio Aristides, *Panatenaico* 217; y M. Nouhaud, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques,* París, 1982, pág. 186 y sigs.

[17] La afirmación constituye una sentencia, en la línea de la tradición gnomológica (cf. Teognis 51), y se ha apuntado que Heródoto puede estar parafraseando una expresión hexamétrica (cf. C. Verrall, *Classical Review* 17 [1903], pág. 99).

[18] Sigo la interpretación de A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, págs. 156-157, en contra de la hipótesis de M. Pohlenz (*Herodot, der*

mientras necesitaron imperiosamente a los aliados; de hecho, después de rechazar al Persa —cuando, a partir de entonces, pasaron a luchar por el control de sus dominios [19]—, privaron a los lacedemonios de la hegemonía so pretexto de los excesos de Pausanias [20]. Pero eso ocurrió posteriormente.

---

erste Geschichtsschreiber des Abendlandes, Leipzig, 1937, págs. 150 y sigs.; 170 y sigs.), quien, considerando que Heródoto no podía imputar a los atenienses una actitud egoísta, tras haber hecho alusión a su desinterés sobre el mando, estimaba que en el texto se produce un cambio de sujeto («... [los atenienses] transigieron ... hasta que [los aliados] necesitaron imperiosamente [a los atenienses]»). Aceptando, sin embargo, la traducción propuesta, tenemos una buena prueba de la imparcialidad del historiador (cf. H. Strasburger, «Herodot und das perikleische Athen», *Historia* 4 [1955], pág. 20).

[19] Concretamente, por la zona costera de Asia Menor, a partir del año 478/477 a. C. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* III, página 69; y H. B. Mattingly, «The Growth of Athenian Imperialism», *Historia* 12 (1963), págs. 257 y sigs.

[20] El hecho aludido (aunque Heródoto no creía en las acusaciones espartanas contra la pretendida *hýbris* de Pausanias; cf., *supra,* V 32, y A. Lippold, «Pausanias von Sparta und die Perser», *Rheinisches Museum* 108 [1965], págs. 320 y sigs.) se produjo en primavera del año 477 a instancias de los jonios (cf. Tucídides, I 95-96; Aristóteles, *Constitución Atenas* 23, 5; Diodoro, XI 45); en general, cf. D. Lotze, «Selbstbewusstsein und Machtpolitik. Bemerkungen zur machtpolitischen Interpretation spartanischen Verhaltens in den Jahren 479-477 v. Chr.», *Klio* 52 (1970), págs. 255 y sigs.

Intervención de Temístocles para evitar la retirada de la flota griega

Entretanto, en aquellos momentos, cuando los efectivos griegos que, a la sazón [21], habían acudido hasta Artemisio vieron que, en Áfetas [22], habían atracado numerosas naves, y que todo estaba lleno de soldados, se aterrorizaron (dado que la situación de los bárbaros [23] se les antojaba bien distinta de lo que 4

[21] Traduzco así, de acuerdo con W. W. How, J. Wells (*A commentary on Herodotus*, Oxford, 1928, II, pág. 236), el *kaí* que aparece en el texto griego, aunque también podría traducirse por «de nuevo», aludiendo a la segunda llegada de la flota griega al Artemisio (cf. VII 192, 2), tras haberse guarecido, de la borrasca que se abatió sobre la zona (cf. VII 188, 2), en el Golfo de Edepso, en la zona Norte del canal de Eubea, una acción que Heródoto interpretó erróneamente como una retirada (cf. VII 183, 1); vid., en general, H. Hoerhager, «Zu den Flottenoperationen am Kap Artemision», *Chiron* 3 (1973), págs. 43 y sigs. Sea como fuere, la traducción de *kaí* presenta problemas (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VIII*, París, 1953, pág. 10, nota 3).

[22] Cf. nota VII 928. El que el historiador afirme, en VII 193, 1, que la flota persa penetró en el Golfo de Págasas puede deberse a que consideraba que el canal que separa Magnesia de Eubea, y el Golfo de Págasas, constituían un mismo golfo, o a que fueran los navíos auxiliares persas los que penetraron en el Golfo de Págasas (cf. nota VII 926), ya que, como, en VIII 8, 2, Heródoto dice que Áfetas distaba 80 estadios de Artemisio, si este último lugar puede responder a la bahía de Pevki, Áfetas tenía que estar en la costa Sur de Magnesia, frente a las posiciones griegas (cf., además, VIII 4, 1 y 6, 1, donde se implica que persas y griegos se veían mutuamente). Una posibilidad alternativa —que conciliaría la situación que Heródoto atribuye a Áfetas (en el Golfo de Págasas) con el desarrollo de la batalla— sería suponer que Áfetas era el cuartel general de los almirantes persas, así como el centro de reparaciones de sus naves, mientras que la flota persa se hallaba diseminada por diversos puntos de la costa Sur de Magnesia; cf. A. J. B. Wace, «The Topography of Pelion and Magnesia», *Journal of Hellenic Studies* 26 (1906), pág. 146.

[23] Cf. nota VII 155.

esperaban [24]) y proyectaron huir del Artemisio rumbo a
2 Grecia Central [25]. Entonces los eubeos, al tener conocimiento de lo que proyectaban, rogaron a Euribíades que aguardase cierto tiempo, hasta que ellos pudiesen evacuar a sus hijos y a sus familiares. Pero, en vista de que no lograban persuadirlo, recurrieron a Temístocles, el general de los atenienses, y, mediante el pago de treinta talentos [26],

---

[24] Porque, después de la tormenta que se había abatido sobre los persas en la costa oriental de Magnesia, los griegos estaban «en la creencia de que se iban a encontrar sólo con unas cuantas naves enemigas» (cf. VII 192, 2).

[25] La afirmación del historiador (el texto griego dice literalmente: «hacia el interior de Grecia») no puede responder a la realidad, ya que ello hubiera supuesto abandonar a su suerte a los griegos de las Termópilas. Es posible que, si la flota helena inició una aparente maniobra de retirada, fuera para atraer a los persas a las estrechas zonas del canal de Oreo, donde los navíos persas no habrían podido sacar partido de su mayor número y de su superior capacidad de maniobra (cf. S. Sidebotham, «Herodotus on Artemisium», *Classical World* 75 [1982], págs. 177 y sigs.). O bien, como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 180-181), «Herodotus may be correct in his assertion that the Greeks were much disappointed when they realized how many Persian ships had survived the storm, even though his next statement, that they thereupon contemplated an immediate retreat southwards, is a fabrication, invented to introduce the story that Themistokles was bribed by the Euboians to keep the fleet at Artemision».

[26] Unos 777,5 kg. de plata. Heródoto volverá a hacer alusión a la codicia de Temístocles en VIII 111-112, y la imputación pasó a convertirse en un rasgo etopéyico del político ateniense (cf. Plutarco, *Temístocles* 7; y H. Barth, «Das Verhalten des Themistokles gegenüber den Gelde», *Klio* 43 [1965], págs. 34-36). La historia, sin embargo, debe de ser falsa, tratándose probablemente de una invención surgida en los círculos aristocráticos atenienses, que sentirían escasas simpatías por Temístocles, la máxima figura del 'partido' democrático en Atenas. Cf. M. B. Wallace, «Herodotus and Euboia», *Phoenix* 28 (1974), págs. 22 y sigs.

lo convencieron [27] para que permaneciesen donde estaban y libraran la batalla naval al norte de Eubea [28].

Por su parte, Temístocles consiguió retener a los griegos de la siguiente manera: de la citada suma entregó a Euribíades cinco talentos [29], como si, en realidad, se los diese de su propio peculio.

Una vez que Euribíades quedó convencido por su gesto, como quiera que Adimanto (hijo de Ocito), el general corintio, era el único estratego [30] que se resistía, afirmando que iba a zarpar del Artemisio y que no se quedaría, Temístocles, en esa tesitura, le dijo solemnemente: «Tú, 2

---

[27] O, según otra interpretación que permite el texto, «... adoptaron otra táctica y, mediante el pago de treinta talentos, convencieron a Temístocles, el general de los atenienses, para que...».

[28] Literalmente, «ante Eubea».

[29] Casi 130 kg. de plata (1 talento = 25,92 kg., de acuerdo con el sistema euboico, el empleado en Atenas, tras la reforma atribuida a Solón, para los pesos monetarios). Para las conversiones a nuestro sistema métrico decimal de los pesos y medidas utilizados por el historiador, me atengo, en lo fundamental, a la obra de F. Hultsch, *Griechische und römische Metrologie,* Graz, 1971 (= 1882).

[30] Es decir, el único jefe militar (en este caso de un contingente naval). Adimanto es el mismo personaje citado, en VII 137, 3, como padre de Aristeas (cf. nota VII 656). La versión que da Plutarco (*Temístocles* 7, 5) del soborno difiere significativamente de la de Heródoto (la versión plutarquea proviene del discípulo de Aristóteles Fanias de Ereso; cf. F. Wehrli, *Die Schule des Aristoteles,* 9, Basilea, 2.ª ed., 1969, 9 y sigs.): Temístocles recibe el dinero de un eubeo y se lo entrega a Euribíades (con lo que Temístocles no es el principal encausado en el soborno). Por otra parte, su mayor oponente no es, como aquí, el corintio Adimanto (que reaparecerá en VIII 59 y 61 como el principal opositor a la táctica naval propugnada por Temístocles en Salamina), sino su adversario político Arquiteles, *trierarco* de la nave sagrada ateniense. La fuente de Plutarco, por sus rasgos antiaristocráticos, es, pues, más favorable a Temístocles.

desde luego, no nos vas a abandonar, porque yo te daré más presentes de los que te podría enviar el rey de los medos si abandonaras a los aliados [31]». Y, al tiempo que pronunciaba esas palabras, hizo que llevaran a la nave de
3 Adimanto tres talentos de plata. Ambos, en suma, se dejaron convencer, seducidos por sus regalos, y los eubeos quedaron satisfechos, pero fue Temístocles quien, personalmente, salió ganando, pues, sin que se supiera, tenía en su poder el resto del dinero; es más, quienes recibieron parte de esa suma creían que [el dinero] había llegado, procedente de Atenas, con esa finalidad.

Maniobra envolvente de la escuadra persa, mediante el envío de un contingente a circunnavegar Eubea

6 Así fue, en definitiva, como los griegos se quedaron en Eubea y presentaron batalla naval, que se desarrolló de la siguiente manera: tras haber arribado a Áfetas a primera hora de la tarde [32], los bárbaros, que ya se hallaban informados de antemano de que, en las inmediaciones del Artemisio, montaba guardia un pequeño contingente

[31] Pese a lo que opina Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 11, nota 3), no se trata de una exageración de Temístocles. Hay, sí, una desproporción entre la solemne promesa de Temístocles y la cantidad que le envía a Adimanto (3 talentos = 77,5 kg. de plata), pero con ello se subraya el desprecio de aquel por éste: Jerjes, pese a sus enormes riquezas, le habría dado a Adimanto —que se hubiera dejado sobornar por esa cifra— menos de tres talentos.

[32] La flota persa debió de arribar a Áfetas dieciséis días después de que Jerjes abandonara Terme (cf. VII 183, 2). Y los enfrentamientos navales en la zona del Artemisio no comenzaron el mismo día de la llegada al canal de Eubea de las naves persas, sino dos días después, coincidiendo con el primer ataque de los efectivos de Jerjes a las Termópilas (cf. Apéndice XI al libro VII, y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, páginas 384-385). Como indica A. R. Burn (*Persia and the Greeks: the Defence of the West, c. 546-478 B. C.*, Londres, 1962, nota de la pág. 396), «the

de naves griegas [33], y que en aquellos instantes pudieron divisarlas con sus propios ojos [34], estaban ansiosos por pasar al ataque, para intentar capturarlas.

Ahora bien, consideraban que, en aquellos momentos, no convenía abordarlas frontalmente, pues, en concreto, temían que, si los griegos advertían su maniobra, con- 2

---

discrepancy [entre la cronología de las operaciones del ejército y flota persa] is clearly due to H. having failed to distinguish the days, in his narrative of the sea operations, between the arrival at Aphetai and the first battle at sea. The reorganization ('numbering') after the catastrophe of the storm may well have occupied the whole of D. 17; and the destruction of the detached squadron off the Hollows... must have taken place before the night of DD. 18-19, to give time for news of it to reach the 53 Athenian ships and then for the ships to reach Artemision within the forenoon of D. 19 It *may* even have taken place, as many scholars have thought, in the first storm; and the last échelon of the Athenian reserve fleet, after confirming the reports and perhaps dealing with any survivors who escaped to leeward of Euboia, would then be free to come north».

[33] Pese a que G. Giannelli, *La spedizione di Serse da Terme a Salamina,* Milán, 1924, pág. 15, nota 3, apuntaba que esta observación de Heródoto había que entenderla en el sentido de que, a la llegada de los persas a Áfetas, en la zona de Artemisio sólo se encontraba una avanzadilla griega, ya que el grueso de la flota aliada se había resguardado en el Golfo de Edepso para evitar la tormenta (cf. nota VIII 21), parece indudable (cf. VII 192; VIII 4, 1) que todos los efectivos griegos habían regresado al Artemisio, por lo que las palabras del historiador han de entenderse como su convicción personal de que la flota persa seguía contando con una aplastante superioridad a pesar de las pérdidas sufridas en la costa de Magnesia.

[34] Los persas debieron de obtener informaciones sobre la flota griega de las tripulaciones del navío trecenio y del egineta que habían capturado (cf. VII 179 y sigs.). E, indudablemente, vieron los efectivos griegos mientras navegaban por el canal de Eubea rumbo a Áfetas, a donde los helenos les permitieron arribar porque, para evitarlo, hubieran tenido que combatir en mar abierto, cosa que en absoluto les convenía (cf. nota VII 856).

siguieran darse a la fuga, y que la noche encubriese su retirada —con lo que, indefectiblemente, lograrían escapar—, cuando, según sus palabras, ni siquiera el portador del fuego debía escapar con vida [35].

7 De ahí que, a tal efecto, tomaran las siguientes medidas: del total de la flota escogieron doscientas naves [36]

---

[35] En el ejército espartano (cf. JENOFONTE, *República lacedemonios* 13, 2-3), el 'portador del fuego' (en griego, *pyrphóros*), tenía por misión tomar fuego del altar de Zeus *Agētōr* (= «Caudillo») en el instante en que las tropas abandonaban la ciudad para entrar en campaña, sirviendo ese fuego —que debía permanecer constantemente encendido— para la realización de los sacrificios mientras el ejército estuviese ausente de Lacedemonia. La persona del *pyrphóros* era inviolable, y de ahí la frase transmitida por los paremiógrafos (cf. ZENOBIO, V 34): «no se salvó ni el portador del fuego», para aludir a una destrucción total. Pese a que también es posible que Heródoto esté aludiendo al portador del fuego en el ejército persa, lo más probable es que estos últimos supieran de la existencia del *pyrphóros* en Esparta gracias a las informaciones que, sobre las costumbres de los espartiatas (cf., por ejemplo, *supra,* VII 209), les habría facilitado Demarato.

[36] El envío de estas 200 naves para realizar una maniobra de tenaza contra la flota griega plantea serios problemas de autenticidad. Como ya señaló K. J. BELOCH (*Griechische Geschichte,* II, 2, Estrasburgo, 1916, págs. 87-90), en el consejo de guerra mantenido tras la victoria persa en las Termópilas (es decir, teóricamente tras la pretendida destrucción de este contingente de naves), Aquémenes reconoce (cf. VII 236, 2) que se habían perdido 400 naves, cifra que respondía a las pérdidas sufridas con ocasión de la tormenta desencadenada sobre los navíos persas en la costa de Magnesia (cf. VII 190). Además, los persas podrían haber intentado lograr evitar la posible huida de la flota griega a través del Euripo evolucionando desde Áfetas con su ala derecha, algo que, si no hicieron, quizá se debía a que la superioridad naval persa ya no era tan aplastante. Por eso, G. B. GRUNDY, *The Great Persian War...*, pág. 330, suponía que las 200 naves fueron enviadas a rodear Eubea antes de la tormenta de Magnesia; es decir, durante la travesía de la flota persa de Terme al cabo Sepíade, lo que permitiría admitir que la tormenta que, según Heródoto, destruyó esas 200 naves fue la misma que afectó al grueso

y, a fin de que no pudiesen ser avistadas por el enemigo mientras costeaban Cafareo y doblaban Geresto [37], circunnavegando Eubea, las enviaron a rodear Escíatos por el Norte [38], rumbo al Euripo [39], al objeto de cercar a los grie-

---

de la flota en Magnesia. Como indica A. MASARACCHIA, *Erodoto. Libro VIII...*, págs. 159-160, «è meglio comunque pensare a una tradizione nata in margine ai fatti: o per atribuire ai persiani una manovra di accerchiamento analoga a quella delle Termopili, o per atenuare la differenza tra il numero delle navi atribuito alla flota persiana originaria e il loro numero all' Artemisio».

[37] Los cabos Cafareo y Geresto constituyen, respectivamente, las extremidades sudeste y sudoeste de la isla de Eubea; cf. PLINIO, *Hist. Nat.*, IV 63.

[38] Literalmente «por fuera» (con relación al continente). Sobre Escíatos, cf., *supra*, nota VII 858. Presumiblemente la maniobra persa tuvo que haber sido descubierta por los griegos (que tenían vigías en las alturas de Eubea; cf. VII 192, 1), si las 200 naves partieron cuando dice el historiador (a no ser que los navíos persas pasaran el resto del día en Escíatos y prosiguieran su viaje de noche, algo que no parece probable, pues la navegación entre Escíatos y Pepareto —isla situada al este de aquélla, de la que dista unos 3 km.— es peligrosa). Como de Áfetas a Geresto, incluyendo el rodeo por Escíatos, hay unas 130 millas náuticas (cf. N. G. L. HAMMOND, *A History of Greece*, Oxford, 1959, pág. 232), los persas no habrían podido alcanzar la costa Sur de Eubea cuando Heródoto data su destrucción —la noche que siguió al primer enfrentamiento naval—, ya que la velocidad media de una nave en la Antigüedad (variable, sin embargo, según los vientos y las corrientes; cf. ESCÍLAX, *Periplo* 69, quien consideraba que la media de navegación diaria, contando el día y la noche, era de mil estadios [= 177,5 km.]) era de unos 5 nudos por hora (cf. R. VAN COMPERNOLLE, «La vitesse des voiliers grecs à l'époque classique», *Bulletin Institut Historique Belge de Rome* 30, 1957), por lo que el viaje habría durado más de 26 horas. Y, aun teniendo en cuenta la errónea cronología que Heródoto facilita para las operaciones de la flota persa, el viaje hubiese resultado tan agotador, para las dotaciones de las 200 naves persas, que antes de tres o cuatro días, desde el momento de su partida, no habrían estado en condiciones operativas. En general, cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 386-392.

[39] Cf. nota VII 841.

gos: los navíos llegados por esa ruta les cortarían la retirada, en tanto que ellos se lanzarían en su persecución, hostigándolos [40] de frente.

2 Tras haberse decidido por ese plan, hicieron que las naves encargadas de esa cuestión zarpasen, pues el grueso de la flota no tenía el propósito de atacar a los griegos ese día [41], ni antes de que los expedicionarios estuviesen en condiciones de transmitirles la señal de su llegada [42]. Así pues, enviaron esas naves a rodear Eubea; y, en Áfetas, procedieron al recuento del resto de la flota [43].

---

[40] Traduzco así *epispómenoi*, ya que la forma empleada en griego tiene valor praegnans y designa tanto la idea del ataque frontal con efectivos superiores como la subsiguiente persecución del enemigo que se da a la fuga.

[41] Es decir, el día de la llegada de la flota persa a Áfetas.

[42] Como Eubea se hallaba bajo el control de los griegos, la señal de la llegada del contingente persa al Euripo sólo podría haberse realizado por tierra firme. De ahí que R. W. Macan (*Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 367) considerara que el objetivo de los 200 navíos persas no era el Estrecho del Euripo, sino las Termópilas, a fin de desembarcar al este de la posición de Leónidas y atacar por ambos lados del desfiladero a los griegos allí apostados.

[43] Operación en la que los persas debieron de invertir todo el día siguiente al de su llegada a Áfetas. El objetivo de este segundo recuento de la flota (para el primero, celebrado en Dorisco, cf. VII 89 y sigs.) habría sido establecer un balance de las pérdidas sufridas en la costa magnesia, y quizá proceder a una reorganización de la flota (cf. VIII 67; y H. Hauben, «The chief commanders of the Persian fleet in 480 B. C.», *Ancient Society* 4 [1973], págs. 23 y sigs.). Si admitimos, como cifra aproximada de sus efectivos navales, que los persas contaban en Dorisco con unas 600 naves (cf., *supra*, Apéndice VII al libro VII), a las que se sumarían unos 120 trirremes reclutados en Tracia y las islas adyacentes (cf. VII 185, 1), y aceptamos que las pérdidas en Magnesia afectaron a casi un tercio de la flota, los persas contarían en Áfetas con unas 500 naves.

Escilias de Escione informa a los griegos del plan persa

Entretanto, mientras los persas procedían al recuento de sus naves, se encontraba en su campamento Escilias de Escione [44], a la sazón el mejor buzo del mundo (este personaje, con ocasión del naufragio que se produjo a la altura del Pelión [45], ya había rescatado para los persas numerosos tesoros, aunque, personalmente, se había apropiado de otros muchos), quien, por lo visto, tenía el propósito, desde hacía ya tiempo, de pasarse a los griegos, pero resulta que, hasta aquel momento, le había sido imposible. 8

Pues bien, no puedo indicar con exactitud cómo acabó 2
llegando finalmente al bando griego, pero me pregunto, lleno de perplejidad, si lo que se cuenta es cierto, porque, según dicen, se zambulló en el mar en Áfetas y no emergió hasta que llegó al Artemisio, tras haber recorrido bajo el agua los ochenta estadios [46], poco más o menos, que hay de distancia. Con respecto a ese sujeto, se cuentan, asi- 3
mismo, otras hazañas que parecen falsas, y algunas que son ciertas [47]; acerca de este episodio, sin embargo, he de

[44] En la costa meridional de la Península de Palene, la más occidental de la Calcídica. Cf. VII 123, 1; y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 414.

[45] Sobre el Pelión, cf. nota VII 616. Para la tempestad y las pérdidas persas, cf. VII 188 y 190, donde el historiador alude al botín con que se hizo Aminocles de Magnesia.

[46] Algo más de 14 km. Pese al criticismo que Heródoto manifiesta al final del capítulo, es posible que Escilias cubriese la distancia a nado y que, para escapar a la vigilancia de los centinelas persas que sin duda habría apostados en las orillas, buceara sólo unos cuantos metros desde que se lanzó al agua, ya que dirigirse a las posiciones griegas en una barca hubiese resultado más peligroso.

[47] Heródoto, entre otras, debía de considerar falsa la noticia (cf. Pausanias, X 19, 1; Plinio, *Hist. Nat.*, XXXV 139; Ateneo, VII 296e; *An-*

manifestar que, en mi opinión, Escilias llegó al Artemisio en una barca. Y, a su llegada, informó inmediatamente a los estrategos sobre el alcance del naufragio y sobre las naves enviadas a circunnavegar Eubea [48].

---

tología Palatina, IX 296) según la cual Escilias, ayudado por su hija Hidna, a la que había enseñado a bucear, cortó las amarras de los navíos persas durante la tormenta que se abatió sobre la flota persa en Magnesia, lo que hizo que las pérdidas de los bárbaros fuesen aún mucho mayores. No obstante, como en Delfos los Anfictiones (es decir, los delegados de los pueblos que integraban la asamblea de la anfictionía pileodélfica, una confederación religiosa que reunía a jonios, dorios y pueblos de Grecia Central, y que tenían a su cargo la organización de los Juegos Píticos, la gestión de los bienes del templo de Apolo, y la defensa de los intereses de la divinidad; cf., *supra,* Apéndice XII al libro VII, y V. Ehrenberg, *Der Staat der Griechen,* Leipzig, 1958, págs. 108 y sigs.) le habían dedicado una estatua (cf. Pausanias, *l.c.*), de ahí, quizá, que el historiador admitiera algunas de las hazañas que sobre Escilias debían de circular en Grecia.

[48] Como se desprende de la narración de Heródoto, los persas estaban interesados en pasar al ataque lo antes posible (cf. VIII 6, 1), cosa que no habían podido hacer hasta entonces por falta de tiempo el día de su llegada a Áfetas, y por haber reorganizado y reparado las averías de la flota al día siguiente (medida que quizá se prolongó por espacio de dos jornadas). La táctica griega, en cambio, se basaba en una resistencia lo más prolongada posible en las Termópilas y en una batalla naval defensiva al amparo de la costa de Eubea. Debió de ser, pues, el mensaje de Escilias lo que indujo a los griegos a atacar al día siguiente (presumiblemente Escilias llegaría al campamento griego ya avanzado el día de su deserción). Pese a que los argumentos de C. Hignett (*Xerxes' invasion...,* págs. 181-183) son acertados, al apuntar que Temístocles (suponiendo que la estrategia se debiese a él) tuvo que comprender que los griegos no podían atacar frontalmente a los persas, porque tendrían que haberlo hecho en plenas aguas del canal norte de Eubea, donde la mayor capacidad de maniobra de las naves de sus adversarios se habría impuesto, la iniciativa griega en los dos primeros enfrentamientos en Artemisio pudo deberse a que Escilias informó a los helenos que la flota persa se hallaba diseminada por diversos lugares, y no concentrada en un único puerto.

Primer enfrentamiento naval, con victoria griega

Al oír su declaración, los griegos mantuvieron un cambio de impresiones. Las intervenciones fueron numerosas, pero prevaleció la tesis de permanecer aquel día donde estaban anclados [49], para, acto seguido —pasada la medianoche—, zarpar a fin de salir al encuentro de las naves que estaban rodeando la isla [50]. Pero, posteriormente, en vista de que nadie arrumbaba contra ellos, aguardaron hasta bien entrada la tarde y se hicieron a la mar para atacar a los bárbaros [51], con ánimo 9

[49] O bien, «quedarse aquel día donde estaban y permanecer acampados», que es la interpretación que sugieren la mayoría de los críticos (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 238: «they bivouacked on shore to deceive the enemy as to their intentions»).

[50] El relato del historiador vuelve a ser confuso e incoherente (después de haber adoptado una decisión, los griegos cambian bruscamente de parecer y atacan a los persas). La flota aliada no podía abandonar Artemisio mientras las Termópilas resistieran y, aun suponiendo que los persas hubiesen enviado las 200 naves a rodear Eubea, los 53 navíos áticos a que se alude en VIII 14 se habrían bastado para defender el Euripo (incluso si los griegos temían que las pretendidas 200 naves pudiesen atacar posiciones al sur de Eubea —como Falero o el Istmo de Corinto, por ejemplo—, el escaso número de naves eginetas destacadas en Artemisio [cf. VIII 1, 2] implica que las aguas del golfo Sarónico estaban protegidas por navíos griegos de reserva; cf. E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes*, Leipzig, 1914, pág. 119). Quizá nos encontramos, pues, ante una confusa e incompleta repetición del *tópos* del capítulo 4 (los griegos quieren huir y Temístocles acaba consiguiendo que se queden), que volverá a reaparecer en vísperas de Salamina; cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 161.

[51] Esta medida debió de ser la que se adoptó en el consejo que mantuvieron los generales (Diodoro, XI 12, se la atribuye a Temístocles): aguardar hasta la tarde y atacar a algún contingente no demasiado numeroso de la flota bárbara (quizá al chipriota, según parece desprenderse de VIII 11), para regresar a sus posiciones, al anochecer, antes de que todos los efectivos persas pudieran agruparse. Cf., sin embargo, J. La-

de poner a prueba su manera de combatir y de maniobrar [52].

10 Al verlos lanzarse al ataque con pocas naves, los soldados de Jerjes, incluidos sus generales, pensaron que se habían vuelto completamente locos [53], y, por su parte, también hicieron que sus naves ganaran mar abierto, considerando —consideración perfectamente lógica— que iban a derrotarlas con facilidad, pues veían que los navíos griegos eran realmente escasos, mientras que los suyos eran mucho más numerosos y más veleros [54]. En ese convencimiento, intentaron rodearlos formando un círculo.

Barbe, «Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque...», página 397, para un intento de justificar la narración de Heródoto en este capítulo.

[52] Literalmente, «... y de efectuar el *diékploos*». Sobre esta maniobra, cf. nota VI 44. Como el *diékploos* se empleó por vez primera con eficacia por los atenienses durante la Guerra del Peloponeso (cf. Tucídides, II 83; VII 36, 4), y, en tiempos de la Segunda Guerra Médica, esta táctica no estaba todavía generalizada, sino que lo normal era que los navíos abordaran al enemigo y que luego la infantería de a bordo pasara a la acción, se ha supuesto que la alusión de Heródoto es anacrónica; cf. H. French, «Topical Influences on Herodotus' Narrative», *Mnemosyne* 25 (1972), pág. 20.

[53] Al igual que habían pensado las tropas persas al ver cargar a la carrera a los hoplitas atenienses y plateos en Maratón (cf. VI 112, 2), lo cual es un indicio (aunado a la importancia que, al final del capítulo, se concede a los atenienses entre los efectivos persas) de que la fuente de Heródoto para su relato sobre los enfrentamientos en Artemisio era ateniense.

[54] Porque, como el propio Temístocles reconoce en VIII 60α, los navíos griegos eran más pesados que los de los persas, debido sobre todo a que el tonelaje que desplazaban los trirremes griegos (que se atenían a la técnica corintia de construcciones navales) y los de los bárbaros (que se atenían, en su mayoría, a los modelos fenicios) difería. Cf. L. Basch, «Phoenician Oared Ships», *The Mariner's Mirror* 56 (1969), págs. 139 y sigs., 227 y sigs.

Pues bien, todos los jonios [55] que abrigaban simpatía 2
hacia los griegos, y que figuraban a la fuerza entre los
expedicionarios, se sentían sumamente apenados al verlos
a punto de ser cercados, convencidos de que ninguno de
ellos lograría regresar a sus bases (tan precaria se les anto-
jaba la situación de los griegos). En cambio, todos y cada 3
uno de quienes se alegraban por lo que estaba sucediendo
rivalizaban por ser los primeros en capturar personalmente
una nave ática, para recibir del rey una recompensa; pues,
entre la flota persa, el prestigio de los atenienses era enorme.

Cuando los griegos recibieron la señal, lo primero que 11
hicieron fue orientar sus proas hacia los bárbaros y, con
las popas reunidas, formar un círculo [56]. Posteriormente,
al recibir una segunda señal, entraron en acción, a pesar
de que habían sido encerrados en un reducido espacio y
tenían que atacar de frente [57]. Acto seguido, apresaron 2

[55] Que no debían de ser muchos (cf. VIII 85). Hasta la batalla de Mícala, los jonios no se sublevaron contra los persas (cf. IX 103, y J. Hart, *Herodotus and Greek History*, Londres, 1982, págs. 181 y sigs.).

[56] Teóricamente, para evitar que los persas pudieran realizar la maniobra del *diékploos*, pero resulta difícil admitir la afirmación de Heródoto, ya que en el capítulo anterior el historiador simplemente ha mencionado el intento persa de rodear a los griegos, no que la maniobra envolvente se hubiese completado; además, mantener en perfecto orden circular a los 271 navíos griegos hubiese comportado serios problemas (como los que sufrieron los navíos peloponesios, en 429 a. C., al intentar evitar el ataque de las naves atenienses mandadas por Formión; cf. Tucídides, II 84). No hay que olvidar, por otra parte, que en este primer enfrentamiento naval cerca de Artemisio los griegos no debieron de luchar contra toda la flota persa (cf. nota VIII 51). Lo más probable, en suma, es que los griegos atacasen a un contingente naval persa formando un semicírculo; cf. J. Kromayer, G. Veith, *Schlachten-Atlas zur Antiken Kriegsgeschichte*, IV, 1, Leipzig, 1926, col. 5.

[57] Es decir que persas y griegos se enfrentaban «Bug gegen Bug» (cf. H. Stein, *Herodotos. Buch VIII*, Dublín-Zurich, 1969 (= 5.ª ed., 1893),

treinta naves [de los bárbaros], así como a Filaón, hijo de Quersis, que era hermano de Gorgo, rey de los salaminios [58], y que en la flota persa gozaba de prestigio. El primer griego que capturó un navío enemigo fue Licomedes de Atenas [59], hijo de Escreo, por lo que este personaje
3 recibió el premio al valor. Finalmente, la caída de la noche hizo que quienes libraban esta indecisa batalla naval se retiraran; así que los griegos pusieron rumbo al Artemisio, y los bárbaros a Áfetas tras haberse batido con un desenlace totalmente imprevisto.

En el transcurso de esta batalla naval, Antidoro de Lemnos fue el único griego al servicio del rey que se pasó a

---

pág. 11), lo cual impedía a los adversarios emplear los espolones. Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 162), «il principale motivo di confusione della narrazione erodotea è que, date queste premesse [i.e., el presunto círculo que los griegos habían formado con sus naves], non si capisce la vittoria successiva, con la cattura (o distruzione) di ben trenta navi nemiche. Bisogna supporre una fase intermedia di passaggio della difensiva all' offensiva, che Erodoto ha oscuramente indicato, senza spiegarla, con *deútera dè sēmḗnantos* [= 'al recibir una segunda señal'].»

[58] Esto es, de la ciudad de Salamina, localidad emplazada en la costa oriental de Chipre. Sobre Gorgo, cf., *supra*, V 104 (y nota V 517). Respecto a la actitud de los Eveltónidas a propósito de la dominación persa en Chipre (Onésilo, el otro hermano de Gorgo citado por Heródoto [cf. V 108 y sigs.], apoyó decididamente la sublevación de la isla, coincidente con la rebelión jonia), cf. F. G. Maier, *Cypern, Insel am Kreuzweg der Geschichte*, Munich, 2.ª ed., 1982, especialmente cap. II: «Zwischen Perserreich und Poliswelt», págs. 46 y sigs.

[59] Como ocurre otras veces en la *Historia* (cf. VIII 84; IX 62), nos encontramos ante un ejemplo de la llamada *Prôtos-Formel*, o «fórmula de desencadenamiento», una reminiscencia épica (cf. *Il.* IV 457), que atiende a la indicación del personaje o personajes que principian un combate. De Licomedes (a quien Plutarco, *Temístocles* 15, atribuye esta iniciativa en Salamina) no tenemos ulteriores noticias.

los helenos; de ahí que, por esa acción, los atenienses le concedieran una propiedad en Salamina [60].

Violenta tempestad que destruye el contingente persa destacado para rodear a los griegos

Había ya oscurecido cuando, pese a 12 que era pleno verano [61], se desencadenó una lluvia torrencial, que duró toda la noche, acompañada de estruendosos truenos procedentes del Pelión. Los cadáveres y los pecios eran arrastrados a Áfetas [62], de manera que se amontonaban en las proas de los navíos e inmovilizaban las palas de los remos [63]. Por su parte, 2

---

[60] La isla del golfo Sarónico, a poca distancia de la costa del Ática. Lemnos, isla del Egeo septentrional, quizá había sido conquistada por Atenas hacia el año 555 a. C. (cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, I, págs. 66 y sigs.), como punto de apoyo para la política pisistrática del control del Helesponto. La isla había sido, a su vez, conquistada por los persas en 512/511 a. C., con ocasión de la campaña de Ótanes (cf. V 26). Lo que sí parece seguro es que Milcíades II (el 'Maratonomaco'), en su calidad de tirano del Quersoneso, vasallo de los persas, incluyó la isla entre sus dominios (cf. VI 140), en una fecha indeterminada de los años 510-500, cediéndola a los atenienses entre 496-493, sin duda para tratar de involucrar a Atenas en la sublevación jonia (cf. E. Lanzillotta, «Milciade nel Chersoneso e la conquista di Lemno», *Miscellanea greca e romana* 5 (1977), págs. 65 y sigs.). Sobre Antidoro, vid. M. Moggi, «L'insediamento a Salamina di Antidoro Lemnio», *Annali Scuola Normale Superiore Pisa* 8 (1978), págs. 1301 y sigs.

[61] A finales de agosto del año 480 a. C. Cf. nota VII 228, y G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 674.

[62] Parece un contrasentido que, si la tormenta se desencadenó en el Pelión (es decir, al norte de Eubea), los restos humanos y materiales de la batalla librada aquella tarde fueran arrastrados por el oleaje a Áfetas, en vez de haberlo sido al Artemisio. Ello puede explicarse por la dirección de las corrientes marinas en el canal norte de Eubea, o bien porque el viento —independientemente de la zona en que se producían los truenos— soplaba del S. o del SW. (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, pág. 19).

[63] Pese a lo que opinan W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 239 («the ships lay ashore with their prows pointing

los soldados que allí se encontraban [64], al oír todo esto, eran presa del pánico, pensando, ante la gravedad de su situación, que iban a morir irremediablemente; pues, antes de haberse podido recuperar de los efectos del naufragio y de la tempestad desatada en las inmediaciones del Pelión, se habían visto inmersos en una encarnizada batalla naval, y, concluida la misma, los había sorprendido un tremendo diluvio, acompañado de torrentes, que afluían al mar con una furia incontenible [65], y de estruendosos truenos [66].

13 Así transcurrió la noche para esos contingentes persas; pero, para los efectivos encargados de circunnavegar Eubea [67], esa misma noche resultó todavía mucho más terrible, por cuanto los sorprendió mientras navegaban por alta mar, y tuvieron un fatal desenlace: al desencadenarse el temporal y la lluvia cuando, en plena travesía, se encontraban a la altura de las «Ensenadas» de Eubea [68], se vie-

---

seaward»), esta afirmación del historiador permite suponer que, al llegar a Áfetas, los persas habían dejado sus navíos anclados en el agua.

[64] Es decir, los integrantes de la flota persa.

[65] Y que anegarían las posiciones persas diseminadas por la costa.

[66] Sobre el estado de estupor (o *embróntēsis*) producido por los truenos, cf. nota VII 93.

[67] Cf., *supra*, VIII 7, 1, y notas VIII 36 y 38.

[68] Un paraje de localización controvertida, ya que hay testimonios antiguos (cf. Estrabón, X 1, 2; Valerio Máximo, I 8, 10) que lo sitúan en la costa sudoccidental de Eubea, entre la localidad de Caristo —al sur de la isla— y un punto situado frente a la localidad ática de Ramnunte, a unos 40 km. al noroeste de Caristo, mientras que otros testimonios (cf. Tolomeo, III 14, 22) lo sitúan en la costa sudoriental de Eubea, entre los cabos Quersoneso y Cafareo. Se trataba, en cualquier caso, de una zona de la costa de la isla formada por una serie de ensenadas (lo que permite suponer que estaba en la costa sudoccidental), salpicadas de promontorios rocosos que entrañaban gran peligro para la navegación (cf. Eurípides, *Troyanas* 84; Livio, XXXI 47). Vid. G. B. Grundy,

ron arrastrados por el viento y, como no conocían la zona a la que eran empujados, acabaron chocando contra los escollos. Todo esto sucedía por voluntad divina, para que la flota persa se equilibrara con la griega y no gozase de una neta superioridad numérica [69].

Segundo enfrentamiento naval, con victoria griega

Así pues, esos efectivos persas resultaron aniquilados [70] en las inmediaciones de las «Ensenadas» de Eubea. Por su parte, los bárbaros que se encontraban en Áfetas, cuando —para su satisfacción— rayó el día, mantuvieron sus navíos inactivos, ya que, en 14

Great Persian War..., pág. 335, nota 3. No obstante, y pese a que una identificación de las «Ensenadas» en la zona apuntada permitiría aceptar que el viento que arrastró a los persas hacia las rocas de la costa soplaba del S o del SW, con lo que su destrucción habría estado motivada, como pretende el historiador, por la segunda tormenta sufrida por la flota persa, lo más probable es que esta nueva tempestad constituya uno de los dobletes narrativos que con frecuencia aparecen en la obra herodotea; cf. R. LATTIMORE, «The second storm at Artemisium», *Classical Review* 53 (1939), págs. 57 y sigs.

[69] La afirmación de Heródoto (que, inicialmente, atribuye a la flota persa una cifras exageradas; cf. VII 89, 1) se debe a su creencia en la existencia de un principio rector del universo que vela por el mantenimiento del equilibrio. Cf. H. PAGEL, *Die Bedeutung des aitiologischen Momentes für Herodots Geschichtsschreibung*, Berlín, 1927, págs. 23 y sigs. No obstante, el historiador incurre en contradicciones, ya que considera en todo momento que la flota persa superaba con amplitud a la griega (cf. VIII 66, 2, sobre los refuerzos persas que paliaron sus bajas hasta ese momento), cuando, desde el punto de vista estratégico, esa presunta superioridad no se evidencia a lo largo de su obra (cf., por ejemplo, VII 236, 2-3).

[70] Como resulta difícil admitir que todos los navíos persas hubiesen sido destruidos, W. W. TARN, «The Fleet of Xerxes», *Journal Hellenic Studies* 28 (1908), pág. 215, admitiendo la veracidad de la circunnavegación de Eubea por el contingente naval persa, suponía que esas 200 naves se habían visto afectadas por la primera tormenta en la costa sudoriental de Eubea, y por la segunda en la costa sudoccidental.

medio de sus desgracias, se contentaban con mantenerse de momento a la expectativa [71].

Entretanto, arribaron en socorro de los griegos cincuenta
2 y tres naves áticas [72]. Su presencia, entonces, aunada a la noticia —que coincidió con su llegada— de que todos los bárbaros que estaban circunnavegando Eubea habían resultado aniquilados a consecuencia de la tempestad que se había desencadenado, elevó la moral de los helenos. En consecuencia, aguardaron hasta la misma hora que la víspera y zarparon para atacar a unos navíos cilicios [73]. Y, tras haberlos destruido, en vista de que estaba oscureciendo, pusieron de nuevo rumbo al Artemisio.

---

[71] Dado que el día a que alude Heródoto debe de ser el decimonoveno de la «Cronología de las operaciones del ejército y flota persa» (cf., *supra,* Apéndice XI al libro VII), es presumible que los persas esperaran de Jerjes la noticia de la caída de las Termópilas antes de pasar al ataque.

[72] Si la maniobra persa de rodear Eubea es cierta, estas naves debían de haber sido destacadas del grueso de la flota griega para custodiar el Euripo (cf. J. B. Bury, «The campaign of Artemisium and Thermopylae», *Bulletin School Athens* 2 (1895-96), pág. 88), aunque el número de naves destacado para semejante misión resulta excesivo. No obstante, también se ha pensado que podían proceder directamente de Atenas; cf. A. Köster, *Studien zur Geschichte des antiken Seewesen,* Klio, 32, 1934, pág. 76.

[73] Resulta imposible poder identificar a este contingente cilicio (no debía de tratarse de la totalidad de los efectivos navales cilicios en la flota de Jerjes, que ascendían a 100 navíos; cf. VII 91). Ciertos críticos que admiten la circunnavegación persa de Eubea piensan en la posibilidad de que se tratara de los supervivientes de la primera, y única, tormenta, a su regreso a Áfetas. Sin embargo, lo más probable es que los griegos, en este segundo enfrentamiento naval en Artemisio, se atuvieran a la táctica del día precedente, atacando a un contingente de naves aislado del grueso de la flota persa debido a la morfología de la costa magnesia frente a Eubea, que ofrece puertos alejados entre sí.

Tercer enfrentamiento naval, que termina con resultado indeciso

Al tercer día [74], sin embargo, los al- 15
mirantes [75] bárbaros consideraron algo inadmisible que un número tan exiguo de naves les creara problemas y, temerosos al mismo tiempo de la reacción de Jerjes, no esperaron ya a que los griegos iniciaran las hostilidades, sino que realizaron los oportunos preparativos y, hacia el mediodía [76], hicieron que sus naves ganaran mar abierto.

Y se dio la coincidencia de que estos enfrentamientos navales, y los librados por tierra en las Termópilas, tuvie-
ron lugar en las mismas fechas [77]. (El supremo objetivo 2
de las fuerzas navales lo constituía la defensa del Euripo, al igual que la salvaguardia del desfiladero [78] lo era para

---

[74] Es decir, el mismo día en que se produjo el definitivo ataque persa contra las Termópilas. Los persas ya se encontrarían en su totalidad en condiciones operativas, tras su llegada a Áfetas (cf. nota VIII 43), y, además, habrían recibido órdenes concretas de pasar al ataque en ese día por parte del Estado Mayor de Jerjes (la alusión al temor que reinaba entre los jefes de la flota, ante eventuales represalias por parte del monarca, debe considerarse parte integrante de la leyenda negativa sobre Jerjes que existía en Grecia; cf., *supra,* nota VII 216, y, en general, E. Hermes, *Die Xerxesgestalt bei Herodot,* Kiel, 1951.

[75] Cf. VII 97 y notas *ad locum.*

[76] Coincidiendo, pues, con el momento del asalto final de los persas contra Leónidas y los suyos. Cf. VII 223, 1. No obstante, vid. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VII...,* pág. 198; y J. Labarbe, «Chiffres et modes de répartition...», pág. 398.

[77] Heródoto, en consecuencia, consideraba un hecho fortuito la simultaneidad de los enfrentamientos navales y terrestres, cuando la interdependencia de las operaciones desarrolladas en las Termópilas y el Artemisio era absoluta. Cf. nota VIII 2, y W. K. Pritchett, «New Light on Thermopylae», *American Journal Archaeology* 62 (1958), págs. 203 y sigs.

[78] Sobre la topografía de las Termópilas, cf. VII 176, 2-3, y nota VII 862.

Leónidas y sus hombres.) Los griegos [79], en definitiva, se daban mutuos ánimos para impedir que los bárbaros penetrasen en la Hélade [80], y éstos, por su parte, lo hacían para destrozar a la flota griega y adueñarse del control del Estrecho.

16 Cuando los efectivos de Jerjes arrumbaron contra ellos en formación de combate, los griegos se mantuvieron a la expectativa en los aledaños del Artemisio [81]. Pero los bárbaros desplegaron sus naves en forma de media luna y trataron de efectuar una maniobra envolvente para rodearlos, por lo que, en esa tesitura, los griegos zarparon a su encuentro y trabaron combate [82].

En esa batalla naval ambos bandos se batieron con pa-
2 reja fortuna [83], pues la flota de Jerjes se veía perjudicada

[79] Los integrantes de la flota, se entiende.

[80] Es decir, en la Grecia Central propiamente dicha; cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 154, nota 5.

[81] Los griegos se mantienen próximos a la orilla, en la bahía de Pevki, para que la propia costa proteja sus flancos. Este tercer enfrentamiento naval en el Artemisio constituyó, por el número de naves y de hombres que en él tomaron parte, la batalla más importante que hasta entonces se había librado en el Mediterráneo. Cf. W. W. Tarn, «The Fleet of Xerxes...», pág. 219.

[82] Como puede advertirse, la información que facilita el historiador es, poco más o menos, una repetición de la batalla librada el primer día en lo que a las maniobras de ambas flotas se refiere; la única diferencia estriba en el bando que inició las hostilidades. Cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 165.

[83] Estratégicamente la batalla puede considerarse una victoria persa (los griegos no consiguieron su propósito de detener a los persas en el Artemisio; cf. W. K. Prentice, «Thermopylae and Artemisium», *Transactions American Philological Association* 51 (1920), págs. 14-15), aunque tácticamente el éxito se decantó del lado griego (cf. Píndaro, fr. 77, B. Snell, *Pindari Fragmenta*, Leipzig, 3.ª ed., 1964 [citado por Plutarco, *Temístocles* 8, 2], quien, refiriéndose al Artemisio, dice: «donde las gentes de Atenas pusieron un glorioso cimiento a la libertad»).

por el importante número de sus propios navíos, que se estorbaban y chocaban entre sí. No obstante —y pese a ello—, los persas resistían sin retroceder, ya que consideraban una afrenta [84] darse a la fuga ante unas pocas naves. Pues bien [85], los griegos sufrieron numerosas bajas en naves y hombres [86], pero todavía mucho mayores fueron las bajas entre los bárbaros. Finalmente, ante el resultado del combate, ambas flotas se retiraron a sus posiciones.

En esa batalla naval destacaron, entre los efectivos de 17
Jerjes, los egipcios [87], quienes, entre otras proezas que llevaron a cabo, capturaron cinco navíos griegos con dotaciones y todo. Por parte griega ese día destacaron los atenienses [88], especialmente Clinias, hijo de Alcibíades [89], que

[84] Heródoto concibe aquí la ética militar de manera similar a la que manifiestan los guerreros homéricos, impregnados de los valores de una «cultura de vergüenza» (cf. E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational* = *Los griegos y lo irracional* [trad. de M. ARAUJO], Madrid, 1980, páginas 39 y sigs.).

[85] O «como es lógico», dado que «ambos bandos se batieron con pareja fortuna».

[86] Las estimaciones de J. LABARBE (*La loi navale de Thémistocle...*, pág. 182) ascienden a 71 naves griegas hundidas o fuera de combate (con las bajas humanas que ello implica) y por lo menos mil prisioneros hechos por los persas en los trirremes capturados (cf. VIII 17).

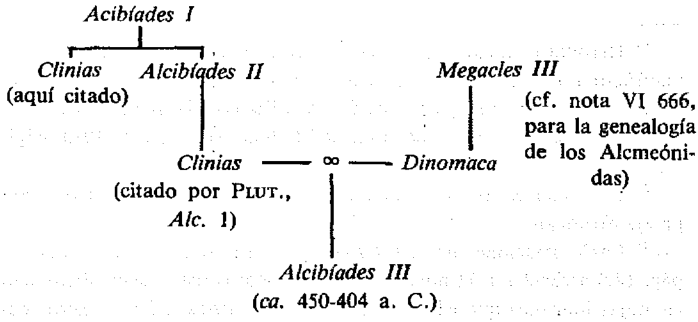
[87] Sorprende, inicialmente, esta preeminencia de los egipcios, que quizá se debió al hecho de ir provistos de armas pesadas (cf. VII 89, 3). DIODORO, XI 13, da una versión diferente, al citar, como los efectivos más destacados de la flota persa en la tercera batalla del Artemisio, a los sidonios, cuya pericia marinera resalta Heródoto en otras ocasiones (cf. VII 44; 100, 2; 128, 2).

[88] PLUTARCO, *Temístocles* 8, menciona que, en una estela erigida cerca del santuario de Ártemis *Proseφa* (cf. nota VII 859), figuraba un epigrama, atribuido a SIMÓNIDES (fr. 24, D. PAGE, *Supplementum Lyricis Graecis*, Oxford, 1974), que incidía en la destacada actuación de los atenienses:

tomaba parte en la contienda con un navío de su propiedad, incluida una tripulación de doscientos hombres, cuyos gastos sufragaba de su propio peculio [90].

En estas aguas las gentes de Atenas, cierto día,
vencieron en naval batalla a la ingente hueste de Asia
venida, y en honor de la virginal Ártemis, por haberse
impuesto su flota a los medos, erigieron esta estela.

[89] Tradicionalmente, y a partir de PLUTARCO, *Alcibíades* 1, 1, se ha considerado que el Clinias aquí citado era el padre del famoso Alcibíades (cf. J. HATZFELD, *Alcibiade*, París, 2.ª ed., 1951, pág. 12-13). Pero, como ese personaje murió peleando contra los beocios en la batalla de Coronea, librada en 447 a. C., resulta difícil aceptar esta identificación. Es más verosímil pensar que se trataba de un hermano del abuelo de Alcibíades, con lo que la genealogía quedaría de la siguiente manera:



[90] Prueba de su gran riqueza y patriotismo. Una manera de contribuir a sufragar los gastos del Estado consistía en una serie de prestaciones en especie (las llamadas *liturgias* = griego *leitourgíai)*, entre las que figuraban el mando de los buques de guerra, o *triērarchía*. Los estrategos nombraban cada año 400 *trierarcos* entre los ciudadanos más ricos y, al iniciarse una campaña naval, el Estado fletaba el casco del buque de guerra, generalmente con sus correspondientes pertrechos (cf. ARISTÓFANES, *Caballeros* 911; TUCÍDIDES, VI 31), y facilitaba el sueldo de la tripulación más los fondos para su manutención. El *trierarco* tenía la obligación de costear todo el material restante necesario para poner la nave en condiciones de zarpar y debía mantenerla durante ese año, al cabo del cual tenía que entregarla en buen estado a su sucesor.

Retirada de la flota griega, informada del triunfo persa en las Termópilas. Artimaña de Temístocles para intentar conseguir que jonios y carios abandonen a Jerjes

Al retirarse, ambos bandos se apresuraron, jovialmente, a regresar a sus bases [91]. Entonces los griegos, al alejarse del escenario de la batalla, lo hicieron en formación abierta [92] y fueron apoderándose de los cadáveres y los pecios [93]; pero, como habían sufrido un serio revés (sobre todo los atenienses, la mitad de cuyas naves se encontraban averiadas), decidieron finalmente replegarse con rumbo a Grecia Central [94]. 18

[91] Literalmente «a su fondeadero»; es decir, los griegos a la costa de Eubea y los persas a Áfetas.

[92] O «lo hicieron en grupos», sin guardar la formación con la que inicialmente se habían enfrentado a los persas. Traduzco así *diakrithéntes,* pese a que la mayoría de los críticos lo interpretan redundantemente con *ek tês naumachíēs apēlláchthēsan.*

[93] Pese a que, tras una batalla, pedirle permiso al adversario (cosa que, en esta ocasión, no hacen los griegos) para retirar y enterrar los cadáveres era reconocer que se había perdido el combate, y aunque Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...,* pág. 18, nota 2), refiriéndose a los griegos, opina que «ils étaient donc restés maîtres du champ de bataille et pouvaient se considérer comme vainqueurs», lo más probable es que la información de Heródoto esté piadosamente distorsionada, o que, aprovechando la corriente, los griegos recogieran los cadáveres y pecios que pudieron, mientras regresaban al Artemisio.

[94] La decisión de retirarse la debieron de tomar los griegos sólo después de haber recibido la noticia (cf. VIII 21, 2) de que las Termópilas habían caído, cuando la presencia de la flota aliada en el Artemisio ya no tenía ninguna razón de ser (cf. nota VIII 25; Isócrates, *Panegírico* 92; Diodoro, XI 12; Plutarco, *Temístocles* 9; *De Herodoti malignitate* 34). El permanente impulso a huir, que aparece citado en varias fases de la campaña (cf. VII 183, 1; 207; VIII 4, 1), vuelve a ser un *tópos,* a partir probablemente de las fuentes de información del historiador —sin duda, atenienses— sobre este episodio de la guerra. Cf. G. B. Grundy, *Great Persian War...,* pág. 324.

19 No obstante, Temístocles se había percatado de que, si al Bárbaro se le sustraían los contingentes de raza jonia y de raza caria [95], los griegos estarían en condiciones de imponerse al resto de sus adversarios; y, mientras los eubeos arreaban sus rebaños a la orilla del mar [96], reunió en dicho paraje a los generales y les dijo que creía tener un plan que, en su opinión, propiciaría la defección de los mejores aliados del rey.

2 Lo cierto es que no les reveló más detalles del plan, pero añadió [97] que, en aquellos momentos, lo que debían hacer era sacrificar, del ganado de los eubeos, todas las cabezas que quisiesen (pues era preferible que las disfrutaran sus tropas a que lo hiciesen los enemigos), e instó a cada general a que ordenara a sus hombres que encendie-

---

[95] Aunque Heródoto no lo especifica, además de los jonios y los carios (Temístocles, al intentar inducirlos a abandonar la armada invasora, tendría presente su decidida participación en la sublevación jonia contra los persas; cf. V 103; 118-121), cabe suponer que hay que incluir a los dorios de Asia Menor, a los eolios, a los helespontios y quizá a los isleños, que en total habían aportado inicialmente a la flota persa (pues, entre las bajas sufridas hasta entonces por los persas, sin duda se contaban navíos de esos Estados) 427 naves (cf. VII 93-95), una cifra que habría desequilibrado, de pasarse a los aliados, las fuerzas en juego.

[96] No resulta claro a qué se debía esta acción de los eubeos. Dado que el episodio transcurre al final de la jornada, puede referise a que, como de costumbre, y después de haber llevado sus rebaños a pastar a los valles de las montañas próximas, los habitantes de la zona estaban recogiendo su ganado en los establos (pero cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 18, nota 4). Quizá los eubeos se habían enterado de que la flota iba a retirarse (tras producirse el final de Leónidas en las Termópilas) y pretendían ser evacuados de la isla, en un tardío intento por seguir los dictados del oráculo citado en el capítulo siguiente.

[97] Se produce ahora un paréntesis en la narración del plan de Temístocles, para intentar la defección de los griegos y carios integrantes de la flota persa, que no será retomado hasta el capítulo 22.

sen hogueras [98]; respecto a la retirada de la flota —concluyó—, él personalmente se encargaría de fijar la hora, de manera que pudiesen regresar sanos y salvos a Grecia [99]. Los generales decidieron seguir sus indicaciones y, sin pérdida de tiempo, mandaron a sus hombres encender hogueras y ocuparse del ganado.

Resulta que los eubeos habían hecho caso omiso del 20
oráculo de Bacis [100], como si careciera de importancia, y no habían evacuado nada de nada, ni se habían pertrecha-

---

[98] Con un doble objetivo: engañar a los persas, haciéndoles creer que las tripulaciones habían bajado a tierra y pensaban pasar la noche en la costa de Eubea, y poder guisar los animales que servirían de alimento a las dotaciones.

[99] Cf. nota VIII 80. Parece poco verosímil la iniciativa de Temístocles a este respecto, ya que no le competía a él hacerlo, sino a Euribíades. Por otra parte, en el relato del historiador no tiene lugar el cumplimiento de la promesa de Temístocles.

[100] Un profeta legendario (cf. Aristófanes, *Paz* 1071; Pausanias, IV 27, 4; X 12, 11, para su inspiración por las Ninfas), a quien se atribuía una colección de oráculos, similar a los que se consideraban emitidos por Orfeo y Museo (cf. nota VII 37), que fue recopilada en Atenas en tiempos de los Pisistrátidas (para el impulso que dieron los Pisistrátidas a las corrientes religiosas misticistas, cf. nota VII 39). En Eleón, una localidad de Beocia, cercana a Tanagra, existía un oráculo regido por los «Bácidas» (también había oráculos relacionados con Bacis en el Ática y en Arcadia; cf. Teopompo, fr. 77, *F. Gr. Hist.* 115), una casta de profetas (pese a que aquí Heródoto habla de Bacis como si se tratara de un nombre propio, originariamente Bacis pudo haber significado «profeta», relacionándose con el verbo βάζειν, que significa «hablar»; cf. Aristóteles, *Problemas* 30, 1), que ganaron fama con el auge de la religión extática en los siglos VII y VI a. C. Cf. E. Rohde, *Psyche. Seelencult und Unsterblichkeitsglaube der Griechen = Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos* [trad. S. Fernández Ramírez], Barcelona, 1973, págs. 329 y sigs.; y O. Kern, s.v. *Bakis, Real Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* [= *R.E.*], II, 2, 1896, cols. 2801-2802.

do ante una guerra que se les avecinaba, por lo que se
2 labraron su propia ruina [101]. El oráculo de Bacis al respecto reza así [102]:

Mira, cuando un hombre de extraño idioma al mar arroje
un yugo de papiro [103], *aleja de Eubea a tus cabras de*
[constantes balidos.

Al no haber sacado partido alguno de estos versos, tuvieron que sufrir las mayores desdichas en las calamidades que a la sazón se cernían sobre ellos y en las que les aguardaban [104].

21 Pues bien, mientras los integrantes de la flota procedían a realizar esas operaciones, se presentó el vigía procedente de Traquis [105]. Resulta que, en Artemisio, se hallaba

---

[101] La veracidad de un oráculo, y su errónea interpretación por los hombres (o, como en este caso, la indiferencia humana), es un tema que aparece con frecuencia en la obra de Heródoto (cf., por ejemplo, I 91; III 124 y sigs.) y responde a niveles de pensamiento típicamente griegos, procedentes de la religión popular de su tiempo: la sobreestimación de las facultades humanas para interpretarlos es una fuente de errores. No obstante, este oráculo debía de hacer referencia únicamente a los habitantes de la Histieótide, la zona septentrional de Eubea (que fue saqueada por los persas; cf. VIII 23, 2), ya que no tenemos noticias de que el resto de la isla sufriera especiales daños.

[102] Para este oráculo, cf. J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots,* Gotinga, 1965, págs. 101 y sigs.

[103] Una referencia a los puentes del Helesponto (cf. VII 25, 1; 34; 36, 3). Sobre el papiro, cf. notas II 335 y 336.

[104] El texto griego presenta un juego de palabras intraducible (quizá con sentido irónico), al aparecer un doble políptoton (*chrēsámenoi* ... *pareoûsi* ... *parēn* ... *chrâsthai)* en expresiones lexicalizadas.

[105] Naturalmente se refiere a la región situada al S. de Mélide, en la orilla occidental del golfo Malíaco (donde estaban las Termópilas), y no a la capital de la comarca, que tenía su mismo nombre, dado que

destacado un vigía (se trataba de Polias, un natural de Anticira [106]), quien, si la flota se veía derrotada, había recibido la orden —para lo cual disponía de una embarcación preparada a tal efecto [107]— de notificárselo a los que se encontraban en las Termópilas. Asimismo, entre las fuerzas de Leónidas, se hallaba destacado el ateniense Abrónico [108], hijo de Lisicles, quien, si al ejército de tierra le ocurría algún contratiempo, también estaba preparado para, a bordo de un triecontero [109], informar a los que se encontraban en Artemisio.

Como es natural, a su llegada, el tal Abrónico les 2
notificó la suerte que habían corrido Leónidas y sus tropas. Al tener noticia de lo ocurrido, los griegos no pospusieron más la retirada [110] y se hicieron a la mar conservan-

---

la ciudad había sido ya conquistada por los persas (cf. VII 201). Los griegos debían de haber establecido, entre las Termópilas y el Artemisio, algún procedimiento para intercomunicarse, quizá mediante señales de humo, y poderse advertir mutuamente del inicio del ataque persa a las respectivas posiciones. Los dos mensajeros a que se alude en este capítulo habían sido mantenidos en reserva, para ser empleados en una situación límite. Cf. G. B. GRUNDY, *Great Persian War...*, pág. 265.

[106] En Mélide. Cf. nota VII 952.

[107] Sigo la interpretación de J. E. POWELL, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= Cambridge, 1938), s.v. *katḗrēs*, aunque H. G. LIDDELL, R. SCOTT, *Greek-English Lexicon with supplement* (revisado por H. S. JONES), Oxford, 9.ª ed., 1940, *s.v.*, traducen «had a rowing boat ready».

[108] El mismo personaje que, en 479/478, integró, junto a Temístocles y Arístides, la embajada ateniense enviada a Esparta para negociar la reconstrucción de los muros de Atenas. Cf. TUCÍDIDES, I 91, 3.

[109] Nave ligera de 30 remos (quince en cada flanco), muy apropiada para cortas travesías debido a su rapidez (aunque, por su escaso tonelaje, se empleaban casi únicamente en singladuras de cabotaje). Cf. J. ROUGÉ, *La marine dans l'antiquité*, París, 1975, págs. 92 y sigs.

[110] Cf., *supra*, nota VIII 94.

do su posición respectiva: los corintios iban a la cabeza y cerraban la formación los atenienses [111].

22 Entonces Temístocles escogió las naves atenienses más veleras y recorrió los lugares donde había agua potable [112], haciendo grabar en las piedras [113] unas inscripciones que pudieron leer los jonios cuando, al día siguiente, arribaron al Artemisio. Las inscripciones decían lo siguiente [114]: «Jonios, no estáis actuando con rectitud al atacar a vuestros antepasados [115] y pretender sumir a Grecia en la esclavi-

---

[111] Heródoto, probablemente, se refiere a que los navíos griegos conservaron el orden en que habían anclado en la costa de Eubea, dando a entender que la retirada de la flota se produjo de manera ordenada. Si esto es así, los corintios habrían ocupado en Pevki el ala izquierda y los atenienses la derecha, dado que los griegos se retiraron hacia el Sur a través del canal de Oreo y del Euripo.

[112] En la costa septentrional de Eubea, a donde los persas se trasladaron al día siguiente (cf. VIII 23, 1). Heródoto pasa a relatar ahora el plan de Temístocles apuntado en VIII 19, 1.

[113] Presumiblemente las piedras que jalonaban los pozos y los manantiales.

[114] Resulta difícil poder admitir que el contenido de las inscripciones que Temístocles mandó grabar fuera tan extenso. Desde el punto de vista de su factura técnica, la grabación hubiera llevado cierto tiempo, los lugares de aguada serían varios y debía de ser ya bastante tarde (en esa jornada se había celebrado, a partir del mediodía, una dura batalla naval [cf. VIII 15-18]; los generales griegos, a su conclusión, habían recibido la noticia de la caída de las Termópilas [cf. VIII 21]; y habían mantenido una reunión en la que decidieron dirigirse hacia el Sur [cf. VIII 19, 1]). El historiador debe de estar haciéndose eco de un testimonio oral ateniense (cf. Justino, II 12, 3), cuando en las inscripciones simplemente se habría incitado a jonios y carios a hacer defección.

[115] Pues el ateniense Neleo, hijo del mítico rey de Atenas Codro (cf. nota V 303), pasaba por haber sido el fundador de Mileto. A diferencia de lo que ocurría en época arcaica (cf. Solón, fr. 4, E. Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca* (fasc. 1, 'Poetae elegiaci'), Leipzig, 3.ª ed., 1954), cuando Atenas no desdeñaba sus relaciones étnicas con los jonios de Asia,

tud. Así pues, poneos decididamente de nuestra parte; 2
y, si os resulta imposible hacerlo, en lo sucesivo manteneos al margen y, de paso, pedidles personalmente a los carios que os imiten. Ahora bien, si no podéis hacer ni lo uno ni lo otro, por estar sometidos a una coacción [116] demasiado grande como para poder rebelaros, cuando trabemos combate mostraos en plena acción deliberadamente remisos, teniendo presente que descendéis de nosotros y que nuestro antagonismo con el Bárbaro se originó por vuestra causa [117]».

En mi opinión, Temístocles mandó redactar esas ins- 3
cripciones con un doble propósito: para que las mismas indujeran a los jonios a cambiar de actitud y a ponerse de parte de los griegos, si el rey no se enteraba de su existencia, o a fin de que su contenido —cuando, con calumniosos comentarios, llegase a oídos de Jerjes— hiciera sospechar de los jonios [118] y propiciase su exclusión de los enfrentamientos navales.

---

el siglo V ateniense muestra un desprecio generalizado hacia ellos (aunque, por razones propagandísticas, Atenas siguiera atribuyéndose el liderazgo de los jonios; cf. TUCÍDIDES, III 86, 3-4; VI 82), por haber sido esclavizados por los persas y por su carácter orientalizante (cf. TUCÍDIDES, V 9, 1; VI 77, 1; VIII 25, 5). Sobre las críticas antijonias en la *Historia*, cf. nota V 519, y J. HART, *Herodotus and Greek History...*, págs. 181 y sigs.

[116] Ya que habían dejado en Asia a sus familiares y sus propiedades (cf. VII 52, 2).

[117] Por el apoyo prestado por Atenas a la sublevación jonia (cf. V 99 y sigs.).

[118] Cf., *infra*, VIII 90.

23 *La flota persa alcanza Eubea*

Eso fue lo que Temístocles mandó inscribir. Poco después se presentó a los bárbaros, a bordo de una embarcación, un natural de Histiea [119] con la noticia de que los griegos habían huido de Artemisio. Entonces los bárbaros, incrédulos [120], mantuvieron al informador bajo vigilancia y enviaron unas naves ligeras para cerciorarse. Una vez que los tripulantes de las mismas confirmaron lo que sucedía fue cuando, al rayar el sol,
2 toda la flota zarpó en masa rumbo al Artemisio. En dicho paraje hicieron escala hasta mediodía y, acto seguido, zarparon con destino a Histiea [121]. A su llegada, tomaron la citada ciudad y efectuaron correrías por todas las aldeas costeras de la comarca de Elopia [122], concretamente por las del territorio de Histiea.

24 *Jerjes exhibe los cadáveres de los griegos caídos en las Termópilas, ocultando a la flota la magnitud de sus propias bajas*

Mientras sus efectivos navales estaban en esa zona, Jerjes, tras tomar una serie de medidas relativas a los caídos, envió un heraldo a la flota. Y las medidas que, previamente, había tomado fueron las siguientes: dejó sin enterrar unos mil cadáveres de entre todas las bajas de su ejército habidas en las Termópilas (que, en concreto, ascendían a veinte mil), e hizo sepultar a los de-

[119] Cf. nota VII 855.

[120] Quizá porque todavía no habían recibido noticias de la victoria de Jerjes en las Termópilas, y por la estratagema de Temístocles al hacer que las fuerzas griegas encendieran hogueras (cf. VIII 19, 2).

[121] Es decir, pusieron rumbo al Oeste, ya que la bahía de Pevki se halla a unos 10 km. al E. de Histiea.

[122] El antiguo nombre de la mitad norte de Eubea (cf. ESTRABÓN, X 1, 3-5), de la que era parte integrante la Histieótide, en la costa septentrional de la isla.

más en unas fosas que mandó cavar, y luego cubrir de tierra y tapar con hojas [123], para que los soldados de la fuerza naval no pudiesen verlas [124].

Cuando el heraldo hubo cruzado a Histiea, convocó 2
a todos los integrantes de la flota y les dijo lo siguiente: «Aliados [125], el rey Jerjes autoriza a todo el que lo desee a que abandone su puesto y vaya a ver cómo pelea contra las insensatas criaturas [126] que creyeron poder imponerse a sus fuerzas».

---

[123] En el texto griego aparece una histerología, ya que primero se alude a las hojas y luego a la tierra.

[124] Como señala R. W. Macan (*Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 388), «the figures and the farce are alike incredible: 20.000 men cannot have fallen at Thermopylai, still less could 19.000 have been so speedily interred; nor is it by any means certain that the Persian king would have caused them to be interred at all. [El zoroastrismo prohibía mancillar el agua, la tierra y el fuego, ya que eran elementos divinos —y un cadáver pasaba al control de *Ahrimán*, el principio del mal—, por lo que los muertos, entre los Magos, eran presa de las bestias carroñeras, como ocurre en la actualidad en la India con los Parsis de la zona de Bombay; los persas, por su parte, practicaban una especie de embalsamamiento; cf. I 140, y J. Duchesne-Guillemin, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, págs. 159 y sigs.] Nor, had the king attempted such a fraud, could he have hoped to silence men's tongues, or befool their eyes... The anecdote seems to be part of the comic Nemesis which Greek anecdote-mongers inflicted upon Xerxes».

[125] Heródoto, según su habitual *interpretatio graeca* (cf. C. Schrader, «La investigación histórica en Heródoto», *Estudios en homenaje a A. Beltrán*, Zaragoza, 1986, pág. 676), está utilizando un término típicamente griego. El aliado (en griego, *sýmmachos*) debe entenderse, en este caso, en el sentido de que el Estado que ha capitulado (y todos los integrantes de la flota eran vasallos de los persas) tiene que aportar un determinado número de tropas como apoyo militar cuando el vencedor al que estaba sometido lo solicitaba.

[126] La base teológica de la realeza persa hacía que su poder fuese considerado como la emanación de la potencia cósmica de *Ahuramazda*

25 Tras esta proclama, nada escaseó acto seguido tanto como las embarcaciones; tan numerosos eran los que deseaban contemplar el espectáculo. Transportados a la otra orilla [127], pasaron por entre los cadáveres y los estuvieron contemplando; y todos creían que la totalidad de los caídos [128] eran lacedemonios [129] y tespieos [130], aunque tam-
2 bién estaban viendo a los hilotas [131]. Sin embargo, los que habían cruzado el estrecho no dejaron de advertir, ni mucho menos, lo que Jerjes había hecho con los cadáveres de sus soldados. Es más, el panorama resultaba realmente cómico: por parte persa se veían mil cadáveres [132], mien-

---

(cf. nota VII 61), por lo que el monarca se creía el dueño del mundo. Cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, pág. 231.

[127] Es decir, desde Eubea a la orilla del golfo Malíaco, a través del canal de Oreo (el estrecho a que se alude más adelante).

[128] De los caídos por parte griega.

[129] Dado que lacedemonios eran todos los habitantes de Lacedemonia, la región del Peloponeso sudoriental, incluidos los periecos (cf. nota VI 288) y los hilotas, hay que entender aquí una referencia a los espartiatas, los ciudadanos de pleno derecho, miembros de la clase dominante y descendientes de los antiguos inmigrantes dorios. Cf. V. EHRENBERG, «Spartiaten und Lakedaimonier», *Hermes* 59 (1924), págs. 23 y sigs.; y F. GSCHNITZER, *Griechische Sozialgeschichte von der mykenischen bis zum Ausgang der klassischen Zeit*, Wiesbaden, 1981, págs. 96-99.

[130] Tespias, localidad de Beocia, en el valle del río Asopo, había enviado a las Termópilas 700 hoplitas (cf. VII 202).

[131] Cf. nota VII 1071, y M. I. FINLEY, *Economy and Society in Ancient Greece*, Nueva York, 1982, págs. 123 y sigs.

[132] H. STEIN, *Herodotos. Buch VIII...*, pág. 19, consideraba que en el texto griego falta algún término relativo a los cadáveres persas (como, por ejemplo, «diseminados»). La comicidad puede, pues, interpretarse en dos sentidos: o que todos los cadáveres griegos estaban agrupados en un mismo lugar, mientras que los de los persas se hallaban diseminados a lo largo del paso, o que resultaba absurdo poder admitir que mil persas hubiesen dado muerte a un número muy superior de griegos.

tras que los griegos —en número de cuatro mil [133]— se encontraban todos juntos, al haber sido reunidos en el mismo lugar [134]. Durante aquel día los persas se dedicaron 3
a contemplar el espectáculo; y, al día siguiente, los unos zarparon en dirección a Histiea para embarcarse, en tanto que Jerjes y sus tropas se dispusieron a emprender la marcha [135].

Avance persa por Grecia Central. Nuevo ejemplo del talante de los griegos

Entonces salieron a su encuentro unos 26
desertores; se trataba de unos pocos arcadios que carecían de medios de vida y que deseaban que les diesen trabajo [136]. Los persas, por su parte, los condujeron a presencia del rey y les preguntaron qué era lo que estaban haciendo los griegos (un único portavoz persa fue quien les formuló esa pregunta). Los arcadios les dijeron que 2

---

[133] Dado que en las Termópilas hallaron la muerte casi todos los 700 tespieos y los 300 espartiatas que habían acudido a defender el desfiladero (cf. VII 202), pues el resto de los peloponesios se había retirado (cf. VII 222), y los tebanos se pasaron a los persas (cf. VII 233), habría que pensar que la cifra de hilotas que acompañaba a los espartiatas era de tres millares. Pero, como esto está en contradicción con lo que indica el historiador en VII 229, 1, pasaje del que se deduce que a cada espartiata lo acompañaba un solo hilota (a diferencia de lo que ocurrió en Platea; cf., *infra,* IX 29, 1), hay que suponer que esta cifra retoma la del epigrama citado en VII 228, 1.

[134] Probablemente en la colina a donde se retiraron los griegos antes de ser aniquilados (cf. VII 225, 2-3).

[135] En dirección a Atenas. El avance persa por Grecia Central es relatado a partir del capítulo 31.

[136] Como mercenarios y guías cuando Jerjes lograra invadir el Peloponeso, en cuya zona central se encuentra Arcadia. Dado lo montañoso de la región, en la que las condiciones de vida eran duras, tenemos otros testimonios de la actuación de arcadios como mercenarios (cf. TUCÍDIDES, III 34; VII 57-58). No obstante, en la Segunda Guerra Médica, la mayoría de los arcadios se opuso a los persas (cf. VII 202, y nota VII 970).

los griegos estaban celebrando los Juegos Olímpicos [137]; es decir, que debían de estar asistiendo a unos certámenes atléticos y ecuestres [138]. Y, al preguntar acto seguido el persa que cuál era el premio que tenían establecido en sus competiciones, los arcadios le respondieron que al vencedor se le concedía una corona de olivo [139].

Fue en aquellos momentos cuando Tritantecmes, hijo de Artábano [140], fue tachado de cobarde por el monarca

---

[137] Cf. VII 206, 2 y nota VII 989.

[138] Los festivales de Olimpia duraban siete días, celebrándose las competiciones del segundo al sexto (en el primero y el último tenían lugar las ceremonias rituales y los sacrificios). Durante el segundo día se celebraban los concursos infantiles; en el tercero comenzaban las carreras de adultos (velocidad, medio fondo, y fondo, equivalentes a un estadio en línea recta [= 192 m.]; al doble estadio, o *díaulo* [= 384 m.]; y a veinticuatro veces un estadio, o *dólico* [= 4.608 m.]); y por la tarde de esa jornada, y la mañana de la siguiente, tenían lugar las pruebas de lucha, pugilato y pancracio (una especie de lucha libre); por la tarde del cuarto día se celebraba la carrera con armas pesadas (al principio con una panoplia completa y luego sólo con el escudo hoplítico); en el quinto día se desarrollaban las pruebas del pentatlo (un conjunto de cinco disciplinas: salto de longitud, luchas, lanzamientos de disco y jabalina, y carrera de velocidad); el sexto día tenían lugar las carreras de carros, las pruebas que más interés despertaban, y las de caballos. Cf. C. Durántez, *Las Olimpíadas griegas* [s.l.], 1977, págs. 231 y sigs.

[139] Como los otros grandes juegos panhelénicos, los Juegos Olímpicos eran *agônes stephanîtai;* es decir, certámenes en que la recompensa para el vencedor de cada prueba no era material, sino que consistía en una rama de olivo sagrado (cf. Píndaro, *Ol.* III 27) que se les entregaba el último día de los festivales (cf. Pausanias, V 15, 3). No obstante, los vencedores solían recibir grandes recompensas por parte de sus ciudades natales (sumas de dinero, el derecho a ser mantenidos de por vida en el *pritaneo* de la ciudad, etc.). Cf. Platón, *Apología* 36d; *República* 465d; Plutarco, *Solón* 23; y C. Durántez, *o.c.*, págs. 188 y sigs.

[140] Tritantecmes era uno de los seis generales en jefe del ejército persa (cf. VII 82, y Apéndice VI al libro VII). Sobre Artábano, que era tío de Jerjes, cf. nota VII 76.

al expresar una opinión que denotaba gran nobleza. Resulta 3 que, al enterarse de que el premio consistía en una corona y no en dinero, no pudo guardar silencio y exclamó delante de todos: «¡Ay, Mardonio, contra qué clase de gente nos has traído a combatir! ¡No compiten por dinero, sino por amor propio[141]!»

Excurso sobre la ancestral enemistad existente entre tesalios y focenses

Eso fue, en definitiva, lo que mani- 27
festó Tritantecmes.

En el ínterin —inmediatamente después del desastre acaecido en las Termópilas—, los tesalios enviaron un heraldo a los focenses, ya que abrigaban hacia ellos un odio inveterado[142], que se había visto particularmente acrecentado a raíz de su último desastre. Resulta que, no muchos años 2
antes de la expedición de Jerjes que nos ocupa[143], los te-

---

[141] Literalmente, «por *aretḗ*» (cf. nota VII 504). Al igual que su padre Artábano (cf. IV 83; VII 46, 4), Tritantecmes se manifiesta aquí como un sabio consejero (cf. D. Fehling, *Die Quellenangaben bei Herodot*, Berlín-Nueva York, 1971, págs. 145 y sigs.), si bien la anécdota es típicamente griega, al exaltar la *aretḗ*, frente al dinero, un tema típico de la cultura aristocrática arcaica (cf. Hesíodo, *Trabajos*, 320 y sigs.; Solón, fr. 1 Diehl; etc.). La alusión a Mardonio (cf. notas VI 203, y VII 27) está motivada porque había sido un decidido partidario de la expedición contra Grecia (cf., *supra*, VII 9). Su figura presenta, en la obra de Heródoto, rasgos negativos por la helenofobia que le atribuyeron los griegos, recordando su primera incursión contra Grecia (cf. VI 43 y sigs.) y su permanencia en la Hélade, tras la partida de Jerjes, hasta el año 479. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 634, nota 1.

[142] De esa enemistad tradicional, motivada por la vecindad de ambas regiones, daba buena prueba el «muro focense», erigido en las Termópilas (cf. VII 176, 3-5), para evitar las correrías de los tesalios por la Fócide.

[143] No puede establecerse la cronología de esta guerra, pero, dado que, en VII 145, 1, no se alude explícitamente a un estado de beligerancia entre focenses y tesalios, se ha supuesto que las hostilidades aquí narradas (respecto a las cuales Plutarco, *Moralia* 244, y, sobre todo, Pausa-

salios, en unión de sus aliados [144], habían invadido Fócide con todos sus efectivos y habían sido derrotados por los focenses, sufriendo un serio revés.

3 Los focenses, que tenían consigo al adivino Telias de Élide [145], habían sido bloqueados en el Parnaso [146], cuando, en esa tesitura, el tal Telias los salvó con la siguiente estratagema [147]: hizo que los seiscientos soldados focenses más valerosos se embadurnasen el cuerpo, así como las armas, con yeso, y los lanzó de noche contra los tesalios después de haberles ordenado que matasen a todo el que
4 no vieran pintado de blanco. Pues bien, los centinelas tesalios, que fueron los primeros en verlos, creyeron que se trataba de un extraordinario prodigio y huyeron aterrorizados; y, tras los centinelas, hizo lo propio el ejército, de manera que los focenses se apoderaron de cuatro mil cadáveres [148] y otros tantos escudos, la mitad de los cuales

---

NIAS, X 1, dan una información más detallada, aunque no exenta de problemas) tuvieron lugar a finales del siglo VI a. C.

[144] Posiblemente los pueblos mencionados en VII 132, 1: dólopes, enianes, perrebos, locros, magnesios, melieos y aqueos de Ftiótide (cf. nota VII 629). A no ser que el término haga, simplemente, referencia a la actuación unitaria de las diferentes ciudades tesalias en política exterior tras reunirse sus delegados (cf. J. A. O. LARSEN, *Greek Federal States*, Oxford, 1968, págs. 12-26; 281-294).

[145] Región noroccidental del Peloponeso. Telias pertenecía a la familia de los Telíadas, un clan de afamados adivinos (cf., *infra*, IX 37). Sobre la importancia y el prestigio de la mántica en Élide, cf. nota V 191, y G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 190.

[146] Macizo montañoso de Fócide, de 2.459 m. de altitud en su punto más elevado.

[147] Que tuvo lugar en una noche de luna llena, con lo que se conseguía el efecto deseado. Cf. POLIENO, *Strategemata*, 6, 18; PAUSANIAS, X 13, 7; y P. ELLINGER, «Sur les mythes de la guerre d'anéantissement», *Quaderni Urbinati Cultura Classica* 29 (1978), págs. 7 y sigs.

[148] Lo cual debe de ser un indicio de que, una vez desatado el pánico

los consagraron en Abas [149], y la otra mitad en Delfos. (Por cierto que la décima parte del botín obtenido en esa batalla sirvió para esculpir las grandes estatuas que, delante del templo de Delfos, están agrupadas alrededor del trípode, así como otras similares que se hallan consagradas en Abas [150].)

Esto fue, en suma, lo que hicieron los focenses con 28
la infantería de los tesalios mientras esta última los estaba asediando. Por lo que se refiere a la caballería tesalia [151] (que había invadido su territorio), le infligieron una terrible derrota [152]: justo en el desfiladero que se halla en las inmediaciones de Hiámpolis [153] abrieron una gran zanja, depositaron en su interior unas ánforas vacías y, tras recubrirlas de tierra y nivelar la excavación a la altura del terreno circundante, aguardaron el ataque del enemigo. Y,

---

entre las filas tesalias por la irrupción de los 600 soldados embadurnados de yeso, el resto del ejército focense atacó en masa.

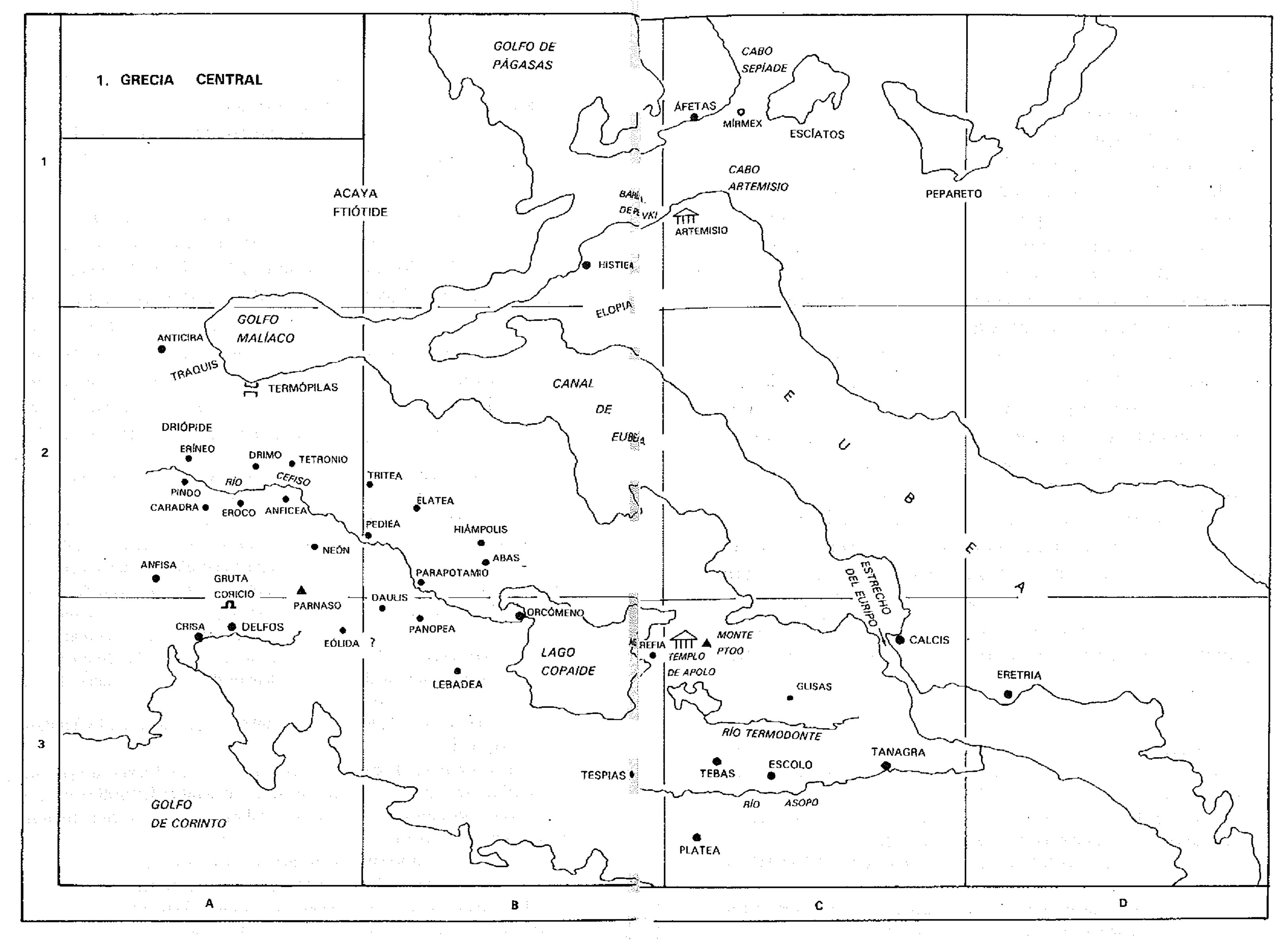
[149] Localidad de Fócide nororiental, próxima a la frontera beocia, donde existía un santuario consagrado a Apolo y un oráculo (cf. I 46, 2).

[150] Según Pausanias, X 13, 7, el grupo escultórico ofrendado en Delfos representaba a Heracles y Apolo porfiando por la posesión del trípode sagrado (el sitial desde el que emitía sus respuestas la Pitia), a quienes intentaban calmar Leto, Ártemis y Atenea. Dado que el santuario de Abas fue saqueado por los persas (cf., *infra,* VIII 33), las estatuas que Heródoto contempló en dicho lugar debían de ser unas copias de las originales.

[151] La fuerza de choque más importante con que contaban los tesalios (cf. V 63, 3-4).

[152] Literalmente, «la dañaron irremediablemente». En el texto griego, el adverbio que aparece *(anēkéstōs)* tiene un significado médico y hace referencia a las consecuencias, en los caballos del enemigo, de la trampa ideada por los focenses.

[153] Localidad nororiental de Fócide (a unos 2 km. al oeste de Abas), en la ruta que, desde Lócride oriental, atravesaba aquella región hasta el valle del río Cefiso. Cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description of Greece,* Nueva York, 1965 (= 1898), V, págs. 442 y sigs.



1. GRECIA CENTRAL
GOLFO DE PÁGASAS
CABO SEPÍADE
ÁFETAS
MÍRMEX
ESCÍATOS
PEPARETO
CABO ARTEMISIO
ARTEMISIO
ACAYA FTIÓTIDE
HISTIEA
ELOPIA
GOLFO MALÍACO
ANTICIRA
TRAQUIS
TERMÓPILAS
CANAL DE EUBEA
E U B E A
DRIÓPIDE
ERÍNEO
DRIMO
TETRONIO
RÍO CEFISO
PINDO
CARADRA
EROCO
ANFICEA
TRITEA
ELATEA
PEDIEA
HIÁMPOLIS
ABAS
NEÓN
ANFISA
GRUTA CORICIO
PARNASO
DAULIS
PARAPOTAMIO
ORCÓMENO
PANOPEA
CRISA
DELFOS
EÓLIDA ?
LEBADEA
LAGO COPAIDE
TEMPLO DE APOLO
MONTE PTOO
ESTRECHO DEL EURIPO
CALCIS
ERETRIA
GLISAS
RÍO TERMODONTE
TANAGRA
TESPIAS
TEBAS
ESCOLO
RÍO ASOPO
PLATEA
GOLFO DE CORINTO
1
2
3
A
B
C
D

cuando los tesalios se lanzaron a la carga, convencidos de que iban a aniquilar a los focenses, cayeron en las ánforas, donde los caballos se rompieron las patas.

29 Como es lógico, los tesalios estaban resentidos con ellos debido a esas dos estratagemas; así que enviaron un heraldo y les dijeron lo siguiente: «Focenses, reconoced de una vez por todas que [154] no podéis compararos con
2 nosotros: hasta ahora, mientras los intereses de la Hélade nos resultaban atractivos, en Grecia hemos sido superiores a vosotros absolutamente siempre [155]; y, en estos momentos, tenemos tanta influencia ante el Bárbaro [156] que está a nuestro alcance que os veáis despojados de vuestra tierra y reducidos, incluso, a la condición de esclavos. Todo depende de nosotros, pero, no obstante, no os guardamos rencor; mirad, como desagravio, facilitadnos cincuenta talentos de plata [157] y nos comprometemos a alejar la amenaza que se cierne sobre vuestro país».

30 Esto fue lo que les exigieron los tesalios. Resulta que los focenses eran el único pueblo de la zona [158] que no había abrazado la causa de los medos, sin más razón para ello (de acuerdo con los resultados a que me han llevado
2 mis deducciones) que su odio hacia los tesalios. En mi opinión, si los tesalios se hubiesen alineado con los grie-

---

[154] O bien, como sugieren W. W. How, J. Wells (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 243), «cambiad de una vez por todas de actitud y reconoced que...».

[155] Posible alusión a la supremacía de los tesalios sobre los focenses en la Anfictionía pileo-délfica (cf. nota VIII 47).

[156] Ya que los tesalios se habían sometido a Jerjes (cf. VII 174; 233, 2).

[157] Algo más de 1.295 kg.

[158] De la zona de Grecia Central que comprendía las regiones de Dóride, Fócide, Lócride y Beocia.

gos, los focenses habrían abrazado la causa de los medos[159].

Ante esa exigencia de los tesalios, los focenses respondieron que no iban a entregarles dinero, ya que, si sus intenciones fuesen otras, también ellos podían abrazar —como habían hecho los tesalios— la causa de los medos; sin embargo, no iban a traicionar a Grecia por propia iniciativa.

Los persas conquistan Dóride y Fócide, penetrando en Beocia

Al serles transmitida esa respuesta, los 31
tesalios, indignados con los focenses, decidieron guiar al Bárbaro en su avance. Desde la región de Traquis, pues, irrumpieron en Dóride[160] (por esa zona se extiende una estrecha franja de tierra de la Dóride —de

[159] Por la habitual enemistad reinante en Grecia entre pueblos vecinos. PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 35, critica duramente esta afirmación del historiador, pero, como observa A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 171), «è usuale in Erodoto un atteggiamento volutamente dissacratorio, che egli usa quasi come una difesa contro le troppo alte tensioni retoriche e le prese di posizione unilaterali. Cosi, degli spartani egli esalta l' *aretē*, ma anche sottolinea con insistenza atti o modi ispirati a viltà; degli ateniesi esalta la dedizione alla causa patriottica, ma rileva meschinerie e avidità di capi e improvvida cecità di popolo. Quello che appariva a Plutarco frutto di un' accanita malignità, sorgeva da una volutamente disincantata e severa visione della storia, aliena dalle deformazioni propagandistiche».

[160] Región de Grecia Central, al sur de Mélide. Pese a que Heródoto parece considerar que todo el ejército persa avanzó por la ruta que enlazaba Traquis con el curso alto del Cefiso, la invasión de Grecia Central no debió de realizarse por una única vía (si Jerjes hubiera pasado con todas sus fuerzas por Dóride, carecería de sentido la lucha por la posición de las Termópilas). Es probable que los contingentes persas progresaran divididos en tres cuerpos de ejército, como hasta la fecha había ocurrido, desde el cruce del Helesponto, por todas aquellas zonas de dudosa lealtad o que había que someter (cf. VII 121, 2-3, y nota VII 582,

unos treinta estadios de anchura [161], poco más o menos—, que, situada entre Mélide y Fócide, constituía antaño la Driópide; y por cierto que esa región es la patria originaria de los dorios del Peloponeso [162]). Pues bien, al irrumpir en Dóride, los bárbaros no saquearon su territorio, pues los habitantes habían abrazado la causa de los medos y, además, a los tesalios no les pareció oportuno [163].

32 Desde Dóride irrumpieron acto seguido en Fócide [164], pero no pudieron capturar a los focenses propiamente dichos: parte de ellos había ascendido a las zonas altas del Parnaso (la cima del Parnaso, que se alza en solitario en las inmediaciones de la ciudad de Neón, y que recibe el nombre de Titórea [165], es particularmente apropiada para

para el avance por Tracia; y nota VII 614, para el paso de Macedonia a Tesalia). Un cuerpo de ejército, en el que presumiblemente figuraría el propio Jerjes, debió de seguir la ruta costera que, desde las Termópilas, bordeaba el canal de Eubea hasta el Golfo de Atalanta y luego torcía hacia el SW., en dirección a Hiámpolis (la única vía de acceso que permitía el avance de contingentes de caballería y de una considerable caravana de bagajes); un segundo cuerpo de ejército seguiría la ruta aquí indicada por el historiador; y el tercero progresaría por la ruta intermedia que, desde las Termópilas, llevaba a Elatea. Cf., para una pormenorizada descripción de la invasión persa de Grecia Central, E. W. Case, G. J. Szemler, «Xerxes' march through Phokis», *Klio* 64 (1982), págs. 353 y sigs.

[161] Unos 5,3 km. La franja aquí aludida constituía la zona nororiental de Dóride.

[162] Cf., *supra*, I 56, 3. Tenemos en la *Historia* (cf. VI 52, 1) una nueva mención a la invasión doria; cf. nota VI 249, y M. B. Sakellariou, *Peuples préhelléniques d'origine indo-européenne*, Atenas, 1977, págs. 255 y sigs., para la población de la Driópide en el segundo milenio a. C.

[163] Dado que Jerjes no debía de acompañar a este cuerpo de ejército, es presumible que hubiese ordenado a los generales del mismo que siguieran las indicaciones de los guías tesalios.

[164] Siguiendo el curso del río Cefiso.

[165] A unos 6 km. al sur de Neón, en Fócide Central (cf. Pausanias, X 32, 8). El macizo del Parnaso cuenta con dos cimas próximas entre

albergar a mucha gente; de ahí que los focenses subieran a ella sus pertenencias y luego ascendieran ellos), mientras 2
que la mayoría [166] se habían trasladado a la ciudad de Anfisa [167], en territorio de los locros ózolas [168], que se halla emplazada al norte de la llanura de Crisa [169].

Los bárbaros realizaron correrías por toda la Fócide, pues los tesalios guiaban a las tropas con ese propósito; y todas las zonas que fueron ocupando las incendiaron y las talaron, haciendo que tanto las ciudades como los santuarios fuesen pasto de las llamas.

---

sí y de similar altitud (cf. nota VIII 146); de ahí que en la Antigüedad se lo llamara *biceps* (cf. OVIDIO, *Metamorfosis,* I 316; II 221; LUCANO, *Farsalia,* V 72). PLUTARCO (*Sila* 15) afirma que en Titora (así llama a la cima aquí citada por Heródoto) había existido antiguamente una fortaleza, donde debieron de refugiarse los focenses ante la invasión persa. Neón fue destruida en el año 354 a. C., con ocasión de la «Guerra Sagrada» contra los focenses (cf. PAUSANIAS, X 2, 4; M. SORDI, «La terza guerra sacra», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 86 (1958), págs. 134 y sigs.), y, al ser reconstruida, pasó a llamarse como la cima del Parnaso que dominaba la zona; cf. J. G. FRAZER, *Pausanias' Description...,* V, páginas 402 y sigs.

[166] Probablemente las mujeres, los niños y los hombres que no podían empuñar las armas.

[167] A unos 12 km. al NW. de Delfos.

[168] Los habitantes de la llamada Lócride occidental, en la costa septentrional del Golfo de Corinto (cf. nota VII 972, y PAUSANIAS, X 38, 1-4). Sobre los diferentes locros que menciona Heródoto a lo largo de su obra, cf. G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...,* pág. 263.

[169] Antigua localidad de Fócide, a unos 3 km. al W. de Delfos, que fue destruida con ocasión de la «Primera Guerra Sagrada», un conflicto que se desarrolló, entre 596-590 a. C. (es decir que la ciudad no existía en tiempos de Heródoto), por la acusación, lanzada por los delfios, de que Crisa cobraba una exacción a todos los peregrinos que se dirigían por mar al santuario. El territorio de Crisa fue dedicado a Apolo Delfio. Cf. H. BENGTSON, *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit,* Munich, 4.ª ed., 1969, pág. 87, nota 5.

33 En su avance por Fócide siguieron el curso del río Cefiso [170] y lo devastaron todo, reduciendo a cenizas la ciudad de Drimo, así como las de Caradra, Eroco, Tetronio, Anficea, Neón, Pediea, Tritea, Elatea, Hiámpolis, Parapotamio y Abas [171], donde había un rico santuario de Apolo provisto de *tesoros* [172] y de abundantes ofrendas (por cierto que allí había entonces —y lo sigue habiendo todavía— un oráculo [173]). También saquearon ese santuario y luego lo quemaron. Asimismo, persiguieron a algunos focenses, capturándolos cerca de las montañas, y causaron la muerte de algunas mujeres al violarlas en masa.
34 Después de pasar por Parapotamio, los bárbaros llegaron a Panopea [174]. A partir de allí, el ejército persa se dividió en dos grupos que, en lo sucesivo, siguieron rutas diferentes [175]. El grueso de las tropas, incluidos los mejo-

---

[170] Que nace en Dóride (cf. Pausanias, X 33, 4), sigue un curso de W. a E., y desembocaba en el lago Copaide (desecado desde el año 1886), en Beocia, en territorio de Orcómeno.

[171] Las doce ciudades aquí mencionadas se encontraban todas en el valle del río Cefiso. Las ocho primeras, y la penúltima, se hallaban en la ruta más occidental de las tres que debió de seguir el ejército persa (aunque se ignora la situación exacta de Pediea y Tritea, que, entre las fuentes antiguas, sólo aparecen citadas en este pasaje de Heródoto). Por su parte, Elatea, Hiámpolis y Abas se encontraban en la ruta que, presumiblemente, siguió el cuerpo de ejército central (cf. nota VIII 160). Para el emplazamiento concreto de la mayoría de estas ciudades, cf. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth...*, I, págs. 402-404; y J. G. Frazer, *loc. cit.* en nota 165.

[172] Edificios destinados a albergar las ofrendas de una ciudad, o de un particular, a la divinidad.

[173] Cf., *supra,* I 46, 2; VIII 134, 1.

[174] En la margen derecha del río Cefiso, junto a la frontera con Beocia (cf. Pausanias, X 4, 1).

[175] Según Heródoto (vid. el cap. siguiente), la división del ejército persa tuvo por objeto enviar un destacamento a tomar Delfos (pero cf.

res efectivos, se dirigió hacia Atenas, en unión del propio Jerjes, e irrumpió en Beocia, concretamente en territorio de Orcómeno [176]. Y por cierto que toda la población de Beocia abrazaba la causa de los medos [177]; de ahí que soldados macedonios, enviados por Alejandro [178], se hubiesen distribuido por sus ciudades para protegerlas: su pro-

---

nota VIII 182). Suponiendo que los tres cuerpos de ejército que habían avanzado por Grecia Central se reunieran en Panopea, esta nueva división debía de responder al deseo de ocupar cuanto antes Falero, a fin de que la flota persa (cuyas operaciones hasta entonces habían estado coordinadas con las del ejército; cf. nota VII 1094) pudiera fondear allí (las naves de Jerjes aguardaron tres días en Histiea —cf. VIII 66, 1—, tras la visita de las dotaciones a las Termópilas, narrada en VIII 25, y llegaron a Falero tras tres días de navegación). Como esta estrategia sólo permite fijar un margen de cinco o seis días para que el ejército alcanzara Atenas (lo que supondría un promedio de más de 30 km. diarios, ya que de las Termópilas a Atenas [cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 51] hay más de 220 km.), cabe pensar que la columna que había seguido la ruta costera hasta Atalanta, y en la que figuraría el propio Jerjes, llegara a Panopea antes que las otras dos (que se habrían retrasado mientras devastaban Fócide), y que, desde allí, y mientras esperaba al resto de las fuerzas, el monarca destacara tropas de élite, incluida caballería, para ocupar Atenas (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, pág. 43). Aunque puede admitirse que estas tropas avanzaran por rutas —y con cronologías— diferentes (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 200), esta última afirmación del historiador hay que entenderla por su convencimiento de que un contingente persa marchó sobre Delfos.

176 Localidad situada a unos 14 km. al E. de Panopea y emplazada a orillas del lago Copaide (cf. Tucídides, IV 76, 3; Pausanias, X 4, 1).

177 Salvo Tespias y Platea, que fueron incendiadas por los persas (cf., *infra*, VIII 50, 2).

178 Alejandro I, Rey de Macedonia de 495 a 450 a. C., aproximadamente. Cf. nota VII 847, y A. Daskalakis, *The hellenism of ancient Macedonians*, Tesalónica, 1965, págs. 149 y sigs.

tección consistía en [179] demostrarle expresamente a Jerjes que los beocios eran partidarios de los medos.

Delfos se salva milagrosamente del ataque persa

35 Mientras esos efectivos del ejército bárbaro avanzaban, pues, por esa ruta, los demás contingentes, dejando a la derecha el Parnaso [180], se dirigieron contra el santuario de Delfos acompañados de unos guías. Y también ellos devastaron todas las zonas de Fócide que fueron ocupando (concretamente, incendiaron las ciudades de Panopea, Daulis y Eólida [181]).

2 La razón de que siguieran esa ruta, tras haberse separado del resto del ejército, se debía a que querían saquear el santuario de Delfos para mostrarle sus tesoros al rey Jerjes [182], porque, según tengo entendido, el monarca, de-

---

[179] Traduzco así, considerando catafórico el adverbio que aparece en el texto griego. De interpretarlo con valor anafórico, podría traducirse «...para protegerlas: lo hacían con su presencia, al objeto de demostrarle a Jerjes que...».

[180] Es decir, marchando por la ruta que, a través del famoso *schistḕ hodós* (donde, según la tradición, Edipo mató a Layo; cf. Sófocles, *Edipo Rey* 730), unía Panopea con Delfos, y que bordeaba el Parnaso por su vertiente meridional.

[181] Daulis se encontraba a unos 4 km. al W. de Panopea (cf. Pausanias, X 4, 7). Se ignora el emplazamiento de Eólida, que no es mencionada por ninguna otra fuente (la conjetura de Valckenaer, proponiendo Lilea [a partir de Estrabón, IX 2, 19; 3, 16; 4, 10; y Pausanias, IX 24, 1; X 3, 1; 8, 5; 33, 2], es adecuada paleográficamente, pero, dado que esta última localidad se hallaba a unos 20 km. al NW. del Parnaso, debe rechazarse por razones geográficas). Cf. P. Hoyle, «The old road to Delphi», *Illustrated London News* 257 (1970), pág. 24.

[182] El relato sobre la pretendida incursión persa contra Delfos es tendencioso (cf. J. E. Powell, *Herodotus. Book VIII*, Cambridge, 1939, *ad locum*) y tiene un origen delfio, en un intento de los sacerdotes de Apolo para paliar (como ocurrió con una serie de vaticinios exculpatorios; cf. VII 141, 3-4) la imagen propersa que habían dado durante la

bido a los incesantes comentarios que le hacía mucha gente, estaba mejor informado de todos los objetos destacables existentes en el santuario —y, especialmente, de las ofrendas de Creso [183], hijo de Aliates— que de lo que había dejado en su palacio.

Al enterarse de sus intenciones, los delfios fueron 36
víctimas del pánico más absoluto y, presas de un terror cerval, formularon al oráculo una consulta relativa a los tesoros sagrados, para saber si debían sepultarlos bajo tierra o trasladarlos a otro país. Sin embargo, el dios les prohibió cambiarlos de sitio, indicándoles que él, personalmente, se bastaba para proteger sus bienes. Entonces los 2
delfios, al oír esta respuesta, se preocuparon de su propia seguridad, por lo que enviaron a sus hijos y a sus mujeres

Segunda Guerra Médica (cf. las respuestas del oráculo a los atenienses [VII 140, 2-3], a los argivos [VII 148, 3], y a los cretenses [VII 169, 2]). Políticamente habría sido una inconsecuencia que Jerjes (a quien las fuentes antiguas, pese a tratarlo desfavorablemente, en ningún caso presentan como un personaje codicioso; cf. K. H. Waters, *Herodotus on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971, pág. 82) hubiese ordenado semejante medida, dada la actitud mostrada hasta entonces por el santuario y la sumisión que, salvo los focenses, le habían mostrado los pueblos de Grecia Central, integrantes de la Anfictionía pileo-délfica (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums*, III, Stuttgart, 1901, págs. 383 y sigs.). Lo más que podría aceptarse (cf. H. W. Parke, D. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, pág. 173) es que, de haberse producido, la incursión persa la hubiesen llevado a cabo elementos incontrolados, deseosos de pillaje, que habrían sido rechazados por los focenses del Parnaso (para otras hipótesis, cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, págs. 246-247). Parece, sin embargo, más consecuente admitir con C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 447) que «the whole story may easily have been invented by the Delphic priests without any foundation in fact».

[183] Cf., *supra*, I 50-51.

a la otra orilla del golfo [184] —a diferentes puntos de Acaya [185]—, mientras que la mayoría de ellos ascendieron a las cumbres del Parnaso, subiendo sus enseres a la gruta Coricio [186], y los demás buscaron asilo en la ciudad locra de Anfisa [187]. Todos los delfios, en suma, abandonaron su ciudad a excepción de sesenta hombres [188] y del profeta [189].

---

[184] A la otra orilla del Golfo de Corinto; es decir, al Peloponeso.

[185] Región septentrional del Peloponeso.

[186] Así llamada por el nombre de la ninfa a la que amó Apolo, el dios de Delfos (cf. PAUSANIAS, X 6, 3). La gruta (denominada en la actualidad *Sarandavli*, «las cuarenta salas», por la cantidad de estalactitas y estalagmitas que la dividen) se halla a 1.360 m. de altitud y dista de Delfos unos 3 km. en dirección NW. Consagrada a Pan y a las Ninfas (como revelan las inscripciones grabadas a la derecha y encima de la entrada), consta de una serie de cavidades, la primera de las cuales tiene 60 m. de longitud, por casi 30 de anchura y 12 de altura. En sus inmediaciones las mujeres de la zona celebraban, cada 5 años, fiestas nocturnas en honor de Dioniso (cf. ESQUILO, *Euménides* 22). Esta gruta ha servido, desde la Antigüedad hasta la última Guerra Mundial, de refugio a las gentes de la región en caso de invasión extranjera.

[187] Cf. nota VIII 167.

[188] Como sugiere D. FEHLING, *Die Quellenangaben bei Herodot...*, pág. 159, debe de tratarse de un número sexagesimal tópico, propio de tradiciones carentes de rigor histórico (cf. IV 87, 1; VI 9, 1; 95, 2; VII 148, 2; VIII 138, 2). No obstante, vid. R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 410, para otra posible interpretación.

[189] Es decir, el sacerdote que «habla en nombre» del dios, de Apolo. Su cometido en Delfos era el de dar coherencia lingüística a los vaticinios emitidos por la Pitia, la mujer que, en el santuario de Apolo Pitio —de ahí su nombre, en recuerdo de la serpiente Pitón, a la que el dios dio muerte en el lugar en que luego se erigió el templo—, en Delfos, pronunciaba los oráculos mediante los cuales Apolo manifestaba a los hombres la voluntad de Zeus; sobre sus orígenes y procedimientos de éxtasis en la expresión de los oráculos, cf. K. LATTE, «The coming of the Pythia», *Harvard Theological Review* 33 (1940), págs. 9 y sigs.

Cuando los bárbaros, en el curso de su avance, se 37 encontraban cerca (en concreto, podían divisar el santuario), justo entonces el profeta, cuyo nombre era Acérato, vio depositadas delante del templo las armas sagradas [190], que ningún ser humano podía tocar sin incurrir en sacrilegio y que habían sido trasladadas allí desde el interior del *mégaron* [191]. El sacerdote fue, pues, a informar del pro- 2
digio a los delfios que se habían quedado con él; y, entretanto, cuando los bárbaros, que avanzaban a marchas forzadas, se hallaban a la altura del santuario de Atenea Pronaya [192], les sucedieron una serie de prodigios aún más formidables que el que acababa de producirse. Realmente lo ocurrido (que unas armas de combate aparezcan por sí solas depositadas fuera del templo) ya constituye algo sumamente sorprendente. Pero no hay duda de que los fenómenos que se produjeron inmediatamente después son susceptibles de provocar una admiración superior, incluso, a la de cualquier otro portento. Resulta que, cuando en 3

[190] Las armas con las que Apolo había matado a la serpiente Pitón (cf. Ovidio, *Metamorfosis,* I 445-447; Plutarco, *Quaest. Graec.* 12; *De Delf. Orac.* 15; Eliano, *Historias Varias,* III 1; Pausanias, II 30, 3; Higinio, *Fab.* 140), fundamentalmente el carcaj, el arco y las flechas, que adornaban la estatua de oro de la divinidad situada en el *manteîon* de su templo.

[191] Cf. nota VII 669. Se trata del *manteîon,* el lugar en el que la divinidad dictaba a la Pitia sus vaticinios, donde se alzaba la imagen áurea de Apolo, el trípode en el que tomaba asiento la Pitia y el *omphalós,* la piedra sagrada donde se habían posado dos águilas enviadas por Zeus para señalar el centro de la Tierra (por eso Delfos era el «ombligo» del mundo), el único objeto que se ha conservado hasta nuestros días.

[192] Es decir, de Atenea *Guardiana del templo* (aunque Pausanias, X 8, 6, para darle al nombre un sentido moral, presenta la forma *Prónoia,* «Providente»), a unos 2,5 km. al E. del templo de Apolo. Cf. R. Demangel, *Le sanctuaire d' Athéna Pronaia,* París, 1926.

el curso de su avance, los bárbaros se encontraban ya a la altura del santuario de [Atenea] Pronaya, de repente unos rayos procedentes del cielo [193] cayeron sobre ellos, mientras que del Parnaso se desprendieron dos peñascos [194], que, en medio de un gran estruendo, se precipitaron sobre ellos, aplastando a gran cantidad de soldados, y del santuario de la Pronaya surgió un clamor acompañado de un grito de guerra.

38 La concurrencia de todos esos prodigios había hecho que el terror se apoderara de los bárbaros. Además, los delfios, al percatarse de que sus enemigos se daban a la fuga, bajaron en su persecución [195] y mataron a un buen número de adversarios, en tanto que los supervivientes huyeron en dirección a Beocia [196].

---

[193] Presumiblemente, estando el cielo despejado, con lo que el fenómeno adquiriría carácter sobrenatural. Cf. R. CRAHAY, *La littérature oraculaire chez Hérodote*, París, 1956, pág. 84.

[194] ÉFORO (= DIODORO, XI 14, 2-4), racionalizando la historia, consideraba que la causa de que se desprendieran rocas de la falda del Parnaso (concretamente de la peña Hiampea; cf. nota VIII 201) estuvo motivada por una tempestad. El 26 de mayo de 1905 una violenta tormenta volvió a producir otro desprendimiento, cayendo tres rocas que destrozaron doce columnas y la zona Este del peristilo del templo.

[195] ¿Desde el *témenos* de Apolo, donde presumiblemente estarían refugiadas las 60 personas citadas en VIII 36, 2? Pese a lo que opina PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 52, nota 1: «il s' agit de la soixantaine d' hommes restés dans l' enceinte du sanctuaire, sur la terrasse que supportait le temple. Pour traquer et pourfendre des fuyards terrifiés, pas n' était besoin d' une forte troupe»), de haber sido cierto lo que cuenta Heródoto, es inverosímil pensar que el contraataque delfio se hubiera realizado por tan pocas personas (pero cf. nota VIII 188).

[196] Presumiblemente por la misma ruta que habían seguido desde Panopea. Según JUSTINO, II 12, 8, los efectivos persas que marcharon sobre Delfos ascendían a 4.000 hombres. Que el historiador no mencione la cifra exacta de caídos es un indicio más de la ahistoricidad del episodio

Esos efectivos bárbaros que lograron regresar de esta misión relataron, según tengo entendido, que, además de los citados, pudieron observar, asimismo, otros fenómenos sobrenaturales; concretamente, que dos hoplitas de una estatura sobrehumana [197] se lanzaron a por ellos y estuvieron matándolos y persiguiéndolos.

Por cierto que, al decir de los delfios, esos dos ho- 39
plitas eran Fílaco y Autónoo, unos héroes de la región [198],
cuyos recintos sagrados se hallan en las inmediaciones del
santuario; el de Fílaco al lado mismo del camino, encima
del santuario de la Pronaya [199], y el de Autónoo cerca de
Castalia [200], al pie de la peña Hiampea [201]. Por su parte, 2
los bloques de piedra que cayeron del Parnaso todavía en
mi época se conservaban intactos [202]: se hallaban en el re-

que narra, ya que los delfios no habrían dejado de erigir en el santuario una estela votivo-conmemorativa.

[197] Cf., *supra*, nota I 175.

[198] Sus nombres —algo típico de la tradición heroica délfica— son parlantes, ya que Fílaco significa «custodio», y Autónoo «persistente». También durante la invasión de los galos, en 279 a. C. (cf. PAUSANIAS, X 23, 1-2), se produjeron fenómenos de idéntica índole (terremotos, rayos), y apariciones de héroes, para rechazar a los enemigos.

[199] Al este del templo de Atenea Pronaya se ha encontrado una terraza con ruinas de dos edificios, el más occidental de los cuales puede tratarse del *hērōion* (cf. nota V 204) de Fílaco.

[200] La famosa fuente, a unos 700 m. al este del *témenos* de Apolo. Su agua se empleaba en los ritos lustrales, y su cauce, procedente de una estrecha garganta, separa las rocas Fedríadas. El *hērōion* de Autónoo no ha sido satisfactoriamente identificado (cf., no obstante, G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 216).

[201] La más oriental de las rocas Fedríadas (las «brillantes»), dos contrafuertes escarpados del Parnaso que bordean Delfos por el Norte, formando un ángulo obtuso, y que se elevan entre 200 y 300 m. por encima del santuario.

[202] En la actualidad aún pueden verse sus restos. Cf. E. BOURGUET, *Les ruines de Delphes*, París, 1914, págs. 10-11.

cinto sagrado de [Atenea] Pronaya, a donde fueron a parar al precipitarse por entre los bárbaros. Así fue, en definitiva, como esos contingentes se alejaron del santuario.

La flota griega fondea en Salamina

40 Entretanto la flota griega, que había abandonado el Artemisio [203], arrumbó sus naves a Salamina [204] a petición de los atenienses. La razón por la que los atenienses solicitaron a los aliados que fondeasen en Salamina tenía por finalidad poder evacuar personalmente a sus hijos y a sus mujeres del Ática, y, de paso, planear la estrategia a seguir, pues, dado que sus previsiones habían resultado erróneas, tenían la intención de mantener, en aquellos momentos, un cambio de impre-
2 siones sobre la situación [205]. Resulta que creían que iban a encontrar a los peloponesios apostados en Beocia con todos sus efectivos a la espera del Bárbaro, pero se encontraron con que no había el menor contingente [206]; más aún

---

[203] El historiador, tras la narración del avance persa por Dóride y Fócide, vuelve a ocuparse del relato de las operaciones de la flota griega, interrumpido en VIII 22.

[204] Cf. nota VIII 60. La flota griega pudo llegar a la isla en algo más de 36 horas (cf. nota VIII 38); es decir, por la mañana del segundo día que siguió a su abandono nocturno de la costa norte de Eubea.

[205] No parece verosímil que los griegos tuvieran que improvisar en estos momentos un nuevo plan estratégico. La posición de Salamina como lugar para librar batalla contra la flota persa, en el supuesto de que el enfrentamiento de Artemisio no resultara decisivo, había debido de ser escogida con bastante antelación. Cf. nota VIII 13, y J. F. Lazenby, «The strategy of the Greeks in the opening campaign of the Persian War», *Hermes* 92 (1964), págs. 264 y sigs.

[206] Esta suposición ateniense parece un doblete de la desilusión de la que se habla en IX 6 y sigs., o bien una idea —la de enfrentarse a los persas por tierra en Beocia— que sólo se planteó después de la batalla de Salamina (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III,

tenían noticias de que estos últimos, preocupados sobre todo por la salvación del Peloponeso —y con ánimo de mantenerlo a buen recaudo—, estaban construyendo un muro en el Istmo [207], sin cuidarse del resto de Grecia. Al tener noticias de ello fue por lo que solicitaron a los aliados que fondeasen en Salamina [208].

Evacuación del Ática

Todos los aliados, pues, pusieron rumbo a Salamina, en tanto que los atenienses se dirigieron a su propia ciudad [209]. 41
Y, a su llegada, lanzaron un bando según el cual cada ateniense debía poner a salvo a sus hijos y a sus familiares donde pudiera [210];

---

§ 222). En estos momentos, y tras la caída de las Termópilas, resultaba impensable poder detener a Jerjes en esa zona.

[207] Cf., *infra*, VIII 71, 1.

[208] Heródoto tiende a presentar (sin duda por el carácter de sus fuentes) toda la estrategia griega como el resultado de una serie de decisiones rápidas tomadas por iniciativa ateniense ante los hechos que se iban produciendo, con lo que se da una contraposición entre el carácter resuelto de los atenienses y la conducta egoísta y poco sensata de los aliados. Además, y como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 176), «il modo di presentare i fatti da parte di Erodoto provoca però più di un interrogativo sul piano storico. Prima di tutto appare improbabile che gli spartani, una volta cadute le Termopili, abbiano pensato di concentrare la flotta a Salamina se non nella prospettiva, concordata con gli ateniesi, di uno scontro nelle acque dell' isola; diversamente la protezione dello sgombero ateniese a Salamina sarebbe avvenuta al prezzo di lasciare scoperte le coste del Peloponneso di fronte agli attacchi della flotta barbara... Tutto lascia pensare che esistesse un piano concordato, che prevedeva appunto una battaglia navale a Salamina».

[209] Al puerto de Falero, situado al sur de Atenas (los trabajos de fortificación del nuevo complejo portuario del Píreo no se acometieron hasta después de las Guerras Médicas, terminándose en la década de los setenta).

[210] En el «Decreto de Trecén» (cf. apéndice VIII al libro VII) la evacuación del Ática se sitúa con anterioridad a la batalla del Artemisio,

de ahí que la mayoría los enviasen a Trecén, otros a Egina
2 y otros a Salamina [211]. Y por cierto que se apresuraron a evacuarlos al objeto de obedecer al oráculo [212] y, muy en especial, por el siguiente motivo: los atenienses aseguran que, en el interior del santuario [213], vive una gran ser-

---

pero los testimonios literarios coinciden en fecharla inmediatamente antes de la de Salamina (cf. LISIAS, II 30, 33 y 34; ISÓCRATES, IV 93; VI 83; VIII 43; XII 50; XV 233; ANDÓCIDES, I 107; HIPÉRIDES, VI 37; DEMÓSTENES, XVIII 204; XIX 303; LICURGO, *Contra Leócrates* 68; DIODORO, XI 13, 4; PLUTARCO, *Tem.* 10, 4; *Cimón* 5, 2; ELIO ARISTIDES, XIII 46; FRONTINO, I 3, 6; LIBANIO, IX 38; JUSTINO, II 12). Pese a que K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 51, rechazó la cronología propuesta por Heródoto al considerar que la población del Ática (que en esta época ascendería a unas ciento cincuenta mil personas; cf. A. W. GOMME, *The population of ancient Athens in the fifth and fourth centuries B. C.*, Chicago, 1967 (= Oxford, 1933), págs. 1-35, en particular pág. 26 y gráfico 1) no pudo haber sido evacuada en el corto plazo de ocho días (el tiempo que tardó la flota persa en arribar a Atenas, una vez concluidos los enfrentamientos de Artemisio), el traslado de los atenienses pudo haberse realizado de manera escalonada en ese plazo, sin que comenzara concretamente a la llegada de la flota ateniense a Falero, sino cuando en el Ática se conoció la caída de las Termópilas. Cf. A. DASKALAKIS, *Problèmes historiques autour de la bataille des Thermopyles*, París, 1962, págs. 189 y sigs.

[211] Es decir a tres lugares que, en caso de necesidad, podían ser abordados por la flota ateniense. Trecén se hallaba situada en la Argólide, en la costa sudoriental del golfo Sarónico (en el que también se encuentran las islas de Salamina —que constituía una *cleruquía* [cf. nota V 365] ateniense— y Egina), y, según la tradición, había sido la ciudad natal de Teseo, el héroe nacional ateniense (cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, págs. 357 y sigs.); de ahí los estrechos vínculos que mantenía con Atenas. Según PLUTARCO, *Tem.* 10, 5, los refugiados atenienses fueron acogidos calurosamente en Trecén (vid., además, F. J. FROST, *Plutarch's Themistocles*, Princeton, 1980, págs. 118-119).

[212] Al oráculo de Delfos, que había aconsejado a los atenienses abandonar su ciudad ante la invasión persa (cf. VII 140, 2; 141, 4).

[213] Probablemente el primitivo Erecteo (cf. FILARCO, fr. 72, *F. Gr. Hist.* 81), templo en honor del héroe ateniense Erecteo-Erictonio, una

piente [214] en calidad de guardiana de la Acrópolis; eso es lo que aseguran y, es más, todos los meses le hacen entrega de una ofrenda, como si realmente existiese (la ofrenda mensual consiste en una torta de miel). Pues bien, esa 3
torta de miel, que hasta entonces había sido consumida siempre, quedó a la sazón intacta. Cuando la sacerdotisa informó de lo ocurrido, los atenienses abandonaron la ciudad con mucho mayor empeño todavía, convencidos de que también la diosa había dejado la Acrópolis [215]. Y, tras haberlo puesto todo a salvo, zarparon para reunirse con la flota.

---

divinidad de carácter ctónico (cf. nota V 391), y de Atenea *Políade* (es decir, «protectora de la ciudad»), situado en la parte N. de la Acrópolis.

[214] Esta serpiente personificaba a Erecteo-Erictonio (cf. PAUSANIAS, I 24, 7; HIGINIO, *Fab.* 166), que había nacido de la germinación del semen de Hefesto, al tratar de forzar a Atenea, con la tierra. Como la serpiente era el símbolo ctónico de Atenea, Erecteo-Erictonio —al que crió la diosa en su templo— constituía su imagen teriomórfica (la serpiente había sido el atributo de la diosa minoica protectora de la casa, de la que se desarrolló la diosa guerrera protectora de la ciudad; cf. M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion,* I, Munich, 2.ª ed., 1955, págs. 348 y sigs.).

[215] Según PLUTARCO, *Temístocles* 10, 1-2, fue el estadista ateniense quien sugirió esa interpretación. El tema del abandono de una ciudad, a punto de caer en manos enemigas, por parte de las divinidades tutelares de la misma es tópico (cf. ESQUILO, *Siete* 304 y sigs.; EURÍPIDES, *Troyanas* 25; VIRGILIO, *Eneida,* II 351 y sigs.; HORACIO, *Odas,* II 1, 25; TÁCITO, *Historias,* V 13).

42 *Enumeración de las fuerzas navales griegas, con datos étnicos sobre los diversos contingentes*

Cuando los efectivos procedentes de Artemisio hubieron arrumbado sus naves a Salamina, el resto de la flota griega, al tener noticias de ello, hizo lo propio, acudiendo en bloque desde Trecén (pues, con antelación, había recibido la orden de reunirse en Pogón [216], el puerto de Trecén). Así se reunió un número de naves muy superior al que había combatido en Artemisio, procedentes, además, de un número superior de ciudades [217].

2 Por cierto que el *navarco* [218] que estaba al mando de la flota era el mismo que en Artemisio: Euribíades, hijo de Euriclides, un espartiata que, sin embargo, no era de sangre real [219]; no obstante, eran los atenienses quienes, con mucho, aportaban las naves más numerosas y veleras.

---

[216] A unos 2 km. al NE. de Trecén, frente a la isla de Calauria. Como en otros pasajes (cf. nota VIII 205), Heródoto no precisa la autoría de los planes operativos referentes a la campaña.

[217] En Salamina se alinearon por parte griega 54 navíos más de los que combatieron en Artemisio (378 frente a 324; aunque, para la primera cifra, cf. nota VIII 236, y A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques,* París, 1894, págs. 390-395). En Salamina participaron contingentes navales de Estados que no lo habían hecho en Artemisio (Hermíone, Ampracia, Léucade, Naxos, Citnos, Serifos, Sifnos, Melos y Crotón), en tanto que sólo los locros opuntios, que combatieron en Artemisio junto a los griegos con 7 penteconteros (cf. VIII 1, 1), se habían pasado a los persas.

[218] Cf. nota VIII 11. El término podía aplicarse al comandante de una sola nave, de una flotilla o de una escuadra. El empleo de dos tecnicismos diferentes aplicados a Euribíades, para reflejar su posición de almirante supremo en Artemisio (cf. VIII 2, 2) y Salamina, puede deberse al distinto carácter de las fuentes del historiador.

[219] Cf., *supra,* nota VII 846, y K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...,* II, 2, págs. 271-272.

La flota la integraban los siguientes efectivos [220]: del 43
Peloponeso figuraban los lacedemonios, que aportaban dieciséis naves, mientras que los corintios aportaban la misma cifra que en Artemisio [221].

Los sicionios aportaban quince naves; los epidaurios, diez; los trecenios, cinco; y los hermioneos, tres [222] (estos pueblos, a excepción de los hermioneos, son de raza doria y macedna, y, en última instancia, habían emigrado desde Eríneo, Pindo y la Driópide [223]; los hermioneos, por su

---

[220] El «Catálogo» de la flota griega se atiene en esta ocasión (cf. notas VIII 2 y 3) a un orden geográfico: Estados del Peloponeso (VIII 43); de la península, al norte del Peloponeso (VIII 44-45); de las islas (VIII 46); y del sur de Italia (VIII 47). Se ha pensado, pues, que esta enumeración puede deberse a una fuente peloponesia; pero, como observa A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 178), «il fatto che Atene avesse potuto contestare l' egemonia spartana non cancella la realtà che la flotta greca si presentava formalmente come strumento della lega peloponnesiaca, della quale probabilmente, dopo l'era tirannica, faceva parte anche Atene. Anche per una fonte ateniese doveva essere quindi ovvio seguire l' ordine che qui è osservato».

[221] Es decir, 40 navíos (cf. VIII 1, 1). No obstante, hay que suponer que ese número no estaba integrado estrictamente por las mismas naves, ya que los griegos habían sufrido pérdidas en Artemisio (cf. VIII 16; 17). Los diferentes Estados reemplazaron las pérdidas (como en el caso de los corintios), o incluso potenciaron sus efectivos (los lacedemonios combatieron en Salamina con seis naves más que en Artemisio; cf. VIII 1, 2).

[222] Hermíone (localidad situada en la extremidad sudoriental de la Argólide, a unos 15 km. al SW. de Trecén) no había enviado navíos al Artemisio. Sición y Epidauro combatieron, respectivamente, en Salamina con 3 y 2 naves más que en Artemisio. La cifra de los efectivos trecenios era la misma que en la batalla precedente.

[223] Cf. I 56, 3, y nota VIII 162. Eríneo (cf. TUCÍDIDES, I 107, 2) se hallaba en Dóride, y ya es mencionada por TIRTEO (fr. 2 DIEHL) como el punto de partida de los lacedemonios en dirección al Peloponeso. Pindo debía de ser una antigua localidad de Dóride (cf. ESTRABÓN 427),

parte, son dríopes que fueron expulsados, por Heracles y por los melieos, de la región que en la actualidad se denomina Dóride [224]).

44 Estos eran, en definitiva, los peloponesios que figuraban en la flota, mientras que los expedicionarios procedentes del continente, al norte del Peloponeso, eran los siguientes: ante todo, los atenienses, que aportaban ciento ochenta naves, un número equivalente al de todos los demás griegos juntos [225]; y ello por sí solos, pues los plateos no combatieron en Salamina al lado de los atenienses [226] debido, poco más o menos, al siguiente motivo: cuando los griegos, al retirarse del Artemisio, se encontraban a

aunque hay críticos que suponen que hace referencia a las estribaciones meridionales de la cadena montañosa de ese nombre (cf. PÍNDARO, *Pít.* I 63 y sigs.). Sobre la Driópide, cf. VIII 31. El término «macedno», aplicado a los dorios, plantea problemas interpretativos, y quizá estamos ante una tradición que relacionaba a los dorios, cuando estaban asentados en Tesalia, con sus vecinos del Norte, los macedonios (cf. W. W. How, J. WELLS, *Commentary Herodotus...*, I, pág. 78), o bien (dado que *makednós* en griego significa «alto») se refiere a una distinción gentilicia entre los dorios asentados al sur y al norte de la cadena del Pindo (cf. P. CHANTRAINE, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París, 1974, págs. 659-660).

[224] Los hermioneos, pues, constituían, según el historiador, un núcleo de población predoria en el Peloponeso. La expulsión de los dríopes por Heracles y los melieos (sobre la relación del héroe con Mélide, cf. nota VII 863) se debió a que habían profanado el santuario de Delfos (aunque la leyenda presenta variantes; cf. DIODORO, IV 37; APOLODORO, II 7, 7; PAUSANIAS, IV 35, 6). En general, vid. Y. BÉQUIGNON, *La vallée du Spercheios*, París, 1937, págs. 158 y sigs.

[225] Que alinearon en Salamina 198 naves. Las fuentes posteriores asignaron a los atenienses dos tercios del total de la flota (cf. TUCÍDIDES, I 74; DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 238, y nota 258 de la traducción, en esta misma colección, de A. LÓPEZ EIRE, *Demóstenes. Discursos políticos*, I, Madrid, 1980).

[226] Cosa que sí habían hecho en Artemisio (cf. VIII 1, 1).

la altura de Calcis [227], los plateos desembarcaron en la otra orilla —en Beocia— y se dedicaron a evacuar a sus familiares; de ahí que, por ponerlos a salvo, se quedaran rezagados.

Y por cierto que, en la época en que los pelasgos ocupaban el país que hoy en día se denomina Grecia, los atenienses eran pelasgos y recibían el gentilicio de cránaos [228]; en el reinado de Cécrope [229] recibieron el apelativo de ce- 2

---

[227] La ciudad más importante de Eubea, a orillas del Estrecho del Euripo. El desembarco de los plateos es una buena prueba de que la evacuación de la ciudad (como, presumiblemente, se hizo en Atenas) se decidió tras la caída de las Termópilas (cf. nota VIII 210). Sobre las levas extraordinarias que debieron de efectuarse en Atenas para que ese número de naves pudiera ser tripulado, cf. F. J. Frost, *Plutarch's Themistocles...*, págs. 120-121.

[228] Es decir, «habitantes de la altura», con probable referencia a la Acrópolis (cf. Píndaro, *Ol.* VII 82; Aristófanes, *Acarnienses* 75; *Lisístrata* 481). Como en I 57, 3, volvemos a encontrarnos con la afirmación de que los atenienses fueron en sus orígenes pelasgos (para los griegos, los pelasgos eran los primitivos habitantes de Grecia y del Egeo antes de la llegada de los helenos; así, por ejemplo, Heródoto habla de pelasgos en el Peloponeso [I 146; II 171; VII 94], en el Ática [I 56; II 51; IV 145; VI 137], en Grecia septentrional [II 52; 56], en las islas del Egeo [II 51; IV 145; V 26; VI 136; 140], y en Asia Menor [VII 42; 95]; sobre las teorías relativas a su origen, que es controvertido, cf. F. Lochner-Hüttenbach, *Die Pelasger,* Viena, 1960 [con la reseña de G. Neumann, *Gnomon* 34 (1962), 370-374]), lo cual está en contradicción con la pretendida autoctonía sustentada por las tradiciones de origen ateniense (cf. Tucídides, II 15; Pausanias, I 2, 6). Es posible, por lo tanto, que Heródoto esté siguiendo al respecto una fuente escrita (quizá a Hecateo, en sus *Genealogías,* obra de la que sólo se nos han conservado fragmentos; cf. *F. Gr. Hist.* 1, frs. A 1-35), que disentía de las leyendas áticas.

[229] Según la genealogía mítica ateniense (cf. Apolodoro, III 14, 1), el primer rey de Atenas; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 352 y sigs. Como es natural, el mayor obstáculo con que se topaba Heródoto, a la hora de abordar las tradiciones del pasado, era el de la cronología, ya que el problema que suponía datar hechos acaecidos

crópidas; cuando Erecteo heredó el trono, pasaron a llamarse atenienses [230]; y, cuando Ión, hijo de Juto, se convirtió en su caudillo, recibieron, en su memoria, el nombre de jonios [231].

45 Los megareos aportaban el mismo número de navíos que en Artemisio [232], en tanto que los ampraciotas acudieron en auxilio de los griegos con siete naves, y los leucadios con tres [233] (estos tres pueblos son de raza doria y originarios de Corinto [234]).

46 Por lo que a los isleños se refiere, los eginetas apor-

---

en época mítica era insuperable. Cf. V. Hunter, *Past and Process in Herodotus and Thucydides,* Princeton, 1982, págs. 331-332.

[230] Sería de esperar el gentilicio «erecteidas» (cf. Píndaro, *Íst.*, II 19). El apelativo «atenienses» es debido a que Erecteo (cf. nota V 391) había sido criado por Atenea.

[231] Nos encontramos ante una tradición panjonia insertada en la genealogía ateniense, ya que se introduce a Ión (nieto de Erecteo por parte de madre y epónimo de los jonios) en una línea de reyes atenienses que se había mantenido ininterrumpida de Cécrope a Teseo. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 3, 2; Pausanias, I 31, 3; y W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...,* II, pág. 249. Sobre Juto, cf. nota VII 468.

[232] Es decir, 20 naves (cf. VIII 1, 1).

[233] Tanto Ampracia (región de Grecia occidental, al S. del Epiro), como Léucade (isla del mar Jonio, al SW. de Ampracia) no habían combatido en Artemisio.

[234] No es seguro que esta precisión se refiera también a los megareos (de hecho, Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...,* pág. 55, la interpreta referida únicamente a los leucadios), ya que, en V 76, el historiador se hace eco de una tradición que sostenía el carácter jonio de Mégara (cf. Pausanias, I 39; G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* I, págs. 219 y sigs.). No obstante, los Baquíadas de Corinto, un clan aristocrático que gobernó esa ciudad desde 750 hasta 650 a. C. (cf. nota V 435), aspiraron a la soberanía sobre Mégara (cf. Ed. Will, *Korinthiaka,* París, 1955, págs. 295 y sigs.). Léucade y Ampracia fueron colonizadas por hijos de Cípselo (cf. nota V 450, y J. Ducat, «Note sur la chronologie des Kypsélides», *Bulletin Corresp. Hellénique* 85 (1961), págs. 418 y sigs.).

taban treinta navíos [235] (los de Egina contaban con más naves equipadas [236], pero con ellas custodiaban su propio territorio, y en Salamina combatieron con las treinta más veleras). Por cierto que los eginetas son dorios originarios de Epidauro, y su isla antaño se llamaba Enone [237].

2 Después de los eginetas figuraban los calcideos, que aportaban sus veinte naves de Artemisio, y los eretrieos, con sus siete navíos (ambos pueblos son jonios [238]).

Inmediatamente después figuraban los de Ceos, un pueblo de raza jonia, originario de Atenas, que aportaban los

---

[235] Doce más que en Artemisio (cf. VIII 1, 2).

[236] Dado que el total de naves griegas que enumera Heródoto, entre los diversos Estados que participaron en las operaciones de Salamina, asciende a 366 unidades, cuando, en VIII 48 y 82, 2, el historiador afirma que los helenos contaban con 378 navíos, se ha pensado que el texto presenta aquí omisión de la cifra que integraba esta flotilla egineta de reserva. Por razones paleográficas podría suponerse que, tras *állai*, se ha omitido, en la transmisión textual, *i'* (= diez), teniendo además en cuenta que ESQUILO (*Persas* 340) alude a una flotilla de diez naves de reserva. Como, aún así, no se obtiene el total facilitado por Heródoto, habría que integrar, tras *állai*, ⟨*dyokaídeka*⟩ (= doce), con lo que los eginetas habrían dispuesto de 42 naves, conciliándose así esta cifra con el testimonio de PAUSANIAS, II 29, 5, según el cual el contingente naval egineta era, tras el ateniense (superando, pues, al corintio, que contaba con 40 naves), el segundo en importancia. En cualquier caso, también puede pensarse que Heródoto no indicó el número exacto de esta flotilla por ser fácilmente colegible una vez establecida la cifra total de navios griegos. Cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 209.

[237] Este topónimo es, en realidad, un epíteto descriptivo, relacionado con *oînos*, «vino» (cf. PÍNDARO, *Íst.*, VII 21; *Nem.*, IV 46; V 16; VIII 7). Sobre la dependencia de Egina con respecto a Epidauro, cf., *supra*, V 83 (y nota V 394), y PAUSANIAS, II 29, 5.

[238] Aunque Calcis y Eretria, en Eubea, eran localidades jonias, si los calcideos que tripulaban las 20 naves que les había prestado Atenas eran en realidad *clerucos* atenienses (cf. nota VIII 5), la precisión étnica del historiador habría que aplicarla explícitamente a los eretrieos: «estos últimos son un pueblo jonio».

3 mismos navíos que en Artemisio [239]. Los naxios, por su parte, aportaban cuatro naves, pues, pese a que —al igual que los demás isleños [240]— habían sido comisionados por sus compatriotas para unirse a los medos, hicieron caso omiso de sus órdenes y, a instancias de Demócrito, un personaje que gozaba de prestigio entre sus conciudadanos y que, a la sazón, capitaneaba un trirreme, se pasaron a los griegos [241] (los naxios, por cierto, son jonios origina-
4 rios de Atenas). Los de Estira aportaban las mismas naves que en Artemisio [242], y los de Citnos un trirreme y un pentecontero (estos dos pueblos son dríopes [243]). En la flota

[239] Es decir, dos trirremes (cf. VIII 1, 1), pues el historiador no incluye en el total a los penteconteros (cf. VIII 48). Sobre las migraciones griegas a las islas del Egeo y a Jonia, cf. nota VII 471.

[240] Todas las islas importantes del Egeo (salvo las cinco Cícladas más occidentales mencionadas en este capítulo: Ceos, Citnos, Serifos, Sifnos y Melos) habían prestado sumisión a Jerjes; cf. VIII 66, 2. Naxos (cf. nota V 122), que había gozado, a comienzos del siglo v a. C., de hegemonía política sobre el resto de las Cícladas (cf. V 31, 2), fue conquistada por los persas con ocasión de la campaña de Datis y Artáfrenes de 490 (cf. VI 96).

[241] Antes de la conquista persa, Naxos había sido regida por un gobierno democrático (cf. R. Herbst, *s.v.* «Naxos» (5), *R.E.*, XVI, 2 (1935), cols. 2087-2090); de ahí, posiblemente, la simpatía de sus habitantes por la causa griega. Demócrito aparece citado en un epigrama que nos ha transmitido Plutarco, *De Herodoti malignitate* 869c, atribuyéndolo a Simónides (fr. 19a Page).

[242] Dos trirremes (cf. VIII 1, 2).

[243] Citnos se halla situada a unos 40 km. al SE. del cabo Sunio, la extremidad meridional del Ática, y no participó en las operaciones de Artemisio. La isla fue tributaria de Atenas en la Liga delo-ática (cf. G. F. Hill, *Sources Greek History...*, págs. 422-423; y B. D. Meritt, «Tribute Assessments of the Athenian Empire from 454 to 440 B. C.», *American Journal of Archaeology* 29 (1925), págs. 247 y sigs.). Sobre la población de la Driópide en el segundo milenio a. C. (aunque Tucídides, VII 57, afirma que los de Estira eran jonios, y no dríopes), cf. nota VIII 162.

también figuraban los de Serifos, Sifnos y Melos [244], pues eran los únicos isleños que no le habían entregado al Bárbaro la tierra y el agua [245].

47 Todos estos pueblos que integraban la flota residen al este de Tesprotia y del río Aqueronte [246], pues los tesprotos son vecinos de los ambraciotas y de los leucadios, que constituían los aliados procedentes de las regiones más occidentales. Por lo que a los pueblos residentes al oeste de esos límites respecta, los crotoniatas [247] fueron los únicos que, ante el peligro que corría, acudieron en socorro de la Hélade, y lo hicieron con un solo navío que capitaneaba Faílo, un personaje que obtuvo tres veces la victoria en los Juegos Píticos [248] (por cierto que los crotoniatas son de raza aquea [249]).

[244] Respectivamente, a unos 15, 40 y 65 km. al S-SE. de Citnos. Tanto Serifos como Sifnos fueron tributarias de Atenas (cf. Hill, *l.c.*). Los efectivos navales de estas tres islas los enumera Heródoto en VIII 48.

[245] La típica señal de sumisión a Persia (cf. nota V 65).

[246] Para Heródoto, la Hélade propiamente dicha comprendía el Peloponeso, la Grecia continental hasta Tesprotia (la zona sudoccidental del Epiro; cf. II 56, 1; Tucídides, I 46, 3), y las islas del Egeo. Es evidente que, fuera de esos límites, había Estados griegos (como los crotoniatas, citados a continuación), pero para el historiador se trataba de grupos helénicos establecidos en territorios bárbaros. Sobre el Aqueronte, río que atraviesa Tesprotia, desembocando en el mar Jonio, cf. nota V 457.

[247] Habitantes de Crotón, localidad de la Magna Grecia emplazada en la extremidad occidental del Golfo de Tarento. Es posible que la participación del trirreme crotoniata en Salamina se hiciera a título individual por parte de sus ocupantes, sin que su presencia respondiera a una decisión estatal.

[248] Las celebraciones panhelénicas que tenían lugar en Delfos en honor de Apolo. En un principio eran competiciones exclusivamente musicales, pero más tarde se incluyeron certámenes gimnásticos e hípicos. Desde el año 582 a. C. se celebraron cada cuatro años (el tercero después de cada año olímpico). Su escenario era la llanura de Crisa, junto al Parnaso, y el recinto sagrado de Delfos. Las victorias de Faílo (un personaje que en Atenas gozaba de gran fama; cf. Aristófanes, *Acarnienses* 215

48 Todos los pueblos que integraban la flota aportaban, en definitiva, trirremes, a excepción de los melios, los sifnios y los serifios, que proporcionaban penteconteros [250]. Los melios (que son de origen lacedemonio [251]) aportaban dos, en tanto que los sifnios y los serifios (que son jonios originarios de Atenas [252]) aportaban uno cada uno.

La cifra total de navíos, sin contar los penteconteros [253], ascendía a trescientos setenta y ocho [254].

---

y sigs.; *Avispas* 1206) se produjeron dos veces en el pentatlo y una en la carrera del estadio (cf. PAUSANIAS, X 9, 2; y, *supra*, nota VIII 138).

[249] Crotón fue fundada, según la tradición (cf. ESTRABÓN 378), a finales del siglo VIII a. C. por colonos aqueos procedentes del Peloponeso (para Heródoto los aqueos constituían la población helénica predoria de dicha península; cf. V 72, 3), principalmente de Acaya. Cf. V. MERANTE, «Sulla date di fondazione di Sibari, Crotone e Siracusa», *Klearchos* 29-32 (1966), págs. 105 y sigs.

[250] Cf. nota VIII 6.

[251] Cf. TUCÍDIDES, V 84, 2, quien insiste en el mismo origen, y fecha la colonización de Melos (donde se hablaba dorio y se utilizaba alfabeto dorio) hacia 1100 a. C.

[252] Cf. nota VII 281.

[253] Que eran 7: dos de Ceos, dos de Melos y uno de Citnos, Serifos y Sifnos, lo cual puede ser una prueba del atraso económico de las Cícladas occidentales con relación al resto de Grecia.

[254] Cf. nota VIII 236. Los efectivos en trirremes de la flota griega se atienen al siguiente desglose (cf. A. HAUVETTE, *Hérodote historien des guerres médiques...*, págs. 390-391):

FLOTA GRIEGA EN ARTEMISIO (VIII 1-2)		FLOTA GRIEGA EN SALAMINA (VIII 43-48)
	PELOPONESO	
10	Esparta	16
40	Corinto	40
12	Sición	15
8	Epidauro	10
5	Trecén	5
	Hermíone	3

Los generales griegos celebran consejo, decidiendo, inicialmente, abandonar Salamina y dirigirse al Istmo de Corinto

49 Cuando se reunieron en Salamina, los generales de las ciudades que he citado estudiaron la situación[255], pues Euribíades había propuesto que el que quisiera manifestase su opinión sobre qué lugar, que estuviera en su poder, parecía más idóneo para presentar batalla naval (como quiera que el Ática había sido ya abandonada, su proposición se refería a las demás zonas de Grecia). Entonces la mayoría de las 2

FLOTA GRIEGA EN ARTEMISIO (VIII 1-2)		FLOTA GRIEGA EN SALAMINA (VIII 43-48)
	GRECIA CONTINENTAL	
127	Atenas	180
20	Mégara	20
	Ampracia	7
	Léucade	3
	ISLAS DEL EGEO	
18	Egina	42 (30 + 12)
20	Calcis	20
7	Eretria	7
2	Ceos	2
	Naxos	4
2	Estira	2
	Citnos	1
	MAGNA GRECIA	
	Crotón	1
271	TOTAL	378

[255] Incluida Crotón, las ciudades enumeradas en el «catálago» naval son 21, pero no es probable que todos los generales fuesen admitidos en las deliberaciones militares. Pese a lo que apunta PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 57, nota 3: «il ne s' agit pas des délibéra-

opiniones de quienes intervinieron [256] coincidieron en que había que zarpar con rumbo al Istmo y librar batalla ante el Peloponeso, aduciendo la siguiente observación: que, en el caso de resultar derrotados en la batalla, si se encontraban en Salamina, se verían bloqueados en una isla, donde no se les presentaría oportunidad alguna de recibir socorros, mientras que, en las inmediaciones del Istmo, podrían alcanzar territorios bajo su control [257].

Jerjes ocupa Atenas, donde sólo la Acrópolis resiste por un tiempo

50 Mientras los generales naturales del Peloponeso aducían esas consideraciones, se presentó un ateniense con la noticia de que el Bárbaro había llegado al Ática y de que toda la zona estaba siendo pasto de las llamas.

2 Resulta que Jerjes y sus tropas, después de haber atravesado Beocia, donde habían incendiado la ciudad de Tespias [258] (cuyos habitantes la habían abandonado, refu-

---

tions d' un *synédrion* comme il en sera convoqué à la nouvelle de la prise de l' Acropole (VIII 56), mais de discussions que l' évacuation de la Béotie par l' armée de terre et l' imminence de l' entrée des Barbares en Attique ne pouvaient manquer de provoquer, de discussions où l' on examinait la situation au jour le jour sans prendre encore de décision»), esta reunión del Estado Mayor griego no debe de ser histórica. Es el preludio de los titubeos y temores de los aliados, que pondrán de mayor relieve el decisivo papel de Atenas para la consecución de la victoria. Cf. nota VIII 206.

[256] En una reunión en que se tratara semejante cuestión, es indudable que Atenas, Egina y Mégara se habrían opuesto. Cf. VIII 74, 2, y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 201.

[257] Pues librar la batalla en aguas de Salamina suponía, por vez primera en la campaña, que la flota y el ejército no actuasen combinadamente (cf. nota VII 856, y C. N. Rados, *Les guerres médiques: la bataille de Salamine*, París, 1915, pág. 268).

[258] Localidad de Beocia, en el valle del río Asopo, a unos 12 km. al NW de Platea (cf. Pausanias, IX 26).

giándose en el Peloponeso), así como la de Platea [259], habían llegado a Atenas [260] y lo estaban devastando todo. Y por cierto que incendiaron Tespias y Platea al saber, gracias a los tebanos, que dichas ciudades no habían abrazado la causa de los medos [261].

A partir del cruce del Helesponto, desde donde los 51 bárbaros, después de haber permanecido en la zona por espacio de un mes —que emplearon en pasar a Europa—, comenzaron su avance, los persas llegaron al Ática en el plazo de otros tres meses [262], durante el arcontado de Calíades en Atenas [263].

---

[259] Los plateos también debían de haberse dirigido al Peloponeso.

[260] Heródoto (cf., *infra,* VIII 113, 1) creía que los persas habían invadido el Ática, desde Beocia, por una sola ruta, pero, como es presumible que Jerjes dividiera sus tropas en tres cuerpos de ejército (cf. nota VIII 160), los persas debieron de irrumpir en el Ática por tres puntos diferentes: la columna de la derecha por el valle del Cefiso, en dirección a Eleusis; la de la izquierda por el valle del Asopo, bordeando el Parnés por el N., en dirección a Decelía; y la del centro (aunque es un ruta de difícil acceso) a través del Citerón, en dirección a Acarnas.

[261] Cf., *supra,* VII 132, 1.

[262] A comienzos de septiembre del año 480 a. C. De la información cronológica de Heródoto hay que deducir que el historiador consideraba que la campaña de Jerjes había comenzado *efectivamente* desde que los persas pasaron a Europa, sin incluir, por tanto, en el cómputo, el trayecto de Sardes a Abido (cf. VII 37, 1), ya que ambas ciudades estaban en Asia, en los dominios de su imperio. Es destacable, por otra parte, que en este pasaje se aluda a que los persas tardaron un mes en pasar de Asia a Europa, cuando, en VII 56, 1, el historiador afirma que el cruce del Helesponto se efectuó en una semana. Hay que pensar, pues, que los persas se detuvieron en Abido durante varios días (quizá esperando a que en la zona se concentrasen todos los efectivos navales), o bien que esos días de demora fueran los que pasaron en Dorisco (que no se encontraba en la zona del Helesponto), mientras procedían al recuento de sus contingentes navales y terrestres (cf. VII 59 y sigs.). Sobre la cronología de la invasión persa, cf. nota VII 228.

[263] Tenemos atestiguada aquí por vez primera la norma de datar

2 El caso es que se apoderaron de la ciudad [264], que se hallaba desierta, si bien se encontraron, refugiados en el santuario [265], con unos cuantos atenienses (se trataba de tesoreros del santuario [266] y de personas pobres), que

un año mediante la indicación del arconte *epónimo* (así llamado porque su nombre encabezaba las diversas listas oficiales, y por eso prestaba su nombre al año de su administración). La institución de los arcontes representó la sustitución del poder de los reyes por el de las familias nobles (en un período que abarcó de los siglos x al vii a. C.). En Atenas (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 3, 2 y sigs.) el proceso se llevó a cabo gradualmente. Los poderes militares y civiles del monarca pasaron, respectivamente, al arconte *polemarco* (= jefe del ejército) y al *epónimo*, mientras el *basileús* conservaba sus atribuciones religiosas; finalmente fueron instituidos seis *thesmothétai*, con atribuciones judiciales. La lista de arcontes anuales (que los atenienses creían segura) se remontaba al año 683/682 a. C. En esa fase inicial sólo los nobles (eupátridas) eran elegibles (por el Areópago, órgano que, además, supervisaba su gestión) para el cargo de arconte. En tiempos de Solón la magistratura se hizo accesible a las dos clases superiores de ciudadanos, y, con Clístenes, pasaron a ser elegidos por la Asamblea. Sin embargo, y desde el año 500 a. C., aproximadamente, la elección de diez estrategos empezó a debilitar la autoridad del *polemarco* (cf. nota VI 551), y, en 487/486 (cuando se instituyó la designación de los arcontes por sorteo entre 500 candidatos previamente elegidos), los arcontes perdieron sus funciones más importantes y en sus atribuciones administrativas fueron reemplazados por los estrategos. En general, cf. C. Hignett, *A History of the Athenian Constitution*, Oxford, 1952. Calíades fue arconte *epónimo* en el año ático de 480/479 a. C.

264 El término griego (*ásty*) hace referencia a la ciudad baja, por oposición a la Acrópolis. Sobre el amurallamiento de Atenas en esa época, cf., *infra*, IX 13, 2; Tucídides, I 89, 3; VI 57, 3; y U. von Wilamowitz, *Philologische Untersuchungen*, Berlín, 1898, I, págs. 97 y sigs.

265 El primitivo Erecteo (cf. nota VIII 213), aunque también se ha pensado que pudiera tratarse del *Hecatompedon*, un antiguo santuario situado entre el nuevo Erecteo y el Partenón —construidos en la segunda mitad del siglo v a. C.—, y que, junto al primitivo Erecteo, fue incendiado por los persas al tomar la Acrópolis (cf. VIII 53, 2).

266 Los tesoreros (= *tamíai*) del santuario de Atenea *Políade* estaban

habían fortificado la Acrópolis con una barricada de planchas [267] y troncos de madera para intentar rechazar a los invasores. No se habían trasladado a Salamina tanto por su falta de recursos como porque creían que sólo ellos habían comprendido el significado del oráculo que les había vaticinado la Pitia (que el muro de madera sería inexpugnable [268]); es decir, consideraban que, según el oráculo, el refugio lo constituía justamente la empalizada, y no las naves.

Por su parte, los persas tomaron posiciones en la colina que se encuentra frente a la Acrópolis, y a la que los atenienses denominan Areópago [269], y llevaron a cabo el ase- 52

encargados de custodiar las riquezas depositadas en el templo (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 47, 1). Su título completo era el de «tesoreros de los tesoros sagrados de Atenas», y aparece mencionado en numerosas inscripciones.

[267] Concretamente con puertas arrancadas de las casas. La barricada debió de levantarse en el flanco occidental de la Acrópolis (donde, posteriormente, se construyeron los Propíleos), la única zona por la que el promontorio rocoso (de 156 m. de altura) presenta una pendiente accesible.

[268] Cf., *supra*, VII 141, 3-4; y J. A. S. Evans, «The oracle of the 'wooden wall'», *Classical Journal* 78 (1982), págs. 24 y sigs.

[269] La colina, de 115 m. de altura, se halla a unos 150 m. al NW. de la Acrópolis. En época clásica se consideraba que la colina hacía referencia a Ares, ya que en la falda de la vertiente NW. de la misma había un templo en su honor (cf. Pausanias, I 8, 4). Sin embargo, parece, más bien, que su significado era el de «colina de las diosas de las maldiciones», como demuestra el santuario consagrado a las *Erinis* que había en sus proximidades (cf. Esquilo, *Euménides, passim;* Eurípides, *Electra* 1271). En esta colina celebraba sus sesiones el tribunal de exarcontes (que acabó siendo designado con el mismo nombre) que, tras la reforma de Efialtes, en 462/461 (aunque, antes de la misma, su importancia en la rección de la política ateniense había sido capital; cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 25; Filócoro, fr. 141b, *F. Gr. Hist.* 328; Plutarco, *Pericles* 7 y 9; *Cimón* 10, 15; Pausanias, I 29, 15), quedó circunscrito a la persecución de los homicidios no denunciados por parte interesada y de los crímenes de sacrilegio.

dio de la siguiente manera: por lo regular, envolvían sus flechas con copos de estopa, les prendían fuego y las lanzaban hacia la barricada. Con todo —y en esa tesitura [270]—, los atenienses que se hallaban sitiados se iban defendiendo, a pesar de que se encontraban en una situación desesperada y de que la barricada no les había dado resultado.
2 Es más, se negaron a aceptar las ofertas de capitulación que les hicieron los Pisistrátidas [271], y, entre otros medios que urdieron para defenderse de los asaltantes, se dedicaron a arrojar bloques de piedra cada vez que los bárbaros se acercaban a las puertas [272], de manera que Jerjes se vio sumido en un aprieto durante largo tiempo, pues no conseguía reducirlos.

53 Pero, al cabo de cierto tiempo, los bárbaros descubrieron finalmente un medio para salir del atolladero [273], pues, de acuerdo con el vaticinio [274], todo el Ática continental [275] debía caer en manos de los persas.

---

[270] Traduzco así *enthaûta,* atribuyéndole valor temporal. De considerarlo con valor local (cf. M. F. Galiano, *Heródoto,* Barcelona, 1951, pág. 189), habría que traducir: «con todo, los atenienses que se hallaban sitiados en el interior...».

[271] Los parientes de Hipias, refugiados en Susa (cf. VII 6, 2), que, en unión de partidarios suyos (cf. VIII 65), habían acompañado a Jerjes en su expedición.

[272] Que se encontraban en el flanco occidental de la Acrópolis, donde los sitiados habían levantado la barricada.

[273] Sigo la conjetura de Gomperz (*éxodos*). De mantener la lectura de los manuscritos (*ésodos*), la traducción sería: «...una vía de entrada para superar el atolladero».

[274] El mismo en el que se aludía al «muro de madera» (cf. VII 141, 3). El indefectible cumplimiento de los óraculos es constante en la obra del historiador; cf. nota VIII 101, y P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), págs. 31 y sigs.

[275] La precisión de Heródoto resulta extraña. Podría suponerse que Salamina constituía el Ática no continental, pero la isla era una *cleruquía*

Por la parte frontal de la Acrópolis (concretamente, detrás de las puertas y de la rampa de acceso[276]), justo en una zona en la que nadie montaba guardia, ni se hubiera pensado que por allí —por las proximidades del santuario de Aglauro[277], hija de Cécrope— pudiese subir alguna vez un ser humano, fue precisamente por donde subieron algunos soldados, a pesar de lo escarpado del terreno.
2 Cuando los atenienses vieron que los enemigos habían subido [hasta la Acrópolis], unos se arrojaron muralla abajo, pereciendo, y otros se refugiaron en el templo[278]. En-

(un tipo de colonización, utilizado principalmente por Atenas en tiempos de su expansión imperial, en la que los colonos conservaban la ciudadanía originaria y no formaban comunidades independientes, estando sujetos a los deberes militares de los ciudadanos, aunque para su administración local disponían de un consejo, asamblea, tribus y magistrados de tipo ateniense; cf. J. Bérard, *L'expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres médiques*, París, 1960, pág. 4).

[276] Es decir, en el mismo frente de la entrada (al Oeste, donde luego estuvieron los Propíleos), pero a la izquierda de la misma. El paraje a que alude el historiador se halla en la zona NW de la Acrópolis, donde hay una serie de grutas desde las que, mediante escalas, es posible acceder a la ciudadela. Como los sitiados no ignorarían esa posibilidad (aunque sean unos 6 m. de pared rocosa los que hay que salvar desde la gruta de Aglauro), cabe pensar que los persas llevaran a cabo una maniobra de diversión para que los atenienses descuidaran la vigilancia.

[277] Situado en una anfractuosidad de la pared rocosa, a unos 30 m. al W. del antiguo templo de Atenea. Aglauro, con sus hermanas, recibió de Atenea la cesta en que había escondido la diosa a Erictonio (cf. nota V 391), con la prohibición de que la abrieran; pero, al hacerlo, movidas por la curiosidad, y ver al niño-serpiente, enloquecieron de terror y se arrojaron Acrópolis abajo por ese lugar (cf. Ovidio, *Met.* II 553-561; 755-757; Apolodoro, III 14, 6; Pausanias, I 18, 2; Higinio, *Fab.* 166; y A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 353-354). Sobre Cécrope, vid. nota VIII 229.

[278] Cf. nota VIII 265. Traduzco así el término *mégaron* de acuerdo con J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= Cam-

tonces los persas que habían subido se dirigieron ante todo hacia las puertas [279], las abrieron y mataron a los suplicantes [280]; y, tras haber acabado con todos, saquearon el santuario e incendiaron toda la Acrópolis [281].

54 Una vez dueño absoluto de Atenas, Jerjes despachó a Susa [282] a un emisario a caballo para que notificara a Artábano [283] su éxito de entonces. Y, un día después de haber enviado al heraldo, convocó a los exilados atenienses que lo acompañaban [284] y les mandó que subieran a la Acrópolis y que realizasen sacrificios con arreglo a sus ritos (ya fuera porque había tenido alguna visión en sueños, o porque sintió remordimientos por haber hecho incendiar el santuario, lo cierto es que esa fue la orden que dio [285]). Los exilados atenienses, pues, cumplieron su orden.

---

bridge, 1938), *s.v.* Con este término, sin embargo, se alude en otras ocasiones (cf. I 47, 2; 65, 2; VII 140, 1; VIII 37, 1) a la sala en que se alzaba la imagen de la divinidad a la que estuviera consagrado el santuario.

[279] Cabe suponer que Heródoto se refiere a las puertas del templo de Atenea *Políade,* aunque PH. E. LEGRAND opina que alude a las de la Acrópolis (*Hérodote. Livre VIII...,* pág. 59, nota 3: «par où affluèrent en foule les assiégeants, pour collaborer au massacre, au pillage et à l' incendie»).

[280] Los atenienses se habían acogido a sagrado.

[281] En venganza por el incendio de Sardes con ocasión de la sublevación jonia (cf. V 102; VII 8, 3; 11, 2). Sobre las huellas de este incendio, cf. V 77, 3.

[282] Cf. nota VII 18.

[283] A quien había nombrado regente en su ausencia (cf. VII 52, 2, y nota VII 12). Sobre Artábano, cf. VII 10, y nota VII 76. Por lo que cuenta el historiador en VIII 98, acerca del sistema de postas establecido en Persia para los correos, no sería el emisario partido de Atenas quien entregaría el mensaje en Susa.

[284] Cf. nota VIII 271.

[285] Heródoto considera factibles las dos posibilidades porque, con arreglo a los rasgos psicológicos que se atribuyen a Jerjes en la *Historia,*

Y voy a explicar por qué he hecho alusión a estos 55
pormenores. En la Acrópolis de Atenas hay un templo dedicado a Erecteo (quien, según dicen, nació de la tierra [286]), donde se encuentran un olivo y un pozo de agua salada, que, de acuerdo con una tradición de origen ateniense, dejaron Posidón y Atenea en testimonio de su disputa por el patronazgo de la región [287]. Pues bien, resulta que dicho

---

resultan coherentes ambas: en el monarca se dan tanto repentinos cambios de decisión como actitudes motivadas por signos premonitorios (cf., especialmente, VII 12-19, y A. Masaracchia, *Studi erodotei*, Roma, 1976, págs. 47 y sigs.). G. Giannelli (*La spedizione di Serse...*, pág. 45) apuntó, sin embargo, la posibilidad de que Jerjes ordenara realizar sacrificios en la Acrópolis, al objeto de reparar su sacrilegio, tras el terremoto a que alude el historiador en VIII 64, 1, pues el monarca debió de permanecer en Atenas (aunque ello no lo indique claramente Heródoto) entre dos y tres semanas.

[286] Cf., *supra*, nota V 391, y A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 109-110. De las palabras del historiador, y dado que el antiguo templo de Erecteo había sido incendiado por los persas, y que el nuevo se construyó entre 421 y 406 a. C. (cuando, presumiblemente, Heródoto ya había muerto), hay que deducir que en la Acrópolis había, en sus días, alguna capilla donde se seguía celebrando el culto del héroe ateniense.

[287] La diosa Atenea era la epónima y patrona de Atenas, patronazgo que tuvo su origen (cf. Apolodoro, III 14, 1) en la disputa que mantuvo con Posidón (y que se veía representada en el frontón Oeste del Partenón, construido por iniciativa de Pericles entre 447 y 432 a. C.), que es mencionada aquí por vez primera en las fuentes griegas. Ambos dioses aspiraban a la posesión del Ática y cada uno otorgó un don: Posidón golpeó con su tridente una roca de la Acrópolis (donde se alzaba el Erecteo) e hizo brotar un pozo de agua salada («un mar», dice el texto griego), mientras que Atenea hizo brotar un olivo. Para dirimir el pleito (aunque las versiones de la leyenda varían), Zeus nombró jueces a los doce dioses olímpicos, que fallaron a favor de Atenea (cf. Ovidio, *Met.*, VI 70-82; Plutarco, *Temístocles* 19). Tanto el pozo de agua salada (que se hallaba en el interior del nuevo Erecteo), como el olivo (al oeste del templo; cf. Filócoro, fr. 67, *F. Gr. Hist.* 328) se conservaban todavía en el siglo II d. C. (cf. Pausanias, I 24, 5; 26, 5). El mito se interpreta,

olivo fue presa, con el resto del santuario, del incendio provocado por los bárbaros. Sin embargo, un día después del incendio, cuando los atenienses comisionados por el monarca para ofrecer sacrificios subieron al santuario, comprobaron que del tronco había brotado un retoño de cerca de un codo [288]. Eso es, en definitiva, lo que contaron esos sujetos.

Pánico en la flota griega

56 Entretanto, los griegos que se encontraban en Salamina se quedaron tan desconcertados, cuando recibieron la noticia de la suerte que había corrido la Acrópolis de Atenas [289], que algunos generales ni siquiera esperaron a que se resolviese la cuestión objeto del debate [290], sino que se lanzaron hacia sus naves y man-

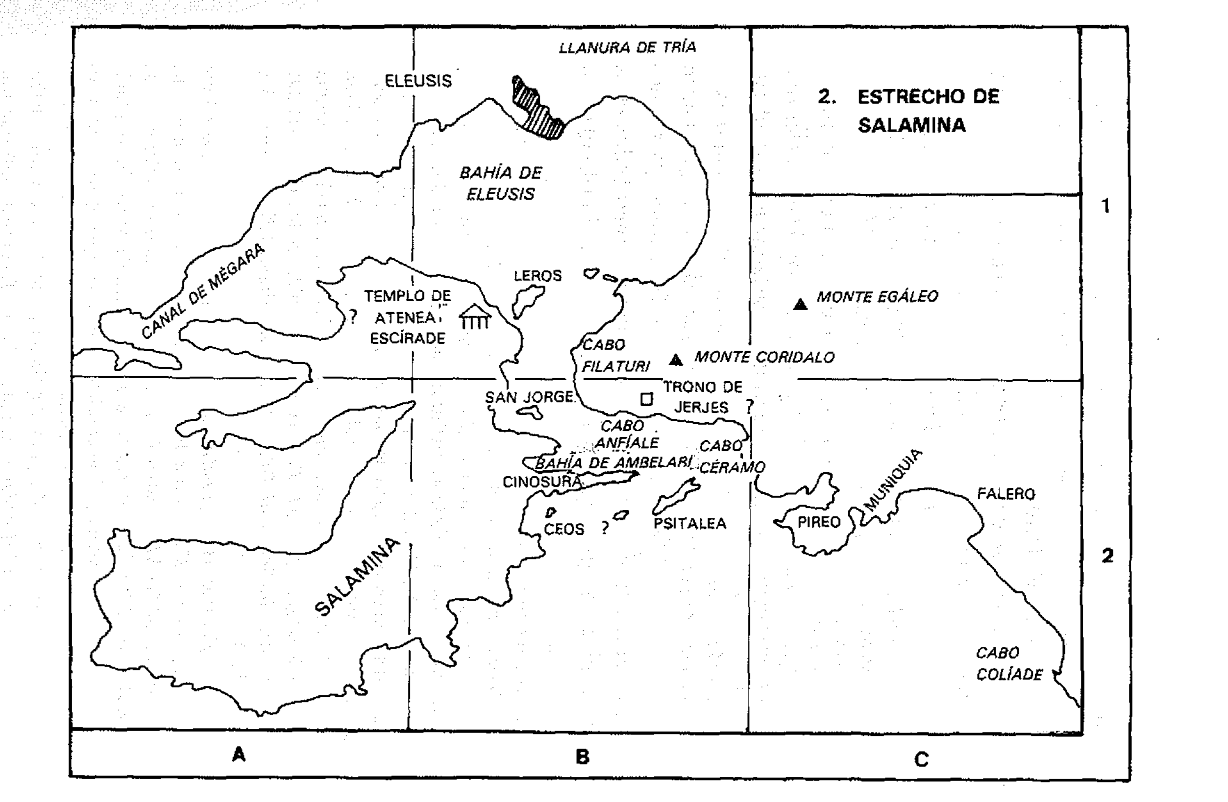
---

etiológicamente, como una pervivencia del culto de una divinidad prehelénica de carácter agrario (de ahí que su símbolo sea el olivo, árbol que en el Ática tenía carácter sacrosanto; cf. nota V 390); cf. L. R. Farnell, *The Cults of the Greek States,* Londres, 1896, I, pág. 270.

[288] Unos 45 cm.

[289] Esta afirmación del historiador (cf., sin embargo, nota VIII 50) hizo que algunos críticos (cf. J. B. Bury, «Aristides at Salamis», *Classical Review* 10 [1896], pág. 416; y, más recientemente, R. Sealey, «Again the siege of the Acropolis, 480 B. C.», *California Studies in Classical Antiquity* 5 [1972], págs. 183 y sigs.) pensaran que, en realidad, la Acrópolis había sido defendida por una guarnición de hoplitas, lo que explicaría el pánico en la flota griega. No obstante, y de ser ello así, cabría haber hallado una mención a este hecho en las fuentes atenienses, alabando a los defensores. La cuestión, sea como fuere, no es transcendente, porque los persas podían haber mantenido asediados a esos presuntos defensores sin que su presencia hubiera alterado sus planes.

[290] Heródoto, pues, implica que el debate a que alude en VIII 49 todavía no había concluido. Como la Acrópolis resistió (cf. VIII 52, 2) durante bastante tiempo (G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* II, página 695, estimaba, quizá exageradamente, que el asedio se prolongó por espacio de dos semanas), el historiador debió de haber fundido en una


2. ESTRECHO DE SALAMINA
LLANURA DE TRÍA
ELEUSIS
BAHÍA DE ELEUSIS
CANAL DE MÉGARA
TEMPLO DE ATENEA ESCÍRADE
?
LEROS
CABO FILATURI
MONTE EGÁLEO
MONTE CORIDALO
TRONO DE JERJES
?
SAN JORGE
CABO ANFÍALE
CABO CÉRAMO
BAHÍA DE AMBELARI
CINOSURA
CEOS
?
PSITALEA
PIREO
MUNIQUIA
FALERO
CABO COLÍADE
SALAMINA
1
2
A
B
C

daron izar velas con ánimo de escapar de allí [291]. Por su parte, los generales que se quedaron decidieron presentar batalla ante el Istmo.

El caso es que cayó la noche [292] y levantaron la sesión, embarcándose en sus respectivas naves.

Temístocles, a instancias de Mnesífilo, persuade a Euribíades para que convoque una nueva reunión de los generales griegos

57 Pues bien, en el preciso momento en que Temístocles llegó a su nave, Mnesífilo, un natural de Atenas [293], le preguntó que cuál era la decisión que habían tomado [294]. Y, al saber por Temístocles que se había acordado trasladar la flota al Istmo y presentar batalla ante el Peloponeso,
2 exclamó: «A fe que, si los griegos hacen zarpar sus naves de Salamina, ya no podrás librar batalla naval por patria alguna, pues todos ellos se dirigirán a sus respectivas ciudades, y ni Euribíades, ni

---

sola dos sesiones distintas del Estado Mayor griego. Cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 378.

[291] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 203), «it seems better to dismiss the panic as mythical, the necessary introduction to the next stage in the Herodotean story». Volvemos a encontrarnos con el *tópos* del pánico que experimentan los griegos —en este caso los peloponesios—, una constante en Salamina, y que carece de historicidad.

[292] El tema de la noche, como alivio de las preocupaciones cotidianas, es de origen épico (cf. *Il.*, VII 282; VIII 502; IX 65; *Od.*, XII 291; A. B. Lord, *The Singer of Tales*, Cambridge, Mass., 2.ª ed., 1964, págs. 68 y sigs.).

[293] Según Plutarco (*Temístocles* 2, 6), natural de Frearrio, el mismo *demo* (cf. nota V 330) en que había nacido Temístocles. Pese a que R. Lattimore («The Wise Adviser in Herodotus», *Classical Philology* 34 [1939], págs. 24 y sigs.) consideraba que la figura de Mnesífilo responde a la del *practical adviser*, el «consejero práctico», que aparece en otros pasajes de la *Historia* (cf., por ejemplo, I 27, para Biante y Pítaco; III 36, para Creso; o VII 10, para Artábano), por lo que podría haber sido creada por el historiador, a partir de sus fuentes de información,

ninguna otra persona, conseguirá detenerlos e impedir que la flota se disperse, de manera que, por su errónea decisión, Grecia se verá abocada al desastre. Ahora bien, si existe alguna posibilidad, ve y trata de revocar la decisión adoptada, a ver si logras convencer a Euribíades para que cambie de opinión y permanezca aquí [295]».

---

los *óstraka* (fragmentos de cerámica, sobre los que se escribían los nombres de las personas sospechosas de conspirar contra la democracia en las sesiones anuales que celebraba la Asamblea ateniense para decidir si era procedente condenar a algún ciudadano al ostracismo, pena de destierro político por espacio de diez años que se aplicaba si, al parecer, una persona recibía más de 6.000 votos desfavorables; cf. A. R. HANDS, «Ostraka and the Law of Ostracism», *Journal Hellenic Studies* 79 [1959], págs. 69 y sigs.; D. KAGAN, «The Origin and Purpose of Ostracism», *Hesperia* 30 [1961], págs. 393-401) hallados en el Cerámico no sólo confirman su existencia, sino que permiten suponer que su influencia política era notable; cf. F. J. FROST, «Themistocles and Mnesiphilus», *Historia* 20 (1971), págs. 20 y sigs.

[294] O, como sugiere R. W. MACAN (*Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 444), que cuál había sido «the matter of their deliberations».

[295] Esta intervención de Mnesífilo es considerada ahistórica por parte de la crítica (cf. J. A. R. MUNRO, en *The Cambridge Ancient History*, IV, Cambridge, 4.ª ed., 1953 (= 1926), pág. 303, nota 1; W. W. How, J. WELLS, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 254; C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 204: «the tradition of the part played by Mnesiphilos is manifestly a spiteful invention to deprive Themistokles of the credit for his originality and insight»), teniendo en cuenta el rechazo del episodio por parte de PLUTARCO (*De Herodoti malignitate* 37), y los testimonios laudatorios a Temístocles (cf., *infra*, VIII 124; TUCÍDIDES, I 138), por lo que habrían sido los informadores de Heródoto quienes, por su hostilidad hacia Temístocles (cf. nota VIII 26), habrían pretendido sustraerle la gloria de la estrategia adoptada finalmente por los griegos. No obstante, y aunque ello pueda ser cierto, hay que destacar los rasgos épicos que, tanto a nivel de detalle como de estructura, presenta el episodio: la inspiración que recibe un hombre sobre lo que debe hacer en una situación difícil, intervención de carácter 'externo' (es lo que E. R. DODDS, *Los griegos y lo irracional...*, pág. 19, denomina «intervención

58 A Temístocles le pareció perfecta la sugerencia y, sin responder nada a sus palabras, se dirigió hacia el navío de Euribíades. Y, a su llegada, manifestó que deseaba conferenciar con él de cierto asunto de interés general. Euribíades, por su parte, le invitó a subir a bordo para que
2 dijese lo que quería. Entonces Temístocles se sentó a su lado y, haciéndolas suyas, le repitió todas las consideraciones que le había oído a Mnesífilo (a las que añadió otras muchas), hasta que, a fuerza de insistir, lo convenció para que abandonara la nave y convocase a junta a los generales [296].

---

psíquica»), debida generalmente a los dioses (cf. L. Huber, «Herodots Homerverständnis», *Synusia. Festgabe W. Schadewaldt*, Berlín, 1965, página 50, nota 54).

[296] Sobre los problemas históricos que plantea la aceptación de una nueva reunión, a altas horas de la noche, por parte del Estado Mayor griego, reunión en la que Temístocles acabará amenazando con una defección de la flota ateniense en caso de que no se combata en Salamina, cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 62, nota 1: «Quand les Grecs apprirent la prise de l' Acropole, cette nouvelle, qu'il était aisé de prévoir, n' avait pas de quoi déchaîner chez eux la panique; ils ne durent pas tenir coup sur coup deux réunions, mais une seule. Du récit donné par Hérodote des événements de Salamine, tout ce qui, jusqu' au chapitre 70, mérite d' être retenu pour l' histoire, se réduit, je crois, à ceci: à plusieurs journées de discussions stériles (VIII 49) succède, provoquée par ce qui se passait en Attique (VIII 50; 56), une réunion des stratèges, où, à la suite d' explications violentes, Thémistocle impose son avis (VIII 60-63)».

Pese a la oposición de Adimanto, Temístocles convence a los aliados para librar batalla naval en aguas de Salamina

El caso es que, cuando se reunieron, Temístocles, antes de que Euribíades explicara el motivo por el que había citado a los generales, comenzó a hablar largamente, dada la entidad de su demanda. Y, durante su intervención, el general corintio Adimanto [297], hijo de Ocito, exclamó: «Temístocles, en las pruebas atléticas quienes toman la salida antes de la señal son apaleados [298]». «En efecto —contestó Temístocles, excusándose—, pero quienes se quedan rezagados no se llevan la corona [299].» 59

Temístocles, en aquellos momentos, respondió al corintio en un tono sosegado, y, por lo que a Euribíades 60

---

297 Cf. nota VIII 30.

298 En los Juegos Olímpicos, los participantes que contravenían las normas (cf. A. MOUSSET, *Olympie et les jeux grecs*, París, 1960, página 60) eran castigados a la pena de azotes, que imponían los *helanódicas* (un colegio de nueve a diez miembros encargados de organizar y presidir los juegos, así como de proclamar a los vencedores e imponer sanciones a los infractores del reglamento) y que se encargaban de ejecutar los *rabducos,* una especie de policías, provistos de varas, que mantenían el orden (cf. TUCÍDIDES, V 50, 4; JENOFONTE, *Helénicas,* III 2, 31; PAUSANIAS, VI 2, 2). Como ocurre en la actualidad, los atletas participantes en las pruebas de velocidad debían de tener propensión a «escaparse» en la salida; ésta, entonces, era declarada nula y el culpable azotado. Adimanto se expresa en estos términos porque Temístocles toma la palabra sin que el almirante supremo, Euribíades, se la conceda.

299 Cf. nota VIII 139. Los escritores tardíos (cf. PLUTARCO, *Tem.* 11; ELIANO, *Hist. Var.* XIII 40; ELIO ARISTIDES, II 258) atribuyen el enfrentamiento verbal con Temístocles a Euribíades, sin duda enfatizando la enemistad entre Atenas y Esparta, que culminaría en el último tercio del siglo v a. C. La fuente de información de Heródoto demuestra, pues, una tendencia anticorintia (cf., asimismo, PLUTARCO, *Moralia* 185b), justificada porque, antes del estallido de la Guerra del Peloponeso, la rivalidad entre ambos Estados fue muy enconada. Cf. M. DI MARCO, «Herodot VIII 59», *Museum Criticum* 13-14 (1978-79), págs. 251 y sigs.

se refiere, no volvió a repetirle nada de lo que hacía poco le había manifestado —es decir que, en cuanto zarparan de Salamina, los griegos se darían a la fuga, dispersándose—, pues, en presencia de los aliados, se le antojaba de todo punto improcedente [300] ponerse a acusarlos; así que hizo hincapié en otras consideraciones, expresándose como sigue:

α «En tus manos está en estos instantes [301] salvar a la Hélade, si me haces caso y, a fin de presentar batalla, permaneces donde estamos, en lugar de hacer que las naves pongan proa al Istmo cediendo a los argumentos de los aquí presentes. Mira, escúchame y coteja ambos planes: si trabas combate en las inmediaciones del Istmo, librarás la batalla en mar abierto, cosa que no nos conviene en absoluto, dado que contamos con navíos más pesados [302] e inferiores en número; además, aun suponiendo que, en líneas generales, nos acompañe la fortuna, causarás la perdición de Salamina, Mégara y Egina. Por otra parte, las fuerzas terrestres del enemigo avanzarán a la par que su flota, y, en consecuencia, tú personalmente los conducirás contra el Peloponeso y pondrás en peligro a toda Grecia.

β En cambio, si adoptas el plan que yo propongo, conseguirás con él todas estas ventajas: ante todo, si, con pocas naves, trabamos combate en un estrecho contra una flota numerosa y el resultado del enfrentamiento es el pre-

---

[300] Sigo la interpretación de J. E. Powell, *Lexicon Herodotus*..., página 199. Considerando *kósmon* en el sentido de «crédito», «honor» (cf. Solón, fr. 2 Diehl; Parménides, fr. 8, *D. K.* 52; Sófocles, *Áyax* 293), podría traducirse: «... no le reportaba ventaja alguna...».

[301] El discurso de Temístocles a Euribíades comienza con las mismas palabras que empleara Milcíades para dirigirse al *polemarco* Calímaco a fin de convencerlo para atacar a los persas en Maratón; cf. VI 109, 3.

[302] Cf. nota VIII 54, y W. Tarn, «The Fleet of Xerxes»..., pág. 208.

sumible, obtendremos una rotunda victoria, pues a nosotros nos beneficia librar batalla en un estrecho, en tanto que a ellos les beneficia hacerlo en mar abierto [303]. Además, se salva Salamina, a donde hemos evacuado a nuestros hijos y a nuestras mujeres. Más aún, mi plan incluye la cuestión que, precisamente, más os interesa; se trata de la siguiente: de permanecer aquí, combatirás en defensa del Peloponeso de la misma manera que si estuvieses en las inmediaciones del Istmo; por eso, si adoptas una decisión verdaderamente acertada, no conducirás al enemigo contra el Peloponeso. Pues, si realmente sucede lo que yo γ presumo y alcanzamos la victoria con nuestra flota, los bárbaros no se os presentarán en el Istmo ni progresarán más al sur del Ática: se retirarán sin orden alguno [304] y nos beneficiaremos de la salvación de Mégara, Egina y Salamina, en donde, además, según un oráculo [305], nos impondremos a nuestros adversarios. El éxito, en suma, suele sonreír por lo general a las personas que toman decisiones sensatas; en cambio, cuando las decisiones son insensatas, la divinidad tampoco suele auspiciar los planes de los hombres [306].»

---

[303] Como indica C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 207), «Herodotus has indeed realized the advantages which a battle in the narrow waters of Salamis Strait would confer on the heavier Greek ships against their more lightly-built opponents, who needed a sea-fight in the open sea to exploit to the full their superiority in speed and manoeuvre». En 480 a. C. las naves griegas eran inferiores a las persas en capacidad de maniobra. Fue la pericia que adquirieron los atenienses entre 480 y 430 a. C. (cf. Tucídides, I 49) lo que explica, por ejemplo, que, en 429, Formión, al mando de una flotilla ateniense, adoptara una táctica contraria a la sustentada aquí por Temístocles (cf. Tucídides, II 90).

[304] Pues, sin el apoyo de la flota, el ejército persa no podría recibir aprovisionamientos desde Asia, al quedar el Egeo bajo control griego.

[305] Cf., *supra*, VII 141, 4, y la interpretación de Temístocles en VII 143.

[306] Cf. nota VI 482. La intervención de Temístocles concluye con un

61 En plena intervención de Temístocles, el corintio Adimanto volvió a arremeter contra él, exigiendo que aquel apátrida guardara silencio y tratando de impedir que Euribíades sometiese a votación la propuesta de una persona cuya ciudad no existía; de hecho, insistía en que, para que pudiese manifestar su opinión, Temístocles debía representar a una ciudad (Adimanto lo injuriaba en esos términos porque Atenas había sido tomada y se hallaba en poder del enemigo).

2 En esa tesitura, Temístocles, como es natural, dirigió numerosos reproches contra Adimanto y contra los corintios, y demostró explícitamente que ellos —los atenienses— poseían una ciudad, así como un territorio, más importante que el de los corintios, en cuanto que disponían de doscientos navíos con sus dotaciones [307], de manera que ningún pueblo de Grecia podría resistirse ante ellos si lo atacaban.

62 Al tiempo que hacía esas puntualizaciones, se dirigió a Euribíades, siguiendo en el uso de la palabra, y le dijo, poniendo más énfasis [308]: «Por lo que a ti se refiere, si estás dispuesto a permanecer aquí, actuarás, precisamente

---

apotegma, después de haber articulado su discurso de manera antitética (Salamina/Istmo, con sus consecuencias estratégicas). Cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 185.

[307] Lo que suponía un total de cuarenta mil hombres (cf. nota VII 145; sobre la población del Ática en esta época, vid. nota VIII 210). Entre los 200 navíos citados aquí por Temístocles hay que incluir, presumiblemente, las 20 naves que Atenas había prestado a los *clerueos* de Calcis (cf. VIII 1, 2; 46, 2; nota VIII 5). La idea de que el potencial de una ciudad residía en sus habitantes, y no en sus fortificaciones, aparece ya en Esquilo, *Persas* 349, y es formulada más explícitamente por Sófocles, *Edipo Rey* 56.

[308] Más énfasis que el que había puesto en sus anteriores palabras dirigidas a Euribíades.

por hacerlo, como un buen soldado [309]; de lo contrario, ocasionarás la perdición de Grecia, pues, para nosotros, el éxito de la campaña depende de las naves; así que sigue mi consejo. Mas, si no haces lo que te digo, nosotros re- 2
cogeremos de inmediato a nuestros familiares y nos trasladaremos a Siris, en Italia [310], que nos pertenece desde hace ya mucho tiempo [311]; y, además, al decir de los oráculos [312],

---

[309] La versión que propongo es preferible a la de «un valeroso soldado» (que es la traducción de la mayoría de los críticos), ya que lo que Temístocles pretende es que Euribíades adopte la estrategia más adecuada.

[310] Ciudad emplazada a orillas del Golfo de Tarento, a unos 60 km. al N. de Turios. La precisión del lugar donde se hallaba situada dicha localidad (para Heródoto, Italia hace referencia al Golfo de Tarento y a todas las ciudades griegas allí fundadas) tiene por objeto distinguirla de otra población del mismo nombre situada en Peonia (cf. VIII 115, 3).

[311] Según la tradición, Siris había sido fundada por troyanos que escaparon a la toma de su ciudad (cf. ESTRABÓN, 264). En la primera mitad del siglo VII a. C. fue colonizada por jonios procedentes de Colofón (cf. J. BÉRARD, «Les Ioniens à Siris», *Charites. Festschrift E. Langlotz,* Munich, 1957, págs. 218 y sigs.), alcanzando gran prosperidad (cf. ARQUÍLOCO, fr. 18 DIEHL; ATENEO, 523), lo que motivó que, antes de 510 a. C. (cf. JUSTINO, XX 2), fuera conquistada por una coalición de ciudades de origen dorio emplazadas, asimismo, en el Golfo de Tarento (Metaponto, Síbaris y Crotón); en general, vid. J. PERRET, *Recherches critiques sur l' histoire de la Siritide avant 433/432,* París, 1942, págs. 128-130. Se ignoran las razones de estas pretensiones territoriales de Atenas sobre Siris, a no ser que se basaran únicamente en el origen jonio de la ciudad y en la primacía de Atenas sobre los jonios (cf. nota VIII 281).

[312] Probablemente algunas sentencias apócrifas atribuidas a Bacis (cf. nota VIII 100) o a Museo (cf. nota VII 37), pero debidas a algún *cresmólogo* (cf. nota VII 33). Pese a que R. CRAHAY, *La littérature oraculaire...,* pág. 142, consideraba que estos oráculos aquí aludidos debían de haber surgido a mediados del siglo V a. C., cuando el régimen democrático ateniense empezó a centrar su atención en Occidente (piénsese en la fundación de Turios, en 444/443, auspiciada por Pericles; cf. V. EHRENBERG, «The foundation of Thurioi», *American Journal Philology* (1948), págs. 149 y sigs.), es posible que ya Temístocles abrigara planes expansio-

debemos fundar allí una colonia. Vosotros, entretanto, al veros privados de unos aliados como nosotros, os acordaréis de mis palabras».

63 Ante estas manifestaciones de Temístocles, Euribíades cambió de opinión (a mi juicio, lo hizo sobre todo ante el temor de que los atenienses los abandonaran, si ordenaba que las naves pusiesen rumbo al Istmo, pues, sin el concurso de los atenienses, el resto de los griegos no estarían ya en condiciones de presentar batalla [313]). Se inclinó, en suma, por el plan de Temístocles: permanecer en Salamina y librar en sus aguas una batalla decisiva.

Batalla de Salamina. Antecedentes inmediatos. Los griegos se encomiendan a los dioses

64 Así que, después de tales escaramuzas verbales, los griegos que se hallaban en Salamina se dispusieron, ante la decisión de Euribíades, a presentar batalla naval en aquella zona.

Entretanto, se hizo de día y, al salir el sol, se produjo un seísmo acompañado
2 de un maremoto, por lo que decidieron elevar preces a los dioses [314] e invocar la ayuda de los Eácidas [315]. Y deci-

nistas en esa zona (cf. L. Piccirilli, «Temistocle *euergétēs* dei Corciresi», *Annali Scuola Normale Superiore Pisa* 3 (1973), pág. 339): dos hijas suyas se llamaban Italia y Síbaris (cf. Plutarco, *Temístocles* 32, 2), tuvo intereses en Corcira (cf. Tucídides, I 136, 1; Plutarco, *Tem.* 24, 1), y mantuvo contactos con Hierón (cf. Plutarco, *Tem.* 24, 7; 25, 1); de ahí que S. Mazzarino (*Il pensiero storico classico,* Bari, 1966, I, páginas 119 y sigs.) piense que los oráculos son anteriores a la época de Salamina.

[313] Pues (incluyendo a los calcideos) la flota griega habría quedado reducida a algo menos de la mitad de sus efectivos (cf. nota VIII 254).

[314] Por el origen divino que se atribuía a los movimientos sísmicos; concretamente se consideraban obra de Posidón (cf. VII 129, 4; Jenofonte, *Helénicas,* IV 7, 4), que en los poemas homéricos es llamado *ennosígaios,* «el que sacude la tierra». Vid. H. Popp, *Die Einwirkung der Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegführung der Griechen im 5. und 4. Jahrhundert v. Chr.,* Erlangen, 1957, págs. 13-18.

dirlo y hacerlo fue todo uno: tras haber elevado preces a todos los dioses, solicitaron, desde la propia Salamina, el auxilio de Áyax y de Telamón[316], y enviaron un navío a Egina para que trajese a Éaco y a los demás Eácidas[317].

Prodigio, favorable a los helenos, acaecido en Eleusis

Y por cierto que, al decir de Diceo, hi- 65
jo de Teocides (se trataba de un exilado ateniense que se había granjeado prestigio entre los medos[318]), en aquellos momentos, cuando el Ática, que había sido abadonada por los atenienses, estaba siendo devastada por los efectivos terrestres de Jerjes, él —que se daba la circunstancia de que a la sazón se encontraba, en compañía del lacedemonio Demarato[319], en la llanura de Tría[320]—

[315] Es decir, de Éaco (hijo de Zeus y de la ninfa Egina, y primer rey de la isla del mismo nombre) y de sus hijos. Cf. Apolodoro, III 12, 6-7; Diodoro, IV 72, 1-7; y, sobre la importancia de los héroes en el mundo griego, M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...*, I, páginas 184 y sigs.; 715 y sigs.

[316] Éaco tuvo tres hijos (vid. su cuadro genealógico en G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 17): Peleo (el padre de Aquiles), Telamón y Foco, hermanastro de aquéllos. Al asesinar a Foco, Peleo y Telamón fueron desterrados de la isla de Egina por Éaco, marchando Telamón a Salamina, donde tuvo a Áyax (cf. *Ilíada*, II 557-558), y Peleo a Ftiótide, una región de Tesalia; cf. Píndaro, *Nemeas*, V 7-16; Ovidio, *Met.*, XI 266-270; Pausanias, II 29, 9-10; Higinio, *Fab.* 14.

[317] Heródoto debe de referirse a sus *xóana* (término que en Grecia designaba a las más antiguas imágenes sagradas, talladas generalmente en madera), en la creencia de que la presencia de la imagen aseguraba la presencia espiritual y la ayuda del héroe en ella representado (cf., para las estatuas de los Dióscuros que acompañaban al ejército espartano, *supra*, V 75, 2; Pausanias, IV 16, 5; 27, 1).

[318] Diceo debía de ser un importante miembro del partido de los Pisistrátidas (cf. notas VIII 271 y 325).

[319] Rey de Esparta (de 510, aproximadamente, a 491 a. C.), perteneciente a la familia de los Euripóntidas, que fue depuesto del trono por

vio que desde Eleusis avanzaba una polvareda, como si la causasen poco más o menos unos treinta mil hombres [321]. Ellos dos se preguntaban, llenos de perplejidad, quiénes podían levantar la polvareda, cuando, de repente, oyeron un griterío que a Diceo le pareció que se trataba del grito ritual que, en honor de Yaco, se entona en los misterios [322].

---

las intrigas de su colega Cleómenes I (cf., *supra,* V 61-70), exiliándose a la Corte de Jerjes (cf. VII 3), donde desempeñó el papel de *practical adviser* (cf. VII 101-104; 209; 234 y sigs.).

[320] La llanura donde se encontraba Eleusis. Heródoto alude a ella, denominándola «llanura triasia» (cf., asimismo, *infra,* IX 7 β, 2; Tucídides, I 114; II 19-21), por el demo de Tría, que se encontraba a unos 5 km. al NE. de Eleusis. Es la llanura más occidental del Ática y por ella pasaba la ruta procedente de Platea, en Beocia, que fue la que debió de seguir la columna derecha del ejército persa en su avance hacia Atenas (cf. nota VIII 175).

[321] Según V 97, 2, el número de ciudadanos atenienses a comienzos del siglo v a. C. (cf., sin embargo, nota V 489). No obstante, como no todos los atenienses estaban iniciados en las fiestas mistéricas que se celebraban en Eleusis (en las que también podían participar griegos de otros Estados), y el número a que alude Heródoto es sexagesimal, la cifra en cuestión puede tratarse de un guarismo genérico para designar a una muchedumbre (cf. nota VIII 188).

[322] Los cultos mistéricos estaban relacionados con las divinidades agrarias (en cuanto que las potencias que presiden la fertilidad aseguran a las plantas, tras su desaparición anual, un renacimiento, y el ciclo de la vegetación se sucede anualmente, se consideraba, por analogía, que las divinidades objeto de tal devoción protegían a los seres humanos después de la muerte) y se hallaban reservados para iniciados, manteniéndose sus ritos en secreto (posiblemente por la creencia primitiva en el valor mágico de los ritos y en su poder sobre las divinidades, se restringía su divulgación a personas cuya integridad moral garantizaba que no se utilizaría su conocimiento inadecuadamente). Los misterios de Eleusis (cf., en general, E. G. Mylonas, *Eleusis and the Eleusinian Mysteries,* Princeton, 1961) estaban dedicados a Deméter, diosa de la tierra cultivada (por oposición a Gea, a quien se concebía como personificación de la tierra en sentido cosmogónico). Yaco (aunque su nombre, originariamente, es

Entonces Demarato, que no conocía los ritos que tenían 2
lugar en Eleusis, le preguntó qué era aquel murmullo que se escuchaba. Y él le respondió: «Demarato, las tropas del rey van a sufrir forzosamente un gran desastre, pues, teniendo en cuenta que el Ática se halla desierta, es de todo punto evidente que el murmullo que se escucha tiene un carácter sobrenatural: que procede de Eleusis para socorrer a los atenienses y a sus aliados. Y, desde luego, si 3
se lanza sobre el Peloponeso, el peligro acechará a la persona del rey y a su ejército de tierra; en cambio, si se encamina contra las naves que están en Salamina, el monarca correrá el riesgo de perder su flota. Esta fiesta la celebran 4
los atenienses todos los años en honor de la Madre y de la Hija [323], pudiendo iniciarse en ella todo ateniense, o cualquier otro griego, que lo desee; y el grito que oyes es la invocación que, durante dicha fiesta, dirigen a Yaco».

«Calla —contaba Diceo que replicó Demarato ante sus manifestaciones—, y no relates este episodio a nadie más, 5
pues, si esas palabras llegan a oídos del rey, de seguro que

---

la personificación de un grito ritual —*iakchê,* derivado, con geminación expresiva, del vergo *iáchō,* «gritar»— que los fieles pronunciaban durante la celebración de los misterios de Eleusis) se trataba de una divinidad menor, a quien se representaba como un niño, que encabezaba la procesión de los iniciados bailando y empuñando una antorcha; cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 398-413; M. P. NILSSON, *Geschichte griech. Religion...,* I, págs. 559 y 664.

[323] Deméter y Perséfone. No se menciona por su nombre a las diosas por eufemismo, ya que, a causa del rapto de Perséfone por Hades (el primer testimonio que nos ha llegado de este mito es el *Himno Homérico a Deméter;* cf., en esta misma colección, *Himnos Homéricos,* trad. de A. BERNABÉ, Madrid, 1978, págs. 43 y sigs.; y A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica...,* págs. 69 y sigs.), se relacionaban con el mundo de los infiernos y con cultos escatológicos.

perderás la cabeza [324], y ni yo ni ninguna otra persona, ni una sola, podremos salvarte. Mira, guarda silencio, que de esas tropas se encargarán los dioses.»

6 Ese fue, en suma, el consejo que le dio Demarato; y, entretanto, con la polvareda, y una vez acallado el griterío, se formó una nube que se elevó al cielo y se dirigió hacia Salamina, en dirección a la flota griega. Así fue como ambos comprendieron que los contingentes navales de Jerjes iban a ser destruidos. Eso es lo que contaba Diceo [325], hijo de Teocides, poniendo por testigos a Demarato y a otras personas.

---

[324] Por el carácter ominoso que la interpretación de Diceo entrañaba para Jerjes. Como en otras ocasiones (cf., por ejemplo, VII 11, 1; 101, 3), nos encontramos con que el problema de la libertad de expresión queda restringido a contextos persas; cf. P. Hohti, «Freedom of speech in speech sections in the Histories of Herodotus», *Arctos* 8 (1974), páginas 19 y sigs.

[325] Pese a la hipótesis de P. Trautwein («Die Memorien des Dikaios», *Hermes* 25 [1890], págs. 527 y sigs.), en el sentido de que Diceo debió de haber sido una de las fuentes escritas de Heródoto para la expedición de Jerjes —y de su presunta obra procedería este pasaje—, o de D. Fehling (*Die Quellenangaben...*, pág. 135), quien, con hipercriticismo, considera que este episodio es un ejemplo flagrante de «inventiva» herodotea, esta anécdota debió de conservarse por tradición oral (este capítulo es pródigo en palabras poéticas), y quizá surgió en círculos favorables a Temístocles (si bien el que Esquilo [*Persas* 345 y sigs.], que enfatiza el papel de la intervención divina en Salamina, no lo mencione puede ser indicio de que la historia aún no se había divulgado en el año 472): los misterios de Eleusis, que no podían celebrarse ese año por la evacuación de Atenas, tienen lugar, a pesar de ello, de manera milagrosa, presagiando la derrota persa. Plutarco, *Tem.* 15, alude al prodigio (que se vio acompañado de otros) indicando que tuvo lugar el mismo día de la batalla de Salamina, pero no parece factible. La procesión que llevaba las ofrendas de Atenas a Eleusis se celebraba la noche del día 19 del mes ático de *Boedromión* (cf. *Inscriptiones Graecae*, II^2, Berlín, 1913, núm. 1078 = W. Dittenberger, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leip-

La flota persa llega a Falero

Por su parte, los efectivos que integraban la flota de Jerjes, tras haber constatado la derrota infligida a los lacedemonios [326], pasaron desde Traquis a Histiea, donde hicieron escala por espacio de tres días, navegaron luego a través del Euripo y, al cabo de otros tres días, llegaron a Falero [327]. En mi opinión, los 66

zig, 1924, núm. 885), por lo que la conversación entre Demarato y Diceo se habría desarrollado el día 20 de dicho mes (= 22 de septiembre de 480; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, págs. 703-704). Como, en IX 10, Heródoto alude a un eclipse de sol (que se produjo el 2 de octubre), que motivó que los griegos no hostigaran a los persas cuando, por tierra, se retiraban del Ática, la cronología de los hechos que narra el historiador puede ser establecida como sigue:

MES	DÍA	HECHO
Agosto	19	Luna llena. Último día de los Juegos Olímpicos (cf. VII 206, 2).
	28	Los persas toman las Termópilas (VII 223-225).
Septiembre	5	Los persas llegan al Ática (VIII 50).
	19	Toma de la Acrópolis (VIII 53).
	21	Sacrificio ofrecido en la Acrópolis por los Pisistrátidas (VIII 54).
	22	Prodigio en Eleusis (VIII 65).
	28	Batalla de Salamina (VIII 83 y sigs.).
Octubre	2	Eclipse parcial de sol (IX 10).

[326] Es decir, tras haber visitado las Termópilas. El historiador retoma el «diario» de la flota persa, interrumpido en VIII 25, «due —señala R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 458— to Hdt.'s method in separating the accounts of synchronous operations and completing (relatively) the story of one series before entering on that of the other».

[327] Cf. nota VIII 209.

bárbaros que invadieron Atenas por tierra y por mar no eran inferiores en número a los que llegaron hasta Sepía-
2 de [328] y las Termópilas; de hecho, voy a compensar las bajas que tuvieron a consecuencia de la tempestad, y las que sufrieron en las Termópilas y en los combates navales de Artemisio, con los contingentes que, hasta entonces, no habían acompañado todavía al monarca [329], y que eran los siguientes: los melieos, los dorios, los locros y los beocios —que, salvo los tespieos y los plateos, se unieron a los invasores con todos sus efectivos [330]—, así como los caristios, los andrios, los tenios [331] y todos los demás isleños,

---

[328] Cf. nota VII 886.

[329] Ateniéndonos al testimonio del historiador, la flota persa, antes del inicio de las operaciones, contaba con 1.327 navíos (cf. VII 89, 1; 185, 1), pero había perdido 400 con ocasión de la tempestad desencadenada en Magnesia (cf. VII 190), y 200 en las costas de Eubea (cf. VIII 13), además de las pérdidas sufridas en los enfrentamientos de Artemisio, que superaban la treintena (cf. VIII 11; 14; 16), por lo que cabría pensar que había quedado reducida a unas 600 unidades (la verdadera cifra con que debieron contar los efectivos navales de Jerjes; cf. apéndice VII al libro VII). Heródoto, para esta afirmación, debió de tener en cuenta el testimonio de Esquilo (*Persas* 337 y sigs.), que fijaba en 1.207 el número de naves persas en Salamina, y pretendió compensar las pérdidas sufridas con los contingentes navales aportados por los Estados griegos filopersas de las islas, algo aparentemente absurdo (cf., sin embargo, W. W. Tarn, «The Fleet of Xerxes»..., pág. 204, para un intento de justificación). Por lo que se refiere al ejército, Heródoto estimaba (cf. IX 32) en cincuenta mil los aliados griegos con que contó Mardonio, una cifra admisible y que podía compensar perfectamente las bajas habidas hasta entonces.

[330] Cf. VII 132, 1; y nota VII 626 (sobre los dorios de la Dóride, vid. VIII 31).

[331] Caristo era una localidad de Eubea meridional, a unos 10 km. al NW. del cabo Geresto (cf. nota VIII 37), que, tras las Guerras Médicas, fue sojuzgada por Atenas, acusada de «medismo» (cf., *infra,* IX 105; Tucídides, I 98). Andros y Tenos son dos islas de las Cícladas, respectivamente a unos 15 y 50 km. al SE. del cabo Geresto.

a excepción de los cinco Estados cuyos nombres mencioné hace poco [332], pues resulta que, cuanto más se internaba el Persa en Grecia, tanto mayor era el número de pueblos que se unían a él.

Jerjes celebra consejo con sus almirantes y, pese a la oposición de Artemisia, decide presentar batalla en Salamina

Pues bien, cuando todos los efectivos persas, salvo los parios, hubieron llegado a Atenas (los parios se habían quedado apostados en Citnos esperando a ver de qué lado se decantaba la guerra [333]), es decir, cuando la flota arribó a Falero, justo entonces Jerjes en persona bajó hasta las naves al objeto de entrevistarse con sus hombres y conocer la opinión de las dotaciones. A su llegada, tomó asiento en un trono y, acto seguido, comparecieron, a ins- 67

2 2

[332] Realmente, en VIII 46, el historiador (sin contar a eubeos y eginetas) ha citado seis islas: Ceos, Naxos, Citnos, Serifos, Sifnos y Melos. La omitida en este pasaje (aunque se han propuesto otras interpretaciones) debe de ser Serifos, una isla de proverbial insignificancia (cf. ARISTÓFANES, *Acarnienses* 542), que no figuraba, además, entre los 31 Estados griegos que combatieron contra los persas en Salamina y Platea, cuyos nombres constaban en el trípode ofrendado a Apolo Delfio en acción de gracias (cf. IX 81, y W. W. HOW, J. WELLS, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 323).

[333] La actitud ambigua de Paros (la más importante de las Cícladas, desde el punto de vista económico, durante el siglo V a. C.; cf. nota VI 670) debió de estar motivada por la adhesión de Naxos, y de las demás Cícladas occidentales, a la causa griega (cf. VIII 46, 2-4); de ahí que no se decidieran a luchar al lado de los persas. Por otra parte, el intento ateniense de conquistar la isla, con ocasión de la campaña dirigida por Milcíades, en el año 489 (cf. VI 132-135; y R. DEVELIN, «Miltiades and the Parian expedition», *L'Antiquité Classique* 46 [1977], págs. 571 y sigs.), pudo ser la causa de que los parios no ayudaran a los aliados. Su comportamiento hizo que, tras Salamina, se vieran obligados a pagar una indemnización a los griegos (cf. VIII 112, 2).

tancias suyas, los tiranos [334] de los pueblos de su Imperio y los comandantes de las naves [335], que tomaron asiento con arreglo a la jerarquía que el monarca había otorgado a cada uno de ellos: primero el rey de Sidón, luego el de Tiro [336], y después los demás. Una vez sentados unos junto a otros conforme al protocolo, Jerjes encargó a Mardonio que sondease el parecer de cada uno, preguntándoles si debía presentar batalla por mar [337].

---

[334] El término, como suele ocurrir en otros pasajes de la *Historia* (cf., por ejemplo, I 86, 4; III 50, 2; VI 126, 1), no tiene sentido peyorativo, sino simplemente el de «poseedor de un poder absoluto». La palabra puede ser de origen microasiático, quizá lidio o hitita (cf. A. Heubeck, *Praegraeca*, Erlangen, 1961, págs. 68-70), y la primera vez que la encontramos atestiguada en la literatura griega (en Arquíloco, fr. 22 Diehl) aparece en un pasaje en que se habla de Lidia.

[335] Es decir, los jefes de los diferentes contingentes navales, subordinados a los almirantes persas (cf. H. Hauben, «The chief commanders of the Persian fleet in 480 B. C.», *Ancient Society* 4 [1973], págs. 23 y sigs.).

[336] Los fenicios constituían el contingente más numeroso y eficaz de la flota persa (cf. VII 96, 1; y apéndice VII al libro VII), siendo los sidonios quienes más confianza le merecían a Jerjes (cf. VII 44; 128, 2; y H. Hauben, «The king of the Sidonians and the Persian imperial fleet», *Ancient Society* 1 [1970], págs. 1 y sigs.). Sobre los reyes de Sidón y Tiro en tiempos de Jerjes, cf. nota VII 489.

[337] Heródoto está haciéndose eco del ceremonial propio de la corte persa en las audiencias (cf. I 99, 1, donde se hace remontar dicho protocolo a época meda): el rey preside la sesión desde un trono y los asistentes no pueden dirigirse a él directamente, sino a través de un «introductor de mensajes» (algo así como el secretario privado del monarca, que estaba encargado de concertar las audiencias; cf. I 120, 2; III 84, 2), cargo que aquí desempeña Mardonio. Dado que este último era uno de los seis generales del ejército de tierra (cf. VII 82), y que en el pasaje no hay la menor alusión a los almirantes de la flota persa (cf. VII 97), es posible que la historia de este consejo de guerra celebrado entre Jerjes y sus jefes navales locales provenga de una fuente de Halicarnaso (la patria de Heródoto; cf. nota I 1), si tenemos en cuenta el protagonismo que

Con ocasión de la ronda de preguntas que, comen- 68
zando por el sidonio, fue formulando Mardonio, todos se mostraron de acuerdo sobre el particular, pronunciándose por presentar batalla naval; Artemisia [338], en cambio, dijo
lo que sigue: «Mardonio, díle en mi nombre al rey que α
yo, que en los enfrentamientos navales librados en las inmediaciones de Eubea [339] no me comporté cobardemente ni realicé las proezas menos importantes, manifiesto lo siguiente: 'Señor, es de justicia que te transmita mi más sincera opinión; concretamente, lo que considero más beneficioso para tus intereses. Paso, pues, a exponértelo. Reserva tus naves y no libres un combate naval, pues, por mar, nuestros enemigos son tan superiores a tus tropas como
lo son los hombres a las mujeres [340]. Además, ¿por qué 2
tienes que correr a toda costa riesgos en enfrentamientos navales? ¿No eres dueño de Atenas, por cuya conquista emprendiste la expedición [341]? ¿No eres dueño, asimismo,

se concede a Artemisia (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 378), por lo que se utilizaría la figura de Mardonio por razones literarias y dramáticas (cf. VIII 100-101, y nota VIII 141).

[338] La tirana de Halicarnaso (cf. VII 99, y notas *ad locum*). La crítica (cf., no obstante, G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 374) considera ahistórica esta intervención de Artemisia (de la que Heródoto debió de informarse en los círculos protiránicos de su ciudad natal), que presenta la apariencia de un *vaticinium post eventum* en boca de un *Warner* (cf. H. Bischoff, «Der Warner bei Herodot», en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung,* Munich, 1965, págs. 302 y sigs.).

[339] Es decir, en los enfrentamientos navales de Artemisio.

[340] Una apreciación que, entre los persas, constituía la peor de las injurias (cf. IX 107). En la *Historia,* Artemisia hace gala de «*viril* arrojo» (de *andrēíē,* como dice Heródoto en VII 99, 1); de ahí que la comparación no resulte sorprendente en sus labios.

[341] Cf. VII 8 β, y nota VII 4.

del resto de Grecia[342]? Nadie te ofrece resistencia; y quienes lo han hecho han acabado tal como merecían[343].

β Y voy a decirte ahora cuál va a ser, a mi juicio, la suerte que sufrirán tus adversarios: si, en lugar de apresurarte a presentar batalla naval, mantienes tus naves aquí, cerca de la costa, alcanzarás fácilmente, Señor, los objetivos que proyectabas con tu campaña, tanto si permaneces a la expectativa como si avanzas hacia el Peloponeso[344].
2 Realmente, los griegos no están en condiciones de oponerse a ti durante mucho tiempo, de manera que lograrás dispersarlos y todos ellos huirán a sus respectivas ciudades: según tengo entendido, en esa isla[345] no cuentan con víveres, y, además, si diriges tus efectivos terrestres contra el Peloponeso, no es presumible que los griegos llegados de

[342] La pregunta es hiperbólicamente retórica, ya que Jerjes sólo era dueño de parte de Grecia continental, pero no del Peloponeso.

[343] Alusión a los griegos caídos en las Termópilas.

[344] En ambos casos con el ejército de tierra. La estrategia que sugiere Artemisia era, sin lugar a dudas, la más coherente: los persas podían obligar a los griegos a abandonar la posición de Salamina (y, consecuentemente, a librar batalla en mar abierto) atacando con sus fuerzas terrestres el Istmo de Corinto. O bien podían intentar bloquear Salamina por el Este y el Oeste (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 697, nota 1), aunque —y suponiendo que el bloqueo fuera factible— ello implicara dividir sus fuerzas ante un enemigo no muy inferior en número, para forzar a los griegos, por necesidades de avituallamiento (dado que parte de la población del Ática se hallaba en la isla; cf. VIII 41, 1), a presentar batalla en una zona favorable a los persas (cf. A. W. Gomme, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1937, pág. 199). El problema con que se encontraron los persas fue el de la premura de tiempo, ya que el otoño se acercaba y, por lo tanto, el avituallamiento por mar, desde Asia, de los expedicionarios peligraba.

[345] En Salamina. En el texto griego aparece un adjetivo deíctico que confiere mayor dramatismo a la intervención de Artemisia.

esa zona se queden impasibles, así que no sentirán deseos de combatir por mar delante de Atenas [346].

En cambio, si te apresuras a librar de inmediato una batalla naval, temo que una derrota de la flota acarree, de paso, serios perjuicios al ejército de tierra [347]. Por otra parte, Majestad, ten presente, asimismo, el siguiente extremo: las personas de valía suelen tener esclavos despreciables, y los seres despreciables suelen tenerlos de valía [348]. Por eso, como tú eres el hombre más destacado del mundo, cuentas con esclavos despreciables que pretenden figurar entre tus aliados; se trata de los egipcios, los chipriotas, los cilicios y los panfilios, gente que no sirve para nada [349]». y

69 Mientras Artemisia le decía esto a Mardonio, todos aquellos que abrigaban simpatía hacia ella se sentían ape-

[346] O bien, «para salvar Atenas».

[347] La reticencia de Artemisia se halla en la línea de la aserción que aparece en Esquilo (*Persas* 728: «la derrota de la flota —dice Atosa a la Sombra de Darío— causó la perdición del ejército de tierra»), lo cual parece un claro indicio (cf. A. Masaracchia, «La battaglia di Salamina in Erodoto», *Helikon* 9-10 [1969-70], págs. 72 y sigs.) de que el historiador conocía la tragedia esquílea (si bien Heródoto suele citar a sus fuentes sólo cuando las critica, limitándose, en otro caso, a tomar sus datos sin citarlas; cf. H. W. Parke, «Citation and recitation. A convention in early Greek historians», *Hermathena* 67 [1946], págs. 80 y sigs.).

[348] Al igual que ocurre con el discurso de Temístocles a Euribíades (cf. VIII 60), la intervención de Artemisia, tras haber articulado claramente las hipótesis contrapuestas, concluye con una sentencia (= *gnṓmē*).

[349] Las palabras de Artemisia son probablemente un eco de la animadversión e intrigas que debían de reinar entre los distintos caudillos de los pueblos sometidos a Jerjes en su intento por conseguir para sí mayores prebendas del monarca. Sobre los contingentes navales de los pueblos aquí citados, cf. VII 89, 2, para los egipcios; VII 90, para los chipriotas; y VII 91, para los cilicios y los panfilios (cf., además, notas VII 456 y 459).

sadumbrados por sus palabras, en la creencia de que, por orden del monarca, iba a sufrir algún castigo, dado que se oponía a que presentara batalla por mar; en cambio, quienes la detestaban y le tenían envidia, porque, de entre todos sus aliados [350], era una de las personas a las que Jerjes más estimaba, se alegraban de su intervención, segu-
2 ros de que le costaría la vida [351]. Sin embargo, cuando le transmitieron las opiniones de los asistentes, Jerjes se sintió muy complacido con la de Artemisia y, pese que ya la consideraba una mujer notable desde hacía tiempo, en aquellos momentos su aprecio por ella aumentó considerablemente. No obstante, ordenó seguir el dictamen de la mayoría [352], plenamente convencido de que en las costas de Eubea sus hombres se habían mostrado deliberadamente remisos debido a que él no había estado presente; pero esta vez lo había dispuesto todo para asistir personalmente a la batalla [353].

---

[350] Cf. nota VIII 125 (la monarquía aqueménida jamás trataba con pueblos extranjeros en condiciones de igualdad; cf. G. Walser, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 [1975], págs. 529 y sigs.), y E. Bikerman, *Remarques sur le droit des gens dans la Grèce classique*, Bruselas, 1950, pág. 107, nota 3. En Grecia el término *symmachía* indicaba, por lo general, un tratado de alianza de carácter militar acordado entre diversos Estados, por el que las partes interesadas debían socorrerse mutuamente y no declarar la guerra o firmar la paz sin consenso previo. Cf. G. Busolt, *Griechische Staatskunde*, II, Munich, 1926, págs. 1.250 y sigs.; 1.320 y sigs.; asimismo, I. Calabi, *Ricerche su i rapporti tra le poleis*, Florencia, 1953, capítulos 2 y 3.

[351] Cf. nota VII 98.

[352] Que debía de coincidir con el suyo propio. Los temores de los amigos de Artemisia permiten suponer que el monarca, antes de recabar la opinión de los integrantes de la flota, se había manifestado a favor de enfrentarse a los griegos en Salamina.

[353] Cf., *infra*, VIII 90, 4.

Primeros movimientos de la flota persa

Cuando se dio la orden de zarpar [354], 70 los persas hicieron que sus navíos pusieran proa a Salamina y, con toda tranquilidad, se alinearon en orden de batalla con arreglo a las directrices que habían recibido [355]. Ahora bien, lo avanzado del día no les permitió presentar batalla en aquellos momentos, pues la noche se les echó encima [356]; así que se prepararon para hacerlo al día siguiente.

Por su parte, un miedo cerval hizo presa en los grie- 2
gos, sobre todo en los del Peloponeso [357]. Su miedo se de-

---

[354] Es inverosímil pensar que la flota persa iniciara su maniobra de aproximación a Salamina el mismo día de su llegada a Falero (cf. nota VIII 325). Lo que ocurre es que Heródoto tiende a concentrar los hechos, eliminando los intervalos no determinantes para la acción propiamente dicha (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 206). En cualquier caso, las líneas maestras de las operaciones están claramente individualizadas por el historiador: llegada de la flota persa a Falero (lo debió de hacer el 6 de septiembre, ya que, tras los enfrentamientos de Artemisio, la flota tardó 9 días en llegar de Áfetas a Falero: los seis mencionados en VIII 66, 1; uno empleado en la travesía Áfetas-Histiea [cf. VIII 23]; otro empleado en la visita a las Termópilas [VIII 25, 3]; y un tercero en el que regresaron de las Termópilas a Histiea [*ibíd.*]), sesión del Estado Mayor de la escuadra de Jerjes, partida de las naves, ocupación de Psitalea, etc.

[355] No está en absoluto claro el movimiento de la flota a que alude el historiador. Puede tratarse de un intento, para inducir a los griegos a presentar batalla en mar abierto (con lo que los persas no habrían penetrado en el estrecho que separa Salamina de la costa del Ática), llevado a cabo en una fecha indeterminada, anterior a la del día de la batalla; o bien tenemos aquí —aunque no parece probable— la primera mención a la fase inicial de la maniobra persa correspondiente a la propia batalla de Salamina: los efectivos navales de Jerjes se despliegan a lo largo de la costa del Ática, desde Falero hasta el monte Egáleo (pero cf., *infra*, nota VIII 378), al objeto de rodear a los griegos durante la noche.

[356] Cf. nota VIII 292.

[357] Nuevamente nos encontramos, recurrentemente, con el *tópos* del miedo que experimentan los griegos (sobre todo los peloponesios, por

bía a que, apostados como estaban en Salamina, iban a combatir con sus efectivos navales en defensa del territorio de los atenienses y, en caso de resultar derrotados, se verían copados y sitiados en una isla, con lo que dejarían su patria desguarnecida [358].

71 *Los peloponesios fortifican el Istmo de Corinto ante un posible ataque del ejército persa*

Además, los efectivos terrestres de los bárbaros se pusieron en marcha, en el transcurso de aquella misma noche, para atacar el Peloponeso [359].

Sea como fuere, se habían adoptado todas las medidas posibles para evitar que los bárbaros pudiesen invadir la zona por tierra firme; de hecho, en cuanto tuvieron noticias de que Leónidas y sus hombres habían sucumbido en las Termópilas, los peloponesios, procedentes de sus ciudades, acudieron a toda prisa al Istmo, donde tomaron posiciones (a su frente se hallaba, en calidad de comandante en jefe, Cleómbroto [360], hi-

---

el probable origen ateniense de las fuentes de Heródoto sobre la mayoría de la campaña de Salamina) antes de la decisiva batalla que se va a librar (cf. nota VIII 94).

[358] Ante un eventual desembarco persa por mar, ya que, como se desprende del capítulo siguiente, el Peloponeso se hallaba defendido por tierra.

[359] Dado que el ejército persa no pasó de Mégara (cf., *infra*, IX 14), hay que suponer que su avance tenía como objetivo apoyar desde tierra la maniobra envolvente de la flota (cf. VIII 76), a fin de poder salvar a sus náufragos y recuperar sus navíos averiados, al tiempo que remataban al enemigo.

[360] El menor de los hijos de Anaxándridas (rey de Esparta, perteneciente a la familia de los Agíadas, de 560 a 520 a. C., aproximadamente; cf. W. G. Forrest, *A History of Sparta...*, págs. 21-22), y, por lo tanto, hermanastro de Cleómenes I (que reinó de 520 a 488), y hermano de Dorieo y de Leónidas (rey de 488 a 480, al suceder a Cleómenes). Sobre las noticias que, de los hijos de Anaxándridas, aparecen en la *Historia*, cf. V 39-48; VI 51-86; VII 204-205, 1. Cleómbroto, que fue padre de

jo de Anaxándridas y hermano de Leónidas). Al tiempo 2
que tomaban posiciones en el Istmo, bloquearon la ruta Escirónide [361] y, acto seguido, de acuerdo con la resolución a la que llegaron en un cambio de impresiones, empezaron a construir un muro a través del Istmo [362]. Y, como había muchas decenas de miles de hombres y todo el mundo trabajaba, la obra iba progresando [363]: se acarreaban piedras, ladrillos, troncos y espuertas llenas de arena [364],

---

Pausanias, el vencedor de Platea (cf. IV 81; V 32; IX 64 y 78), murió poco después del 2 de octubre de 480 (cf. IX 10).

[361] La ruta que, bordeando el golfo Sarónico, unía Atenas con Corinto, pasando por Mégara. A unos 10 km. al SW. de esta última localidad, el camino está flanqueado, por tierra, por las rocas Escironias, así llamadas porque, según la tradición (cf. Apolodoro, I 2; Higinio, *Fab.* 37; Diodoro, IV 59, 4; Pausanias, I 44, 8), en ellas se apostaba Escirón, un bandido que arrojaba a los viajeros al mar, hasta que Teseo le dio muerte. En recuerdo del bandido, el camino recibió su nombre. Cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description of Greece...*, II, pág. 547.

[362] El muro se construyó a unos 4 km. al sur del *díolkos* (la ruta terrestre que seguían los barcos, deslizándose sobre rodillos de madera, para evitar la circunnavegación del Peloponeso; cf. nota VII 162), desde Lequeo, el puerto de Corinto a orillas del golfo de su mismo nombre, hasta Cencreas, el puerto que poseía dicha ciudad en el golfo Sarónico. Su longitud era de unos 6 km., ya que no se erigió en la zona más estrecha del Istmo de Corinto (donde estaba el *díolkos)* para evitar un desembarco persa por la retaguardia (cf. Pausanias, VII 6, 7; y Ch. Kardara, «The Isthmian Wall», *Archaiologikà Análecta* 4 [1971], págs. 85 y sigs.).

[363] De hecho, los trabajos de fortificación no concluyeron hasta el año siguiente (cf. IX 7 β, 1).

[364] Las piedras para los cimientos, los ladrillos para la estructura, los troncos para las torres y empalizadas, y la arena para la argamasa. Los restos que se conservan en la actualidad (con un espesor de 2,4 m.) no deben de corresponder a la obra aquí citada, ya que el muro fue reconstruido en diversas ocasiones a partir del siglo IV a. C. (cf. Diodoro, XV 68; Pausanias, VII 6, 7; y J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, III, págs. 5-6).

y quienes habían acudido a prestar su colaboración no dejaban de trabajar ni un solo instante, ni de noche ni de día.

72 Los griegos que acudieron en masa al Istmo a prestar su colaboración eran los siguientes: los lacedemonios, todos los arcadios [365], los eleos, los corintios, los sicionios, los epidaurios, los fliasios, los trecenios y los hermioneos [366]. Éstos fueron quienes, angustiados por el peligro que corría Grecia, acudieron a prestar su colaboración (al resto de los peloponesios les traía sin cuidado [367]; y eso que los Juegos Olímpicos y las Carneas ya habían terminado [368]).

---

[365] Presumiblemente, efectivos de Tegea y Orcómeno (que, en número de mil quinientos y seiscientos hoplitas, respectivamente, tomaron parte en la batalla de Platea; cf., *infra,* IX 28), de Mantinea (que llegaron cuando la misma ya había concluido; cf. IX 77), y de otros Estados arcadios; cf. VII 202, y A. Philippson, E. Kirsten, *Die griechische Landschaften,* Francfort, 1956, III, págs. 200 y sigs.

[366] Los eleos eran los habitantes de Élide, región noroccidental del Peloponeso. Sobre Corinto, cf. nota III 267. Sobre Sición, Epidauro y Trecén, cf. nota VIII 6. Fliunte se hallaba a unos 25 km. al SW. de Corinto (cf. Pausanias, II 12, 13). Para Hermíone, cf. nota VIII 222. Sorprende, en la lista (al margen de que no se indique el contingente de hombres que proporcionó cada pueblo), la ausencia de los megareos, que participaron en Platea con tres mil hoplitas, por lo que puede pensarse que quizá se hallaban custodiando sus costas en previsión de un ataque persa.

[367] Fundamentalmente a los argivos (pero cf. VII 152). Sorprende, sin embargo, la omisión, entre los efectivos que acudieron al Istmo, de Micenas y Tirinto, que sí tomaron parte en la campaña de Platea (cf. IX 28, 4).

[368] Cf. VII 206, y notas VII 987 y 989.

Digresión etnológica sobre el Peloponeso

Por cierto que el Peloponeso lo habitan siete pueblos [369]. Dos de ellos, los arcadios y los cinurios, son autóctonos y se hallan establecidos en la actualidad en la misma región que ocupaban antiguamente [370]. Otro pueblo, el aqueo, ha sido el único que no ha salido del Peloponeso, aunque sí abandonó su tierra natal para instalarse en una ajena [371]. Los otros cuatro 73 2 pueblos, del total de siete, son inmigrantes; se trata de los dorios, los etolios, los dríopes y los lemnios. Los dorios cuentan con numerosas y célebres ciudades; los etolios con una sola: Élide; los dríopes con Hermíone y Ásine, que se halla cerca de Cardamila, en Laconia; y los lemnios con todos los paroreatas [372]. (Parece ser que sólo los cinurios, 3

[369] Dado que esta breve descripción etnográfica del Peloponeso interrumpe la narración de los hechos, es posible (aunque el recurso de Heródoto a las digresiones es una constante en su obra) que el capítulo sea una adición del historiador una vez concluida la *Historia* (cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 192). A diferencia de la información que aquí se nos transmite, en el «Catálogo de las naves» se alude a seis Estados en el Peloponeso (aunque la referencia es más política que étnica): argolios, aqueos, laconios, mesenios, arcadios y eleos (cf. *Ilíada,* II 559-624). Por su parte Pausanias (V 1, 1) se refiere a arcadios, aqueos, dorios, dríopes y etolios como habitantes del Peloponeso.

[370] La Cinuria es una región oriental del Peloponeso, entre la Argólide y Laconia (cf. Tucídides, IV 56, 2; V 14, 4; 41, 2). Para Heródoto los arcadios eran pelasgos (cf. I 146, 1; II 171, 3; y nota VIII 228), y los cinurios, como dice más abajo, jonios, dando a entender con ello que constituían una población predoria (cf. VII 94, y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 165).

[371] Los aqueos (cf. I 145; VII 94) residían, antes de la migración doria (cf. nota VIII 162), en Laconia y la Argólide, desde donde fueron expulsados a Acaya, región septentrional del Peloponeso que recibió de ellos su nombre (cf. Pausanias, VII 6 y sigs.).

[372] Después de la mención a Élide, Hermíone (el texto griego dice «Hermión», pero su denominación habitual es la que reflejo en la ver-

que son autóctonos, son jonios, si bien se han convertido en dorios debido a la dominación de los argivos y al paso del tiempo: se trata, concretamente, de los orneatas, unos periecos [373].)

Pues bien, las restantes ciudades de los siete pueblos en cuestión, excepción hecha de las que he enumerado [374],

sión) y Ásine, cabría esperar ver citados los nombres de las ciudades lemnias (Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 72, para solucionar el problema, traduce, arbitrariamente, «les lemniens [ont] toutes les villes des Paroréates»), que el historiador ya ha mencionado en IV 148, 4, por lo que es posible que el texto presente una laguna. Según la tradición (cf. Pausanias, V 3, 5), una parte de los etolios (los habitantes de Etolia, región occidental de Grecia) había acompañado a los dorios en su invasión del Peloponeso. Sobre los dríopes, cf. VIII 43. Sobre la llegada de lemnios al Peloponeso, cf. IV 145, 2 y sigs.; y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, II, págs. 262 y sigs. Ciudades dorias eran Esparta, Argos, Corinto, Sición, etc. Élide era la capital de la región del mismo nombre, en el Peloponeso noroccidental. Ásine se hallaba en Mesenia, en la costa occidental del Golfo de Mesenia, «frente a Cardamila» (otra traducción que permite el texto), en Laconia, en la orilla oriental de dicho Golfo (la precisión tiene por objeto distinguirla de otra ciudad del mismo nombre situada en la Argólide, a unos 5 km. al SE. de Nauplia; cf. Pausanias, II 36, 4). Sobre los paroreatas, al S. de Élide, cf. nota IV 500.

373 Sigo la interpretación de W. W. How, J. Wells (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 260), aunque el texto presenta serios problemas. Como Orneas se hallaba a unos 20 km. al NW. de Argos, es difícil admitir que en ella residieran cinurios, por lo que Legrand, *ad locum*, propone la corrección de Orneatas por Tireatas (es decir, los habitantes de Tirea, la localidad más importante de la Cinuria), traduciendo el pasaje de la siguiente manera: «ce sont les Thyréates et leurs voisins». Manteniendo el texto tal y como se nos ha conservado, habría que suponer que Orneas fue conquistada por Argos antes de mediados del siglo v a. C. (aunque carecemos de información al respecto) y que sus habitantes fueron reducidos a una condición similar a la de los periecos en Lacedemonia (cf. nota VI 288), pasando posteriormente a ser designados con el apelativo de «orneatas» los periecos de Argos.

374 En VIII 72.

permanecían neutrales; y, si puedo hablar con franqueza, con su neutralidad favorecían la causa de los medos.

Descontento entre parte de la flota griega por la decisión de librar batalla en Salamina

Los griegos que se encontraban en el Istmo se habían consagrado, pues, a semejante faena dado que, en aquellos instantes, iban a jugarse el todo por el todo y no esperaban poder conseguir un brillante triunfo con la flota. 74

Por su parte, los griegos que se hallaban en Salamina, pese a tener noticias de las tareas de fortificación, estaban asustados [375], si bien no temían tanto por sus propias vidas como por la suerte del Peloponeso. El caso es que, 2
durante un cierto tiempo, los soldados se reunían entre sí y murmuraban en voz baja, extrañándose de la insensatez de Euribíades [376]. Pero, finalmente, el descontento estalló abiertamente; de ahí que tuviera lugar una asamblea en la que se habló largamente sobre el mismo tema [377]: los unos aducían que era menester zarpar con rumbo al Peloponeso [378] y afrontar riesgos para salvarlo, en lugar de que-

[375] Cf. nota VIII 94.

[376] Al haber decidido presentar batalla en Salamina. Cf. VIII 63, y nota VIII 205.

[377] Es posible que, de ser histórica, esta asamblea tumultuaria hubiera estado motivada por el despliegue del ejército persa a lo largo de la costa de la bahía de Eleusis, lo que habría inducido a parte de las tropas, o de sus generales (pues el historiador no precisa si en el inicio de la sesión intervinieron los *epibátai* o sólo los estrategos), a intentar que la batalla se librase cuanto antes. Cf. H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, 1966, págs. 271 y sigs.

[378] Según esto (dado que los griegos todavía podían retirarse), y con arreglo a la secuencia de acontecimientos que presenta Heródoto, hay que suponer que la maniobra naval persa, narrada en VIII 70, 1, había tenido como objetivo intentar que la flota griega les presentara batalla al SE. del canal de Salamina, en mar abierto. G. B. Grundy, *Great*

darse para combatir ante una región [379] que el enemigo ya había conquistado; en cambio, los atenienses, los eginetas y los megareos [380] sostenían que debían quedarse donde estaban y aprestarse a la defensa.

Estratagema de Temístocles para evitar que la flota aliada se retire al Istmo

75 Entonces Temístocles, en vista de que su tesis iba a ser derrotada por la de los peloponesios, salió subrepticiamente de la reunión y, una vez fuera, envió al campamento [381] de los medos a un hombre en una barca, con instrucciones precisas sobre lo que debía decir. (El nombre de ese individuo era Sicino [382], y se trataba de un criado de Temístocles; en

---

Persian War..., pág. 379, nota 1, y pág. 387 (aunque pretender establecer una cronología precisa de los hechos, a partir de las informaciones del historiador, resulta imposible), sitúa esta asamblea por la mañana del día anterior a la batalla.

[379] O «en pro de una región», ya que la preposición empleada (*pró)* puede tener tanto valor local como causal. La región, naturalmente, es el Ática.

[380] Los atenienses se oponían porque en Salamina tenían refugiada a parte de su población (cf. VIII 41, 1); los eginetas y los megareos lo hacían porque una retirada de la flota griega hacia el Istmo hubiera dejado sus países a merced de la escuadra de Jerjes.

[381] Traduzco así *es tò stratópedon,* considerando que la flota persa, tras la fallida maniobra de atraer a los griegos a mar abierto, mencionada en VIII 70, 1, había regresado a Falero. También podría traducirse por «envió a la flota de los medos», suponiendo que éstos ya habían entrado en los estrechos y se hallaban apostados junto a la costa ática, aunque esta posibilidad parece estar en desacuerdo con el hecho de que los griegos, según se desprende del capítulo precedente, todavía podían escapar de Salamina (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 217).

[382] Esquilo (*Persas* 355 y sigs.) alude simplemente a «un griego», mientras que Plutarco (*Temístocles* 12, 4) hace de Sicino un persa prisionero de guerra, sin duda racionalizando la facilidad con que Sicino se traslada de un bando a otro y el que no sea interrogado o arrestado. Es posible que su nombre sea frigio (cf. escolio a *Ilíada,* XVI 617; F. Jacoby, *F.*

concreto, del preceptor de sus hijos [383]. Precisamente, con posterioridad a estos acontecimientos —cuando los tespieos admitieron nuevos ciudadanos [384]—, Temístocles lo hizo ciudadano de Tespias y lo colmó de riquezas.)

Ese personaje llegó en aquellos momentos a su destino 2
en la barca y dijo lo que sigue a los generales de los bárbaros [385]: «Me ha enviado el general de los atenienses, a espaldas del resto de los griegos (pues resulta que es partidario del rey y prefiere que triunfe vuestra causa y no la

---

Gr. Hist. 156, fr. 106), y que supiera persa (cf. A. Köster, *Studien zur Geschichte des antiken Seewesen...*, pág. 110).

[383] Aunque Plutarco (*Temístocles* 32) afirma que el estadista ateniense (que nació hacia el año 528 a. C.) tuvo cinco hijos, Temístocles debió de casarse poco antes de Maratón (cf. F. J. Frost, *Plutarch's Themistocles...*, pág. 144), por lo que es posible que tenga razón Polieno (I 30, 3) al aludir a Sicino como el pedagogo de los *dos* hijos de Temístocles.

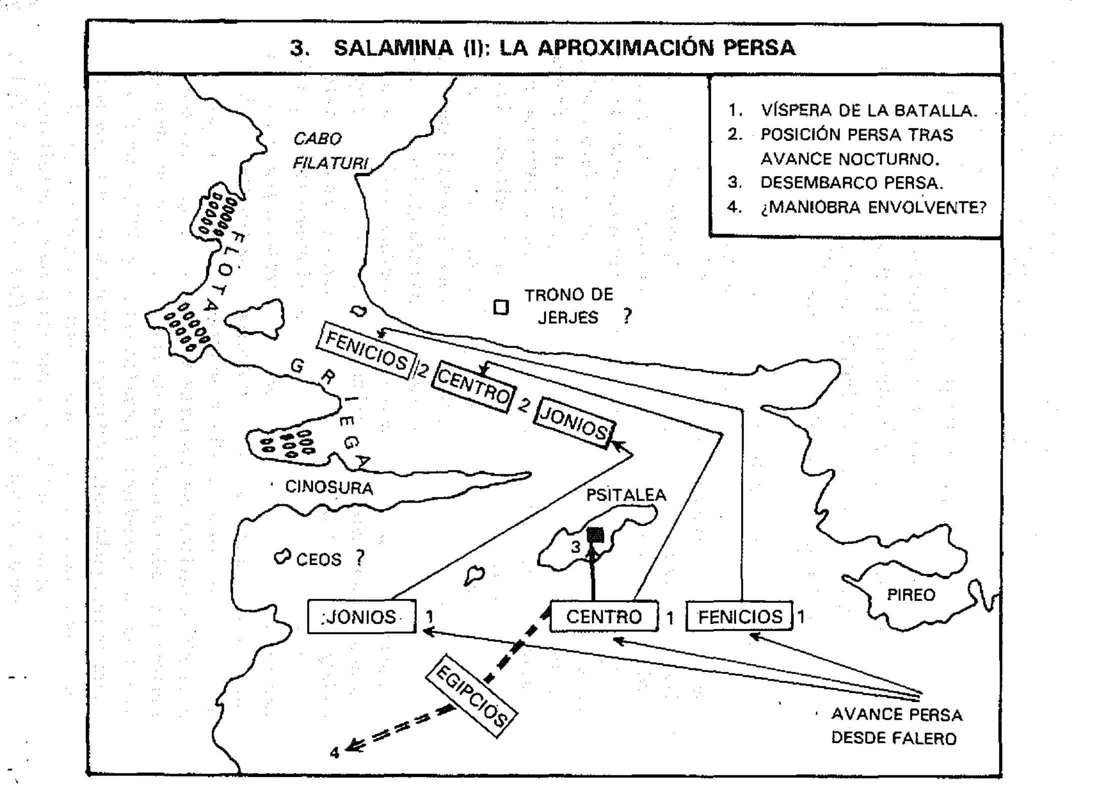
[384] Las pérdidas humanas que los tespieos sufrieron en las Termópilas (cf. VII 222), y en el transcurso de la evacuación de su ciudad (cf. IX 30), los obligaron a admitir a inmigrantes como nuevos ciudadanos. Cf. A. Podlecki, *The life of Themistocles*, Londres-Montreal, 1975, página 22, nota 23; *Inscriptiones Graecae*, I, 2.ª ed., Berlín, 1924, núm. 36; J. J. Hondius, *Supplementum Epigraphicum Graecum*, XXIII, Leiden, 1969, núm. 271.

[385] En Esquilo (*Persas* 356) es el propio Jerjes quien recibe el mensaje del emisario griego. Además de ésta, la divergencia mayor, entre los relatos del historiador y del tragediógrafo, estriba en que este último no alude a que entre los griegos existieran partidarios de los persas (las fuentes secundarias [Diodoro, XI 17, 4; Aristodemo, fr. 1, *F. Gr. Hist.* 104] carecen prácticamente de valor crítico al respecto). No hay que olvidar, sin embargo, que el propósito de Esquilo (que participó personalmente en la batalla de Salamina [cf. Ión de Quíos, fr. 7, *F. Gr. Hist.* 392], cuando contaba con unos 45 años de edad [cf. *Marmor Parium* A 48]) era muy distinto del de Heródoto al escribir *Los Persas* (tragedia que se representó en el año 472 ante una audiencia conocedora de los hechos): la obra es una pieza sobre la *hýbris* y el castigo divino (cf. H. D. F. Kitto, *Greek Tragedy*, Garden City, 1954, págs. 38 y sigs.), en la que predomina la intención dramática aunada a una exaltación patriótica.

de los helenos), para haceros saber que los griegos están aterrados y proyectan huir, así que en estos instantes tenéis la oportunidad de realizar la hazaña más importante de
3 la guerra, si impedís que escapen. De hecho, la disensión reina en sus filas y ya no os ofrecerán resistencia; es más, los veréis luchar entre sí con sus naves: vuestros partidarios se enfrentarán a vuestros enemigos [386]». Esto fue lo que les comunicó Sicino y, acto seguido, se alejó de allí.

---

[386] Pese a que la crítica, en general, considera ahistórico el mensaje de Temístocles (cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, páginas 119 y sigs.), este argumento debió de ser el que indujo a los persas a entrar en los estrechos de Salamina (el «medismo» no era considerado por los griegos tan abominable como lo sería una vez concluida la Segunda Guerra Médica; cf. J. Wolski, «ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l' époque des Guerres Médiques», *Historia* 22 [1973], págs. 3 y sigs.), y no el que la flota griega pensara huir, algo que beneficiaba a los persas, dado que, de replegarse, los helenos probablemente hubiesen tenido que presentar batalla en la bahía de Cencreas, cerca del Istmo de Corinto, una zona en la que los navíos persas habrían podido aprovechar su superior maniobrabilidad (cf. VIII 60). No obstante, también es posible que Jerjes (que llevaba más de tres semanas en Atenas), impaciente por derrotar a los griegos, y ante la imposibilidad de dividir sus fuerzas navales, dejando parte de las mismas para controlar los movimientos de la escuadra griega en Salamina y enviando el resto para apoyar a su ejército de tierra en su progresión hacia el Sur, de acuerdo con la habitual táctica operativa combinada entre el ejército y la armada persas (cf. nota VII 1094), decidiera jugarse el todo por el todo y ordenara a la flota pasar al ataque. Si ello fuera así, la historia del mensaje habría tenido un origen ateniense posterior a la batalla, para criticar a los peloponesios, o habría sido inventada por el propio Temístocles (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 403-408).


3. SALAMINA (I): LA APROXIMACIÓN PERSA
1. VÍSPERA DE LA BATALLA.
2. POSICIÓN PERSA TRAS AVANCE NOCTURNO.
3. DESEMBARCO PERSA.
4. ¿MANIOBRA ENVOLVENTE?
CABO FILATURI
FLOTA GRIEGA
TRONO DE JERJES ?
FENICIOS 2
CENTRO 2
JONIOS
CINOSURA
PSITALEA
3
CEOS ?
JONIOS 1
CENTRO 1
FENICIOS 1
PIREO
EGIPCIOS
4
AVANCE PERSA DESDE FALERO

76 *La flota persa inicia una maniobra envolvente y ocupa Psitalea*

Dado que los bárbaros consideraron fiable el mensaje, lo primero que hicieron fue desembarcar a un nutrido contingente de persas en el islote [de Psitalea], que se halla situado entre Salamina y el continente [387]. Posteriormente, al llegar la media noche, desplegaron su ala occidental en dirección a Salamina, iniciando una maniobra envolvente [388], y lo propio hi-

[387] Probablemente se trata de la actual isla de Lipsokutali, situada en la entrada sudoriental del Estrecho de Salamina, a unos 600 m. al E. de la costa de Salamina, y a 800 m. al W. de la costa del Ática (cf. E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes*, Klio, Beiheft XII, 1914, págs. 144-148, a partir de Estrabón, IX 1, 13-14). Según Pausanias (I 36, 2) en la isla (de unos 1500 m. de largo por 250 de ancho) desembarcaron 400 hombres (la flor y nata del ejército persa dice Esquilo, *Persas* 447 y sigs.). En general, para los serios problemas topográficos que plantea la narración de Heródoto a propósito de la batalla de Salamina, vid. W. K. Pritchett, «Toward a restudy of the battle of Salamis», *American Journal Archaeology* 63 (1959), págs. 251-262.

[388] Resulta difícil interpretar satisfactoriamente la estrategia persa de acuerdo con la narración del historiador. Suponiendo que los persas penetraran en el Estrecho desde Falero, el ala occidental sería el ala derecha persa (una vez alineados en formación de combate, frente a los griegos, a lo largo de la costa del Ática); es decir, la que, en Falero, se hallaba surta más al Oeste y que sería la primera en adentrarse en el canal de Salamina (cf. C. N. Rados, *La bataille de Salamine...*, pág. 282) hasta tomar posiciones a la altura del cabo Anfíale, en la extremidad sudoccidental del monte Egáleo. (A ello no se opone el testimonio de Esquilo, *Persas* 395, al declarar que los persas vieron a los griegos cuando éstos ya habían avanzado un trecho con sus naves, pues, en contra de lo que opina G. Busolt [*Griechische Geschichte...*, II, pág. 702], la flota griega, o parte de ella, podía estar protegida de las miradas persas por la isla de San Jorge, situada frente al cabo Anfíale, o simplemente por la zona norte de la bahía de Ambelaki.) La maniobra persa pretendería encerrar, pues, a la escuadra griega, desde el cabo Filaturi (o desde Anfíale), en la extremidad NW. del monte Egáleo, hasta Salamina, con el ala derecha, y, por la entrada sudoriental del Estrecho de Salamina, con el ala

cieron los efectivos navales apostados en las inmediaciones de Ceos y de Cinosura, bloqueando con sus naves la totalidad del Estrecho hasta Muniquia [389].

---

izquierda. No obstante, como Esquilo (*Persas* 361 y sigs.) afirma que Jerjes dispuso su flota en tres fuerzas operativas, para custodiar las salidas a mar abierto desde la bahía de Salamina, se ha pensado, a partir, además, del testimonio de Diodoro (XI 17, 1-18, 2), que el ala occidental a que alude aquí Heródoto pudo estar integrada por los efectivos egipcios de la flota persa (cf. VII 89, 3), enviados a bloquear la entrada occidental de la bahía de Eleusis (es decir, el canal de Mégara), para, así, cercar completamente a los griegos e impedir que huyeran en dirección al Istmo (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, págs. 382-383), mientras que las otras dos fuerzas operativas se habrían situado entre Salamina y Psitalea, y entre esta isla y el Ática (con lo que los persas no habrían estado alineados a lo largo de la costa ática frente a los griegos).

[389] Cinosura (la «cola de perro») es la península que, desde Salamina, penetra en el mar en dirección a la costa del Ática. La identificación de Ceos resulta muy problemática. Se ha pensado (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques...*, pág. 412, nota 2) que se trata de un topónimo alternativo para Cinosura (aunque el texto griego no permite esta identificación); que se trata de la bahía situada al S. de la península (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, págs. 58 y 60); o que, en realidad, en lugar de *Kéon* hay que leer *Kèramon*, con lo que tendríamos una referencia al cabo Céramo, en la costa del Ática, frente a Psitalea (cf. A. Wilhelm, «Zur Topographie der Schlacht bei Salamis», *Wiener S. B.* 211 [1929], págs. 29-32). Ahora bien, como el nivel actual del Mediterráneo en la zona ha subido unos 2,5 m. con respecto al existente en la Antigüedad (cf. K.J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 113, nota 1), y dado que Estrabón (IX 1, 13-14) menciona tres islas en la entrada oriental del Estrecho de Salamina, cuando hoy en día sólo emergen dos, es posible que Ceos fuera esa tercera isla. En cualquier caso, se trataba de un lugar próximo al canal oriental de Salamina. Hay que destacar que, posiblemente, la posición de Ceos y Cinosura no constituía el punto de partida de la maniobra del ala oriental persa, sino su meta, para, una vez allí, desplegarse por el Estrecho, desde Salamina al Ática (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 219: «as Herodotus uses the verb *anágō* of this movement, the ships which carried it out

2 Los movimientos de la flota persa tenían como objetivo impedir que los griegos gozasen de la menor posibilidad de huir, a fin de que, copados en Salamina, pagasen caras sus proezas de Artemisio. Y el desembarco de los persas en el islote que recibe el nombre de Psitalea lo llevaron a cabo al objeto de que, una vez iniciada la batalla, y dado que allí, sobre todo, irían a parar los hombres y los pecios (pues la isla se hallaba situada justamente en el escenario de la batalla que se iba a librar [390]), pudiesen salvar a los
3 suyos y aniquilar a los enemigos. Y estas maniobras las realizaron con sigilo, para que sus adversarios no se diesen cuenta [391]. Los persas, en definitiva, se dedicaron durante toda la noche a tales preparativos sin concederse el menor descanso.

---

cannot, as many suppose, have been at sea already outside the entrance to the straits, and from this it follows that Keos and Kynosoura must mark their position not at beginning but at the completion of the movement, the position to which they had been 'posted' in the sense that it represented not the starting-point but the final goal of their advance»). Muniquia es el promontorio situado entre el puerto del Pireo y la bahía de Falero, a unos 2 km. al E. de Psitalea.

[390] La afirmación del historiador vuelve a ser de difícil interpretación. Admitiendo la información de Diodoro (cf. nota VIII 388) sobre el envío del escuadrón naval egipcio al canal de Mégara, habría que identificar Psitalea con la isla de San Jorge, en pleno canal de Salamina (cf. N. G. L. Hammond, «The Battle of Salamis», *Journal Hellenic Studies* 76 [1956], pág. 43). Sin embargo, si nos atenemos al testimonio de Heródoto, hay que suponer que la flota persa tendría pensado empujar a los griegos con su ala derecha, apostada al N. de la isla de San Jorge, en dirección SE., para aniquilarlos a la altura de Psitalea, fuera ya del Estrecho de Salamina.

[391] Dado que la batalla se libró el 28 de septiembre de 480, la luna estaba, durante la víspera, en cuarto menguante, y no salió hasta dos horas después de la medianoche (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 702, nota 2).

Oráculo de Bacis favorable a los helenos

Y por cierto que no puedo negar la veracidad de los oráculos [392], pues, cuando reparo en casos como el siguiente [393], no pretendo tratar de discutir su claridad meridiana: 77

Mirad, cuando, tras haber saqueado la radiante Atenas,
con loca esperanza [394] *unan, mediante un puente de navíos,*
[la sagrada
playa de Ártemis, la de áurea espada, y Cinosura, a la
[que el mar baña [395],

[392] El historiador está haciendo una profesión de fe (Heródoto es un buen representante de la religiosidad tradicional; cf. II 3, 2; y M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes,* Leipzig, 1937, pág. 107), frente al escepticismo reinante en la Grecia de su época (cf. Tucídides, II 17; 54; V 26; Aristófanes, *Caballeros* 120 y sigs.; *Paz* 1060 y sigs.). Este capítulo ha sido atetizado por algunos críticos, dado que interrumpe bruscamente la narración y su lugar idóneo habría sido probablemente tras el capítulo 96 de este libro. No obstante, es propio de la narración herodotea insertar, en un momento decisivo del desarrollo de los hechos, datos que remiten al transfondo divino de los mismos (cf., por ejemplo, IX 43). Sea como fuere, nos encontramos ante un *vaticinium post eventum* referido a Salamina.

[393] O bien «en respuestas como la siguiente» (el contenido del oráculo que a continuación va a citar), si se adopta, en lugar de *prēgmata* (lectura de los manuscritos), la conjetura *rēmata* de H. Stein (*Herodotos. Buch VIII..., ad locum*).

[394] La de obtener, por parte persa, la victoria en la batalla naval.

[395] La «sagrada playa de Ártemis» (el epíteto «de áurea espada», propio más bien de Apolo [cf. *Il.*, V 509; XV 265; Hesíodo, *Trabajos* 771; *Himno a Apolo* 123; Píndaro, *Pít.*, V 104] se aplica aquí a su hermana por el contexto bélico en que aparece) debe de hacer referencia a Muniquia, donde se alzaba un templo en honor de la diosa (cf. Pausanias, I 1, 4), con lo que la grandiosa flota persa, alineada desde Cinosura hasta Muniquia es considerada como un puente de navíos que uniera Salamina con el continente.

la divina Justicia extinguirá al poderoso Kóros, hijo de
[Hýbris[396],
que, ebrio de deseos, cree poder absorberlo todo[397].
2 *A fe que el bronce chocará con bronce y Ares*[398] *teñirá*
[de sangre
el mar. En ese instante, traerán la libertad para la Hélade
[el hijo
de Cronos, el de penetrante mirada[399], *y la augusta Vic-*
[toria.

---

[396] *Kóros* (= «hartazgo») es la personificación de Jerjes, mientras que *Hýbris* (= «desmesura») lo es del expansionismo persa. El concepto de *hýbris* (que, en Solón, fr. 5 Diehl, y en Teognis 153, es hija de *kóros,* en tanto que en Píndaro, *Ol.,* XIII 10, y en Esquilo, *Agamenón* 766 y sigs., nos encontramos con la misma filiación que aquí se expresa) es uno de los conceptos fundamentales de la filosofía religiosa de la época arcaica griega, que, con ciertos matices, pervive en época clásica. Como señala E. R. Dodds (*Los griegos y lo irracional...,* págs. 39 y sigs.), la doctrina de la *hýbris* es el resultado de la moralización de la creencia general en la «envidia» de los dioses (cf. nota VII 92): si la divinidad, celosa garante del orden cósmico (Zeus pasa a ser el garante de la justicia, que ya en Hesíodo [*Teogonía* 902] es concebida como hija de Zeus), actúa contra el ser humano, lo hace movida por una justa reacción, porque el hombre ha incurrido en *hýbris,* en insolencia; y toda *hýbris,* en la mentalidad arcaica, exige un castigo. Cf. J. Alsina, *Literatura griega. Contenido, problemas y métodos,* Barcelona, 1967, págs. 133 y sigs.; y, en general, E. Wolff, *Griechisches Rechtsdenken,* Francfort, vol. I, 1950.

[397] Sigo la conjetura de Düntzer, aunque el texto plantea problemas. Con arreglo a la lectura de Masaracchia (*anà pánt' epithésthai,* que no es la que presentan los manuscritos), la traducción sería: «cree poder atacar por doquiera».

[398] El dios de la guerra y, por metonimia, la batalla misma. La alusión al bronce como metal del armamento de los combatientes es de influencia épica (el oráculo está compuesto en hexámetros; cf. nota VII 671), ya que los héroes homéricos portan armas de bronce.

[399] Es decir, Zeus. Traduzco el epíteto en su segunda acepción (su sentido originario es «de profunda voz», aplicado a Zeus como señor

En casos como éste [400], y ante la tamaña claridad con que habla Bacis [401], yo, personalmente, no me atrevo a plantear objeciones a propósito de sus oráculos; y tampoco las admito en los demás.

Aristides informa a los generales griegos de la maniobra persa

78 Mientras tanto, entre los generales que se hallaban en Salamina seguía teniendo lugar un fuerte altercado verbal [402], pues todavía no sabían que los bárbaros los estaban rodeando con sus naves; todo lo contrario, creían que continuaban en la misma posición en que los habían visto alineados de día [403].

79 Mientras los generales estaban discutiendo, arribó, procedente de Egina, Aristides [404], hijo de Lisímaco (se tra-

---

del trueno y el rayo; cf. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque...*, pág. 387).

[400] En la traducción mantengo *es,* que secluyen la mayoría de los editores. De suprimirlo, habría que traducir de la siguiente manera: «Cuando Bacis se manifiesta en tales términos y con tamaña claridad...».

[401] Cf. nota VIII 100.

[402] Se trata de la misma asamblea citada en VIII 74, 2, que, iniciada de manera tumultuaria, debía de haberse prolongado hasta altas horas de la noche (como se desprende de la simultaneidad de la maniobra envolvente persa con la sesión), con la exclusiva presencia de los estrategos de los principales Estados aliados.

[403] Heródoto se debe de estar refiriendo a la maniobra persa mencionada en VIII 70, 1 (pero cf. nota VIII 354). Es posible que los persas, que llevaban más de 20 días en Falero, se hubieran aproximado en más de una ocasión a la entrada sudoriental del canal de Salamina para intentar atraer a los griegos a una batalla en mar abierto. En ese despliegue es en el que, probablemente, piensan los generales.

[404] Tenemos aquí la primera mención en la *Historia* a la figura de Aristides (que nació en el demo de Alopece hacia 537 a. C., y que pertenecía a una de las familias más importantes de Atenas; cf. G. Gottlieb, *Das Verhältnis der ausserherodoteischen Überlieferung zu Herodot,* Francfort, 1963, págs. 114 y sigs.), a pesar de que había combatido contra la tiranía junto al alcmeónida Clístenes, fue uno de los estrategos en

taba de un ateniense que había sido condenado al ostracismo [405] por el pueblo, pero a quien yo, por las informaciones que he recabado acerca de su conducta, considero la persona más sobresaliente e íntegra que hubo en Atenas [406]).

Maratón (cf. nota VI 559) y arconte epónimo (cf. nota VIII 263) en 489/488, coincidiendo con la caída en desgracia y muerte de Milcíades (cf. VI 136). No está claro qué es lo que podía estar haciendo Aristides en Egina. Es improbable (como pretende J. B. Bury, «Aristides at Salamis»..., págs. 414 y sigs.) que hubiese ido en la nave (que, presumiblemente, sería egineta) comisionada para traer de la isla las imágenes de los Eácidas (cf. VIII 64, 2), ya que éstas arribaron después de que lo hiciera Aristides (cf. VIII 83, 2). Tal vez la misión del estadista ateniense en Egina consistió en convencer a los eginetas para que enviasen a Salamina las naves que tenían en reserva para la defensa de sus costas (cf. nota VIII 236).

[405] Cf. nota VIII 293. Aristides fue ostraquizado en el año 483 (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 22), al oponerse a los proyectos de Temístocles de construir una poderosa flota (cf. VII 144; J. Martin, «Von Kleisthenes zu Ephialtes», *Chiron* 4 [1974], págs. 24 y sigs.; y E. Ruschenbusch, *Athenische Innenpolitik im 5. Jh. v. Chr.*, Darmstadt, 1979, páginas 44 y sigs.), exilándose en Egina, donde habría hecho amistades, y de ahí que en esta ocasión fuera enviado para una misión de particular importancia. Pese a que en el *Decreto de Trecén* (líneas 44-47; cf. apéndice VIII al libro VII) la amnistía concedida a Aristides y a los demás ostraquizados atenienses parece datarse en agosto del año 480 (cf., asimismo, Plutarco, *Arístides* 8), la medida tuvo que haberse producido con anterioridad a la primavera de dicho año, ya que Aristides, una vez amnistiado, fue elegido estratego para el año ático de 480/479 (cf. J. Labarbe, *La loi navale de Thémistocle...*, págs. 87-103), y por eso pudo acaudillar la acción militar contra Psitalea (cf. VIII 95).

[406] Todas las fuentes antiguas coinciden en este rasgo, ya que Aristides era conocido con el sobrenombre de «el Justo» (cf., por ejemplo, la famosa anécdota entre Aristides y el campesino, que refiere Plutarco, *Arist.* 7, 7; o la contraposición entre su carácter y el de Temístocles que transmite Timocreonte, fr. 1, D. L. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1961). No obstante, como fue Aristides quien organizó la Liga delo-ática, fijando, en 476 a. C., la suma que los aliados debían satisfacer el primer año como cuota federal (cf. H. Nesselhauf, *Untersuchungen*

Este personaje se llegó hasta el lugar donde se celebraba 2
la reunión y le pidió a Temístocles que saliese [407], a pesar de que este último no era amigo suyo, sino su peor enemigo; pero, ante la enorme gravedad de la situación, relegó al olvido sus diferencias y le pidió que saliese al objeto de entrevistarse con él, pues ya estaba enterado de que los del Peloponeso querían, a toda costa, trasladar la flota al Istmo.

Y, cuando Temístocles, atendiendo su petición, salió, 3
Aristides le dijo lo siguiente: «Nosotros debemos rivalizar en todo momento, y ahora más que nunca, sobre cuál de
los dos rendirá mayores servicios a la patria. Por eso, te 4
aseguro que lo mismo da que los peloponesios aboguen mucho o poco por zarpar de aquí; he de decirte, porque lo he visto con mis propios ojos, que, en estos instantes, aunque los corintios y el mismísimo Euribíades quieran hacerlo, no podrán abandonar Salamina, pues estamos totalmente rodeados por el enemigo [408]. Así que entra y házselo saber».

---

zur Geschichte der delisch-attischen Symmachie, Aalen, 1963 (= 1933), págs. 109-111), es posible que este encendido elogio por parte de Heródoto estuviera dirigido a acallar las insinuaciones de sus contemporáneos contra Aristides (cf. C. W. Fornara, *Herodotus. An Interpretative Essay*, Oxford, 1971, pág. 74, nota 23).

[407] Probablemente sólo los principales comandantes en jefe de los Estados aliados (en este caso Temístocles por Atenas; cf. VII 173, 2; VIII 4; 19; 61) tenían derecho a asistir a las sesiones del Estado Mayor.

[408] De las palabras de Aristides cabe deducir que su nave había llegado hasta la flota griega por el canal de Mégara, y no por la entrada oriental del Estrecho de Salamina (probablemente ante el temor de encontrarse con navíos persas en la zona). Pero ello no implica forzosamente que, en su singladura, tuviera que haberse encontrado con el pretendido escuadrón egipcio, presuntamente enviado por Jerjes (cf. nota VIII 388) para bloquear el canal de Mégara e impedir la huida de los griegos.

80 Entonces Temístocles le respondió en los siguientes términos: «Tu sugerencia es muy acertada[409] y magnífica la noticia que me has dado, pues acabas de ver con tus propios ojos lo que yo deseaba que sucediera. Has de saber que yo soy el responsable de lo que están haciendo los medos, porque, como los griegos no estaban dispuestos a presentar batalla por propia iniciativa, había que obligarlos a la fuerza. Ahora bien, dado que tú eres el portador de tan formidable noticia, comunícasela a ellos personal-
2 mente, pues, si soy yo quien la transmito, parecerá que mis palabras son una invención y no podré convencerlos, puesto que no creerán en semejante maniobra de los bárbaros; así que preséntate ante ellos y expónles personalmente la situación. Y, si, cuando lo hayas hecho, te creen, tanto mejor; pero, si no confían en tus palabras, lo mismo nos dará, pues ya no podrán escapar, si, como dices, realmente estamos rodeados por todas partes».

81 Aristides se presentó en la reunión y explicó la situación: había llegado de Egina —manifestó— y a duras penas había logrado burlar el bloqueo enemigo[410] sin que

---

La nave de Aristides pudo haber advertido simplemente la maniobra del ala occidental persa, que estaba bloqueando la salida norte del Estrecho de Salamina, quizá desde el cabo Filaturi, en el Ática (o algo más cerca del cabo Anfíale), a la costa de Salamina, una zona que tiene unos 1.400 m. de anchura (con todo, cf. G. B. Grundy, *Great Persian War...*, página 390; y G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, pág. 61).

[409] La de porfiar entre ellos en pro de la patria. (En VIII 79, 3, según la lectura que presenta Stein, también podría traducirse: «Nosotros, si alguna otra vez hemos tenido que hacerlo, debemos rivalizar ahora más que nunca sobre cuál de los dos rendirá mayores servicios a la patria».)

[410] Sigo la conjetura de Naber *(diekplôsai)*, en lugar de la que presentan los manuscritos *(ekplôsai)*, dado que se adecua mejor al contexto general de los acontecimientos. Cf. Plutarco, *Arístides* 8; y R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 485.

lo vieran, pues toda la flota griega estaba rodeada por los navíos de Jerjes; así que les aconsejaba que se preparasen a fin de repeler su ataque. Dicho esto, Aristides se retiró; pero, entonces, volvió a suscitarse una disputa verbal entre los asistentes, pues la mayoría de los generales no se creían la noticia.

Los generales seguían desconfiando cuando, capitanea- 82
do por Panecio ⟨de Tenos⟩, hijo de Sosímenes, arribó un trirreme de desertores tenios [411] que les aportó, definitivamente, toda la verdad. (Por esta acción el nombre de los tenios fue inscrito, en el trípode de Delfos, entre los de quienes derrotaron al Bárbaro [412].)

Así pues, con esa nave que se pasó a sus filas en 2
Salamina y con la de Lemnos, que ya lo había hecho en Artemisio [413], la flota griega alcanzó las trescientas ochenta unidades, pues, hasta entonces, le faltaban justamente dos navíos para redondear esa cifra [414].

---

[411] Sobre la militancia de los tenios en la flota persa tras Artemisio, cf. VIII 66, 2 (y nota VIII 331). Pese a que PLUTARCO (*Temístocles* 12, 8) habla de que el trirreme desertor era tenedio (es decir, de la isla de Ténedos, en el Egeo, a unos 20 km. al SW. del Helesponto), su información debe tratarse de un *lapsus calami* por «tenio» (el testimonio de DIODORO, XI 17, 3, sobre que los jonios enviaron nadando a un samio para que informase a los griegos de la maniobra persa, debe de ser una invención de Éforo para justificar a los jonios [el historiador era de Cime], pues éstos, en su mayoría, se batieron valientemente en Salamina; cf. VIII 85, 1). La nave de Tenos debió de poder huir sin problemas, ya que los jonios ocupaban el ala izquierda persa (cf. VIII 85); es decir, la apostada en la entrada oriental del Estrecho de Salamina.

[412] Concretamente en el séptimo anillo de la serpiente de bronce, de triple cabeza, que servía de pedestal al trípode de oro (cf. IX 81; y R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek Historical Inscriptions to the end of the fifth century B. C.*, Oxford, 1969, núm. 27).

[413] Cf. VIII 11, 3.

[414] Cf. VIII 48; y notas VIII 236 y 254.

La batalla. Temístocles arenga a las dotaciones

83 Al considerar verídicas las afirmaciones de los tenios, los griegos, por fin, se prepararon para combatir.

Cuando ya alboreaba el día, los generales reunieron a los soldados de la flota [415] y, en nombre de todos [416], Temístocles pronunció una vibrante alocución: todo su discurso [417] consistió en contraponer lo más noble y lo más vil que realmente puede darse en la naturaleza y en el temperamento [418] del ser

---

[415] A los *epibátai*, la infantería de marina que intervenía cuando, en el abordaje de las naves, se llegaba al combate cuerpo a cuerpo. Su importancia en la flota era capital dada la incipiente táctica naval de esta época (cf. notas VIII 4 y 52): Salamina fue una batalla en la que privó la capacidad de embestida sobre la de maniobra, algo que beneficiaba a los griegos (cf. VIII 60 α-β). Según PLUTARCO (*Temístocles* 14, 2), en cada trirreme (que, en tiempos de las Guerras Médicas, carecían de cubierta; cf. TUCÍDIDES, I 14, 3) figuraban 18 *epibátai*: 14 hoplitas y 4 arqueros (en el *Decreto de Trecén* [23-26], sin embargo, se alude a 10 hoplitas y 4 arqueros por navío; cf. apéndice VIII al libro VII, y M. JAMESON, «Provisions for Mobilization in the Decree of Themistokles», *Historia* 12 [1963], págs. 397 y sigs.). Según eso, y dado que la flota griega contaba con 380 naves, el número de *epibátai* se acercaría a los siete mil. Para los problemas que plantea el texto griego, ya que parece faltar un verbo personal, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 78, nota 2.

[416] Del texto griego no se infiere claramente si Temístocles fue el único estratego que hizo uso de la palabra, o si cada estratego se dirigió a sus propios *epibátai*, pero el discurso más destacado fue el de Temístocles (así A. BARGUET, *Historiens Grecs I*, París, 1964, pág. 576, traduce: «l' allocution que prononça Thémistocle fut, entre toutes, excellente»).

[417] Probablemente Heródoto se limita a dar un breve resumen del contenido del discurso de Temístocles porque, aunque debía ser del dominio público, sus diferentes informadores no coincidirían al transmitirle sus términos.

[418] La diferencia se refiere, quizá, a comportamientos genéricos como especie y particulares como individuo.

humano; y, tras dar por concluida su intervención con una exhortación a que, de las dos alternativas, optaran por la mejor, dio la orden de que se embarcaran. Así lo estaban haciendo las tropas cuando arribó, procedente de Egina, el trirreme que había ido a buscar a los Eácidas [419]. Los griegos, entonces, zarparon con todas sus naves; pero, mientras lo estaban haciendo, los bárbaros los atacaron de improviso [420]. 2

[419] Cf., *supra,* VIII 64, 2. Es posible que esta nave llegara acompañada de los 12 trirremes de reserva que tenían los eginetas en su isla (cf. nota VIII 236), algo que se habría logrado gracias a las gestiones personales de Arístides en Egina (cf. nota VIII 404). Su arribada a Salamina pudo tener lugar por el canal de Mégara, todavía de noche, y el desembarco de las estatuas con las primeras luces del día. No obstante, esto último no se infiere del relato del historiador. Sea como fuere, y como señala A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII...,* pág. 198), «pretendere di tradurre il racconto di Erodoto in una descrizione della battaglia rispettosa della logica e della tecnica militare significa impigliarsi in difficoltà inestricabili».

[420] ESQUILO (*Persas* 398) no coincide con Heródoto en este punto (ni en otros detalles sobre la batalla), ya que son los griegos quienes aparecen de repente ante los persas, algo que puede explicarse si consideramos que el ala derecha griega estaba protegida del ala izquierda persa por la península de Cinosura, y que, posiblemente, el ala izquierda griega lo estaba del ala derecha persa por la isla de San Jorge (o la extremidad septentrional de la bahía de Ambelaki). No obstante, cf. nota VIII 385.

84 *Maniobra griega para romper la formación enemiga*

En esa tesitura, la práctica totalidad de los griegos empezaron a ciar [421], dirigiendo las naves hacia la costa. Sin embargo, un ateniense, Aminias de Palene [422], siguió avanzando [423] y embistió a un navío enemigo; y, como su nave se quedó enganchada, sin que ambos adversarios pudieran separarse, fue entonces cuando el resto de los griegos acudió en socorro de Aminias,
2 comenzando la batalla. Así fue, según los atenienses, como se trabó el combate; no obstante, al decir de los eginetas, fue la nave que había ido a Egina a buscar a los Eácidas la que inició las hostilidades [424].

---

[421] Sin duda para conseguir, con semejante maniobra (el escoliasta a Tucídides, I 50, 5, la explica así: «ciar [literalmente 'hacer retroceder la popa'] consiste en retroceder lentamente sin que la nave gire. Al hacerlo, se rema hacia popa. Esta maniobra se efectúa para no evidenciar que la nave se da a la fuga»), que el centro de la formación persa avanzara desde la costa ática hacia Salamina. Heródoto, sin embargo, no debió de entenderlo así y, probablemente, pensaba en un acto instintivo de temor (cf. nota VIII 94).

[422] Volvemos a encontrarnos con un ejemplo de la *Prôtos Formel* (cf. nota VIII 59), otra vez a cargo de un ateniense (cf. VIII 11, 2). Palene era un *demo* (cf. nota V 330) del Ática, a unos 10 km. al NE. de Atenas. Pese a que Esquilo (*Persas* 409 y sigs.) narra el episodio sin citar el nombre del protagonista ni su demo, la tradición posterior (cf. Diodoro, XI 27, 2) lo convirtió en hermano del tragediógrafo (cosa muy improbable), prácticamente en un sosias (cf. Eliano, *Hist. Var.*, V 19) de su hermano Cinegiro, muerto en Maratón (cf., *supra*, VI 114).

[423] O, como traduce M. F. Galiano (*Heródoto...*, pág. 192), «se salió de la línea de combate».

[424] Ante esta pretensión (de hecho los eginetas recibieron el premio al valor; cf. VIII 122), caben dos interpretaciones: que los eginetas fueron los primeros en luchar con navíos de la flota persa cuando se dirigían, desde su isla a Salamina, los navíos de reserva, mientras acompañaban a la nave que transportaba las imágenes de los Eácidas, o que ocupa-

Y por cierto que también se cuenta el siguiente episodio: a los griegos se les apareció la imagen de una mujer[425] que, al dejarse ver, se puso a animarlos en un tono tal que toda la flota griega pudo oírla, aunque previamente les dirigió el siguiente reproche: «¡Desdichados! ¿Hasta cuándo[426] váis a seguir ciando?»

Bravo comportamiento de los jonios

El caso es que, frente a los atenienses, 85
se hallaban alineados los fenicios, pues estos últimos ocupaban el ala próxima a Eleusis, la occidental[427], mientras que, frente a los lacedemonios, figuraban los jonios, que ocupaban el ala oriental, la próxima al Pireo[428]. Entre sus efectivos fueron realmente pocos los que, con-

ban, junto a los lacedemonios (cf. el capítulo siguiente y Diodoro, XI 18), el ala derecha griega. En cualquier caso, parece difícil admitir el protagonismo del navío que había traido las imágenes.

[425] La tradición debe de ser de origen ateniense. La mujer sería la diosa Atenea (que ya en el *epos* aparece como protectora de los principales guerreros griegos), aquí en su calidad de divinidad patrona de Atenas.

[426] La parénesis es tópica de la inacción ante el peligro (cf. Calino, fr. 1 Diehl).

[427] Más concretamente, ocupaban una posición al NW. del ala en la que se hallaban los jonios. Según el testimonio del historiador (aunque este punto de su relato constituye una de las mayores dificultades para explicar la táctica seguida por los persas en Salamina; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 450-457), la flota persa (presumiblemente protegida por sus fuerzas terrestres) se hallaba alineada a lo largo de la costa del Ática. (La conjetura de Löschke, al enmendar *Eleusînos* por *Salamînos* [con lo que habría que traducir «el ala próxima a Salamina»], supone que la flota de Jerjes no había entrado todavía en el Estrecho, de manera que los persas no habrían estado alineados de NW. a SE., sino de W. a E.; cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, mapa frente a pág. 249 [aunque no se indica claramente la posición de los diferentes contingentes navales].)

[428] Los atenienses, pues, ocupaban el ala izquierda de la flota griega y los lacedemonios la derecha, que era el puesto de honor (Euribíades

forme a las instrucciones de Temístocles [429], se mostraron deliberadamente remisos, ya que la mayoría no lo hizo.
2 En ese sentido, estoy en condiciones de citar los nombres de muchos *trierarcos* [430] que capturaron navíos griegos, pero voy a hacer caso omiso de todos a excepción de Teomestor, hijo de Androdamante, y de Fílaco, hijo
3 de Histieo, ambos naturales de Samos [431]. Y la razón de

era el almirante supremo de la escuadra) y de más responsabilidad (cf. IX 26 y sigs. a propósito de Platea) en los enfrentamientos terrestres de los ejércitos griegos (así, en Salamina tenemos una transposición de las concepciones de la lucha terrestre a la naval), ya que de su efectivo hostigamiento a la formación hoplítica enemiga dependía, por lo regular, el resultado de las batallas. No obstante, la información de Heródoto plantea dos problemas. Como los lacedemonios sólo contaban con 16 naves (cf. VIII 43), resulta una cifra demasiado exigua como para que ellos solos integraran el ala derecha, por lo que se ha supuesto que, con los lacedemonios, estaban los eginetas (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, pág. 68, nota 1). Vid., no obstante, nota VIII 453, para su posible situación. Por otra parte, como en Artemisio parece ser que los atenienses ocuparon el ala derecha (cf. VIII 21, 2, y nota VIII 111), R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 491, atribuía, hipercríticamente, a Temístocles la cesión del ala derecha a los lacedemonios, pese a que la batalla se libraba en aguas atenienses, ya que «Themistokles might gladly acquiesce in the inner station, which made a retreat for the Peloponnesians doubly difficult».

429 Cf. VIII 22.

430 El *trierarco* (compuesto bitemático de *triḗrēs*, «trirreme», y *árchein*, «mandar») era el capitán de una nave (no en el sentido institucional que el término poseía en Atenas; cf. nota VIII 90).

431 Como se advierte, Heródoto habla expresamente de una elección, realizada por su parte, entre un cúmulo de tradiciones de origen microasiático. Y si aquí se limita (según Diodoro, XI 19, 3, los griegos perdieron 40 navíos) a citar a dos samios, ello se debe a su conocimiento de Samos y al interés que sentía por la isla, donde había estado refugiado (cf. Eusebio, *Chron.: Ol.* 78, 1), al fracasar la conspiración urdida para derrocar a Lígdamis, el tirano de la patria del historiador, Halicarnaso, y en la que su familia estuvo involucrada (cf. A. Hauvette, *Hérodote*

que los mencione sólo a ellos estriba en que, debido a esa hazaña, Teomestor se convirtió, por designación de los persas, en tirano de Samos, en tanto què Fílaco pasó a formar parte de la lista de bienhechores del monarca y fue recompensado con una extensa propiedad [432]. (Por cierto que los bienhechores del monarca reciben, en persa, la denominación de *orosángas* [433].)

Esto es, en suma, lo que ocurrió con 86
estos dos personajes.

Victoria griega

No obstante, en Salamina, la mayoría de las naves persas fueron puestas fuera de combate [434], al ser destruidas unas por los atenienses y otras por los eginetas. De hecho, dado que

---

historien des guerres médiques..., pág. 13; y F. JACOBY, *s.v.* «Herodotos», *R.E.*, Supl. II, Stuttgart, 1913, cols. 220 y sigs.).

[432] Teomestor debió de ejercer la tiranía por espacio de menos de un año, ya que, en 479 a. C., Samos se liberó de la hegemonía persa (cf. IX 90 y sigs.). «Bienhechor» era un título honorífico que las ciudades griegas concedían a extranjeros que les hubieran prestado señalados servicios. En Persia, el Gran Rey mandaba inscribir en una estela los nombres de sus bienhechores, que eran recompensados oficialmente. Cf., *supra,* III 160; VI 30; *Esther,* VI 1 y sigs.; TUCÍDIDES, I 129; R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions...*, n.° 12.

[433] Según SÓFOCLES (fr. 183, S. RADT, *Tragicorum Graecorum Fragmenta,* IV, Gotinga, 1977), el término significa «guardias personales del rey» (en lo que coinciden HESIQUIO y FOCIO), a partir del persa antiguo *var,* «proteger», y *hšaya,* «rey». Sin embargo, NINFIS DE HERACLEA, un historiador del siglo III a. C., lo explica como «huéspedes reales» (cf. fr. 6, *F. Gr. Hist.* 432).

[434] Pese a que se considera que la batalla de Salamina duró toda la jornada del 28 de septiembre de 480 (es decir, unas once horas; cf. J. KEIL, «Die Schlacht bei Salamis», *Hermes* 73 [1938], págs. 329 y sigs.), Heródoto no nos presenta el desarrollo de la batalla en sus fases esenciales, limitándose a centrarse en una serie de episodios aislados que parecen pertenecer a etapas tardías de la misma, cuando los persas ya habían sido derrotados y se daban a la fuga.

los griegos combatían con disciplina y en formación, mientras que los bárbaros no habían mantenido la suya y no efectuaban con coordinación maniobra alguna [435], era inevitable que les sucediera precisamente lo que les pasó. Y eso que, sin ningún género de dudas, aquel día se superaron a sí mismos notablemente y demostraron más valor que en Eubea [436], pues todo el mundo ponía un gran interés por temor a Jerjes, ya que cada uno creía que el monarca lo iba a observar a él.

Artemisia sobrevive al acoso adversario

87 Pues bien, por lo que a los demás combatientes se refiere, no puedo precisar a ciencia cierta cómo se batió cada bárbaro o cada griego en particular [437]. Pero, con respecto a Artemisia, ocurrió un incidente que le permitió acrecentar su prestigio ante

[435] ESQUILO (*Persas* 412 y sigs.), en su grandiosa versión de la batalla, también insiste en el desorden reinante en la flota persa (cito por la trad. de J. ALSINA, *Esquilo. Tragedias completas*, Madrid, 1983, págs. 55-56): *El torrente de la escuadra | persa resiste, primero; | pero como en un estrecho | una multitud de barcos | se acumula, no hay manera | de prestarse mutuo auxilio, | y unos y otros se embestían | con sus émbolos de bronce | rompiendo los aparejos | de los remos. Las galeras | griegas, calculadamente, | en círculo nos hostigan; | los cascos de los bajeles | se volcaban, y la mar, | de cadáveres repleta, | y de restos de naufragio, | no era ya posible ver. | Y las riberas y escollos | de muerte se van llenando; | en fuga desordenada | marchan, remando, las naves | que forman el bando persa, | en tanto los griegos, cual | si fueran atunes u otra | redada de peces, iban | con los restos de los remos | y con pedazos de tablas | atacándolos, y a todos | el espinazo quebraban. | Por el piélago se extienden | griteríos y lamentos, | hasta que, al llegar la noche, | se nos hurta el espectáculo.*

[436] En Artemisio (cf. VIII 6-17) Jerjes no había asistido a los enfrentamientos navales (cf. VIII 69, 2).

[437] Heródoto debe de referirse a los contingentes de los diferentes Estados o pueblos. Dado que achaca a la tradición su escasez de noticias,

el rey [438]; fue el siguiente: en el preciso momento en que 2
las fuerzas del rey se hallaban en plena confusión, la nave de Artemisia se vio acosada por un navío del Ática [439]; como no podía escapar (pues delante de ella había varias naves aliadas y se daba la circunstancia de que la suya era la que se hallaba más próxima al enemigo [440]), decidió —y la medida le dio resultado— hacer lo siguiente: al verse acosada por el navío del Ática, embistió violentamente a una nave aliada, tripulada por calindeos, a bordo de la cual iba el propio rey de Calinda, Damasitimo [441]. Ahora 3
bien, yo no puedo precisar si es que había mantenido alguna polémica con él cuando todavía se hallaban en el Helesponto [442], ni tampoco si lo hizo premeditadamente, o si la nave de Calinda chocó con la suya por haberse cruzado

hay que entender que lo que había averiguado sobre el comportamiento de los jonios (cf. VIII 85, 2) era una mera lista de nombres. El caso de Artemisia era diferente, dada su condición de compatriota del historiador (cf. VII 99), por lo que sus fuentes tendrían un carácter local.

[438] Cf. VIII 69, 1.

[439] Como se dice en VIII 93, 1, el capitaneado por Aminias de Palene (cf. nota VIII 422), aunque no se trata del mismo episodio narrado en VIII 84, 1.

[440] Resulta imposible, ante el carácter del relato de Heródoto, trazarse una idea aproximada de los diferentes movimientos de la flota persa para poder explicar que una nave doria de Asia (cf. nota VII 465) fuera atacada por un navío ateniense (que, en un principio, habría figurado en el ala izquierda griega; cf. VIII 85, 1), teniendo, además, varias naves de la flota persa en su ruta de huida (cf., no obstante, R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 494, para un intento de justificación).

[441] Uno de los personajes más importantes de la flota persa (cf. VII 98). Calinda era una ciudad de la costa de Licia (cf. Estrabón, XIV 2, 2), próxima a Caria, a unos 125 km. al SE. de Halicarnaso. Licia y Caria se hallaban incluidas en la primera satrapía persa (cf., *supra*, III 90, 1; y nota III 450).

[442] Cf. VII 44, y nota VII 262.

4 casualmente en su camino. Sea como fuere, después de
haberla embestido, provocando su hundimiento, Artemisia
tuvo la fortuna de granjearse un doble beneficio: el *trierar-
co* de la nave ática, al ver que embestía a un navío bárba-
ro, creyó que la nave de Artemisia era griega o que estaba
desertando de la flota de los bárbaros para apoyar a los
griegos, por lo que mandó cambiar el rumbo y se dirigió
contra otras naves.

88 Así fue como, ante todo, Artemisia pudo escapar,
evitando la muerte; pero, además, resulta que el accidente
que había causado le permitió acrecentar considerablemen-
2 te su prestigio ante Jerjes. Según cuentan, el monarca,
que estaba contemplando la batalla [443], se fijó en que su
nave había embestido a otro navío, y entonces uno de los
presentes exclamó: «Señor, ¿ves lo bien que se bate Arte-
misia y cómo ha hundido un navío enemigo?» Jerjes
—agregan— preguntó si la hazaña se debía realmente a
Artemisia, a lo que los asistentes respondieron afirmativa-
mente, pues conocían a la perfección el emblema [444] de
3 su nave y creían que el navío destruido era enemigo (a la
serie de circunstancias favorables que, como he dicho, le
sucedieron, se añadió el hecho de que no se salvara ningún
tripulante de la nave de Calinda que pudiese acusarla). Y,
según cuentan, ante esa aseveración, Jerjes manifestó: «Los

---

[443] Cf., *infra,* VIII 90, 4; y, en general, P. Green, *Xerxes at Salamis,* Nueva York, 1970.

[444] Probablemente se trataba del mascarón de proa (cf. III 37, 2; 59, 3), aunque también podía consistir en alguna enseña particular (cf. C. Torr, *Ancient Ships,* Chicago, 1964 (= Cambridge, 1895), pág. 100). En cualquier caso, no debe de ser cierta la información de Polieno (*Strategemata,* VIII 53, 1), según la cual, durante la batalla de Salamina, Artemisia cambió varias veces de enseña, usando, según le convenía, estandartes griegos o persas.

hombres se me han vuelto mujeres; y las mujeres, hombres [445]». Esto fue, según dicen, lo que comentó Jerjes.

Desorden entre las naves persas

En el transcurso de esa gesta murió 89
el estratego Ariabignes, que era hijo de Darío y hermano de Jerjes [446]; y también encontraron la muerte otros muchos persas, medos [447] y aliados de renombre. En las filas griegas hubo, asimismo, bajas, pero fueron pocas, pues, como sabían nadar, quienes perdían sus naves, sin sucumbir en los combates cuerpo a cuerpo, alcanzaban Salamina a nado. En cambio, la mayoría de los 2
bárbaros perecieron en el mar, dado que no sabían nadar [448].

Y por cierto que los bárbaros perdieron el mayor número de naves justamente cuando las de la primera línea se dieron a la fuga, pues los que ocupaban la segunda línea, en su intento por pasar adelante con sus navíos para realizar, también ellos, alguna proeza a la vista del rey,

---

445 Cf. VIII 68 α, 1; y nota VIII 340.

446 Concretamente, hermanastro de Jerjes, ya que su madre había sido una hija de Gobrias (cf. nota VII 14), la primera mujer a la que desposó Darío (cf. nota VII 15). Ariabignes (sobre la etimología de ese nombre, cf. W. EILERS, *Iranische Beamtennamen in der keilschriftlichen Überlieferung*, Berlín, 1940, pág. 122) era el almirante de las fuerzas navales jonias y carias (cf. VII 97), y no aparece citado por ESQUILO (*Persas* 302-330) entre los persas que murieron en la batalla (aunque los nombres que facilita el tragediógrafo no nos son todos conocidos, y, por ejemplo, incluye entre los caídos a Farnuques, que, según Heródoto [VII 88], se había quedado en Sardes, sin participar en la campaña al frente de un tercio de los efectivos de caballería).

447 Que figuraban en la flota de Jerjes en calidad de *epibátai* (cf. VII 96, 1; y nota VII 478).

448 Cf. nota VI 217.

abordaron a las naves de su propia flota cuando éstas huían [449].

Calumnias de los fenicios contra los jonios

90 En medio de aquella confusión se produjo también el siguiente incidente: unos fenicios, cuyas naves habían resultado destruidas, se presentaron ante el monarca y calumniaron a los jonios, asegurándole que habían perdido sus navíos por su culpa, porque habían cometido traición [450]. Pues bien, lo que ocurrió fue que los generales jonios [451] no perdieron la vida y, en cambio, los fenicios que los calumniaban recibieron su mereci-
2 do de la siguiente manera: mientras todavía se hallaban hablando del asunto, un navío samotracio [452] embistió a

[449] El testimonio de Heródoto puede entenderse de dos maneras: que las naves persas estaban alineadas en varias filas a lo largo de la costa del Ática y que, al ser derrotadas, las de la primera línea viraron de bordo y se dirigieron hacia la costa; o bien que los atenienses sobrepasaron el flanco occidental de los fenicios (quizá dando un rodeo por el canal que separa la isla de San Jorge de Salamina; cf. J. Keil, *Antike Schlachtfelder,* IV, Berlín, 1931, 105) y arrollaron a los navíos de la flota persa, empujándolos hacia el SE., en dirección a la salida oriental del Estrecho de Salamina, con lo que las naves fenicias, en su retirada, se vieron abordadas por las que integraban el centro de la formación persa (con todo, cf. nota VIII 440).

[450] La acusación de los fenicios no es retomada por ninguna fuente antigua. Probablemente estamos ante el reflejo de una sospecha generalizada entre los diversos contingentes navales de Jerjes (cf. VII 51), acrecentada por la tentativa de Temístocles de que los jonios se pasaran al bando aliado (cf. VIII 22), y que quizá se vio confirmada por algún hecho aislado acaecido durante la batalla (a ello puede estar aludiendo Heródoto en VIII 85, 1).

[451] Es decir, los generales de los diferentes Estados jonios que tomaban parte en la expedición (cf. VII 93-95; y nota VIII 336) y que se hallaban a las órdenes de Ariabignes.

[452] Samotracia es una isla del Egeo septentrional, de 180 km^2 de superficie y situada a unos 55 km. al NW. del Helesponto. Estuvo poblada

una nave ática. Esta última se estaba hundiendo cuando he aquí que una nave egineta[453] se abalanzó sobre el navío samotracio, echándolo a pique. Pero, como los samotracios manejaban bien la jabalina, abatieron con sus disparos a los soldados que iban en la nave que los había echado a pique[454], treparon a bordo y se apoderaron de la embarcación. Este lance fue lo que salvó a los jonios, 3
pues, cuando vio la gran hazaña que habían realizado los

---

desde el Neolítico (cf., *supra*, II 51, 2), y en la Antigüedad fue célebre su culto de los Cabiros o Grandes Dioses (cf. nota II 213). Hacia el año 700 a. C. se establecieron en ella colonos samios (cf. escolio a *Ilíada*, XIII 12; PAUSANIAS, VII 4, 3), que se mezclaron con la población existente. La isla había sido conquistada por los persas en el año 493 (cf. VI 31), una vez sofocada la sublevación jonia. Los samotracios son considerados jonios por los persas dado que, en Oriente, los griegos eran conocidos con el nombre de jonios. Los judíos los denominaban *Jāwān* (cf. *Génesis*, X 2), y Darío, en la *Inscripción de Behistun*, los llama *Yauna* (cf. col. I, § 6), mientras que Atosa (cf. ESQUILO, *Persas* 178) denomina a Grecia «la tierra jonia».

[453] El que una nave egineta aparezca luchando aquí junto a un navío ateniense (además de lo que dice el historiador en VIII 91-92) permite suponer que los eginetas estaban alineados a la izquierda de los espartanos (en el ala derecha griega; cf. DIODORO, XI 19, quien, aunque sitúa erróneamente a los lacedemonios, debe de tener razón al afirmar que eginetas y megareos se hallaban a la derecha de la flota griega). Cuando los atenienses, con su maniobra envolvente sobre el flanco derecho fenicio (cf. nota VIII 449), los obligaron a huir en dirección SE., debió de producirse una aglomeración de navíos persas, al cerrar el paso los fenicios al avance del centro persa (integrado, cabe suponer, por chipriotas, cilicios, panfilios y licios; cf. DIODORO, XI 19), y ser desplazados los jonios hacia el NW. por la presión del ala derecha griega. Cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...* pág. 234.

[454] O, como traduce M. F. GALIANO (*Heródoto...*, pág. 194), «... los samotracios ... desde su nave, ya casi sumergida...». En todo caso es obvio que, cuando los samotracios atacaron a los *epibátai* eginetas, su nave aún no se había hundido.

samotracios, Jerjes, ante la enorme indignación que sentía, y en su deseo de responsabilizar a todo el mundo, se revolvió contra los fenicios y mandó que les cortaran la cabeza, para evitar que pudiesen calumniar a quienes eran más valientes cuando ellos se habían comportado cobardemente.
4 Resulta que Jerjes (que se hallaba sentado al pie del monte situado frente a Salamina y que recibe el nombre de Egáleo [455]), cuando veía que, en el transcurso de la batalla, uno de los suyos llevaba a cabo alguna hazaña, se informaba de quién la había hecho, y sus secretarios [456] anotaban el nombre del *trierarco,* el de su padre y el de su ciudad [457]. Por otra parte, la presencia del persa Ariaram-

[455] Pequeña cadena montañosa del Ática (su máxima altitud alcanza los 453 m.), cuyas estribaciones sudoccidentales constituyen el monte Coridalo (de 217 m. de altura), situado frente a la isla de San Jorge y la había de Palukia, en Salamina. La expresión que utiliza Heródoto indica que Jerjes no se encontraba en la cima propiamente dicha, sino en cualquier punto de la falda del monte que le permitiera una adecuada visión del Estrecho (cf. Esquilo, *Persas* 464-465, aunque no facilita precisiones geográficas). Tampoco es posible fijar con exactitud el lugar en el que podía hallarse Jerjes a partir del testimonio de Plutarco (*Temístocles* 13, 1), ya que sus fuentes son contradictorias: Fanodemo (fr. 24, *F. Gr. Hist.* 325) situaba la posición del monarca probablemente en la vertiente sudoriental del Coridalo (cf. N. G. L. Hammond, «The battle of Salamis»..., pág. 38; y W. K. Pritchett, *Studies in Ancient Greek Topography,* Berkeley, 1956, I, pág. 101), mientras que Acestodoro (C. Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum,* París, 1846, II, 464) lo situaba en las cercanías de la frontera entre Mégara y el Ática (cosa que parece de todo punto improbable). El monarca debía de estar sentado en un taburete de oro (cf. F. J. Frost, «A Note on Xerxes at Salamis», *Historia* 22 [1973], págs. 118 y sigs.), al que luego la tradición convirtió en un trono (cf. Demóstenes, *Contra Timócrates* 129).

[456] Cf. VII 100, 1; y nota III 662.

[457] Pese a que, como en toda sociedad clasista (cf. nota VII 2), el empleo de patronímicos es constante en las inscripciones persas (cf. nota III 313), y aparecen con profusión en las listas de origen persa que trans-

nes[458], que era amigo ⟨de los jonios⟩, también contribuyó, en cierta medida, a ese desgraciado final de los fenicios.

Los persas, en definitiva, se revolvieron 91
contra los fenicios.

Huida persa

Cuando los bárbaros se dieron a la fuga, intentando replegarse con rumbo a Falero[459], los eginetas, que se habían emboscado[460] en el Estrecho, realizaron proezas dignas de mención[461], pues, mientras los atenienses aprovechaban el barullo para destruir tanto las naves que les presentaban batalla como las que pretendían escapar, los eginetas hacían lo propio con las que intentaban replegarse. Así que, cuando algún navío lograba zafarse de los atenienses, se topaba de inmediato con los eginetas.

---

mite Heródoto (cf. VII 61 y sigs.), nos encontramos aquí ante una *interpretatio graeca*, ya que el nombre completo de un ciudadano griego constaba de nombre, patronímico y demótico.

[458] El personaje es desconocido, pero debía de tratarse de un Aqueménida, ya que el primer elemento de su nombre es el adjetivo *ariya*, que significa «ario», y el mismo nombre aparece en la genealogía de Jerjes (cf. apéndice III al libro VII) como bisabuelo de Darío (cf. VII 11, 2).

[459] Que era su base naval en el Ática (cf. VIII 67, 1; y nota VIII 209).

[460] O, como sugiere J. E. Powell (*Lexicon Herodotus...*, pág. 336), «que habían resistido». La interpretación de la maniobra egineta es sumamente discutida y lo más que puede apuntarse es que, tras haberse enfrentado al ala izquierda persa, los eginetas debieron de permanecer (bien fuera siguiendo un plan preconcebido o, lo que parece más probable, debido a los avatares de la batalla) en la zona Cinosura-Psitalea-Ática, mientras el resto del ala derecha seguía acosando a sus adversarios. Cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 236 y sigs.

[461] Cf., *infra*, VIII 122.

92 *Incidente entre Polícrito y Temístocles* Fue en aquellos momentos cuando se encontraron la nave de Temístocles, mientras perseguía a un navío enemigo, y la del egineta Polícrito [462], hijo de Crío, que había embestido a un navío sidonio (se trataba, precisamente, del que había capturado a la nave egineta que montaba guardia en Escíatos [463] y en la cual figuraba Píteas, hijo de Isquénoo, a quien los persas, llenos de admiración por su valor, habían mantenido a bordo a pesar de haber resultado gravemente herido [464]. La nave sidonia, que, además de su contingente de persas [465], transportaba a Píteas, pudo, en definitiva, ser apresada, por lo que este último fue rescatado, regresando así a Egina.)

2 Cuando reparó en el navío ático, Polícrito lo reconoció, al ver la enseña de la nave capitana, así que llamó a gritos a Temístocles y, aludiendo sarcásticamente a la adhesión de los eginetas hacia los medos [466], lo llenó de

---

[462] Probablemente se trataba del estratego del contingente egineta. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 502.

[463] Cf. VII 179.

[464] Cf. VII 181.

[465] Cf. nota VII 478.

[466] Los eginetas habían entregado «la tierra y el agua» (cf. nota V 65) a los persas en 491 a. C. (a comienzos del siglo v la expansión persa había creado dificultades comerciales, y por lo tanto económicas, a Egina; de ahí que la isla, superpoblada y con gran cantidad de esclavos, tuviera que llegar a un acuerdo con los persas con vistas a poder seguir desarrollando su comercio en el Mediterráneo oriental; cf. D. Hegyi, «Athens and Aigina on the eve of the battle of Marathon», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 17 [1969], págs. 171 y sigs.), por lo que los atenienses (probablemente los enemigos de los Alcmeónidas [cf. A. Robinson, «Medizing Athenian Aristocrats», *Classical World* 35 (1941), págs. 39 y sigs.], entre los que cabe incluir a Temístocles [cf. P. J. Le-

insultos. Esto es, pues, lo que Polícrito, tras haber embestido a un navío enemigo, le echó en cara a Temístocles.

Por su parte, los bárbaros cuyas naves se habían salvado dándose a la fuga arribaron a Falero, donde quedaron protegidos por su ejército de tierra.

Los griegos más destacados

93 En la batalla naval que nos ocupa los griegos que más elogios recibieron fueron los eginetas [467], seguidos de los atenienses; y, a título individual, el egineta Polícrito y los atenienses Éumenes de Anagirunte [468] y Aminias de Palene, el personaje que, pre-

---

NARDON, «The archonship of Themistocles», *Historia* 5 (1956), págs. 401 y sigs.]) apelaron a Esparta, en su calidad de cabeza de la Liga Peloponesia, a la que pertenecía Egina (cf. J. A. O. LARSEN, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 [1933], págs. 257 y sigs.), para que tomara cartas en el asunto (pese a que la acusación de Atenas contra Egina fue de «medismo», en realidad los atenienses obraron así debido al conflicto que, desde finales del siglo VI, mantenían con los eginetas; cf., *supra*, V 82 y sigs.; y A. ANDREWES, «Athens and Aegina 510-480», *Annual British School Athens* 27 [1936-37], págs. 1 y sigs.). Cleómenes I (cf. nota V 178) se trasladó a Egina y entregó a los atenienses, como rehenes, a diez nobles eginetas, entre los que se contaba Crío, el padre de Polícrito (cf. VI 73). A todo este episodio (cf., además, VI 49-50) es al que alude aquí Polícrito.

[467] Sin duda Egina (cf. VIII 122) debió ser reconocida por todos los aliados como el Estado cuyos contingentes habían tenido una actuación más destacada en Salamina (quizá por haber enviado los navíos de reserva que tenía para proteger sus costas [cf. nota VIII 419], o por reconocimiento a la ayuda que a la flota griega prestaron las imágenes de los Eácidas [cf. VIII 64, 2]). Por eso PLUTARCO (*De Herodoti malignitate* 40) criticó el escaso énfasis del historiador a este respecto (la afirmación de DIODORO, X 27, 2, relativa a que fueron los espartanos quienes más insistieron en la primacía de los eginetas, para humillar a los atenienses, puede responder a una deducción personal de Éforo, motivada por la rivalidad que existió entre Esparta y Atenas tras las Guerras Médicas).

[468] Demo de la tribu Erectea (cf. nota VI 562), situado en la costa

cisamente, persiguió a Artemisia. Por cierto que, si hubiera sabido que a bordo de aquella nave iba Artemisia, no habría cejado hasta haberla apresado o hasta haber sido
2 hecho prisionero él, pues esa era la orden que habían recibido los *trierarcos* atenienses; es más, incluso se había ofrecido una recompensa de diez mil dracmas [469] para quien la capturase viva, ya que consideraban algo inadmisible que una mujer hiciera la guerra a Atenas [470]. Sea como fuere, Artemisia, como he dicho hace poco [471], logró escapar; y también se encontraban en Falero todos aquellos bárbaros cuyas naves se habían salvado.

Comportamiento de los corintios

94 Por lo que a Adimanto, el general corintio, se refiere, los atenienses aseguran que, desde el mismo momento en que las naves iniciaron la batalla, perdió la cabeza y que, presa de un pánico cerval, mandó izar velas [472], dándose a la fuga; y, cuando vieron que su nave capitana huía, los corintios hicieron lo propio.
2 Pero, al llegar, en el transcurso de su huida, a la altura

---

sudoccidental del Ática, a unos 18 km. al SE. de Atenas (cf. Pausanias, I 31, 1). De Éumenes no se poseen más datos que los aquí facilitados.

[469] Algo más de 43 kg. de plata (1 dracma = 4,32 gr.). Una cifra considerable, ya que, en la Atenas de finales del siglo v, el salario de un jornalero era de una dracma diaria (cf. nota VII 699).

[470] Artemisia (aparte de la discriminación generalizada de la mujer en el mundo griego) debía de antojárseles a los atenienses como una amazona. La guerra entre éstas y Teseo formaba parte de la tradición mítica ateniense (cf. IX 27, 4; y A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, páginas 375 y sigs.).

[471] Cf. VIII 87.

[472] Las velas izadas eran prueba de que una nave se daba a la fuga (cf. VI 14, 2; VIII 56), ya que, durante las batallas, los trirremes abatían el mástil y las velas, y evolucionaban a golpe de remos.

del santuario de Atenea Escírade [473], en territorio salaminio, resulta que, por voluntad divina, se topó con ellos una barca (no se supo de nadie que la hubiese enviado y, además, se presentó ante los corintios cuando éstos ignoraban cualquier noticia sobre la suerte de la flota griega [474]). Y se considera que lo ocurrido tuvo un carácter sobrenatural debido a que, cuando estuvieron cerca de los navíos corintios, los de la barca dijeron lo que sigue: «Adimanto, con el cambio de rumbo que has ordenado 3
a tus naves, te has lanzado a la fuga, traicionando a los griegos; ellos, sin embargo, están ahora imponiéndose tan aplastantemente a sus adversarios como pedían en sus plegarias». Como quiera que Adimanto ponía en duda lo que decían, los desconocidos añadieron que estaban dispuestos a que se los llevara en calidad de rehenes [475] y a morir, si no era cierta la victoria de los griegos; de ahí que Adi- 4

---

[473] Se ignora la situación exacta de este templo (según ESTRABÓN, IX 1, 9, Escírade era un antiguo topónimo para designar a la isla de Salamina, a partir del nombre de un héroe del que no poseemos dato alguno). Aunque PLUTARCO (*De Herodoti malignitate* 39) parece situar el templo al S. de la isla, no resulta verosímil esa ubicación (cf. A. HAUVETTE, *Hérodote historien des guerres médiques...*, pág. 423, nota 1; y nota VIII 477), por lo que se ha pensado en un punto de Salamina próximo a la isla de Leros (distante unos 5 km. de la bahía de Ambelaki en dirección NW.), o en la costa N. de Salamina (cf. J. A. R. MUNRO, «Some Observations on the Persian Wars: 2. The Campaign of Xerxes», *Journal Hellenic Studies* 22 [1902], pág. 329).

[474] El texto (considerando que en griego hay una comparación abreviada) podría traducirse también de la siguiente manera: «...y, además, en opinión de los corintios, no se parecía a ninguna de las embarcaciones que había en la flota griega».

[475] Un procedimiento habitual para garantizar el cumplimiento de lo acordado o la fidelidad de la palabra empeñada. Cf. M. AMIT, «Hostages in ancient Greece», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 98 (1970), páginas 129 y sigs.

manto diera orden de virar de bordo, reuniéndose con la flota, en compañía de los demás corintios, cuando todo había terminado. Tal es el rumor que, propalado por los atenienses, circula sobre los corintios. Estos últimos, sin embargo, se muestran en total desacuerdo; es más, consideran que en la batalla naval sus fuerzas figuraron en primera línea [476]; y el resto de Grecia corrobora su testimonio [477].

---

[476] O bien, «consideran que sus fuerzas figuraron entre las más destacadas de la batalla naval».

[477] Toda esta historia (que suscitó las iras de PLUTARCO [*De Her. malig.* 39], y que probablemente hizo que DIÓN CRISÓSTOMO [XXXVII 7] pensara en una venganza del historiador por no haber sido bien recibido en Corinto) debe de ser una invención de las fuentes atenienses de Heródoto, motivada por la hostilidad existente, con posterioridad a las Guerras Médicas, entre Atenas y Corinto (cf. TUCÍDIDES, I 60; 65; II 67; y G. E. M. DE STE. CROIX, *The origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972, págs. 211 y sigs.), lo que hace que la figura de Adimanto (cuyo hijo Aristeo fue un activo enemigo de Atenas al comienzo de la Guerra del Peloponeso; cf. VII 137, 3; y nota VII 656) posea rasgos negativos en la narración del historiador (cf. VIII 5, 2-3; 59; 61). No obstante, el episodio puede tener un origen cierto (aunque luego fuera alterado por los atenienses) en lo relativo a una maniobra corintia al NW. de la flota griega. Los críticos que admiten el testimonio de DIODORO, sobre el envío del contingente naval egipcio a bloquear el Estrecho de Mégara (cf. nota VIII 388), consideran que los corintios fueron enviados por el Estado Mayor griego para enfrentarse a ellos (cf. J. LABARBE, «Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque à l' Artemision et à Salamine»..., págs. 421 y sigs.). De no aceptar la versión de Diodoro, pueden considerarse dos alternativas: o bien los corintios fueron destacados a la bahía de Eleusis en previsión de una posible maniobra envolvente persa por el canal de Mégara, o bien fueron ellos quienes se enfrentaron con los egipcios al N. de la isla de San Jorge, suponiendo que esos efectivos de la flota persa hubieran sido los que, por el NW., cerraron la tenaza persa desde el Ática a Salamina (en general, cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 411-414). Sea como fuere, lo que es in-

Aristides, al frente de hoplitas atenienses, aniquila a los persas desembarcados en Psitalea

Por su parte Aristides, hijo de Lisímaco, el ateniense a quien ya aludí algo antes [478] indicando que fue un individuo sobresaliente, este personaje, insisto, en medio de ese barullo que se produjo en Salamina, hizo lo siguiente: tomó consigo a muchos de los hoplitas que habían sido apostados a lo largo de la costa de Salamina [479] —y que eran de nacionalidad ateniense—, y desembarcó con ellos en Psitalea, donde acabaron con todos los persas que había en dicho islote [480]. 95

dudable es la falsedad de la versión ateniense, ya que un documento confirma la opinión generalizada en Grecia sobre el comportamiento corintio (opinión que debía de compartir Heródoto): la estela de mármol que contiene el epitafio de los corintios caídos en Salamina y que fueron enterrados en la isla con la autorización expresa de Atenas (cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions...*, núm. 24).

[478] Cf. VIII 79, 1.

[479] Para evitar un posible desembarco persa en la isla. El protagonismo de Aristides está motivado por su cargo de estratego, para el que había sido elegido en primavera de 480. Cf. nota VIII 405, y J. B. Bury, «Aristides at Salamis»..., pág. 418.

[480] Sorprende, en principio, la brevedad de la descripción de la acción de Aristides en Psitalea (aunque, y pese al elogio que le dedica Heródoto en VIII 79, la figura de Aristides apenas si tiene relieve en la *Historia;* cf. IX 28, 6, donde, a propósito de Platea, sólo se le menciona como jefe de los efectivos atenienses), si la comparamos con el relato de Esquilo, *Persas* 447-464 (aunque el tragediógrafo no cita a Aristides como jefe de los atenienses que desembarcaron en Psitalea, ya que ningún griego es mencionado por su nombre en *Los Persas*): «*Cuando el dios a los griegos | hubo dado la victoria, | el mismo día, ciñendo | de armas de bronce su cuerpo, | desembarcan; ponen cerco | a todo el islote, y ellos, | no saben dónde volverse. | Hostigados largo rato | son por piedras disparadas | con las manos, y, volando | de las cuerdas de los arcos, | muchas flechas les herían. | Finalmente se lanzaron, | todos a una, sobre ellos; | les dan muerte, y, de sus cuerpos, | hacen una degollina, | desdichados, hasta que | a todos quitan la vida*» (trad.

Los griegos, vencedores, regresan a Salamina

Una vez concluida la batalla naval, los 96
griegos remolcaron hasta Salamina todos los pecios que a la sazón se encontraban todavía por aquella zona [481] y se prepararon para una nueva batalla, pues suponían que el monarca iba a volver a utilizar las naves que le quedaban.

Y por cierto que un viento de poniente, que se levantó 2
de improviso, arrastró gran cantidad de pecios hasta la zona de la costa del Ática que recibe el nombre de Colíade [482], de manera que, además de toda la serie de vaticinios pronunciados por Bacis y Museo [483] sobre dicha batalla, también se cumplió lo que, muchos años antes de la época que nos ocupa, y a propósito de los pecios allí arrastrados, manifestara Lisístrato, un adivino [484] ateniense, en

---

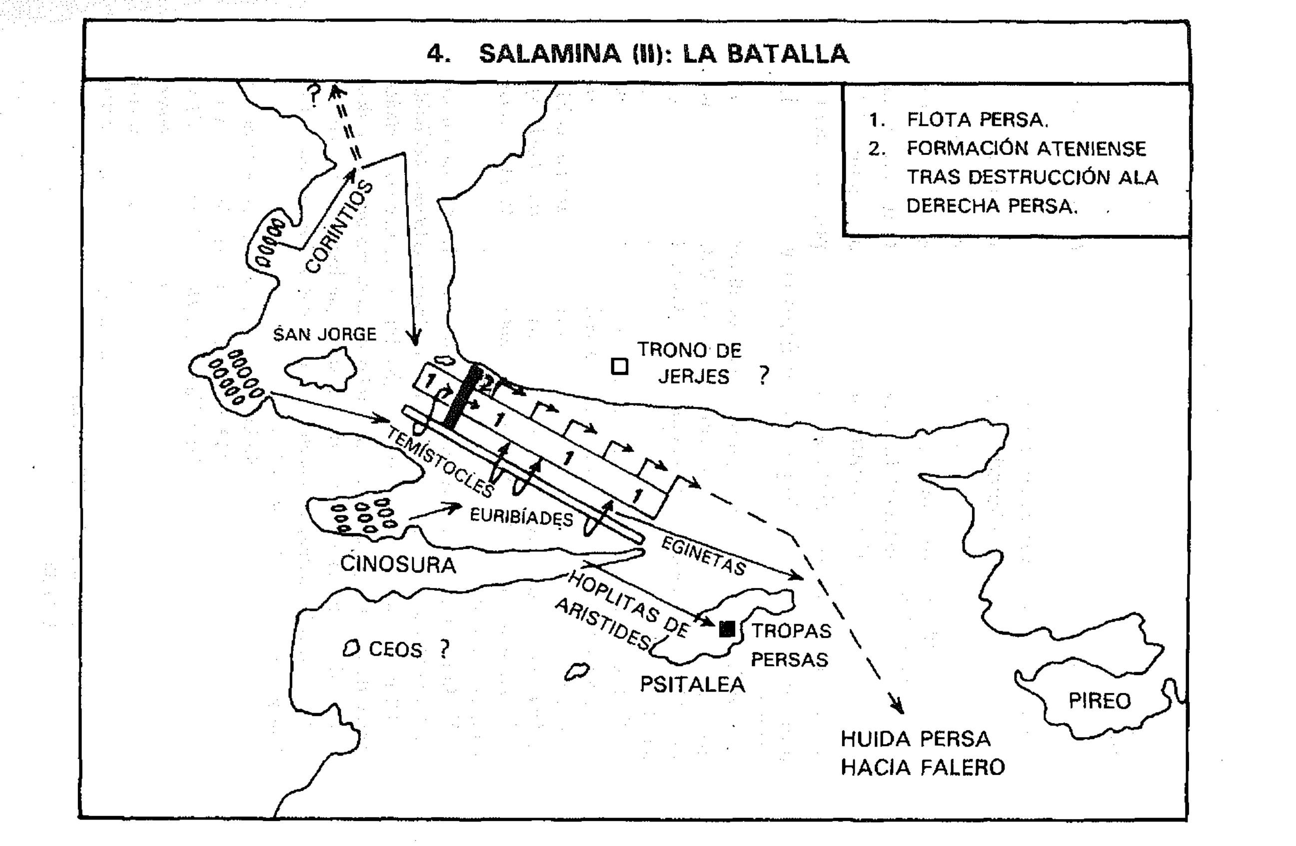
de J. ALSINA, *Esquilo. Tragedias completas...*, págs. 57-58). Como se ve, la única diferencia significativa entre el relato de Heródoto y el de Esquilo estriba en que éste sitúa el desembarco una vez producida la victoria griega, mientras el historiador lo hace todavía en plena batalla. El testimonio de PLUTARCO (*Arístides* 19, 1-4; *Temístocles* 13, 3) no sólo data el ataque griego a la isla antes de la batalla (lo que parece improbable), sino que añade una serie de datos sumamente discutibles (probablemente tomados sin criticismo de FANIAS DE ERESO, fr. 25, F. WEHRLI; cf. L. BODIN, «Histoire et biographie: Phanias d' Erèse», *Revue Études Grecques* 30 [1917], págs. 118 y sigs.).

[481] La zona de la batalla propiamente dicha y la situada al S. de Psitalea. Como se dice a continuación, muchos pecios habían sido arrastrados ya por el viento hasta la costa del Ática, que estaba en poder de los persas.

[482] Probablemente el actual cabo Cosmas (cf. PAUSANIAS, I 1, 5), a unos 20 estadios (= 3,5 km.) al SE. de Falero (cf., no obstante, ESTRABÓN, IX 1, 21, que lo sitúa en las inmediaciones del demo de Anaflisto, a unos 30 km. al SE. de Falero). El paraje es citado específicamente para justificar el cumplimiento del oráculo a que luego se alude.

[483] Cf. notas VIII 100 y VII 37.

[484] Un *cresmólogo*, nombre que recibían los adivinos que predecían


4. SALAMINA (III): LA BATALLA
1. FLOTA PERSA.
2. FORMACIÓN ATENIENSE TRAS DESTRUCCIÓN ALA DERECHA PERSA.
CORINTIOS
SAN JORGE
TRONO DE JERJES ?
TEMÍSTOCLES
EURIBÍADES
EGINETAS
CINOSURA
HOPLITAS DE ARISTIDES
TROPAS PERSAS
PSITALEA
CEOS ?
HUIDA PERSA HACIA FALERO
PIREO

un vaticinio cuyo significado había pasado inadvertido a todos los griegos [485]:

«Las mujeres de Colíade tostarán [486] *con los remos».*

Cosa que iba a producirse tras la retirada del monarca.

97 *Jerjes proyecta huir de Grecia*

Cuando Jerjes se percató del desastre que había sufrido [487], ante el temor de que algún jonio [488] pudiera sugerir a los griegos la idea de zarpar con rumbo al Helesponto para destruir los puentes [489], o de que se les ocurriese a estos últimos por su cuenta (con lo que se vería bloqueado en Europa y en peligro de

---

el porvenir consultando escritos, o por mediación directa de la divinidad, que los inspiraba (cf. CICERÓN, *Div.*, I 18, 34). Vid. M. P. NILSSON, *Cults, Myths, Oracles, and Politics in Ancient Greece*, Lund, 1951, páginas 130-133.

[485] Posiblemente porque ya lo consideraban cumplido en tiempos de Solón, con ocasión de la fallida tentativa de desembarco de los megareos en Colíade, durante la guerra librada entre Atenas y Mégara por la isla de Salamina, a comienzos del siglo VI a. C. (cf. PLUTARCO, *Solón* 8).

[486] Alusión a la acción de tostar los granos de cebada en parrillas antes de ser molidos (cf. PÓLUX, I 246).

[487] El historiador (cf. VIII 86, 1) no proporciona datos concretos sobre las pérdidas sufridas por la flota persa. CTESIAS (*Persiká* 26) habla de 500 navíos, mientras que DIODORO (XI 19), sin contar las unidades capturadas por los griegos, cifra en 200 las naves persas que fueron destruidas. En cualquier caso, hay que suponer que los efectivos navales de Jerjes, tras Salamina, quedaron en inferioridad numérica frente a la flota griega.

[488] Cf., *supra*, IV 137, cuando los jonios, con ocasión de la campaña de Darío contra Escitia, en 514/513 a. C. (vid., no obstante, J. M. BALCER, «The date of Darius' Scythian expedition», *Harvard Studies in Classical Philology* 76 [1972], págs. 99 y sigs., que la data en 519), a punto estuvieron de destruir el puente de barcas tendido sobre el Danubio, con lo que hubieran cortado la retirada del monarca, siendo Histieo quien los disuadió (cf. notas IV 467 y 468).

[489] Cf. VII 33-36.

muerte), empezó a proyectar la huida. Pero, como no quería revelar sus planes ni a los griegos ni a sus propias tropas, mandó que, a través del Estrecho, se intentara construir una escollera en dirección a Salamina [490], que se ensamblasen *gaulos* [491] fenicios para que sirvieran de pontón y de parapeto [492], y que se realizasen preparativos bélicos, como si fuera a librar una nueva batalla naval. En 2
vista de esta actividad del monarca, todo el mundo se hallaba plenamente convencido de que Jerjes estaba dispuesto, de todo corazón, a quedarse para proseguir la guerra.

---

[490] Ctesias (*Persiká* 26) data los inicios de la construcción de esta escollera con anterioridad a la batalla de Salamina, indicando que las obras tuvieron que interrumpirse por la llegada a la isla, a instancias de Temístocles y Arístides, de arqueros cretenses (cf. nota VII 818), lo que obligó a los persas a librar la batalla naval. No obstante, el testimonio de Ctesias debe rechazarse, ya que es inverosímil pensar que Jerjes ordenara semejante medida antes de la batalla, cuando la flota griega podía interrumpir en todo momento las obras (a menos que supongamos que los persas idearon ese plan para obligar a los navíos griegos a presentar combate; cf. N. G. L. Hammond, «The Battle of Salamis»..., pág. 52). Y, una vez decidida la batalla del lado griego, era de todo punto imposible semejante proyecto. Hay que pensar, pues, que los griegos interpretaron erróneamente alguna construcción persa, que tendría una finalidad distinta de la que señala el historiador (cf. W. K. Pritchett, *Studies in Ancient Greek Topography* I, Berkeley, 1965, gráficos 90-91), o bien que estamos ante una tradición en la línea de otras construcciones ordenadas por Jerjes (como los puentes del Helesponto y el canal del Atos), y que para los griegos eran prueba de impía megalomanía (cf. Isócrates, *Panegírico* 89; y J. A. R. Munro, «Some Observations on the Persian Wars: 2. The Campaign of Xerxes»..., pág. 332).

[491] Los *gaulos* (cf. escolio a III 136, 1) eran navíos mercantes. Vid. nota III 693.

[492] Como señala Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 100, nota 2), «de ponton pour le transport des matériaux, de mur pour permettre d'interdire le passage d' un secteur du *porthmós* [i.e., del Estrecho] à l'autre».

Ninguna de esas medidas, sin embargo, logró engañar a Mardonio, pues conocía como nadie sus intenciones [493].

98 *Excurso sobre el sistema de correos empleado en Persia*

A la vez que tomaba esas medidas, Jerjes despachó a Persia un emisario para que informara a sus súbditos de su revés de entonces. Y por cierto que no hay mortal alguno que llegue a su destino antes que esos mensajeros [494]; tan eficaz es el procedimiento que han ideado los persas [495]. Con arreglo —dicen— a las jornadas de que conste la totalidad del recorrido, hay dispuestos, a intervalos regulares, igual número de caballos y de hombres, a razón de un caballo y un hombre por cada jornada de camino [496]; y ni la nieve, ni la lluvia,

---

[493] Pese a que W. Marg («Herodot über die Folgen von Salamis», *Hermes* 81 [1953], págs. 196 y sigs.) insiste en que, en la interpretación de los acontecimientos posteriores a Salamina por parte del historiador, Jerjes actúa movido por sus temores, más que por la verdadera situación de los persas, que, tras la batalla, aún contaban con grandes posibilidades de éxito, es indudable que la derrota naval era una razón lo suficientemente importante como para que el monarca regresara a Asia (aunque los críticos alemanes de primeros de siglo no lo consideraran así; cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II.1, pág. 51, II.2, págs. 61 y sigs.; Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 401): a las presumibles dificultades de aprovisionamiento que se iban a producir, al no poder los mercantes persas surcar con seguridad las aguas del Egeo, había que añadir el riesgo de que se suscitaran rebeliones en Tesalia, Macedonia o incluso en Jonia. Cf. G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 408.

[494] Jenofonte, *Ciropedia*, VIII 6, 17-18, también abunda en esta afirmación de Heródoto.

[495] Traduzco así dando a *oútō* valor anafórico. De considerarlo catafórico, la traducción sería: «el procedimiento que han ideado los persas es el siguiente».

[496] El Imperio Persa contaba con una vasta red viaria (a gran escala algo similar no volvería a darse en la Antigüedad hasta el Imperio Romano), que unía las diversas satrapías del Reino con Susa y las demás capi-

ni el calor, ni la noche les impide cubrir a toda velocidad el trayecto que a cada uno le corresponde. Una vez finali- 2
zado su recorrido, el primer correo entrega al segundo los mensajes que haya recibido, el segundo al tercero, y, de correo en correo, se va repitiendo la operación hasta completar el trayecto, igual que ocurre en Grecia con la carrera de antorchas que se celebra en honor de Hefesto [497]. (A este sistema de postas los persas lo denominan *angarêion* [498].)

---

tales de Persia, y cuya importancia, más que comercial, era fundamentalmente militar (cf., para la descripción de la vía occidental, que conducía de Susa a Sardes, *supra,* V 52-54; y W. M. CALDER, «The Royal Road in Herodotus», *Classical Review* 39 [1925], págs. 7 y sigs.). A lo largo de las diferentes vías había postas reales, que contaban con caballerizas para los correos, y posadas, que eran caravasares accesibles a los particulares (cf. nota V 245).

[497] Divinidad que personificaba el fuego terrestre y el celeste (su culto parece proceder de Licia, región volcánica de Anatolia sudoccidental), y que, a medida que progresó la metalurgia, fue relacionada con la forja. En las festividades en su honor (al igual que ocurría con otros dioses, como Pan [cf. VI 105, 3], Bendis [cf. PLATÓN, *República* 328a], etc.) tenían lugar carreras por equipos en las que participantes de diferentes tribus realizaban una prueba de relevos, siendo el testigo una antorcha que se prendía en un altar situado en la salida, y con la que el corredor que primero llegara a la meta, donde se encontraba otro altar, lo encendía (cf. ESQUILO, *Agamenón* 312 y sigs.; LUCRECIO, II 79; PAUSANIAS, I 30, 2). Este tipo de celebración debió de originarse por la creencia en que el fuego, a fuerza de usarse, acababa perdiendo su pureza, por lo que era menester renovarlo tomándolo del altar de una divinidad relacionada con el fuego.

[498] Aunque ED. MEYER (*Geschichte des Altertums...*, III, § 39) consideraba este término como un préstamo babilonio, es posible que pueda relacionarse con el persa *agariya,* que significa «apropiado» (cf. E. BENVENISTE, *Bulletin de la Societé Linguistique de Paris* 47, págs. 32 y sigs.).

99 *Impresión causada en Susa por la derrota*

Pues bien, la llegada a Susa del primer mensaje [499], notificándoles que Jerjes era dueño de Atenas, produjo en los persas que se habían quedado en su patria una alegría tan sumamente grande que recubrieron con ramas de mirto todas las calles, quemaron sustancias aromáticas y la gente se entregó a feste-
2 jos [500] y diversiones. Pero la llegada, acto seguido, del mensaje los sumió en una consternación tal que todo el mundo se desgarró las vestiduras, y prorrumpió en gritos y lamentos interminables, echándole la culpa a Mardonio [501]. Y esa actitud de los persas no respondía tanto a su pesar por la pérdida de las naves como a su preocupación por la suerte del propio Jerjes.

---

[499] Cf. VIII 54.

[500] Sigo la conjetura de Valckenaer. De mantener la lectura de los manuscritos (*thysíēsi*), la traducción sería: «La gente se entregó a sacrificios [de acción de gracias] y...».

[501] Porque, entre los consejeros de Jerjes, había sido el principal partidario de la guerra contra Grecia (cf. nota VIII 141), que probablemente había sido exigida por el militarismo persa, descontento ante la política seguida por Jerjes en sus primeros años de reinado, más preocupado por cuestiones legislativas y religiosas que por emprender nuevas conquistas. Cf. A. T. OLMSTEAD, *History Persian Empire...*, pág. 248.

Jerjes, ante los consejos de Mardonio y Artemisia, decide retirarse dejando al primero en Grecia al frente de parte de las tropas

Este fue el estado de ánimo que reinó 100
en Persia durante todo el tiempo que medió hasta que la llegada del propio Jerjes tranquilizó a sus súbditos [502].

Entretanto Mardonio, al ver que Jerjes se sentía sumamente desolado por el resultado de la batalla naval, sospechaba que el monarca proyectaba huir de Atenas, de manera que, en su fuero interno, llegó a la conclusión de que iba a ser castigado, por haber inducido al rey a organizar una expedición contra Grecia [503], y de que más le valía arrostrar nuevos peligros, bien fuera para someter Grecia o para terminar gloriosamente su existencia, arriesgándose en aras de importantes objetivos (no obstante, se inclinaba más bien a creer que lograría someter Grecia [504]). Así pues, ante esas consideraciones, se dirigió a Jerjes en los siguientes términos [505]: «Señor, no te 2
aflijas ni en absoluto te sientas sumamente desolado por

[502] Dado que Jerjes permaneció un tiempo en Sardes (cf. IX 108), hay que entender que la intranquilidad de los persas duró hasta la llegada del monarca a Asia, no a Persia propiamente dicha.

[503] Cf. VII 5 y, especialmente, 9.

[504] En la *Historia*, la figura de Mardonio (que presenta rasgos negativos; cf. nota VIII 141) muestra una psicología lineal, arduamente empeñada en el sometimiento de Grecia, a diferencia de la de Jerjes, que es voluble y se halla condicionada por los avatares del momento. Cf. K. Reinhardt, «Herodots Persergeschichten», en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, págs. 357 y sigs.

[505] Según observa A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 206), «come nel libro VII per la decisione di muovere guerra, così ora, per quella della ritirata, Erodoto ci mostra, attraverso i discorsi dei consiglieri di Serse, l' influenza delle forze esterne sulle decisioni del re. Ma, mentre nel libro VII il drammatico racconto dei capitoli iniziali (e poi di 45 sgg.) è caratterizzato dalle contraddittorie reazioni del re ai suggerimenti dei suoi diversi consiglieri, nel conflitto tra illuminazioni razionali

este suceso pasado: el desenlace definitivo de nuestra campaña no depende de unos maderos [506], sino de hombres y caballos. Además, ninguno de esos sujetos que creen haberlo conseguido ya todo va a desembarcar de sus naves para intentar oponérsete, y tampoco lo intentará nadie de este continente (quienes se opusieron a nosotros, recibie-
3 ron su merecido [507]). Por lo tanto, si lo estimas oportuno, ataquemos el Peloponeso sin pérdida de tiempo; si, por el contrario, opinas que debemos esperar, también podemos hacerlo. Sea como fuere, no te desanimes. Los griegos no tienen posibilidad alguna de evitar ser tus esclavos después de haber rendido cuentas de sus acciones presentes y pasadas. Lo mejor, por lo tanto, es que actúes como te digo. Pero, si resulta que has decidido retirarte al frente
4 de las tropas, en ese caso también tengo otro plan. Tú, Majestad, no conviertas a los persas en objeto de mofa para los griegos, pues tu situación no se ha visto en absoluto comprometida por culpa de los persas; es más, no podrías citar una sola ocasión en la que hayamos sido unos cobardes. Si lo han sido los fenicios, los egipcios, los chipriotas y los cilicios [508], el desastre de ahora no es en modo

e inquietanti interventi soprannaturali, qui l' immediata reazione di Serse agli avvenimenti, il suo impulso di fuga, serve univocamente come base per spiegare l' orientamento strategico decisivo per le sorti successive della guerra. Li vediamo Erodoto meditare sulle cause della guerra e sui principi primi dell' accadere storico, qui lo troviamo nell' atto di interpretare il senso di una vicenda particolare».

[506] Es decir, de las naves. Mardonio, en su condición de hombre de tierra adentro, desprecia las cuestiones navales (cf. Tucídides, IV 11, 4; Jenofonte, *Helénicas*, I 1, 24).

[507] Alusión a las Termópilas y, posiblemente, también a la toma de la Acrópolis (cf. VIII 51-53, y nota VIII 289).

[508] Un planteamiento similar al de Artemisia en VIII 68 γ (cf., además, nota VIII 349), con la única sustitución de los panfilios por los

alguno imputable a los persas. En suma, dado que los per- 5 sas no son responsables ante ti, hazme caso: si tienes pensado no permanecer en Grecia, regresa a tus dominios al frente del grueso de las tropas, que yo he de entregarte la Hélade esclavizada a condición de que pueda escoger a trescientos mil hombres de tu ejército [509]».

Considerándose libre de problemas [510], Jerjes se sintió 101 alegre y complacido al oír las palabras de Mardonio, así que le respondió que, después de haber deliberado sobre el particular [511], le haría saber por qué opción se decantaba. Y, cuando se hallaba deliberando con sus consejeros persas [512], decidió llamar también a consulta a Artemisia, dado que anteriormente [513] había sido, sin lugar a dudas, la única en intuir lo que había que hacer. A su llegada, 2

---

fenicios (que, con ocasión de la batalla, han sufrido la cólera del monarca; cf. VIII 90), lo cual puede ser indicio del origen halicarnaseo de este pasaje, explicándose así que, entre los contingentes navales objeto de crítica, no figuren los jonios.

[509] La cifra, como siempre que Heródoto alude al ejército persa, es exagerada y refleja la impresión que dejó en los griegos la magnitud de la expedición de Jerjes. Probablemente Mardonio no se quedó en Grecia con mucho más de un tercio de las tropas; es decir, unos ochenta mil hombres, sin contar a sus aliados griegos (cf. nota VII 901, y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 267).

[510] Para la traducción, sigo la interpretación de W. Marg («Herodot über die Folgen von Salamis»..., pág. 203), en lugar de la de W. W. How, J. Wells (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 269), que sugieren «was pleased and glad [sc. Jerjes] so far as might be considering his past misfortunes».

[511] La actitud de Jerjes es meramente formal, para preservar su dignidad regia, dado que, como no había dejado de advertir Mardonio (cf. VIII 97, 2), ya había tomado una decisión irrevocable.

[512] El Consejo Real se hallaba integrado por siete miembros (cf. *Esdras*, VII 14-15; *Esther*, I 14), que asesoraban al monarca en cuestiones de particular importancia (cf., *supra*, VII 8).

[513] Cf. VIII 68.

Jerjes mandó salir a todo el mundo —tanto a los persas del Consejo como a su guardia personal [514]— y le dijo a Artemisia lo siguiente: «Mardonio me sugiere que me quede aquí y que ataque el Peloponeso, alegando que, ante mí, los persas y el ejército de tierra no son responsables de desastre alguno y que, para ellos, sería un placer poder
3 demostrarlo. Eso es, en suma, lo que me sugiere hacer. En otro caso, está personalmente dispuesto a entregarme la Hélade esclavizada a condición de poder escoger a trescientos mil hombres de mi ejército; y, en cuanto a mí, me sugiere regresar a mis dominios con el resto de las tropas.
4 Por consiguiente, y como quiera que me diste un buen consejo a propósito de la batalla naval que acaba de tener lugar, al tratar de que no la librase, aconséjame ahora qué plan debo seguir para que mi decisión sea realmente acertada».

102 Este fue el consejo que le pidió Jerjes; y, entonces, Artemisia le dijo lo siguiente: «Majestad, es difícil acertar a decirle lo más idóneo a una persona que pide un consejo [515]. No obstante, en las presentes circunstancias, consi-

[514] Pese a que esa medida del monarca podría explicarse por su deseo de no reconocer en público que una mujer había sido la única persona que había tenido razón con respecto a Salamina, y de evitar que se supiera que iba a pedirle su opinión, resulta difícil aceptar que Jerjes mandara salir al Consejo Privado ante la llegada de Artemisia. La fuente halicarnasea de Heródoto debió exaltar una entrevista entre Artemisia y Jerjes en la que éste le confió a sus hijos para que los llevara a Éfeso (cf. VIII 103).

[515] Como señala Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 104, nota 1), «à cause des événements fortuits, des caprices de la fortune (c' est à quoi fait allusion *tycheîn*), qui peuvent infirmer les prévisions les plus sages. En dépit du féminin *eípasan*, qu' Hérodote met dans la bouche d' Artémise de préférence à *eipónta* parce qu' elle est une femme, cette phrase, où ne figure ni un *toi* ni un *me*, me paraît être une constatation de portée générale, une 'sentence'».

dero que, por lo que a ti se refiere, debes regresar a tu patria y dejar aquí a Mardonio —si quiere hacerlo y se compromete a cumplir lo que ha dicho— con los soldados que desea. Pues, ante todo, si logra someter lo que, según 2
él, pretende subyugar y le sale bien el plan del que habla, el éxito, señor, te pertenece a ti, ya que lo habrán conseguido tus esclavos [516]. Pero, además, es que, si sucede lo contrario de lo que piensa Mardonio, no será ninguna catástrofe, dado que tú estarás a salvo, al igual que lo estará todo lo relativo a tu dinastía. De hecho, si tanto tú como 3
tu dinastía os encontráis a salvo, los griegos deberán arrostrar otras muchas campañas para salvarse. Y, en cuanto a Mardonio, de pasarle algo, carece de importancia: si los griegos lo vencen, su victoria será intranscendente, porque habrán matado a un esclavo tuyo. Por otra parte, tú te vas a marchar después de haber incendiado Atenas, que era el objetivo por el que organizaste la expedición [517]».

103 Como es natural, Jerjes se sintió complacido con el consejo, pues lo que le decía Artemisia coincidía plenamente con lo que él mismo pensaba (en mi opinión, aunque todo el mundo —hombres y mujeres— le hubiese aconsejado quedarse, el monarca no lo habría hecho; tan aterrorizado estaba).

Colmó, pues, de elogios a Artemisia y le ordenó que se dirigiera a Éfeso [518] con sus hijos, dado que lo habían acompañado algunos de sus bastardos [519].

---

516 Cf. nota VIII 126. Independientemente de su rango, todos los súbditos del Imperio eran meros esclavos del rey. Cf. C. HUART, *La Perse antique*, París, 1925, págs. 88-89.

517 Cf. VII 8 β, 2.

518 Una de las más importantes localidades de Jonia, a orillas del Egeo, junto a la desembocadura del río Caístrio. Constituía el puerto terminal de la importante ruta occidental del Imperio, que unía Susa con

104 *Digresión sobre el eunuco Hermotimo*

Para velar por sus hijos hizo que fuera con ellos Hermotimo, que era natural de Pedasa [520] y que, ante el monarca, no figuraba entre sus eunucos de segundo rango [521]. [Por cierto que los pedaseos residen al norte de Halicarnaso. Y resulta que, en su país, se produce el siguiente fenómeno: cuando a todas las poblaciones vecinas de dicha ciudad va a ocurrirles, al cabo de cierto tiempo, algún percance, justo en ese momento a la sacerdotisa local de Atenea le crece una poblada barba, cosa que ya les ha sucedido dos veces [522].

Sardes a lo largo de casi 2.400 km. (cf. V 52 y sigs.). Artemisia se dirigió, pues, a Asia por mar. El que Jerjes lo hiciera por tierra (cf. VIII 113 y sigs.) debió de estar motivado por razones políticas: hubiera resultado impopular haber abandonado a su suerte a las tropas durante su retirada (cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, pág. 255).

[519] Para Heródoto, la única esposa legítima de Jerjes era Amastris (cf. VII 61, 2; 114, 2), con quien tuvo tres hijos varones: Darío (cf. IX 108), Artajerjes (cf. VII 106, 1; 151) e Histaspes. Estos bastardos eran, pues, hijos de otras mujeres y debieron de ser enviados a Asia con Artemisia a causa de su corta edad.

[520] Localidad de Caria, a orillas del Golfo de Yaso, situada a unos 5 km. al N. de Halicarnaso.

[521] Lítote para poner de relieve la preeminencia de Hermotimo sobre los demás eunucos de Jerjes (cf. VIII 105, 2 *ad fin.*), utilizando una metáfora propia de los certámenes atléticos (cf. *Ilíada*, XXIII 537).

[522] Todo el texto que figura entre corchetes rectos (hasta el comienzo del capítulo 105) debe tratarse de una glosa (a partir de I 175, pasaje en el que se cuenta el mismo fenómeno), pues, como señaló H. Stein (*Herodotos. Buch VIII...*, pág. 82), hay suficientes datos para afirmar el carácter espurio del mismo: la información se adecua mejor tal y como aparece en el libro I; Estrabón, 611, al citar el fenómeno que experimentaba la sacerdotisa, afirma (igual que Heródoto en I 175) que se había producido tres veces, y no dos (la cifra aquí citada puede deberse a un *lapsus memoriae* del anotador); el estilo de este pasaje no es genuinamente herodoteo (al margen de hechos estrictamente lingüísticos, se alude

Como digo, Hermotimo era originario de Pedasa.] 105
Este individuo, que nosotros sepamos, fue, sin lugar a dudas, la persona que con mayor saña se vengó de un ultraje que había sufrido [523]. Resulta que fue capturado por el enemigo [524] y puesto a la venta, comprándolo Panionio de Quíos [525], un sujeto que se ganaba la vida con el más abominable de los oficios: solía adquirir muchachos apuestos, los castraba y los llevaba a Sardes y a Éfeso [526], don-

---

a los vecinos de los de Pedasa con el término *amphyktyôn*, que en Heródoto designa a los miembros de la anfictionía pileo-délfica; cf. II 180, 1; V 62, 2; VII 200, 2; 213, 2; 228, 4).

[523] Pese a que la venganza (el argumento predominante en esta digresión sobre Hermotimo) es un tema importante en la *Historia*, al permitir situar los diferentes niveles de causalidad presentados en la obra (cf. J. De Romilly, «La vengeance comme explication historique dans l' oeuvre d' Hérodote», *Revue Études Grecques* 84 [1971], págs. 314 y sigs.), no debe verse una alusión a Jerjes en la figura del agresor de Hermotimo (que, según eso, se identificaría con Grecia). Posiblemente nos encontramos ante una *fabula milesia* (cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1969 (= 1921), páginas 187-189).

[524] Aunque la revuelta de Jonia, que tuvo lugar entre 498 y 494 a. C., podría haber sido el momento del apresamiento de Hermotimo, el que, en VI 25, 2, Heródoto afirme que algunas ciudades de Caria se sometieron voluntariamente a los persas (cf., además, VI 20, y nota VI 87) induce a pensar en una acción de piratería (cf. Tucídides, I 5, sobre la práctica habitual de la piratería en época arcaica).

[525] Isla del Egeo oriental, de 904 km^2 de extensión, colonizada por jonios y que debía de constituir un importante centro de comercio de esclavos (cf. Tucídides, VIII 40, 2; Ateneo, 265 y sigs.).

[526] Tanto por la importancia de los mercados en ambas ciudades (sobre Sardes, la capital de Lidia, cf. nota III 456), dada su situación en la ruta real occidental (cf. V 52 y sigs.), como debido a que el templo de Cibele, en Sardes (cf. V 102, 1, y nota V 507), y el de Ártemis, en Éfeso, contaban con sacerdotes eunucos (cf. Juvenal, VIII 176; Estrabón, 641).

de los vendía a elevado precio, ya que, entre los bárbaros,
2 los eunucos, por la absoluta confianza que inspiran [527], son más caros que los esclavos dotados de sus atributos masculinos. Pues bien, entre los muchos jóvenes a quienes Panionio, dado que vivía de ese oficio, había castrado, figuraba asimismo el citado Hermotimo. Este último, sin embargo, no fue un desdichado en todas las facetas de la vida: llegó desde Sardes a la corte del rey incluido entre otros presentes y, andando el tiempo, se convirtió en el eunuco favorito de Jerjes.

106 Mientras el monarca, con ocasión de lanzar al ejército persa contra Atenas, se hallaba en Sardes [528], Hermotimo bajó, para resolver determinado asunto, a una zona de Misia [529] que ocupan los de Quíos y que recibe el nombre
2 de Atarneo [530], y allí se encontró con Panionio. Al re-

[527] Los eunucos desempeñaban en Persia, como lo habían hecho en Asiria (pese a que JENOFONTE, *Ciropedia,* VII 5, 58-65, atribuye a Ciro el empleo de eunucos por vez primera, su utilización debe de remontarse a época babilonia; cf. III 92, 1, y HELÁNICO, fr. 178c, *F. Gr. Hist.* 4), el papel de servidores de confianza (cf., *supra,* I 117, 5). Aunque CTESIAS (*Persiká* 5 y 9) menciona la influencia que algunos eunucos ejercieron sobre Ciro y Cambises, su preponderancia parece ser que comenzó con el reinado de Jerjes (cf., *infra,* IX 108; y E. MAASS, *Rheinisches Museum* 74 [1925], págs. 432 y sigs.).

[528] Durante el invierno de 481/480 a. C. Cf. VII 37, 1.

[529] Región sita en la zona noroccidental de Anatolia, entre Lidia y la Tróade (cf. VII 42, 1). En el texto griego se dice que Hermotimo «bajó» hasta allí pues se dirigió desde Sardes, tierra adentro, hasta la costa.

[530] A orillas del Egeo, frente a la isla de Lesbos. Se trataba de una comarca cerealista (cf. VI 28, 2; ESTRABÓN, XIII 4, 1), que ayudaría a la alimentación de los habitantes de Quíos, pues la isla contó siempre con excedente de población (cf. TUCÍDIDES, VIII 40, 2). Los quiotas se hicieron con Atarneo en tiempos de la sublevación del lidio Pactias (cf. I 160, 4), y todavía eran dueños del territorio en 398 a. C. (cf. JENOFONTE, *Helénicas,* III 2, 11).

conocerlo, se dirigió a él con palabras particularmente corteses [531]: ante todo, le enumeró la cantidad de privilegios que, gracias a él, poseía, y, acto seguido, le prometió una serie de favores que, en reciprocidad, le dispensaría, si se establecía en aquella zona con sus familiares, de ahí que Panionio aceptara gustoso su proposición, trasladando hasta allí a sus hijos y a su mujer. Pero el caso es 3
que, cuando Hermotimo lo tuvo a su merced en compañía de toda su familia, le dijo lo siguiente: «¡Mercader que te has labrado tu posición con el más abominable de los oficios que, sin lugar a dudas, hay en el mundo! A ti, o a alguno de los tuyos, ¿qué daño te hice yo?, ¿qué daño te hizo alguno de los míos [532], para que, del hombre que era, me convirtieras en una ruina? ¡Creías que tu iniquidad de entonces iba a pasar inadvertida a los dioses! Ellos son quienes, con su justo proceder, te han puesto en mis manos por la infamia que cometiste, así que no vas a quedar descontento del castigo que voy a imponerte». Tras 4
estos reproches que le dirigió, hizo que comparecieran los hijos de Panionio, que eran cuatro, y este último se vio obligado a castrar a sus propios hijos, cosa que hizo ante la coacción de que era objeto [533]. Y, una vez que lo hubo realizado, sus hijos se vieron obligados a castrarlo a él. Así fue, en definitiva, cómo la venganza, personificada en Hermotimo [534], alcanzó a Panionio.

---

[531] Literalmente, «le dijo muchas y amistosas palabras». Heródoto está sustituyendo la intensidad por la cantidad (cf. *Ilíada,* I 35, donde Crises ruega «muchas veces» a Apolo, en lugar de rogar fervientemente), un rasgo típico del estilo arcaico.

[532] O, según la lectura que presentan algunos manuscritos, «¿qué daño te hizo algún antepasado mío...?», con lo que Hermotimo estaría precisando que, por culpa de Panionio, no podía tener descendencia.

[533] Sin duda Panionio fue torturado. Cf. nota III 647.

[534] Sigo la interpretación de R. W. Macan (*Herodotus. The seventh,*

107 *La escuadra persa zarpa de Falero*

Después de haberle confiado sus hijos a Artemisia para que los condujera a Éfeso, Jerjes llamó a Mardonio y le ordenó que eligiese los soldados que quisiera y que procurase que sus resultados respondieran a sus palabras. Todo eso, y no más, fue lo que ocurrió durante aquel día [535].

Por la noche, los almirantes, a instancias del monarca, hicieron que sus naves abandonasen Falero para, a la máxima velocidad posible, regresar al Helesponto [536], a fin de custodiar los puentes flotantes, de manera que el rey pu-
2 diera atravesarlos. Y por cierto que, cuando, en el curso

---

eighth..., I, pág. 523: «vengeance in the person of Hermotimos laid hands on Panionios»), que considera que en el texto hay una hendíadis. Como observa PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 106, nota 5), «*Tísis* [i.e., la venganza] désigne ici la vindicte des dieux, qui n' ignorent pas les méfaits de Panionios; de cette vindicte divine, Hermotimos, en se vengeant pour son compte, est l' instrument humain». En general, vid. J. KROYMANN, «Götterneid und Menschenwahn. Zur Deutung des Schicksalsbegriffs im frühgriechischen Geschichtsdenken», *Saeculum* 21 (1970), págs. 166 y sigs.

535 Aparentemente se trata del mismo día en que se libró la batalla de Salamina (y así lo interpreta, por ejemplo, G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 708, nota 2), dado que el historiador no ha aludido, desde VIII 83, 1, a ninguna nueva noche. No obstante, las medidas adoptadas por Jerjes para enmascarar su retirada (cf. VIII 97), el desembarco de las dotaciones egipcias, que fueron incorporadas al ejército de tierra (cf. IX 32, 2), y las conversaciones del monarca con sus consejeros permiten suponer que entre el día de la batalla y el de la partida de la flota transcurrió mas tiempo del que se infiere del relato de Heródoto.

536 Cf. VIII 117, 1. Pese a que el historiador no indica la ruta seguida por la flota persa, es indudable que no regresaría costeando Grecia y Tracia, como hizo a la ida. Probablemente se dirigió a Asia (cf. VIII 130) por la ruta Cícladas-Icaria-Samos.

de su singladura, se encontraban cerca de Zoster [537], como quiera que en esa zona de la costa penetran en el mar unos pequeños promontorios, los bárbaros creyeron que se trataba de navíos y, durante un buen trecho, se dieron a la fuga; no obstante, al cabo de cierto tiempo, se percataron de que no eran naves, sino unos promontorios, y continuaron la travesía agrupados.

La flota griega en persecución de la persa. Campaña de los aliados en las Cícladas

Cuando, al rayar el día, los griegos 108
vieron que el ejército de tierra enemigo permanecía en sus posiciones, supusieron que la flota se encontraba también en las inmediaciones de Falero [538] y, en la creencia de que los bárbaros presentarían batalla con sus naves, se prepararon para rechazar su ataque [539]. Pero, en cuanto se enteraron de que su flota se había marchado, decidieron perseguirla sin perder un instante. Se lanzaron, pues, en persecución de la fuerza naval de Jerjes hasta Andros [540], mas, como no la avistaron, al llegar a dicha isla mantuvieron un cambio de impresiones.

---

[537] Un importante Cabo del Ática, a unos 20 km. al SE. de Falero (cf. ESTRABÓN, 398; y ED. MEYER, *s.v.* «Zoster», *R.E.*, X A, cols. 848 y sigs.). En él se alzaba un templo dedicado a Leto, Apolo y Ártemis, ya que su nombre se debía a que fue allí donde Leto, al sentir los dolores del parto en que alumbró a Apolo y Ártemis, se quitó el cinturón (en griego, *Zōstḗr*) que ceñía su ropa (cf. PAUSANIAS, I 31, 1).

[538] Allí se había retirado la flota de Jerjes tras la batalla (cf. VIII 92, 2). El ejército persa, por otra parte, permanecía apostado en la costa del Ática de acuerdo con las directrices de apoyo a la flota que había recibido (cf. nota VIII 359), pese a que el historiador entendió erróneamente su maniobra de avance hacia Mégara (cf. VIII 71, 1).

[539] Los griegos, pues, estaban lejos de imaginar que habían obtenido una victoria decisiva (cf. A. T. OLMSTEAD, *History Persian Empire...*, pág. 255).

[540] Pese a que R. W. MACAN (*Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pági-

2 Pues bien, Temístocles se mostró partidario de perseguir a la flota enemiga, pasando por las islas, para, acto seguido, poner proa rumbo al Helesponto a fin de destruir los puentes [541]. Euribíades [542], sin embargo, se opuso a su plan, alegando que, si destruían los puentes flotantes, con semejante medida le causarían a Grecia la mayor de todas
3 las desgracias [543]: si el Persa —agregó—, por hallarse bloqueado, se veía obligado a quedarse en Europa, inten-

---

na 524) considera que «it would have been quite impossible for the Greeks to leave Salamis, while the king's land-forces were in occupation of Attica, even if no visible threat of an assault upon Salamis... was in being», es indudable que la retirada de la flota persa hacía que el peligro de un posible ataque contra Salamina fuera mínimo, por lo que pudo quedar protegida con un reducido número de naves. Sobre Andros, cf. nota VIII 331.

[541] El plan de Temístocles comprendía probablemente dos objetivos diferentes que el historiador unificó en uno solo: conseguir que las islas filopersas se pasasen al bando aliado (repitiendo la estrategia adoptada por Milcíades en primavera del año 489, al atacar Paros; cf. VI 132 y sigs., y D. W. Knight, «Athenian politics 510 to 478 B. C.», *Some Studies in Athenian politics in the fifth century B. C.*, Wiesbaden, 1970, págs. 13 y sigs.), y perseguir a la flota persa para obligarla a refugiarse en sus bases de Asia Menor y así tener vía libre a fin de dirigirse al Helesponto.

[542] Pese a que Plutarco (*Temístocles* 16, 2-4; *Arístides* 9, 5) afirma que fue Arístides quien se opuso al plan de Temístocles (sin duda por el deseo del biógrafo de contraponer los caracteres de ambos personajes), resulta verosímil la intervención de Euribíades, enmarcada dentro de la tradicional política lacedemonia de no realizar campañas excesivamente lejos de su territorio (cf., *supra*, V 50, 3; Tucídides, I 70; y G. L. Huxley, *Early Sparta*, Londres, 1962, págs. 28 y sigs.), teniendo en cuenta, además, la avanzada época del año (primeros de octubre) en que se desarrollaron los hechos, que no hacía segura la navegación.

[543] Cf., en el mismo sentido, Diodoro, XI 19, 5-6; Frontino, *Strat.*, II 6, 8; Aristodemo, I 7; Nepote, *Temístocles* 5; Justino, II 13, 5; Polieno, I 30, 4; y escolio a Elio Arístides, III 615.

taría no permanecer inactivo, pues, de hacerlo, su situación no podría mejorar lo más mínimo y no se le presentaría posibilidad alguna de regresar a su patria, con lo que sus tropas morirían de hambre. En cambio, si tomaba la iniciativa y lo hacía con decisión, podría ser que toda Europa, ciudad tras ciudad y nación tras nación, abrazase su causa, unas porque, sin lugar a dudas, serían conquistadas, otras porque, antes de serlo, pactarían con él [544]; y, además, para alimentarse, las tropas dispondrían periódicamente de la cosecha anual de Grecia. Él, sin embargo, 4
estaba convencido de que el Persa, tras su derrota en la batalla naval, no se quedaría en Europa, por lo que había que dejarlo huir, hasta que, en su retirada, llegase a su patria; que, a partir de entonces —les sugirió—, la lucha se entablaría por la posesión de sus dominios [545]. Y los generales del resto de los peloponesios eran, asimismo, de dicha opinión.

Cuando Temístocles comprendió que, desde luego, no 109
iba a poder convencer a la mayoría para zarpar con rumbo al Helesponto, cambió de actitud y, dirigiéndose a los atenienses [546] (pues estos últimos eran quienes más indignados estaban con la huida de los bárbaros y se hallaban dispuestos a zarpar con rumbo al Helesponto, aunque fue-

---

[544] Cf. nota III 66.

[545] Esta sugerencia de Euribíades debe de tratarse de un anacronismo, ya que la idea de llevar la guerra contra los persas al propio continente asiático no empezó a cobrar cuerpo entre los griegos hasta los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Médica. Cf. A. H. JACKSON, «The original purpose of the Delian League», *Historia* 18 (1969), págs. 12 y sigs.

[546] En el texto griego aparece una sola forma verbal (el participio *metabalṓn*) que traduzco con valor praegnante por el sentido de cambio espacial y psicológico que tiene este verbo en Heródoto (cf. VII 52, 1; VIII 22, 3; IX 6).

ra por su cuenta y riesgo, si los demás no querían hacer-
2 lo [547]), les dijo lo que sigue: «Yo, personalmente, me he encontrado ya en muchas ocasiones (y, además, he oído decir que semejante circunstancia se ha repetido con frecuencia) con que soldados que habían resultado derrotados, al verse sumidos en una situación desesperada, reanudaban las hostilidades y reparaban su anterior flaqueza. Por eso, dado que nos hemos encontrado —tanto nosotros mismos como la Hélade— con un éxito inesperado [548], al rechazar a un cúmulo tan grande de soldados, no persiga-
3 mos a un enemigo que se da a la fuga. Pues esa hazaña no la hemos realizado nosotros, sino los dioses y los héroes [549], que veían con malos ojos [550] que una sola perso-

[547] Inmediatamente después de Salamina nos encontramos ya con las primeras discrepancias estratégicas entre atenienses y lacedemonios, al enfrentarse el deseo de sostener una guerra ofensiva, aprovechando la victoria naval conseguida gracias a la unidad de intereses de ambos Estados, a la prudente política defensiva preconizada por Esparta. En esa discrepancia está el germen de la ruptura de la alianza que comenzará a aflorar tras Micala (c. IX 106, 3 y sigs.) y que acabará desembocando en la Guerra del Peloponeso. Cf. D. Kagan, *The outbreak of the Peloponnesian War,* Londres, 1969, págs. 9-74; y F. Schachermeyr, *Forschungen und Betrachtungen zur griechischen und römischen Geschichte* (cap. X: «Sparta und Athen nach den Perserschlachten»), Viena, 1974, págs. 139 y sigs.

[548] Literalmente, «dado que hemos encontrado un éxito inesperado: a nosotros mismos y a la Hélade» (victoriosos, se entiende). Interpreto *hēméas te autoùs kaì tēn Helláda* como aposición a *heúrēma,* pese a que la mayoría de los críticos (cf., por ejemplo, Ph. E. Legrand [*Hérodote. Livre VIII...,* pág. 109], que traduce «... nous, qui, par un succès inattendu, nous sommes sauvés, nous-mêmes et la Grèce») considera la expresión *heúrēma heurēkamen* como una perífrasis verbal.

[549] Cf. nota V 204, y M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion* I, Munich, 1955, págs. 184-191, y 715-719.

[550] Nuevamente nos encontramos (cf., por ej., I 28 y sigs., para la entrevista entre Solón y Creso) con la formulación del *phthónos* (= «en-

na imperara sobre Asia y Europa; una persona, impía y criminal, a la que lo mismo le daban los santuarios que las casas particulares, que quemó y derribó de sus pedestales las imágenes de los dioses [551], y que hasta hizo azotar al mar y le echó unos grilletes [552]. Así pues, como quiera 4
que, en estos instantes, nuestra situación es satisfactoria, quedémonos de momento en Grecia y ocupémonos de nosotros mismos y de nuestros familiares: que cada cual, después de haber rechazado definitivamente al Bárbaro, reconstruya su casa y se consagre con ardor a las faenas de la siembra. Y, cuando llegue la primavera, ¡hagámonos a la mar, rumbo al Helesponto y a Jonia [553]!» Esto fue 5
lo que dijo con ánimo de granjearse una deuda de gratitud ante el Persa, a fin de que, si alguna vez era víctima de

vidia») de los dioses, último estadio de la doctrina de la *hýbris*. Cf. nota VIII 396, y J. Nawratil, «Θεῖον ταραχῶδες», *Philologische Wochenschrift* 60 (1940), págs. 125 y sigs. Como puede observarse, en esta ocasión Temístocles insiste en la providencial intervención divina, a diferencia del discurso pronunciado antes de la batalla de Salamina (cf. VIII 60 γ), donde hacía hincapié en la capacidad humana para adoptar decisiones acertadas.

[551] Como ocurrió en Abas y en la propia Atenas (cf. VIII 33; 53, 2; Esquilo, *Persas* 809 y sigs.). Algunos templos no fueron reconstruidos (cf. Licurgo, *Contra Leócrates* 81; Pausanias, X 35, 2), pese a que, según Plutarco (*Pericles* 17), este estadista intentó convocar, a mediados del siglo v, un congreso panhelénico para tratar, entre otros temas, ese asunto. No obstante, hoy en día se considera que dicha medida de Pericles no es histórica; cf. C. Schrader, «El Decreto del Congreso y el fr. 153 de Teopompo», *Cuadernos de Investigación* 1 (1975), págs. 77 y sigs.

[552] Cf. VII 35, 1; y nota VII 211.

[553] Las palabras de Temístocles tienen como única finalidad (cf. el comienzo del capítulo siguiente) apaciguar a los atenienses y evitar que se rompa la unidad de la flota griega, ya que todavía no se había decidido la estrategia a seguir, por tierra, por parte de los griegos. Cf. F. Miltner, «Das Themistokles Strategie», *Klio* 31 (1938), págs. 219 y sigs.

algún atropello por parte de los atenienses, pudiera contar con un refugio, cosa que, en efecto, llegó a producirse [554].

110 Con estas palabras Temístocles pretendía engañar a los atenienses [555]. Y el caso es que estos últimos se dejaron convencer, pues, como antaño ya tenía fama de ser una persona astuta y acababa de demostrar palpablemente su astucia y su sensatez [556], estaban dispuestos a creer a rajatabla lo que dijera.

2 En cuanto hubo persuadido a los atenienses, Temístocles, acto seguido, envió, a bordo de una embarcación, a unos hombres de su confianza (entre ellos volvía a figurar, asimismo, su criado Sicino), seguro de que, aunque fuesen sometidos a todo tipo de torturas, no revelarían lo que, personalmente, les había ordenado decir al rey. Cuando los emisarios arribaron al Ática, todos se quedaron en la embarcación salvo Sicino, que subió a ver a Jerjes y le

---

[554] Temístocles fue ostraquizado (cf. nota VIII 293) probablemente en el año 471/470 a. C. (cf. R. LENARDON, «The Chronology of Themistokles' Ostracism and Exile», *Historia* 8 [1959], págs. 23 y sigs.), por oponerse a la política filoespartana de Cimón, y acabó refugiándose en la corte persa hacia el año 465 (cf. TUCÍDIDES, I 135-138; PLUTARCO, *Tem.* 27 y sigs.), donde el monarca le concedió el gobierno de Magnesia del Meandro, cerca de Éfeso, y otras ciudades (cf. NEPOTE, *Tem.* 10, 3; DIODORO, XI 57, 7; ESTRABÓN, XIII 1, 12; XIV 1, 10; ARISTODEMO 10, 6; LIBANIO, XV 40; ELIO ARISTIDES, II 292). En general, vid. F. J. FROST, *Plutarch's Themistocles...*, págs. 186-187, y 197 y sigs.

[555] Todas las fuentes antiguas coinciden en resaltar la astucia de Temístocles. Cf., *infra*, VIII 124; TUCÍDIDES, I 138; PLUTARCO, *Tem., pássim;* y F. SCHACHERMEYR, «Das Bild des Themistokles in der antiken Geschichtsschreibung», *XIIe Congrès International des Sciences Historiques,* Viena, 1965, IV, págs. 81 y sigs.

[556] Con ocasión de las deliberaciones que habían precedido a la batalla de Salamina y en las que Temístocles había abogado por que la flota no se replegara rumbo al Istmo (cf. VIII 56 y sigs.).

dijo lo siguiente: «Me ha enviado Temístocles, hijo de Neo- 3
cles [557], general de los atenienses y la persona más audaz
y astuta de todos los aliados, para decirte que él, Temísto-
cles de Atenas, con el deseo de hacerte un favor, ha conte-
nido a los griegos, que deseaban perseguir tu flota y des-
truir los puentes del Helesponto. Así que ahora puedes
ponerte en marcha con toda tranquilidad [558]».

Una vez transmitido este mensaje, los emisarios re- 111
tornaron a su punto de partida.

Entretanto los griegos, después de haber renunciado a
seguir persiguiendo, mar adentro, a la flota de los bárba-
ros y a poner proa al Helesponto para destruir los puentes,
asediaron Andros [559] con ánimo de arrasarla. Resulta que 2
los andrios fueron los primeros isleños [560] que se negaron

---

[557] Cf. notas VII 2 y 694.

[558] La tradición sobre este segundo mensaje enviado por Temístocles difiere según las fuentes y, en general, no se considera histórico. Mientras que Diodoro (XI 19, 5) y Justino (II 13, 5) coinciden con Heródoto al afirmar que su portador fue Sicino (cf. nota VIII 382), Plutarco (*Tem.* 16, 5) y Polieno (I 30, 4) cuentan que el emisario fue un eunuco de Jerjes, llamado Arnaces, al que los griegos habían capturado. Además, en estos últimos autores no hay alusión alguna a una traición de Temístocles a la causa griega, ya que éste habría enviado el mensaje (desde Salamina, y no desde Andros como indica Heródoto) para conseguir la rápida retirada de Jerjes (cf., en el mismo sentido, Ctesias, fr. 13a, *F. Gr. Hist.* 688). Probablemente este segundo mensaje constituye un doblete del primero (cf. VIII 75) y pudo haber sido ideado por los adversarios políticos de Temístocles para mancillar su actuación de Salamina (cf. J. Wolski, «L' influence des guerres médiques sur la lutte politique en Grèce», *Eirene* 9 [1971], págs. 641 y sigs.), a pesar de que a él aluda Tucídides en I 137, 4.

[559] La ciudad de Andros, en la costa occidental de la isla, que tenía su mismo nombre. La flota griega desembarcaría gran parte de sus efectivos para proceder al asedio por tierra.

[560] Cf. nota VII 470.

a entregar el dinero que les fue exigido por Temístocles [561]. Es más, cuando Temístocles, a modo de consideración, adujo que los atenienses [562] se habían presentado acompañados de dos poderosas divinidades, *Persuasión* y *Coacción* [563], de manera que forzosamente debían entregarle dinero, los andrios, ante sus manifestaciones, le respondieron diciendo que, desde luego, con razón era Atenas una ciudad poderosa y próspera, teniendo en cuenta que hasta
3 gozaba de divinidades serviciales. Dado que, por su parte, carecían de tierras hasta límites verdaderamente extremos y que dos divinidades poco serviciales, *Pobreza* e *Incapacidad* [564], no abandonaban su isla, sino que residían allí per-

---

[561] Indudablemente la demanda de dinero constituía una multa, impuesta, con carácter oficial, por los aliados a los Estados que se habían alineado con los persas (cf. VIII 66, 2), a fin de utilizar las sumas recaudadas para poder pagar y mantener a las dotaciones de la flota griega. La historia que cuenta Heródoto (cf., asimismo, VIII 4, 2, y nota VIII 26) es producto de la tradición antitemistoclea existente en la Atenas de su época (cf. G. Gottlieb, *Das Verhältnis der ausserherodoteischen Überlieferung zu Herodot...*, págs. 105 y sigs.).

[562] Dado que Temístocles habla como si sólo los atenienses estuvieran asediando Andros, es posible que en el episodio tengamos un reflejo del tipo de argumentación utilizado por Atenas en su recaudación de dinero a los aliados una vez creada la Liga delo-ática (cf. Tucídides, II 69, 1; III 19; IV 50, 1; 75, 1; etc.; y A. French, «The tribute of the allies», *Historia* 21 [1972], págs. 1 y sigs.).

[563] La divinización de conceptos abstractos (cf., por ej., Semónides, fr. 7 Diehl; Esquilo, *Coéforos* 58 y sigs.; Sófocles, *Electra* 179) es típica del pensamiento teológico. La *Persuasión* (en griego, *Peithṓ)* ya aparece personificada en Hesíodo, *Trabajos* 73; *Teogonía* 349. En Plutarco [*Tem.* 21, 2], *Anankaíē* (= *Coacción*) es sustituida por *Bía*, con el mismo significado. Vid., asimismo, H. Usener, *Götternamen. Versuch einer Lehre von der religiösen Begriffsbildung*, Francfort, 3.ª ed., 1948, págs. 364 y sigs.

[564] En la actualidad Andros es una de las más fértiles y prósperas de las Cícladas, aunque parece ser que en la Antigüedad la zona oriental

manentemente, ellos —concluyeron—, como contaban con el patronazgo de esas divinidades, no le iban a entregar dinero, pues el poderío de los atenienses nunca sería superior a su propia impotencia [565]. Esta fue, en suma, la respuesta de los andrios que, al no entregar dinero, se vieron sitiados.

Por otra parte Temístocles, cuya codicia no conocía 112
freno, envió, por mediación de los mismos emisarios a quienes ya utilizara para comunicarse con el rey [566], mensajes amenazadores a las demás islas [567] y les exigió dinero, indicándoles que, si no le entregaban lo que les pedía, acudiría al frente de la flota griega [568], para sitiarlas y arrasar-
las. Merced a esas amenazas, reunió elevadas sumas que 2

---

de la isla —la más feraz— no era explotada, probablemente porque carece de puertos. Es destacable la ironía de la respuesta de los andrios que, a las divinidades atenienses, oponen una pareja divina ya consagrada en la tradición poética (cf. ALCEO, fr. 364, E. M. VOIGT, *Sappho et Alcaeus. Fragmenta,* Amsterdam, 1971). En PLUTARCO, *Tem.* 21, 2, en lugar de *Amechaníē* (= Incapacidad) aparece *Aporía,* su sinónimo en prosa.

[565] Los andrios concluyen su respuesta con la misma sentencia formulada por los tesalios en VII 172, 3.

[566] O «con los andrios», según la lectura que presentan otros manuscritos, lo que confirmaría el carácter oficial de su misión, que habría sido decidida por los aliados. Sobre la fortuna personal de Temístocles, que al parecer fue cuantiosa, cf. ELIANO, *Hist. Var.*, X 17, y J. K. DAVIES, *Athenian Propertied Families,* Oxford, 1971, pág. 20.

[567] A excepción, como es lógico, de las que habían combatido al lado de los griegos (cf. VIII 46).

[568] Heródoto presenta a Temístocles como si tuviese en sus manos el control de la flota aliada, lo que es una prueba más del carácter tendencioso de la historia. Como señala C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 241), «the authentic tradition of the events that followed the arrival of the Greeks at Andros has been contaminated in Herodotus with untrustworthy items derived ultimately from the Themistokles legend».

le entregaron los caristios y los parios [569], quienes, al tener noticias de que Andros se hallaba sitiada por haber abrazado la causa de los medos [570], y de que Temístocles era el general de mayor prestigio, se atemorizaron por todo ello y le enviaron dinero. Por cierto que no puedo precisar si realmente hubo otros isleños que le dieron dinero, pero, en mi opinión, sí que hubo otros que lo hicieron, y no
3 sólo los que he citado. Sea como fuere, el caso es que no por ello pudieron los caristios retrasar su desgracia [571]; en cambio los parios consiguieron propiciarse [572] a Temístocles con dinero y evitaron el ataque de la flota. En definitiva que Temístocles, tomando Andros como base de operaciones, obtenía dinero de los isleños a espaldas de los demás generales.

---

[569] Los habitantes de Caristo, en el S. de Eubea (cf. nota VIII 331), habían reforzado la flota persa después de los enfrentamientos navales de Artemisio (cf. VIII 66, 2). Los parios, por su parte, habían adoptado una actitud ambigua (cf. VIII 67, 1, y nota VIII 333).

[570] Que era la verdadera razón de la expedición de la flota griega a las Cícladas. Cf. H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus...*, pág. 140.

[571] Cf., *infra,* VIII 121. Probablemente los caristios no pudieron satisfacer en su totalidad la multa que les impusieron los aliados.

[572] Heródoto se expresa irónicamente, ya que el verbo que aparece en griego (*hilasámenoi)* se emplea para denotar la actitud de un hombre hacia una divinidad (cf. I 50, 1; 67, 2; etc.). Y lo hace porque, en el capítulo anterior, Temístocles había alardeado de contar con el apoyo de dos divinidades. Paros era la isla del archipiélago de las Cícladas que, en tiempos de la Liga delo-ática, pagaba el tributo más elevado (cf. B. D. Meritt, «Tribute Assessments of the Athenian Empire from 454 to 440 B. C.», *American Journal Archaeology* 29 [1925], págs. 247 y sigs.).

Mardonio decide invernar en Tesalia. Retirada de Jerjes

113 Entretanto, Jerjes y sus tropas aguardaron unos cuantos días [573], tras haber librado la batalla naval, y abandonaron el Ática, en dirección a Beocia, por el mismo camino [574]. Resulta que Mardonio había estimado oportuno acompañar al monarca, considerando, además, que aquella época del año era inadecuada para las operaciones militares, por lo que resultaba preferible invernar en Tesalia [575] para, posteriormente —a la primavera siguiente—, atacar el Peloponeso.

2 Al llegar a Tesalia fue cuando Mardonio escogió, en primer lugar, a todos los persas que reciben el nombre de «Inmortales» [576], a excepción de su jefe Hidarnes [577] (pues este último se negó a abandonar al rey); acto seguido escogió, de entre el resto de los persas, a los que iban provistos

---

[573] Jerjes debió de abandonar el Ática tres o cuatro días después de la batalla de Salamina; es decir, el 1 o 2 de octubre del año 480 (para la cronología, cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 452, que incluye bibliografía crítica).

[574] Es decir, por el mismo camino por el que había llegado. Sobre las rutas seguidas por el ejército persa en su avance sobre el Ática, cf. nota VIII 260.

[575] Como señala C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 266), «the Attic country-side had been so devastated that it was impossible to remain there for the winter, and the main body of the army of occupation retired as far north as Thessaly and Macedonia, where supplies would be adequate; presumably garrisons of Persian and allied troops were left behind in Central Greece, at Thermopylai and other important places, including the cities of Boiotia».

[576] Las tropas de élite, integradas por persas, medos y elamitas, que sumaban diez mil hombres (cf. VII 41, 1; 83, 1). No obstante, como no son mencionados a lo largo de la campaña del año 479, se ha pensado que regresaron a Persia con Jerjes.

[577] Cf. nota VII 426.

de corazas [578] y al escuadrón de mil jinetes [579], y, a continuación, a los contingentes —tanto de infantería como de
3 caballería— medos, sacas, bactrios e indios [580]. A los efectivos de esos pueblos los eligió en su totalidad, mientras que, de entre el resto de los aliados [581], escogió a unos pocos de cada contingente: fue seleccionando a los que contaban con un buen físico y a quienes sabía positivamente que habían llevado a cabo algo destacado. (El grupo étnico que eligió con preferencia a los demás fue el de los persas [582], cuyos soldados lucían collares y brazaletes [583], y después el de los medos, cuyo número no era inferior al de los persas, aunque sí lo era su capacidad combativa.)

---

[578] Se ignora qué unidades persas eran éstas que iban provistas de corazas, ya que la conjetura de Biel, en VII 61, 1 (teniendo en cuenta el testimonio de Jenofonte, *Anábasis,* I 5, 8; 8, 6; *Ciropedia,* VII 1, 2), supondría que todos los persas iban así protegidos. Quizás se trataba de parte de los dos mil lanceros (cf. VII 40, 2; 41, 1) que constituían la guardia personal de a pie del monarca (cf. nota VII 248).

[579] Presumiblemente, uno de los dos escuadrones que constituían la guardia personal, a caballo, de Jerjes (cf. VII 40, 2; 41, 1; 55, 2-3; y nota VII 292).

[580] Sobre los medos (a destacar que en esta ocasión no se menciona a los cisios), cf. VII 62, 1; y nota VII 331. Sobre los sacas y los bactrios, cf. VII 64, y notas VII 343 y 344. Sobre los indios, cf. VII 65, y nota VII 351. Acerca de la caballería de estos pueblos, cf. VII 86.

[581] Cf. nota VIII 350.

[582] Pese a que también podría traducirse «el grupo étnico más numeroso que eligió fue el de los persas» (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...,* II, pág. 273; y A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...,* pág. 151), ello estaría en contradicción con lo que, a continuación, dice el historiador sobre los medos (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...,* pág. 113, nota 1).

[583] Cf., *infra,* IX 80, 2; Simónides, fr. 88 Diehl; Esquilo, *Persas* 9; Jenofonte, *Anábasis,* I 2, 27; V 8, 8.

Así, el total, incluida la caballería, ascendía a trescientos mil hombres [584].

Entretanto, mientras Mardonio llevaba a cabo la se- 114
lección de sus tropas y Jerjes se hallaba en Tesalia, a los lacedemonios les había llegado, procedente de Delfos, un oráculo [585] según el cual debían exigirle a Jerjes una satisfacción por la muerte de Leónidas y aceptar lo que el monarca les diese. Como es natural, los espartiatas despacharon a toda prisa un heraldo que, al encontrar en Tesalia al ejército, todavía al completo, se presentó ante Jerjes y
le dijo lo siguiente: «Rey de los medos [586], los lacede- 2
monios y los Heraclidas [587] de Esparta te exigen una satisfacción por una muerte, ya que mataste a su rey mientras defendía a la Hélade». Entonces Jerjes se echó a reír y, tras un largo silencio, como se daba la circunstancia de que Mardonio se hallaba a su lado, exclamó señalándolo: «¡De acuerdo! ¡Será Mardonio, aquí presente, quien les dará la satisfacción que se merecen [588]!»

---

[584] Cf. nota VIII 509.

[585] Al igual que, poco antes del comienzo de la campaña del año 480, Heródoto cita los oráculos délficos dirigidos a los atenienses (cf. VII 140-141, y nota VII 667), el segundo de los cuales les anunciaba la victoria en Salamina, ahora, cuando Mardonio pasa a ser el principal antagonista de los griegos, un nuevo oráculo va a predecir, veladamente, el destino del ejército persa. Cf. J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots,* Gotinga, 1965, pág. 107.

[586] Los griegos consideraban a los persas herederos del imperio de los medos, de ahí que, en la *Historia,* ambos gentilicios sean con frecuencia sinónimos (cf. I 55, 2; 56, 1; 206, 1; etc.).

[587] Es decir, los descendientes de Heracles, héroe al que pretendían remontarse los monarcas de las dos casas reinantes en Esparta (cf. VII 204; VIII 131), los Agíadas y los Euripóntidas (cf. Th. Lenschau, «Agiaden und Eurypontiden», *Rheinisches Museum* 88 [1939], págs. 123 y sigs.).

[588] El oráculo, que, como en otros casos similares (cf., por ej., V 92 ε, 2), debe de ser *post eventum* (cf. J. Elayi, «Le rôle de l' oracle

115 Como es lógico [589], el heraldo se contentó con la respuesta y se fue. Jerjes, por su parte, dejó a Mardonio en Tesalia y, a marchas forzadas, se dirigió personalmente hacia el Helesponto, llegando al lugar por el que lo había cruzado, al cabo de cuarenta y cinco días, al frente —por
2 así decirlo— de un ejército reducido a la nada [590]. En el

de Delphes dans le conflict gréco-perse d' après les *Histoires* d' Hérodote», *Iranica Antiqua* 14 [1979], págs. 67 y sigs.), acabará cumpliéndose al pagar Mardonio con su vida la muerte de Leónidas (cf. IX 64, 1).

[589] Obedeciendo los dictados del oráculo, que había ordenado a los lacedemonios «aceptar lo que el monarca les diese».

[590] Sin duda nos encontramos ante una exageración por parte de Heródoto (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques...*, págs. 436 y sigs.; K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, página 71), ya que, en general, los griegos estaban convencidos (con el tiempo, la magnitud del desastre persa se fue acentuando más y más, en contraste con el arrollador avance del comienzo de la campaña; cf. Justino, II 13: *ipse cum paucis Abydon contendit, ubi cum solutum pontem hibernis tempestatibus offendisset, piscatoria scapha trepidus traiecit... carens etiam omni servorum ministerio)* de que Jerjes había iniciado el regreso a Asia con el grueso de sus tropas (cf. Esquilo, *Persas* 803 y sigs.; Tucídides, I 73). La narración del historiador acerca de la retirada persa difiere sensiblemente de la de Esquilo, en *Persas* 481 y sigs., para quien el calvario del ejército persa comenzó ya en Beocia, viéndose atormentado por la sed (Heródoto, en cambio [cf. VIII 117, 2], denota que ese problema no afectó a los bárbaros), y diezmado al intentar atravesar a pie el Estrimón (vv. 495 y sigs.), que se había helado a causa de las bajas temperaturas. (Jerjes debió de llegar al Helesponto a finales de noviembre o primeros de diciembre, aunque no está claro si los 45 días a que alude Heródoto hay que computarlos a partir de la marcha del monarca de Atenas o de Tesalia; sea como fuere, esa cifra, de ser cierta, no parece responder a una retirada precipitada, y, por otra parte, es destacable que constituya exactamente la mitad del tiempo invertido por los persas para trasladarse, a la ida, del Helesponto a Atenas; cf. VIII 51, 1, y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 268, nota 5.) Estas divergencias entre el tragediógrafo y el historiador parecen probar que, en este punto, Heródoto no utilizó el testimonio de Esquilo; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 713, nota 1, para sus posibles fuentes.

curso de su avance, fuera cual fuese el lugar en que se hallaran y el pueblo con que se encontrasen, los soldados, para alimentarse, se apoderaban de sus productos agrícolas; y, si no daban con producto alguno, cogían la hierba que crece en el campo, o arrancaban la corteza o las hojas de los árboles —tanto de los frutales como de los silvestres—, y lo devoraban todo, sin dejar nada de nada, pues el hambre los obligaba a hacerlo [591]. Además, una epi- 3
demia que se declaró en el ejército, unida a la disentería [592], iba diezmando a las tropas por el camino. Jerjes también dejaba tras de sí a los soldados enfermos, ordenando a las ciudades por las que iba pasando en su retirada que los cuidaran y los alimentasen [593]: a unos los dejó en Tesalia, a otros en Siris de Peonia [594], y a otros en Macedonia.

---

[591] Dada la época del año en que se produjo la retirada, y teniendo en cuenta que sólo hacía cuatro meses que los persas habían pasado por Macedonia y Tracia (cf. nota VII 228), los problemas de avituallamiento debieron existir, aunque no en la medida en que pretende Heródoto y sin afectar a todos los efectivos que iban con Jerjes (las tropas auxiliares y los soldados rezagados serían los más perjudicados).

[592] Probablemente la bacilar, o sigelosis, que aparece sobre todo en otoño y afecta a aglomeraciones humanas que viven en condiciones de hacinamiento, suciedad e hipoalimentación. Sobre su tratamiento en la Antigüedad, cf. CELSO, *De med.*, IV 22.

[593] Prueba de que la negativa opinión que tenían los griegos de la personalidad de Jerjes (cf. nota VII 216) no respondía de hecho a la verdad (vid. E. ABRAHAMSON, «Herodotus' Portrait of Xerxes», *The Adventures of Odysseus*, San Luis, 1960, págs. 7 y sigs.). Los persas, a finales del año 480, seguían controlando toda la zona comprendida entre el Helesponto y Beocia.

[594] Siris se encontraba en la margen izquierda del valle del Estrimón, a unos 40 km. al NW. de su desembocadura. La precisión de la región en que se hallaba (sobre Peonia, cf. nota V 3) tiene por objeto distinguirla de la otra ciudad del mismo nombre emplazada en el Golfo de Tarento (cf. VIII 62, 2).

4 En Siris [595], precisamente, había dejado, cuando se dirigía contra Grecia, el carro consagrado a Zeus [596], pero, a su regreso, no pudo recuperarlo, pues los peonios [597] se lo habían entregado a los tracios, y, cuando Jerjes lo reclamó, aquellos le dijeron que las yeguas [598], mientras estaban pastando, habían sido apresadas por los tracios del Norte, que residen en las proximidades de las fuentes del Estrimón [599].

116 También en dicha zona, un tracio —el rey de los bisaltas y de la región de Crestonia [600]— cometió una acción

---

[595] En griego aparece un adverbio de lugar (*éntha* = «allí»), que ha de referirse, como se desprende de lo que a continuación dice el historiador, a Peonia, por lo que debe tener razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 114, nota 4), al señalar que «les manuscrits nomment Siris avant la Macédoine; mais 'Siris de Péonie'... était située au-delà de la Macédoine dans la direction de l' Hellespont (V 15); et la phrase suivante, où *éntha* designe la Péonie, enseigne qu' elle devait être nommée à la fin de l' énumération qui précède».

[596] Es decir, Ahuramazda, dios supremo de los persas, creador del mundo y dios del cielo, que fue identificado por los helenos, de acuerdo con su habitual *interpretatio graeca* de todo tipo de fenómenos sociales, con su propio dios del cielo y máxima divinidad. Sobre este carro, cf. VII 40, 4.

[597] Se trata, concretamente, de los siriopeonios (cf. V 15, 3), establecidos en el curso bajo del Estrimón y cuyo nombre derivaba de la ciudad de Siris. Cf. B. Lenk, *s.v.* «Paiones», *R.E.*, XVIII, 2 (1942), cols. 2.403 y sigs.

[598] En VII 40, 4, el historiador afirma que del carro sagrado tiraban 8 *caballos*, discrepancia que puede deberse a las distintas fuentes utilizadas para uno y otro pasaje.

[599] Río de Tracia, de unos 400 km. de longitud, que nace al pie del monte Vitosa, cerca de Sofía. Los tracios del Norte deben de ser los agrianes (cf. V 16, 1), que en realidad eran un pueblo peonio establecido al N. de Siris, no en el nacimiento del Estrimón.

[600] Bisaltia era la zona nororiental de la Calcídica, desde la margen derecha del curso bajo del Estrimón hasta Argilo, a orillas del golfo Es-

monstruosa. Ese sujeto había manifestado que, por lo que a él se refería, no iba a tolerar de buena gana el yugo de Jerjes, por lo que se encaminó, en dirección Norte, hacia el monte Ródope [601], prohibiendo, además, a sus hijos
que tomaran parte en la expedición contra Grecia. Ellos, 2
sin embargo, hicieron caso omiso de su prohibición (o, simplemente, es que les apeteció asistir a la campaña en calidad de espectadores) y se unieron a la expedición del Persa. Pues bien, por ese motivo, cuando todos (eran seis) hubieron regresado sanos y salvos, su padre hizo que les sacaran los ojos.

Ese fue el castigo que recibieron sus hijos. 117

Entretanto, cuando los persas, después de haber atravesado Tracia, llegaron al Estrecho, se apresuraron a cruzar el Helesponto, rumbo a Abido [602], a bordo de sus naves [603], pues se encontraron con que los puentes flotantes ya no estaban tendidos, al haber sido destruidos por una
tempestad [604]. Mientras permanecían detenidos en aquella 2
zona, contaron con más víveres que durante el viaje, pero,

---

trimónico (cf. VII 115, 1; TUCÍDIDES, II 99; LIVIO, XLV 29-30). Crestonia era la región en la que nacía el río Equidoro, a unos 60 km. al N. del golfo Termaico; es decir, en la zona noroccidental de la Calcídica (cf. VII 124). Peonia, pues, se encontraba al N. de Bisaltia y Crestonia. Pese a que Heródoto no da el nombre del monarca, conocemos acuñaciones, que se datan entre 500 y 480 a. C., de un rey de Bisaltia llamado Moses (cf. B. V. HEAD, *Historia Numorum*, Londres, 2.ª ed., 1911, pág. 179).

[601] Macizo montañoso de Tracia, limitado por los valles del Estrimón, al W., y del Hebro, al E. Probablemente el rey de los bisaltas se limitaría a remontar el curso del Estrimón.

[602] Cf. nota VII 200.

[603] La flota, pues, cumplió la misión que Jerjes le había encomendado (cf. VIII 107, 1, y nota VIII 536).

[604] Según ESQUILO, *Persas* 736, Jerjes atravesó el Helesponto por los puentes tendidos sobre el Estrecho (cf. VII 36). De hecho, hasta después

por atiborrarse sin moderación alguna, además de por cambiar de aguas [605], muchos soldados de lo que quedaba del ejército encontraron la muerte. Los demás, en unión de Jerjes, llegaron a Sardes [606].

118 Por cierto que circula también esta otra versión [607]: cuando Jerjes, a su regreso de Atenas, llegó a Eyón [608], a orillas del Estrimón, ya no continuó por tierra a partir de dicha ciudad, sino que confió sus tropas a Hidarnes, para que las condujese al Helesponto, y él se embarcó en
2 un navío fenicio [609] a fin de trasladarse a Asia. Pero, en plena travesía, lo sorprendió un fuerte viento procedente del Estrimón [610] que provocó una marejada. Y, como quiera

---

de Mícala los griegos no se enteraron de su destrucción (cf. IX 106, 4; y K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II.2, págs. 90 y sigs.).

[605] En Alcmeón de Crotón, fr. B4, *D.K.* 24, en el último tercio del siglo VI a. C., ya nos encontramos con la teoría de que las aguas pueden ser causa de enfermedades; teoría que aparece extensamente formulada en Hipócrates, *Sobre los aires, aguas y lugares* 7-9.

[606] Jerjes pemaneció allí durante la campaña del año 479 (cf. IX 3, 1; 107, 3).

[607] Puede observarse que es característico de la técnica narrativa de Heródoto (cf. K. J. Dover (ed.), *Ancient Greek Literature* = *Literatura en la Grecia Antigua* [trad. de F. J. Lomas], Madrid, 1986, pág. 104) presentar, sobre un mismo personaje o suceso, versiones diferentes, que se complementan u oponen según los casos. Este recurso evidencia la buena fe del historiador, que, luego, puede limitarse a dejar que el propio lector juzgue por sí mismo, o, como en este caso, utilizar las coincidencias o contradicciones para establecer una conclusión. Cf., en general, Th. Spath, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot,* Viena, 1968.

[608] En la margen izquierda de la desembocadura del Estrimón, a unos 4 km. al S. de donde, en 437/436 a. C., los atenienses fundaron Anfípolis.

[609] Cf., *supra,* VII 128, 2.

[610] Un viento de componente N.-NE. (cf. Aristóteles, *De ventis* 973b 17); el mismo tipo de viento que retuvo en Áulide a la expedición griega contra Troya capitaneada por Agamenón (cf. Esquilo, *Agamenón* 192). No obstante, y dado que no figura representado en la octogonal *Torre*

que la tempestad iba empeorando cada vez más y la nave se hallaba sobrecargada por la presencia en cubierta de muchos persas que viajaban con Jerjes, en esa tesitura el monarca fue presa del pánico y, a gritos, le preguntó al piloto si tenían alguna posibilidad de salvarse. «Señor —le res- 3
pondió el piloto—, no tenemos ninguna, a no ser que podamos desembarazarnos de esos pasajeros, que son demasiados.» Y, según cuentan, al oír esas palabras, Jerjes exclamó: «¡Persas! ¡Que cada uno de vosotros demuestre en este trance su devoción por su rey, pues, al parecer, de vosotros depende que me salve!» Esto fue lo que dijo 4
Jerjes y, entonces, los persas se prosternaron ante él[611] y se arrojaron al mar, con lo que la nave, al verse así sensiblemente aligerada, pudo arribar indemne a Asia. Y, en cuanto bajó a tierra, Jerjes hizo lo siguiente: por haber salvado la vida del rey, obsequió al piloto con una corona de oro; pero, por haber causado la muerte de numerosos persas, hizo que le cortaran la cabeza[612].

Ésta es la otra versión que circula sobre el regreso de 119
Jerjes, aunque, desde luego, para mí resulta absolutamente inverosímil, sobre todo el incidente relativo a la muerte de los persas[613], pues, si la respuesta que el piloto dio

---

de los Vientos de Atenas, es posible que sea equivalente al Bóreas (cf. nota I 16).

[611] Para este tipo de saludo entre los persas, cf. I 134, 1, y nota VII 109.

[612] Este episodio tiene probablemente un origen popular (cf. ARRIANO, VII 22, 4), ya que los motivos que en él predominan son, respectivamente, la ponderación de la devoción de los súbditos hacia el monarca y la administración de justicia por parte de este último (cf. W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle...*, pág. 87; y K. REINHARDT, «Herodots Persergeschichten»..., págs. 143 y sigs.).

[613] O, según la conjetura de Stein (⟨*ho*⟩ *állos,* en lugar de *állōs*), «tanto el episodio en general como el incidente relativo a la muerte de los persas».

a Jerjes fue realmente la que he citado, entre infinidad de opiniones que se recabasen no podría dar con una sola que no considerara que el monarca habría hecho lo siguiente: habría ordenado a los de cubierta (que eran persas; concretamente, persas de las más importantes familias) bajar a la bodega, y habría hecho que arrojasen al mar a un número de remeros (que eran fenicios) igual al de los persas [614]. Pero lo cierto es que, como acabo de indicar [615], Jerjes regresó a Asia, con el resto del ejército, por una ruta terrestre.

120 He aquí, además, una prueba concluyente: es seguro que, durante su viaje de regreso, Jerjes llegó a Abdera [616], con cuyos habitantes concertó un tratado de amistad [617], obsequiándolos con un alfanje [618] de oro y con una tiara [619] recamada con hilos del mismo metal. (Al decir de los propios abderitas —aunque, a mi juicio, sus palabras no son en absoluto dignas de crédito—, fue allí donde, por primera vez desde que huyera de Atenas con dirección

[614] La lógica que invoca el historiador (que se expresa con un largo y anacolútico período) no es lo aplastante que pretende: cambiar de remeros en plena tempestad habría privado a la nave de sus elementos motores durante un tiempo apreciable; y, además, cabe suponer que unos persas de elevada posición habrían sido incapaces de reemplazar con eficacia a una dotación entrenada y disciplinada, que podía comprender y ejecutar al instante las órdenes del piloto, que eran transmitidas a los remeros por mediación de su jefe de maniobras, el cómitre o *keleustés*.

[615] Cf. VIII 115-117.

[616] Ciudad emplazada en la costa de Tracia, a unos 110 km. al E. de Eyón. Cf. nota VII 534.

[617] Literalmente, «una relación de hospitalidad»; cf. notas III 209 y VII 184.

[618] Cf. nota VII 291. Un alfanje (*akinákēs*) de oro era uno de los regalos que habitualmente concedía el monarca persa (cf. CTESIAS, *Persiká* 22; JENOFONTE, *Anábasis*, I 2, 27; 8, 29).

[619] Cf. nota VII 320.

a su patria, Jerjes se soltó el cinturón [620], dado que se sentía a salvo.) Pues bien, Abdera se halla más cercana al Helesponto que el Estrimón y que Eyón, lugar, según aseguran, en el que, precisamente, se embarcó el monarca.

Los griegos se reparten el botín obtenido en Salamina. Temístocles homenajeado en Esparta

Entretanto los griegos [621], en vista de 121
que no conseguían tomar Andros, se dirigieron hacia Caristo y, tras haber devastado su territorio, regresaron a Salamina. Pues bien, lo primero que hicieron fue reservar para los dioses, entre otras primicias [622], tres trirremes fenicios, uno para consagrarlo en el Istmo (dicha nave todavía existía en mi época [623]), el otro en Sunio [624] y el tercero en la

[620] Es decir que Jerjes no se desvistió hasta allí, lo que supondría dos tercios de la ruta (unos 30 días, por tanto), algo que resulta inverosímil. La expresión (como en V 106, 6) hay que considerarla hiperbólica.

[621] El historiador reemprende la narración, interrumpida en VIII 113, sobre las operaciones de la flota griega.

[622] De lo que habían capturado a los persas en Salamina, se entiende. Hay que suponer, a partir de lo que cuenta Heródoto en este capítulo, que los griegos, del total del botín, seleccionaron una serie de primicias como ofrenda colectiva de todos los Estados aliados a Posidón y Áyax, mientras que las ofrendas destinadas a Delfos fueron enviadas, a título individual, por cada Estado cuando ya se había dividido el botín (a su vez, con las diferentes ofrendas individuales se modeló la estatua —que, una vez realizada, constituiría una ofrenda comunitaria— a que se alude al final del capítulo).

[623] Este primer trirreme (lo habitual era que, tras una batalla naval, los vencedores consagraran en sus santuarios proas de navíos [cf. III 59, 3; Jenofonte, *Helénicas,* II 3, 8; VIII 27, 5], ofrenda que, en este caso, posee mayores proporciones por la transcendencia de la victoria sobre la flota persa) se consagró a Posidón en su condición de dios del mar (cf. M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...,* I, págs. 444 y sigs.), elemento en el que los griegos habían obtenido la victoria. En la costa E. del Istmo de Corinto se alzaba un templo en honor de dicha divinidad (cf. VIII 123, 2; Pausanias, II 1, 7). Resulta sorprendente la observación

2 propia Salamina como ofrenda a Áyax [625]. Posteriormente se repartieron el botín y enviaron las primicias a Delfos [626] (con ellas se hizo una estatua, de doce codos de altura [627], que en la mano sostenía el espolón de una nave; y por cierto que la citada estatua se alza en el mismo lugar en que se halla la estatua de oro de Alejandro de Macedonia [628]).

122 Después de haber enviado las primicias a Delfos, los griegos, de común acuerdo, le preguntaron al dios si las primicias que había recibido eran suficientes y de su agrado. La divinidad, entonces, respondió [629] que contaba con

---

del historiador sobre la conservación de este navío cuando nada dice a propósito de los otros dos (cf. R. W. MACAN, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 548).

[624] También en honor de Posidón, ya que en el cabo Sunio (en la extremidad sudoriental del Ática), sobre la acrópolis que constituye el promontorio, había un templo consagrado a esa divinidad (cf. PAUSANIAS, II 35, 1).

[625] Probablemente como representante genérico de la ayuda que los griegos consideraban haber recibido de parte de los Eácidas (cf. VIII 64, 2, y notas *ad locum*).

[626] Hay que suponer que en este momento sólo decidieron enviar una serie de ofrendas a Delfos y que la medida (al igual que la consulta formulada a Apolo, mencionada en el capítulo siguiente) no se hizo efectiva hasta la derrota persa en Platea, cuando se consideró que Fócide se hallaba ya definitivamente a salvo de cualquier ataque.

[627] Algo más de 5,3 m. (1 codo = 0,444 m.). Según PAUSANIAS (X 15, 5), que indica que los griegos también ofrendaron en Olimpia una estatua de Zeus, se trataba de una imagen en bronce de Apolo.

[628] Es decir, una estatua ofrendada por este rey macedonio (cf. DEMÓSTENES, XII 21). Sobre Alejandro, cf. nota VIII 178. Acerca de los problemas interpretativos que plantea el que Heródoto aluda, como emplazamiento referencial del Apolo panhelénico, a la estatua (no icónica) de Alejandro I, vid. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 117, nota 6.

[629] Por mediación de la Pitia (cf. nota VIII 189).

ofrendas de todos los griegos, pero no de los eginetas, así que a estos últimos se las exigía por su destacada actuación en la batalla naval de Salamina [630]. Cuando los eginetas se enteraron de su respuesta, le consagraron unas estrellas de oro que, en número de tres, se alzan, sobre un mástil de bronce [631], en el ángulo [632], muy cerca de la crátera de Creso.

Tras el reparto del botín, los helenos zarparon con rumbo al Istmo a fin de adjudicar un premio al griego que, por su valor, se hubiese hecho más acreedor a él en el transcurso de la campaña que nos ocupa [633]. Cuando, a su llegada, los generales depositaron sus votos sobre el altar de Posidón [634], para designar a quienes debían ocupar, 123

2

---

[630] Cf. VIII 93, 1, y nota VIII 467. Según G. Busolt, *Griechische Geschichte*..., II, pág. 716, nota 3, los sacerdotes delfios (lo que abundaría en la datación del episodio con posterioridad a Platea) debieron de haber reivindicado la importancia del apoyo de Apolo en la consecución de la victoria, alegando quizá que el dios había concedido a los eginetas algún signo propicio (del tipo como el que, posteriormente, en 405 a. C., recibieron los lacedemonios en la batalla de Egospótamos, cuando, en los extremos del mastelero de la nave de Lisandro, aparecieron los Dióscuros en forma de estrellas, sin duda una interpretación religiosa del *Fuego de Santelmo;* cf. Plutarco, *Lisandro* 12).

[631] Dos de las estrellas (las de los extremos del mastelero) representarían a los Dióscuros (cf. nota V 360; Cicerón, *Div.*, I 34, 75), mientras que la del centro, en lo alto del mástil, debía de personificar a Apolo Delfinio (epíteto de Apolo que, al dirigirse por mar a Delfos, adoptó la forma de un delfín; cf. *Himno a Apolo* 495), advocación con la que el dios era particularmente venerado en Egina.

[632] Concretamente, en el ángulo del vestíbulo del templo (es decir, la *pronaos*), lugar en el que (tras el incendio del primitivo templo de Delfos, que se declaró por causas fortuitas en el año 548 a. C.) se colocó la crátera de plata consagrada por Creso (cf. I 51, 2).

[633] Referencia exclusiva a las operaciones navales; es decir, a los enfrentamientos de Artemisio y a la batalla de Salamina.

[634] Cf. nota VIII 623. Sobre el primitivo templo dórico, construido

de entre todos ellos, los puestos primero y segundo, en esa tesitura cada general se votó a sí mismo, pues cada uno consideraba que, personalmente, había sido el más destacado, pero la mayoría coincidió al designar a Temístocles en segundo lugar [635]. De ahí que los diversos generales sólo obtuvieran un voto, mientras que, para el segundo puesto, Temístocles consiguió una amplia mayoría.

124 Pues bien, aunque, por envidia [636], los griegos no quisieron pronunciarse sobre el particular y todos ellos zarparon de regreso a sus respectivas ciudades sin haber tomado una decisión, la fama de Temístocles, no obstante, se extendió por toda la Hélade y se le consideró, sin ningún género de dudas, la persona más astuta de Grecia [637].
2 Pero, en vista de que quienes combatieron en Salamina no

---

en el siglo VI a. C., y que es al que aquí se está refiriendo el historiador, cf. J. G. FRAZER, *Pausanias' Description of Greece...*, III, pág. 11. La votación se lleva a cabo sobre el altar de la divinidad a fin de obligar a los votantes a decidir honestamente.

[635] PLUTARCO, *Temístocles* 17, 2, embelleciendo más la anécdota (y contradiciendo su criticismo formulado en *Moralia*, 871 d-e), afirma que todos votaron en segundo lugar a Temístocles (cf., asimismo, ELIO ARISTIDES, II 238; 288; III 574), lo que habría supuesto que el propio estadista ateniense se habría votado a sí mismo en segundo lugar, cosa poco probable.

[636] Habitantes de pequeños Estados, con una intensa participación política de los ciudadanos en ellos, que, en su mayoría, mantenían permanentes disputas fronterizas (piénsese, por ejemplo, en la rivalidad constante entre Argos y Esparta por la posesión de las zonas cerealistas de Tirea y Cinuria [cf. nota VII 718]; en la existente entre Atenas y Egina [cf., *supra*, V 82 y sigs.]; entre Atenas y los estados oligárquicos de Beocia [cf. V 74, 2]; entre los focenses y los tesalios [cf. VII 176, 4]; etc.), la envidia era un defecto típicamente griego (cf. las palabras de Aquémenes, en VII 236, 1, reflejo de la opinión personal de Heródoto al respecto).

[637] Cf. VIII 110, 1; nota VIII 556; y R. J. LENARDON, *The saga of Themistocles*, Londres, 1978, págs. 83 y sigs.

habían reconocido sus méritos, a pesar de haber sido el artífice de la victoria [638], sin perder un instante se presentó —al objeto de que se los reconocieran [639]— en Lacedemón [640], donde los lacedemonios le dispensaron una afable acogida y le tributaron grandes honores. En ese sentido, a Euribíades le concedieron, como premio al valor, una corona de olivo, distinción que también otorgaron a Temístocles para premiar su astucia y su habilidad, obsequiándolo, asimismo, con el carro más hermoso que había en Esparta. Y, después de haberlo colmado de elogios, 3
trescientos espartiatas de élite —concretamente quienes reciben el apelativo de «caballeros» [641]— lo escoltaron, cuan-

[638] Al propugnar que la batalla se librase en los estrechos de Salamina. Cf. VIII 57 y sigs.; y F. J. Frost, «Themistocles' Place in Athenian Politics», *California Studies in Classical Antiquity* 1 (1968), págs. 105 y sigs.

[639] Otra vez nos encontramos (cf. VIII 4, 2; 58; 111) con una tradición, de origen ateniense, contraria a la figura de Temístocles (vid. W. den Boer, «Themistocles in Fifth Century Historiography», *Mnemosyne* 15 [1962], págs. 225 y sigs.), al atribuir los honores que el estadista recibió en Esparta a una iniciativa personal suya. Presumiblemente Temístocles debió de trasladarse a Esparta, no antes del invierno de 480/479, a fin de intentar que los lacedemonios aceptasen su propuesta de llevar a cabo una enérgica ofensiva naval al llegar el buen tiempo, propuesta que había sido rechazada por el *navarco* Euribíades en octubre de 480 (cf. VIII 108, y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 402). La acogida que le dispensaron los espartanos parece demostrar que aceptaron su estrategia, y de ahí que Euribíades fuera sustituido, al mando de la flota, por Leotíquidas en primavera del año 479 (cf. VIII 131, 2).

[640] Cf. nota VII 19.

[641] Cf. I 67, 5 (y nota I 174); Tucídides, VI 72, 4; Jenofonte, *Const. Laced.* 4, 3; Dionisio de Halicarnaso, II 13. Si los trescientos hombres mencionados en VII 205, 2 (pero vid. nota VII 984) constituían la guardia real, tras la batalla de las Termópilas tuvo que haberse procedido en Esparta a un nuevo reclutamiento, a razón de un centenar de hombres por cada una de las tres tribus en que estaban divididos los lacedemonios.

do se marchaba, hasta la frontera con Tegea [642]. (Precisamente Temístocles ha sido, que nosotros sepamos, la única persona del mundo a la que los espartiatas han otorgado dicha escolta [643].)

125 Y por cierto que, al llegar a Atenas procedente de Lacedemonia, fue cuando Timodemo de Afidnas [644] —un enemigo suyo que, sin embargo, no era un ciudadano destacado— empezó a injuriarlo, loco de envidia, echándole en cara su viaje a Lacedemonia [645], ya que, según él, las distinciones que le habían concedido los lacedemo-

---

[642] Localidad de Arcadia sudoriental, a unos 45 km. al N. de Esparta.

[643] Cf., asimismo, Tucídides, I 74, 1 (con ocasión, en 432 a. C., de la intervención de los embajadores atenienses en Esparta durante la asamblea de la Liga peloponesia), quien también se hace eco de la extraordinaria acogida que tuvo Temístocles en Lacedemonia.

[644] Demo (cf. nota V 330) del Ática situado a unos 28 km. al NE. de Atenas (cf. nota VI 552). La figura del Timodemo (sin duda por la razón que a continuación indica el historiador) sólo nos es conocida por esta anécdota que pretende poner de relieve la importancia del valor personal y del origen patrio —ambos igualmente necesarios— para tener derecho a recibir honores. Cf. S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico,* I, Bari, 1966, pág. 188.

[645] Diodoro (XI 27, 3) cuenta que los atenienses se irritaron tanto con Temístocles, por los presentes que éste había recibido de los lacedemonios en un viaje emprendido con carácter privado, que lo despojaron del mando de las operaciones militares, de ahí que, en 479 a. C., sea Jantipo, el padre de Pericles (cf. nota VI 666), quien lo ejerza. No obstante el testimonio de Diodoro debe de ser producto del afán racionalista de Éforo (cf. F. J. Frost, *Plutarch's Themistocles...,* págs. 167-168), quien, con ese argumento, pretendía explicar el hecho de que, en el libro IX de la *Historia,* Temístocles no tenga relevancia alguna, cuando lo cierto es que, en el último libro de la obra de Heródoto, sólo son mencionados por su nombre tres atenienses (Sófanes de Decelía, en IX 74; Hermólico, en IX 105; y Jantipo, en IX 114), y es seguro que, en 478, Temístocles desempeñó importantes funciones en Atenas (cf. Tucídides, I 100-103; y A. R. Burn, *Persia and the Greeks...,* págs. 491 y sigs.).

nios las había obtenido por representar a Atenas, y no por sus méritos personales. Entonces Temístocles, como Timo- 2
demo no cesaba en sus críticas, le dijo: «Mira, eso es verdad. Si yo fuera de Belbina [646], no habría recibido tantos honores de los espartiatas; pero, aunque eres ateniense, tú tampoco, amigo mío [647]».

Ante la sublevación de Palene, Artabazo toma Olinto y asedia Potidea

Así, en suma, terminó dicho incidente. 126
Entretanto Artabazo [648], hijo de Fárnaces, que ya con anterioridad era un personaje prestigioso entre los persas y que incluso llegó a serlo todavía más a raíz de la campaña de Platea [649], había escoltado al rey hasta el Estrecho con sesenta mil hombres de las tropas que seleccionara Mardonio [650]. Pues bien, cuando el monarca se 2

[646] Un pequeño islote rocoso situado a unos 20 km. al SW. del cabo Sunio. La alusión a islotes poco conocidos para ejemplificar una humilde patria tiene ya precedentes en la lírica (cf. SOLÓN, fr. 2 DIEHL).

[647] A partir de PLATÓN, *República* 329e (a fin de que el apotegma se adecuara mejor al silogismo de Céfalo sobre la vejez), la anécdota pasó a la tradición posterior (cf. CICERÓN, *De senect.* 3, 8; PLUTARCO, *Temístocles* 18, 5; *Moralia* 185c), atribuyendo como patria del interlocutor de Temístocles la isla de Serifos (cf. R. FLACELIÈRE, «Sur quelques points obscurs dans la vie de Thémistocle», *Revue Études Anciennes* 55 [1953], págs. 5 y sigs.).

[648] El general de los contingentes caspios y corasmios en el ejército de Jerjes (cf. VII 66, 2; y nota VII 357).

[649] Cf. IX 41; 66; 89.

[650] Nos encontramos aquí con una tradición diferente de la que sirvió al historiador para narrar la retirada de Jerjes a Asia, ya que, en VIII 115, 1, indica que el monarca llegó al Helesponto acompañado de pocos efectivos. Como, además del episodio aquí narrado sobre las operaciones de Artabazo en la Calcídica, Heródoto demuestra, a lo largo del libro IX, conocer bastante bien la figura de este persa, al que dedica juicios favorables, se ha supuesto (se trata de la 'Artabazos-Quellen', a partir de H. STEIN, *Herodotos. Buch VIII...*, pág. 99) que pudo haber sido in-

encontraba en Asia, y Artabazo, de regreso a Grecia, se hallaba a la altura de Palene [651], al encontrarse con que los de Potidea [652] se habían rebelado —y en vista de que Mardonio estaba invernando por Tesalia y Macedonia, y de que todavía no lo apremiaba para que se reuniese con el resto del ejército—, consideró un deber sojuzgarlos.
3 Resulta que los potideatas, después de que el monarca hubiera sobrepasado su territorio y de que la flota persa, huyendo de Salamina, se hubiese retirado, se habían sublevado abiertamente contra los bárbaros. Y otro tanto habían hecho los demás habitantes de Palene. De ahí que Artabazo asediara Potidea.

---

formado al respecto en Dascileo, en Frigia, ya que Artabazo fue nombrado sátrapa de la satrapía del mismo nombre en el año 477 (cf. TUCÍDIDES, I 129), siendo sucedido en el cargo por sus descendientes (su nieto Fárnaces II fue sátrapa de 430 a 414 [cf. TUCÍDIDES, II 67; V 1], y su bisnieto Farnabazo II lo fue de 413 a 389 [cf. TUCÍDIDES, VIII, *pássim;* JENOFONTE, *Helénicas,* I-V, 1; *Anábasis,* VI y VII]). Como suele ocurrir cuando el historiador alude a efectivos persas, las fuerzas bajo el mando de Artabazo no serían lo numerosas que pretende Heródoto (cf. nota VIII 509; y vid., no obstante, R. W. MACAN, *Herodotus. Seventh, eighth...,* I, pág. 553).

[651] La más occidental de las tres penínsulas de la Calcídica.

[652] Potidea se hallaba emplazada en el Istmo de su mismo nombre, que unía Palene con la Calcidica. La ciudad (que había sido fundada, hacia 625 a. C., por colonos corintios) poseía una gran importancia estratégica (contaba con dos puertos; uno en el Golfo de Torone y otro en el Golfo Termaico) y su defección hubiera supuesto para los persas la pérdida de toda la península de Palene. Como señala A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII...,* pág. 220), «l' interesse di Erodoto per le vicende di questa città, e di Olinto, fu certo dovuto anche al ruolo che esse giocarono nei prodromi e nello svolgimento della guerra peloponnesiaca. In particolare, la ribellione di Potidea ad Atene, nell' autunno del 433, fu una delle scintille di quella guerra» (cf. TUCÍDIDES, I 56-65; y G. E. M. DE STE. CROIX, *The origins of the Peloponnesian War...,* págs. 79 y sigs.).

Y, ante la sospecha de que los de Olinto [653] también 127
pretendían sublevarse contra el rey, asedió, asimismo, dicha ciudad. (Olinto la ocupaban botieos que habían sido expulsados del golfo Termeo por los macedonios [654].) Después de apoderarse de la plaza merced a su asedio, hizo que trasladaran a sus habitantes a un lago y que los degollasen; y, acto seguido, entregó la ciudad a las gentes de la Calcídica y nombró gobernador a Critobulo de Torone [655], siendo así como los calcideos se adueñaron de Olinto.

Tras haber conquistado Olinto, Artabazo se dedicó in- 128
tensamente a asediar Potidea; y, mientras se dedicaba afanosamente a ello, Timóxeno, el general de los escioneos [656],

[653] Localidad situada a unos 18 km. al NE. de Potidea, y que a comienzos del siglo VI a. C. contaba con una población no griega, como a continuación dice el historiador (cf. D. M. Robinson, *s.v.* «Olynth», *R.E.*, 18, 1 [1939], col. 325).

[654] Los botieos eran los habitantes de Botiea, región de Macedonia, entre los ríos Axio y Haliacmón (cf., *supra*, VII 123, 3; Tucídides, II 99). Sobre la migración mencionada por Heródoto, cf. G. Scidrilone, *Enciclopedia dell' Arte Antica Classica e Orientale*, V, Roma, 1963, págs. 661 y sigs. El golfo Termaico (o Termeo, como dice el historiador) se halla entre la Calcídica, al E., y Macedonia, al W., y en la actualidad ha sido parcialmente colmatado por los aluviones depositados por el río Axio.

[655] Los persas, pues, actuaron con arreglo a la política que usualmente empleaban con las ciudades que se rebelaban: colocar al frente de las mismas a un tirano de su confianza (cf., sin embargo, nota VI 207); en este caso a un griego de Torone, localidad emplazada a orillas del golfo de su mismo nombre, en la península central de la Calcídica, la de Sitonia. Las gentes de la Calcídica son los griegos establecidos en la zona, que recibió ese nombre por la abundancia de colonias de Calcis, en Eubea, que allí se fundaron a partir del siglo VIII a. C.

[656] Es decir, del contingente de tropas de Escione, ciudad situada en la costa meridional de la península de Palene, a unos 35 km. al SE. de Potidea, que habían acudido en su socorro, como se indica poco después.

llegó con él a un acuerdo para entregarle la ciudad. Yo, personalmente, no puedo precisar cómo iniciaron sus contactos (pues lo cierto es que no hay noticias al respecto [657]); no obstante, he aquí cómo concluyó el asunto: siempre que Timóxeno o Artabazo se escribían una carta que querían hacerse llegar el uno al otro, la enrollaban a lo largo de las muescas de una flecha y, tras haber cubierto la misiva con plumas, lanzaban la saeta a un lugar convenido [658].
2 Pero la traición que Timóxeno estaba cometiendo contra Potidea acabó descubriéndose. Resulta que Artabazo lanzó una flecha al lugar en cuestión, pero falló el blanco, hiriendo a un potideata en el hombro; y, como suele ocurrir en caso de guerra, alrededor del herido se congregaron numerosas personas que le extrajeron inmediatamente la flecha y, al reparar en la misiva, se la llevaron a los generales (por cierto que en Potidea se encontraban, asimismo, tropas aliadas llegadas de las demás ciudades de Palene [659]).

---

[657] Como en otras ocasiones (cf. I 49; IV 40, 2; V 9, 1; VII 60, 1; 152; IX 32, 2; 81, 2), Heródoto da pruebas de su honestidad como historiador al no pretender saber más de lo que realmente ha podido recabar personalmente o por testimonios de terceros (cf. C. Schrader, «La investigación histórica en Heródoto»..., págs. 674-675).

[658] Las flechas tenían, en el extremo del asta opuesto a la punta, unas ranuras en las que se encajaban plumas cortas (cf. Eurípides, *Orestes* 273; en este caso, pues, las plumas atravesaban la carta enrollada alrededor de la flecha, a lo largo de las ranuras, y, al tiempo que la mantenían fija, disimulaban su presencia), al objeto de orientarlas en dirección y elevación en el momento del disparo, y de conservarlas en la línea de tiro hacia el objetivo, una vez lanzadas, manteniendo su posición estabilizada en el aire, y asegurando así la percusión de la punta sobre el blanco. (No obstante, el término que traduzco por «muescas» [en griego, *glyphídes*] presenta problemas de interpretación; cf. R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, págs. 555-556.)

[659] Sobre ellas, cf. VII 123, 1, y nota VII 592.

No obstante, después de haber leído la carta y de haber 3
identificado al autor de la traición, los generales, en atención a la ciudad de Escione, decidieron no acusar abiertamente a Timóxeno de traición, para evitar que, en el futuro, los escioneos tuvieran una perenne fama de traidores.
Así fue, en definitiva, como Timóxeno se vio descu- 129
bierto.

Llevaba ya Artabazo tres meses [660] de asedio cuando se produjo una gran bajamar [661] que duró largo tiempo. Entonces los bárbaros, al ver que se había formado una marisma, empezaron a pasar por allí en dirección a Pale-
ne [662]. Pero, cuando habían cubierto dos quintas partes 2
del trayecto (con lo que aún les quedaban tres por recorrer para penetrar en Palene), los sorprendió de improviso una pleamar de una magnitud que, al decir de los lugareños [663], no se había producido hasta la fecha, aunque el fenómeno es frecuente en la zona. Pues bien, los bárbaros que no sabían nadar encontraron la muerte, y los de Potidea, que

[660] Es decir, todo el invierno del año 480-479 a. C.

[661] Probablemente a consecuencia de un maremoto (cf. T. Smid, «Tsunamis in Greek Literature», *Greece and Rome* 17 [1970], págs. 100 y sigs.), ya que, en la cuenca mediterránea, el fenómeno de las mareas (cf. nota VII 950) es poco perceptible, con una oscilación media de 30 cm.

[662] Potidea ocupaba la parte más estrecha del Istmo de Palene y contaba con una muralla al Norte, que la defendía de posibles ataques desde la Calcídica, y otra al Sur, que la protegía de incursiones procedentes de la península. Los persas intentaron, pues, penetrar en la ciudad por la zona de los puertos, en una maniobra parecida a la que, en 432 a. C., culminó con éxito Aristeo, el jefe de los potideatas (cf. Tucídides, I 63, 1).

[663] Con este término (cf., por ej., II 60, 3; III 12, 1; IV 81, 4) Heródoto suele referirse a los residentes griegos en zonas pobladas en su mayoría por otros pueblos (cf. W. Schmid, O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur*, I 2, Munich, 1934, pág. 557, nota 10).

los atacaron a bordo de unas embarcaciones, acabaron con 3 quienes sí sabían hacerlo. (Por cierto que, según los potideatas, la causa de la marea y del desastre de los persas se debió a que fueron precisamente esos soldados persas que perecieron por la acción del mar quienes profanaron el templo de Posidón, así como la imagen del dios que se alza en las afueras de la ciudad; y, a mi juicio, tienen razón al atribuir esa causa al episodio [664].) Artabazo, entonces, condujo a los supervivientes a Tesalia, reuniéndose con Mardonio.

Preparativos persas y griegos para proseguir la guerra: la flota persa apareja en Samos y la griega en Egina

130 Tal fue la suerte de los efectivos que habían escoltado al rey.

Por su parte los restos de la flota de Jerjes, después de haber arribado a Asia, huyendo de Salamina, y de haber trasladado al monarca y a las tropas desde el Quersoneso [665] hasta Abido, pasaron el invierno en Cime [666].

---

[664] Posidón (en corintio *Poteidân*) era el epónimo de Potidea, y la efigie del dios aparecía en sus monedas (cf. B. V. Head, *Historia Numorum...*, pág. 212). A esta divinidad atribuían los griegos los movimientos sísmicos (cf. nota VII 619). Para Heródoto, que pretendía explicar desde el plano divino el acontecer humano (cf. nota VIII 392), la impiedad de los persas no podía quedar sin castigo.

[665] El Quersoneso Tracio, o Helespóntico (la actual península de Gallípoli; cf. nota VII 202), a cuya orilla (concretamente en el *Heptaestadio* [cf. Estrabón, XIII 5, 9], un punto de la costa situado entre Sesto y Madito [cf. nota VII 203]) conducían los dos puentes tendidos desde Abido (cf. mapa en nota VII 220).

[666] En la región microasiática de Eolia, a orillas del Golfo de Elea. Además de contar con un buen puerto natural, la ciudad se encontraba bien comunicada por tierra con Sardes, por la ruta que seguía el valle del Hermo, y era la base persa en el Egeo más próxima al Helesponto.

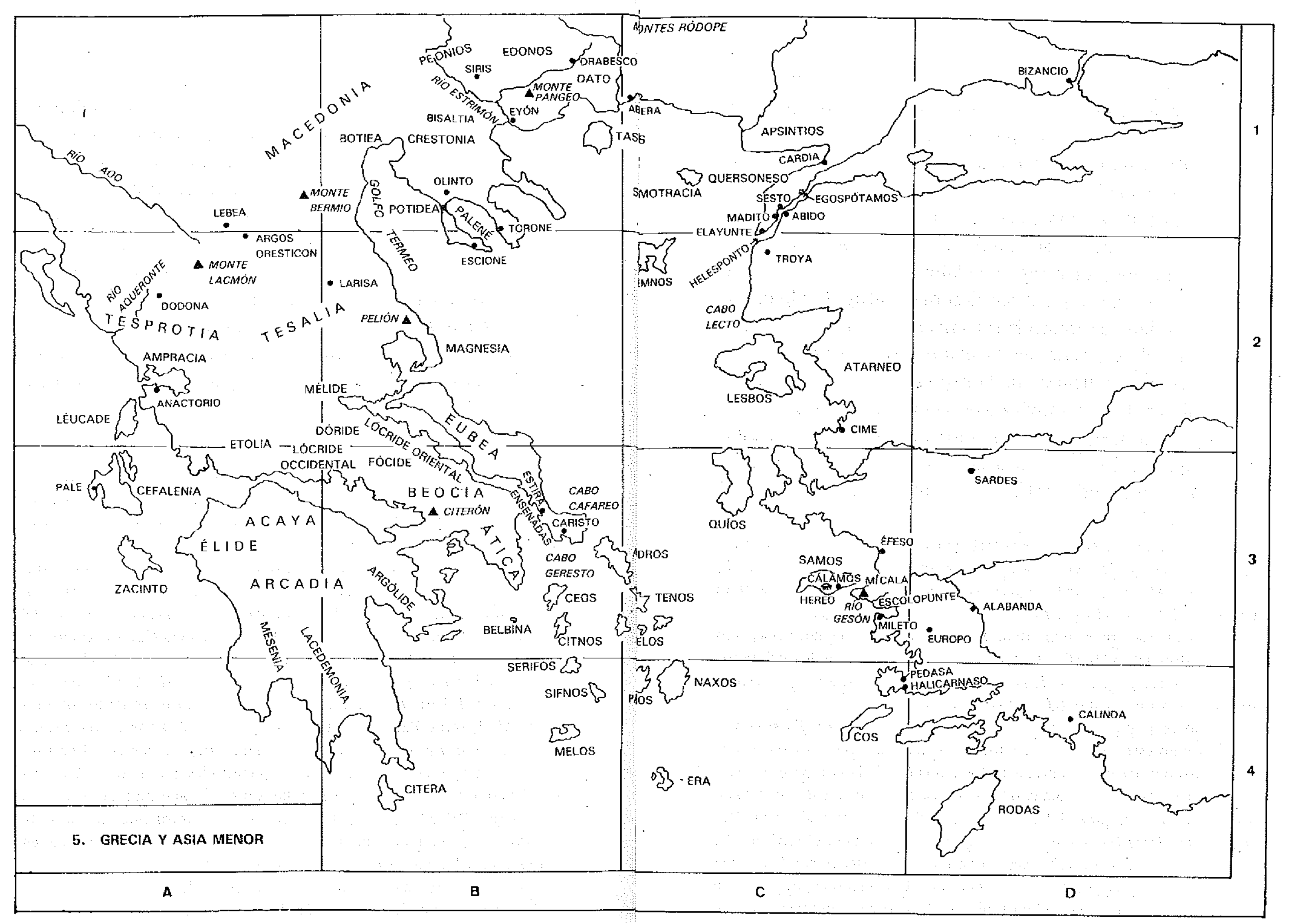
Nada más despuntar la primavera, la flota se concentró en Samos, donde también habían pasado el invierno algunas naves [667] (por cierto que la mayoría de los soldados de a bordo eran persas y medos [668]). Para comandar la 2 flota habían acudido Mardontes, hijo de Bageo, y Artaíntes, hijo de Artaqueas; y con ellos compartía, asimismo, el mando Itamitres, que era sobrino de Artaíntes y a quien este último había designado personalmente para dicho cargo [669]. Ahora bien, dado el enorme desastre que habían sufrido, renunciaron a avanzar más al Oeste (además, nadie les obligaba a hacerlo), y permanecieron en Samos custodiando Jonia con trescientos navíos, incluidos los de los jonios, para evitar que la zona se sublevase [670]. Por otra 3

[667] Según Diodoro, XI 27, las naves que invernaron en Samos fueron las fenicias. De ser ello cierto, es posible que tal medida hubiera sido ordenada explícitamente por los persas para evitar disensiones entre los fenicios y los griegos de Asia Menor, ya que sus relaciones fueron siempre poco cordiales (cf. VIII 90; y nota V 113).

[668] Cf. VII 96, 1 (aquí son omitidos los sacas), y nota VII 478. Naturalmente, persas y medos iban en calidad de *epibátai* (cf. nota VIII 447).

[669] Ante la derrota de la flota en Salamina, los persas relevaron del mando a los almirantes que hasta entonces habían ejercido ese cargo (cf. VII 97, 1). Mardontes, durante el año anterior, había sido el general de los contingentes procedentes de las islas del Golfo Pérsico (cf. VII 80, y nota VII 419), y pertenecía al importante clan persa de los *mardos* (cf. I 125, 4; sobre Bageo, cf. III 127 y sigs.; y J. V. Prasek, *Geschichte der Meder und Perser*, Gotha, 1906, I, pág. 201). Artaíntes e Itamitres debían de pertenecer al clan de los Aqueménidas (cf. nota V 130), ya que Artaqueas fue quien codirigió las obras de apertura del canal en el Atos (cf. VII 22, 2; 117), mientras que, probablemente, el padre de Itamitres —y, por tanto, hermano de Artaíntes— era el Otaspes que en 480 mandaba los contingentes «asirios» (cf. nota VII 340) en el ejército de Jerjes (cf. VII 63; y apéndice VI al libro VII).

[670] Una eventualidad que, desde 494 a. C., una vez sofocada la rebelión de la zona (cf. nota VI 196; y N. G. L. Hammond, «Studies in



5. GRECIA Y ASIA MENOR

parte, tampoco esperaban que los griegos fueran a presentarse en Jonia; al contrario, suponían que se iban a contentar con guarnecer su propio territorio, suposición motivada por el hecho de que los helenos no los habían perseguido al huir de Salamina, sino que habían regresado satisfechos a sus bases [671]. Por mar, en cualquier caso, se consideraban derrotados, pero estaban convencidos de que, por tierra, Mardonio se impondría rotundamente.

4 En suma que, mientras se hallaban en Samos, al tiempo que trazaban planes para ver si podían infligirle algún daño al enemigo, permanecían asimismo atentos a las noticias sobre el resultado de la campaña de Mardonio.

131 Entretanto, la llegada de la primavera y la presencia de Mardonio en Tesalia movilizaron nuevamente a los griegos. Por aquel entonces sus fuerzas terrestres todavía no se estaban congregando [672] cuando la flota —cuyos efectivos as-
2 cendían a ciento diez naves [673]— arribó a Egina. Su general

---

Greek Chronology», *Historia* 4 [1955], págs. 385 y sigs.), siempre preocupó a los persas (cf. G. Harris, *Ionia under Persia, 547-477 B. C.*, Evanston, 1971, págs. 168 y sigs.). Diodoro, XI 27, da, para la flota persa en 479, una cifra algo superior a las 400 unidades.

[671] Los persas, pues, ignoraban que los griegos los habían perseguido hasta Andros (cf. VIII 108, 1), y que sólo la oposición de los peloponesios había impedido que la ofensiva naval que pretendía proseguir Temístocles se llevara a cabo (cf. notas VIII 541 y 542).

[672] Sobre la movilización del ejército griego, cf., *infra*, IX 6 y sigs.

[673] Como este número, en comparación con los efectivos navales que los griegos opusieron a los persas en Salamina (cf. VIII 48), parece demasiado exiguo, la crítica alemana (cf. H. Delbrück, *Geschichte der Kriegskunst. I. Das Altertum*, 3.ª ed., Berlín, 1920, págs. 96 y sigs.; G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 717; Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 402 y sigs.) consideró que Atenas envió a Egina tan sólo una flotilla porque discrepaba, ante el peligro que para el Ática representaba la presencia de Mardonio en Tesalia, de la política tendente a la ofensiva naval que —a instancias de Temístocles— propugnaban los

y almirante supremo [674] era Leotíquidas [675] (hijo de Ménares, nieto de Hegesilao [676] y descendiente de Hipocrátidas, Leotíquidas, Anaxilao, Arquidamo, Anaxándridas, Teopompo, Nicandro, Carilao, Éunomo, Polidectas, Prítanis, Eurifonte, Procles, Aristodemo, Aristómaco, Cleodeo, Hilo y Heracles [677]), que pertenecía a la segunda familia

---

espartanos para el año 479 a. C. (cf. nota VIII 639). Lo más probable, sin embargo, es que Atenas, una vez libre de la amenaza de la flota persa, decidiera reforzar su ejército de tierra con parte de las dotaciones que habían integrado la flota en la campaña naval del año precedente.

[674] Como indica Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 149, nota 1), «il était à prévoir que les opérations auxquelles présiderait Leutychidès en comporteraient de terrestres; et, par le fait, à Mycale, la flotte ne joua aucun rôle. Il n' était donc pas hors de propos de préciser que le commandement confié à Leutychidès ne serait pas seulement celui d' un amiral (*naúarchos*), mais celui de commandant en chef [*stratēgós*] de toutes les opérations à faire». El que los lacedemonios nombraran *navarco* (cf. nota VIII 218) a uno de sus reyes es posiblemente una prueba de su interés por el eficaz desarrollo de las operaciones navales (junto al caso de Pausanias, el de Leotíquidas es el único ejemplo de ello a lo largo de todo el siglo v a. C.).

[675] Rey de Esparta, de la familia de los Euripóntidas, de 491 (cuando, con el apoyo de Cleómenes I, consiguió que se depusiera a Demarato; cf. VI 61 y sigs.; K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I 2, págs. 179 y sigs.; II 2, págs. 190 y sigs.; J. Kroymann, *Sparta und Messenien*, Berlín, 1937, págs. 13 y sigs.), a 476 a. C. (cf. VI 72).

[676] Llamado Agis en VI 65, 1. Probablemente se trataba de un hipocorístico y su verdadero nombre (que Heródoto cita en jonio) es el que aquí aparece.

[677] Al igual que ocurre en el caso de Leónidas en VII 204, Heródoto, a pesar de que ya ha hablado con anterioridad de Leotíquidas, cita su árbol genealógico, por parte de padre (cf. nota VII 2), cuando el rey espartano va a desempeñar militarmente un activo papel. Vid. el cuadro genealógico de las dos casas reinantes en Esparta en G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, págs. 230-231. Sobre la pretensión de los monarcas espartiatas de descender de Heracles, cf. nota VIII 587.

3 real [678] (todos esos personajes, salvo los siete primeros que he enumerado tras Leotíquidas, habían sido reyes de Esparta [679]). Por su parte, al frente de los atenienses se hallaba Jantipo [680], hijo de Arifrón.

132 Cuando todas las naves estuvieron en Egina, llegaron al campamento griego unos emisarios jonios (entre quienes figuraba Heródoto, hijo de Basilides [681]), que, poco antes de los hechos que nos ocupan, ya se habían presentado en Esparta para pedirles a los lacedemonios que liberasen
2 Jonia [682]. Estos sujetos, que en un principio eran siete,

---

[678] A la de los Euripóntidas. La mayor consideración de que gozaban los Agíadas sobre aquéllos (el historiador la justifica mediante una leyenda etiológica sobre dos hermanos gemelos; cf. VI 52) debía de tener como origen la fusión de dos comunidades dorias distintas cuyos jefes siguieron ocupando sus puestos rectores (cf. PAUSANIAS, III 12, 8; 14, 2; y P. OLIVA, *Sparta and her social problems*, Praga, 1971, págs. 23-28).

[679] Pues a Teopompo (rey de Esparta —el primero conocido— a finales del siglo VIII y comienzos del VII a. C., mencionado por TIRTEO [fr. 4 DIEHL], que intervino en la primera guerra mesénica) le había sucedido su primogénito, Arquidamo, mientras que Leotíquidas descendía de su otro hijo, Anaxándridas (cf. W. W. HOW, J. WELLS, *Commentary on Herodotus...*, II, pág. 278).

[680] El padre de Pericles (cf. VI 131, 2; y nota VI 666), que había sido ostraquizado (cf. nota VIII 293) en el año 484-483 (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 22, 6), y que, probablemente, regresó a Atenas aprovechando la amnistía que se concedió a comienzos del año 480 (cf. nota VIII 405; y J. CARCOPINO, *L'ostracisme athénien*, París, 2.ª ed., 1935, págs. 148 y sigs.).

[681] Se ignora quién era este personaje y la razón de que el historiador lo cite expresamente. Quizá lo hace porque, aun siendo quiota, era tocayo suyo y porque, como le pasó a él (cf. F. JACOBY, *s.v.* «Herodotos», *R.E...*, col. 216), tuvo que expatriarse por oponerse a un tirano.

[682] El término está aquí utilizado en sentido etnográfico y no estrictamente geográfico, aludiendo a todas las comunidades griegas de Asia Menor sometidas a los persas. Hay que observar, sin embargo, que los «emisa-

se habían conjurado para tramar la muerte de Estratis, el tirano de Quíos [683]; pero, al ser descubierta su conspiración, dado que uno de los implicados denunció el complot, fue por lo que los otros seis abandonaron subrepticiamente Quíos, dirigiéndose a Esparta; y, en aquellos precisos momentos, se trasladaron a Egina [684] para pedirles a los griegos que condujeran su flota a Jonia.

Los emisarios jonios a duras penas consiguieron que los helenos llegasen hasta Delos [685], pues toda la zona que 3
quedaba más al Este infundía pavor a los griegos, ya que no conocían aquellos parajes y creían que todos ellos se hallaban atestados de soldados enemigos; es más, en su fuero interno, consideraban que Samos se encontraba tan lejos como las Columnas de Heracles [686]. Así, se dio la

---

rios jonios» sólo debían representar a los enemigos de la tiranía (cf. nota V 113) en Quíos.

683 Estratis ya aparece citado, en IV 138, 2 (con ocasión de la campaña de Darío contra Escitia), como tirano de Quíos (sobre la isla, cf. nota VIII 525), por lo que su gobierno (a no ser que el aquí mencionado fuera su hijo) se venía ejerciendo por espacio de más de 34 años. Como los conjurados eran al principio siete (número que suele aparecer en contextos novelescos; cf., por ej., III 70 y sigs.), D. Fehling, *Die Quellenangaben bei Herodot...*, págs. 160 y sigs., considera que Heródoto narra sólo parte de una historia, en la que se contarían los pormenores de la conjura contra Estratis.

684 Del texto parece desprenderse que, en Esparta, los quiotas no tuvieron éxito en su petición (a no ser que los éforos les indicaran que debían plantear su demanda a Leotíquidas, como *navarco* de la flota).

685 Isla del Egeo, en el archipiélago de las Cícladas, a unos 160 km. al E. de Egina, donde se hallaba el santuario panjonio, consagrado a Apolo, más importante del mundo griego.

686 Es decir, el Estrecho de Gibraltar (con alusión a las montañas de Calpe [= Gibraltar] y Abila [= Ceuta]; cf. Pomponio Mela, II 6, 96 [vid., sin embargo, las diferentes explicaciones que, para el término, ofrece Estrabón en III 5, 5]). Naturalmente, estamos ante una *reductio*

circunstancia de que los bárbaros, aterrorizados como estaban, no se atrevieron a adentrarse en alta mar más al Oeste de Samos, ni los griegos, pese a las demandas de los de Quíos, más al este de Delos, de manera que el miedo se convirtió en guardián del espacio que los separaba.

Mardonio, desde Tesalia, manda consultar a los oráculos

133 Mientras los griegos, insisto, ponían proa a Delos, Mardonio seguía invernando por Tesalia. Y, cuando se disponía a abandonar dicha región [687], envió a los diversos oráculos a un natural de Europo [688], cuyo nombre era Mis, con la orden de que fuera a interrogar a todos aquellos oráculos que los persas po-

---

ad absurdum que seguramente refleja la opinión de la fuente quiota del historiador. Además de que Delos se halla más cerca de Quíos (de la que la separan poco más de 100 km.) que de Egina, y aunque la guerra debió interrumpir las comunicaciones por mar entre los griegos de la península helénica y los de Anatolia, los atenienses no hacía ni 20 años que habían realizado, apoyando a los jonios sublevados, una incursión contra Sardes (cf., *supra,* V 99 y sigs.), y los propios lacedemonios habían atacado Samos en tiempos de Polícrates (cf. III 47 y sigs.). Probablemente Leotíquidas no consideró oportuno atacar a los persas en sus propias bases porque no tendría plena seguridad de contar con un decidido apoyo entre los griegos de Quíos y de otros lugares.

[687] Cf. IX 1. Para otra posible interpretación del texto griego, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. Seventh, eighth...,* I, pág. 567 («from headquarters there»).

[688] Probablemente nombre alternativo de Euromo, ciudad de Caria (cf. ESTRABÓN, XIV 18, 2; ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Eúrōmos*), a unos 12 km. al NW. de Milasa (cf. nota V 156). Que Mis era cario se deduce del propio relato de Heródoto (cf. VIII 135, 3) y lo confirma PAUSANIAS (IX 23, 6), al narrar la misma historia. Contamos con otros testimonios (cf. TUCÍDIDES, VIII 85, donde un cario sirve de intérprete entre el sátrapa Tisafernes y los lacedemonios) que confirman que los persas utilizaban carios (que hablaban un idioma que conocemos merced a una serie de inscripciones realizadas en un alfabeto híbrido del griego occidental

dían consultar [689]. No puedo precisar (pues lo cierto es que no hay noticias al respecto) qué es lo que quería saber de los oráculos al encargarle esa misión; pero, personalmente, creo que lo envió para que recabara informaciones sobre sus perspectivas de entonces, y no sobre otro tema.

El tal Mis, como es sabido, visitó Lebadea [690], donde 134
mediante cierta suma, convenció a un lugareño para que bajase a la gruta de Trofonio [691]; y también visitó Abas,

---

y del chipriota) como intérpretes entre ellos y los griegos. Cf. L. Robert, «Le Carien Mys et l' oracle du Ptoïon», *Hellenica* 8, págs. 31 y sigs.

[689] Ya que los persas no controlaban todas las zonas de Grecia en que había santuarios oraculares. Hay que destacar que el enviado de Mardonio no acudiera a Delfos a consultar el oráculo de Apolo, lo cual ha permitido suponer que esa omisión en el episodio que narra el historiador se debe a tradición délfica, posterior a la presumible visita de Mis, en un intento tendencioso por justificar la actitud de Delfos tras su inicial ambigüedad (cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote...*, pág. 291). Sobre la tolerante política de los Aqueménidas, en materia religiosa, con los países bajo su dominio, cf. apéndice II al libro VII.

[690] En Beocia occidental, a unos 35 km. al E. de Delfos (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description of Greece...*, V, págs. 196 y sigs.).

[691] Literalmente, «para que bajase hasta Trofonio». Trofonio era una divinidad ctónica pregriega, que fue asimilada por la figura de Zeus (cf. Livio, XLV 27; Pausanias, I 34, 2; Estrabón, 414) y por la de otros dioses (cf. Cicerón, *De nat. deor.*, III 22, 56), convirtiéndose entonces en un mero héroe protagonista del cuento popular del 'ladrón astuto' (cf. G. Radke, *s.v.* «Trophonios», *R.E.*, 7 A, 1 [1939], cols. 678 y sigs.), del que, en otro contexto, tenemos un buen ejemplo en la propia *Historia* (cf. II 121, y nota II 428). Las consultas que se practicaban en su oráculo consistían en una complicada serie de ritos, rodeados de pruebas que debían atemorizar a los consultores (por eso Mis se vale de un tercero), que, en lo fundamental, conocemos gracias a la experiencia personal de Pausanias (IX 39, 3 y sigs.). Para interrogar al oráculo (cosa que sólo podían hacer los hombres), el interesado debía purificarse durante varios días, permaneciendo en la capilla de *Týchē* (= la *Fortuna,* una divinidad propiciatoria) y comiendo únicamente carne procedente de animales sa-

en Fócide, a fin de interrogar al oráculo [692]. Con todo, el primer lugar que, en concreto, visitó fue Tebas, donde, a su llegada, ante todo consultó a Apolo Ismenio [693] (dicho oráculo puede consultarse, al igual que ocurre en Olimpia, mediante las entrañas de las víctimas [694]), y, acto seguido, convenció —sobornándolo— a un forastero, y no a un tebano, para que fuera a dormir al santuario de An-
2 fiarao [695]. (Ningún tebano puede solicitar predicciones en

---

crificados; posteriormente, bebía agua de dos fuentes consagradas, respectivamente, al Olvido y a la Memoria (para olvidar el pasado y poder recordar las predicciones que fuera a recibir); y, por último, bajaba de noche a un pozo, situado en una cueva, donde, tras reptar por un orificio, se producía la revelación. Al volver a la superficie, los sacerdotes encargados del oráculo lo sentaban en el «Trono de la Memoria», le preguntaban lo que había visto y oído (el consultor, presumiblemente, debía bajar al pozo en un estado de semiinconsciencia producido por alucinógenos), y tomaban nota de ello para, una vez interpretadas sus palabras, dictarle en versos el vaticinio (cf. PAUSANIAS, IV 32, 5).

[692] Que estaba consagrado a Apolo (cf., *supra*, I 46, 2). Pese a que, en VIII 33, el historiador ha aludido al saqueo e incendio del templo de Abas por parte de los persas, el oráculo debió de seguir funcionando.

[693] Cf. nota V 271.

[694] Concretamente se trataba de un procedimiento piromántico (cf. PÍNDARO, *Ol.*, VIII 2; SÓFOCLES, *Edipo Rey* 21), que consistía en que las respuestas oraculares se formulaban a partir de la observación de la combustión de las vísceras de los animales sacrificados (como el texto de los manuscritos no indica nada al respecto, de ahí que se haya sugerido otra lectura [*empýroisi* = «mediante la combustión de las víctimas»]; cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VIII...*, aparato crítico *ad locum*, y pág. 151, nota 3).

[695] No debe de tratarse del que existía en Oropo (al N. del Ática, cerca de la frontera con Beocia; cf. PAUSANIAS, I 34), sino de otro santuario situado en las cercanías de Tebas (cf. PAUSANIAS, IX 8, 3). Anfiarao, al igual que Trofonio, debió ser primitivamente una divinidad ctónica; luego pasó a convertirse en un héroe originario de Argos que desempeñó un importante papel en la leyenda de los «Siete contra Tebas» (cf.

dicho oráculo por el siguiente motivo: Anfiarao los animó, por medio de vaticinios, a que, de dos posibles opciones —contar con él en calidad de adivino o como aliado—, escogieran la que quisiesen, renunciando a la otra. Ellos, entonces, prefirieron que fuera su aliado; de ahí que ningún tebano pueda pasar la noche en el interior del santuario [696].)

Y por cierto que, al decir de los tebanos, en aquellos momentos se produjo un portento que se me antoja extraordinario: resulta que Mis de Europo, con ocasión del recorrido que estaba efectuando por todos los oráculos, se presentó también en el recinto sagrado de Apolo Ptoo [697]. (Este santuario, que recibe el nombre de «El Ptoo», pertenece a los tebanos [698] y se halla situado al norte del lago 135

A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica...*, págs. 144 y sigs.). La obtención de vaticinios en su templo se lograba mediante la interpretación de los sueños del consultor, que, tras haber ayunado durante un día y haber sacrificado un carnero, dormía en el interior del santuario sobre la piel del animal sacrificado (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, V, pág. 31; E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional...*, págs. 103 y sigs.). Plutarco (*Arístides* 19; *Moralia* 412), al narrar la consulta que Mardonio ordenó hacer en el santuario de Anfiarao, cuenta las cosas de diferente manera —y con más pormenores—, anticipando el fin del general persa en Platea (cf. IX 64, 2).

[696] Posiblemente esta exclusión de los tebanos como consultores del oráculo se remontaba a finales del segundo milenio, estando originariamente motivada por la diferencia de raza entre la población beocia y la prehelénica. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, págs. 569-570.

[697] Así llamado por encontrarse en unas terrazas artificiales construidas en la vertiente occidental del monte Ptoo, una sierra cuya máxima altura alcanza los 725 m. El santuario fue excavado por la Escuela Francesa a finales del siglo pasado (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, V, págs. 100 y sigs.).

[698] El monte Ptoo se halla a unos 15 km. al N. de Tebas.

Copaide [699], en el flanco de una montaña, muy cerca de la ciudad de Acrefia [700].)

2 Cuando este personaje, el llamado Mis, entró en dicho santuario, acompañado de tres ciudadanos designados oficialmente [701] para anotar el vaticinio que fuera a dictar el dios, he aquí que, de improviso, el sacerdote se puso
3 a profetizar en una lengua bárbara [702]. Los tebanos que acompañaban a Mis, al oír un idioma bárbaro en vez de griego, se quedaron estupefactos y no sabían qué hacer ante lo que estaba ocurriendo. Entonces Mis de Europo les arrebató de las manos la tablilla [703] que llevaban y con-

---

[699] Más concretamente, en la orilla nororiental de dicho lago, que, en la Antigüedad (y en invierno), alcanzaba los 200 Km² de superficie, por lo que cubría la mayor parte de la llanura occidental de Beocia (ya entonces se practicaron en él algunos trabajos de avenamiento). Fue definitivamente desecado en 1886.

[700] El templo se hallaba a unos 2,5 km. al NW. de la ciudad (cf. Pausanias, IX 23, 5), que gozó de una relativa autonomía entre 550-480 y 456-446 a. C. (cf. P. Guillou, «Les trépieds du Ptoïon», *Revue Études Grecques* 56 [1943], págs. 360 y sigs.).

[701] Por el gobierno de Tebas. Apolo emitía sus vaticinios en «El Ptoo» a través de un sacerdote (el *prómantis* o *prophḗtēs*) que se hallaba en el interior de una cueva artificial situada un poco más abajo del templo. A diferencia de lo que ocurría en Delfos, las respuestas de ese *prómantis* no necesitaban de ulterior interpretación por parte de otros sacerdotes (cf. L. Robert, «Le Carien Mys et l' oracle du Ptoïon»..., págs. 28 y sigs.).

[702] El milagro, pues, consistió en que el sacerdote se expresó en cario, una lengua que, presumiblemente, no hablaría. Según Pausanias (IX 23, 6), Mis interrogó al oráculo en cario, pero ese testimonio del periégeta se debe probablemente a una errónea interpretación de Heródoto, VIII 133, 1, donde aparece el verbo *apopeirân* no con el significado de «poner a prueba», sino con el de «consultar». (Por su parte, Plutarco, *Moralia* 412-414, interpretó el prodigio como un rechazo del óraculo a mancillar la lengua griega utilizándola para dirigirse a un bárbaro.) En general, vid. G. Daux, «Mys au Ptoïon», *Latomus* 23 (1957), págs. 157 y sigs.

[703] Cf. nota VII 1.103.

signó en ella lo que estaba diciendo el profeta, indicándoles que vaticinaba en lengua caria. Y, una vez anotada la respuesta, se fue, regresando a Tesalia.

Mardonio envía a Atenas, en calidad de embajador, a Alejandro de Macedonia para entablar negociaciones de paz

Cuando Mardonio leyó lo que, en concreto [704], decían los oráculos, envió acto seguido a Atenas, en calidad de embajador, a Alejandro de Macedonia [705], hijo de Amintas; y lo envió tanto porque con él se hallaban emparentados los persas (el persa Búbares estaba casado con Gigea [706] —hermana de Alejandro e hija de Amintas—, con la que había tenido al Amintas de Asia, que se llamaba como su abuelo materno y a quien, por cierto, el rey le había concedido el gobierno de Alabanda [707], una importante ciudad de Frigia), como 136

[704] Heródoto, como indica en VIII 133 (*ad finem*), desconocía el propósito de las consultas que Mardonio ordenó hacer a Mis. Que los oráculos hubieran aconsejado una iniciativa diplomática es una mera deducción del historiador (cf. el final de este capítulo).

[705] Cf. nota VIII 178.

[706] Acerca de las razones de ese matrimonio (que debió de celebrarse con posterioridad al año 498; cf. nota V 80), cf. V 21, 2. Sobre Búbares, vid. nota VII 148.

[707] El texto plantea problemas, ya que Alabanda se encontraba en Caria, en la margen izquierda del río Marsias, el último gran afluente del Meandro por la izquierda (cf. ESTRABÓN, XIV 2, 22). Si Heródoto hubiera sufrido un error al hablar de la región en que se hallaba la ciudad (lo que no parece muy verosímil, ya que era natural de Halicarnaso, a unos 80 km. al SW. de Alabanda), habría que traducir, quizá, «...el rey [presumiblemente, Jerjes] le había concedido la explotación de los recursos de Alabanda...» (cf. J. E. POWELL, *Lexicon Herodotus...*, s.v. *némō*), ya que esa ciudad caria era regida por un tirano nativo (cf., *supra,* VII 195). Por ello se ha propuesto (a partir de ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Alábastra*) la corrección de Alabanda por Alabastra, si bien no conocemos ninguna importante ciudad de ese nombre en Frigia, re-

porque Mardonio había averiguado que Alejandro era *pró-*
2 *xenos* y *evergétes* [708]. De hecho, creía que esa sería la mejor manera de ganarse a los atenienses, un pueblo que, según sus noticias, era verdaderamente [709] numeroso y valiente; además, sabía que los principales responsables de los reveses que los persas habían sufrido por mar habían
3 sido los atenienses. Así pues, si estos últimos abrazaban su causa, estaba seguro de hacerse fácilmente con el dominio del mar (cosa que, en efecto, habría sucedido [710]), y por tierra se consideraba netamente superior, por lo que, en esas condiciones, estimaba que sus fuerzas se impon-

---

gión de Anatolia occidental (tanto Tolomeo [IV 5, 59], como Plinio [V 9, 61], mencionan una Alabastra en Egipto).

[708] De los atenienses, se entiende. Se denominaba *próxeno* al individuo al que una ciudad extranjera encargaba la misión de defender sus intereses en la patria de éste, y de hospedar a sus enviados oficiales cuando se desplazaran allí, siendo, pues, una especie de cónsul (cf. VI 57, 2; Jenofonte, *Helénicas,* VI 3, 4; y F. Gschnitzer, *s.v.* «Proxenos», *R.E.,* supl. XIII, 1973, cols. 629 y sigs.). El título de *evergétes* (= «bienhechor») se otorgaba a un extranjero que hubiese prestado destacados servicios al Estado que se lo concedía (sobre la posible ocasión para que Atenas otorgara este título a Alejandro, cf. VII 173, 3). La concesión de ambas distinciones a una misma persona no era infrecuente (aunque los primeros decretos conocidos sobre el particular datan de la segunda mitad del siglo v a. C.; cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions...,* núms. 70, 80, 82, 90 y 91). Pese a todo, no es seguro que Alejandro I recibiera esos títulos, por parte de los atenienses, antes del final de la Segunda Guerra Médica; cf. B. Virgilio, «L'atteggiamento filoateniese e antipersiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno», *Commento storico al Quinto Libro delle 'Storie' di Erodoto,* Pisa, 1975, págs. 137 y sigs.

[709] Si interpretamos *ára* en sentido irónico, podría traducirse «que... era —para sorpresa suya— numeroso...». En cualquier caso, esta afirmación se halla en aparente contradicción con lo que el propio Mardonio dice en VII 5, 2 (cf., empero, su intervención ante Jerjes, en VII 9).

[710] Cf. VII 139, y nota VII 664.

drían a las de los griegos. También es posible que los oráculos le hubieran prevenido sobre el particular, aconsejándole que se procurase la alianza del pueblo ateniense; de ahí que, siguiendo su dictado, enviara a Alejandro.

Origen de los reyes de Macedonia

Y por cierto que Perdicas, el sexto antepasado [711] del tal Alejandro, fue quien se apoderó del reino de Macedonia; y lo logró de la siguiente manera: tres hermanos —Gavanes, Aéropo y Perdicas—, que descendían de Témeno [712], huyeron de Argos 137

[711] El texto griego dice «el séptimo antepasado», por la tendencia de la lengua griega a la enumeración inclusoria, con los ordinales, del primero y el último de una serie (cf. VIII 139). Perdicas I fue rey de Macedonia en la primera mitad del siglo VII a. C. y, durante su reinado, los macedonios conquistaron la zona costera del golfo Termaico entre las desembocaduras de los ríos Haliacmón y Axio (cf. K. Rosen, «Die Gründung der makedonischen Herrschaft», *Chiron* 8 [1978], págs. 1 y sigs.).

[712] Uno de los hijos de Aristómaco, y por lo tanto descendiente de Heracles (cf. VIII 131, 2). Fue el Heráclida al que, tras la conquista del Peloponeso (cf. nota VI 249), le correspondió reinar en Argos. Tucídides (II 99, 3-100, 2) coincide con Heródoto respecto a esta descendencia de los reyes macedonios. En el siglo IV a. C., sin embargo (cf. Teopompo, fr. 393, *F. Gr. Hist.* 115), se consideró fundador de la monarquía macedonia al bisabuelo de Perdicas, Cárano (un hijo o hermano de Fidón de Argos; cf. nota VI 641), probablemente al objeto de que la dinastía fuera tan antigua como la de los Aqueménidas (cf. apéndice III al libro VII; y H. Kleinknecht, «Herodot und die makedonische Urgeschichte», *Hermes* 94 [1966], págs. 134 y sigs.). En el episodio que pasa a narrar Heródoto nos encontramos nuevamente (cf. IV 5, 3-4, y nota IV 18, para la historia legendaria de los escitas) con el tema folklórico de los tres hermanos, el menor de los cuales es quien consigue triunfar, representantes quizá de tres tribus emparentadas (cf. Hesiquio, s.v. *Aéropos*). Si el nombre de Gavanes está relacionado con el de los bueyes (a partir del sánscrito *gaúh* = griego *boûs*), y Aéropo con el de los caballos (en la segunda parte del compuesto), estaríamos quizá ante un reflejo de la distinción, entre los indoeuropeos, de tres clases sociales (Gavanes

a Iliria [713], desde donde pasaron a la Alta Macedonia [714]
2 y llegaron a la ciudad de Lebea [715]. En dicha localidad trabajaron a sueldo al servicio del monarca [716]: uno apacentaba caballos, el otro bueyes y Perdicas, el más joven de los tres, ganado menor [717].

---

representaría a los sacerdotes, Aéropo a los guerreros y tal vez Perdicas —cf. el parágrafo siguiente, donde el historiador cuenta que se ocupaba del ganado menor— a los pastores); cf. G. Dumézil, *L'idéologie tripartie des Indo-Européens,* Bruselas, 1958, págs. 9 y sigs.

[713] Pese a que Argos del Peloponeso constituye la metrópoli de la casa real de Macedonia en todas las versiones de la leyenda (cf. Isócrates, *Filipo* 32), esa conexión debe estar motivada por la similitud del nombre de la ciudad con el de la tribu macedonia de los *Argéadas,* que se había impuesto a otras tribus vecinas (cf. Estrabón, 329), procedentes del alto curso del Haliacmón (la mención de esta estancia de los tres hermanos en Iliria, al NW. de Macedonia, conjugaba la leyenda con la efectiva imposición de una tribu occidental sobre todos los macedonios), donde se hallaba la ciudad de Argos Oresticon (cf. Esteban de Bizancio, *s.v.*), en la región de Orestíade (cf. Tucídides, II 80, 6; Pausanias, VII 9, 9; y A. Daskalakis, «L'origine de la maison royale de Macèdonie et les légendes relatives de l'antiquité», *Archaía Makedonía,* Tesalónica, 1970, págs. 155 y sigs.).

[714] Cf. nota VII 611 (aunque, en este caso, la región así llamada sería toda la que se extiende desde las fuentes del Axio hasta las del Haliacmón).

[715] Se desconoce el emplazamiento de esta ciudad (cf., sin embargo, G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...,* pág. 256).

[716] El marco socio-político en que se desarrolla la leyenda que narra el historiador es el de la monarquía agraria (cf. Aristóteles, *Política* 1285b) del tipo de la que aparece en los poemas homéricos (sobre la figura en ellos del jornalero [el *thḗs,* en griego], empleo que ejercían los tres hermanos, cf. M. I. Finley, *The World of Odysseus* = *El mundo de Odiseo* [trad. de M. Hernández Barroso], México, 1961, págs. 61 y sigs.). Acerca del monarca aquí aludido anónimamente, cf. el argumento de Higinio (*Fab.* 219) sobre el perdido *Arquelao* de Eurípides; y Pausanias, IX 40, 8.

[717] Es decir, ovejas y cabras, ya que el término griego hace referencia a reses gregarias.

Antiguamente, hasta las familias reales eran pobres, no sólo el pueblo; y, por eso, la mujer del rey les preparaba personalmente la comida [718]. Pues bien, siempre que ponía 3 a cocer el pan, la hogaza del jornalero más joven, la de Perdicas, se hacía espontáneamente el doble de grande [719]; y, en vista de que ese fenómeno se repetía una y otra vez, la mujer se lo contó a su marido. Al oírlo, a este último le asaltó inmediatamente la idea de que se trataba de un prodigio que presagiaba algo serio, así que llamó a sus jornaleros, ordenándoles que se marcharan de sus tierras, si bien ellos le respondieron que, antes de partir, tenían 4 derecho a cobrar su salario. Entonces el rey, al oír hablar del salario —y como quiera que un rayo de sol penetraba en la estancia por el agujero que servía de chimenea [720]—, ofuscado por alguna divinidad [721], exclamó, señalando el

[718] Sobre la simplicidad de la vida en la Grecia primitiva, cf. *Ilíada*, VI 424 (los hermanos de Andrómaca se encargan de apacentar el ganado), *Odisea*, VI 85 y sigs. (Nausícaa es la encargada de la colada de su familia), así como el juicio de Tucídides, I 2, acerca de la economía en esa época.

[719] Rasgo de dignidad real, al recibir una porción doble (cf. VI 57, 1, para los reyes de Esparta, descendientes, como en la leyenda de Perdicas, de Heracles). Sobre el carácter folklórico del motivo, cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle...*, págs. 197 y sigs.

[720] Se hallaban, pues, reunidos en la estancia principal de la casa, el *mégaron*, donde se encontraba el hogar que servía para los sacrificios y que contaba en el techo con una simple abertura como salida de humos.

[721] Nos encontramos aquí con una concepción divina que puede parecer próxima a la de los poemas homéricos (cf. *Il.*, XII 254; *Od.*, XXIII 11; y vid. J. Alsina, «Pequeña introducción a Homero», *Estudios Clásicos* 5 [1959-60], págs. 61 y sigs.; y, en general, K. Deichgräber, *Der listensinnende Trug des Gottes*, Gotinga, 1954), aunque en Heródoto los hombres suelen obtener lo que merecen —en este caso, el rey se niega a pagar el salario a sus jornaleros—, de manera que el equilibrio moral queda restablecido; cf. J. Kroymann, «Götterneid und Menschenwahn...», págs. 166 y sigs.

rayo de sol: «¡Ese es el salario que os merecéis y que os entrego!» Como es natural, Gavanes y Aéropo, los hermanos mayores, se quedaron atónitos al oír esa respuesta; pero el benjamín, que casualmente tenía un cuchillo, le dijo lo siguiente: «Majestad, aceptamos lo que nos das». Y, con su cuchillo, trazó un círculo alrededor de la luz que el sol proyectaba en el suelo de la estancia; tras de lo cual, hizo en tres ocasiones ademán de sacar del círculo la luz del sol y de introducirla en el pliegue de su túnica [722]. Y, acto seguido, se marchó en compañía de sus hermanos.

138 Los tres hermanos, como digo, se fueron, pero un consejero [723] del rey le aclaró qué es lo que había hecho [724] y con qué propósito había cogido su remuneración el hermano más joven. Entonces el monarca, al oír la explicación, montó en cólera y envió en su persecución a unos jinetes para que los matasen. Sin embargo, en esa región hay un río [725] (al que los descendientes de esos personajes

---

[722] Perdicas coge los tres salarios (el pliegue que formaba la túnica en la cintura podía servir de bolsillo; cf., *supra*, VI 125, 3) y, al hacerlo, toma simbólicamente posesión de lo que el sol ilumina: la tierra del país, de acuerdo con la concepción irania del *švareno* (el esplendor luminoso de la majestad real), según la cual el sol es un rasgo distintivo de la realeza, y de la germánica del *Sonnenlehen*, de la posesión del sol, donde se pone al astro por testigo (cf. H. KLEINKNECHT, «Herodot und die makedonische Urgeschichte»..., pág. 141).

[723] Como indica A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII*..., pág. 227), «la presenza di questi cortigiani o consiglieri stride con il carattere umile e patriarcale della scena. È una delle caratteristiche della favola il confondere diversi piani narrativi con una ingenuità che è la fonte prima del suo fascino».

[724] El monarca, se entiende, al proferir palabras inadecuadas.

[725] Aunque el historiador no lo especifica (y, por otra parte, el que un río salve a unos fugitivos es un tema recurrente en los relatos fabulosos; cf. W. ALY, *Volksmärchen*..., pág. 198), es posible que se trate del

llegados de Argos le ofrecen sacrificios por haberlos salvado) que, cuando los Teménidas [726] lo hubieron cruzado, expe- 2
rimentó una crecida tan grande que los jinetes no pudieron vadearlo. Por su parte, los tres hermanos llegaron a otra comarca de Macedonia [727] y se establecieron cerca de los jardines que, según cuentan, pertenecieron a Midas, hijo de Gordias [728], donde crecen rosas silvestres, cada una de las cuales tiene sesenta pétalos y cuya fragancia supera a la de las demás rosas [729]. (Al decir de los macedonios, 3
fue asimismo en dichos jardines donde Sileno [730] se vio

---

río Begorritis, que desemboca en el lago de su mismo nombre, y que fluye, de Sur a Norte, al E. de Argos Oresticon.

[726] Es decir, Perdicas y sus hermanos, que descendían de Témeno (cf. VIII 137, 1). El patronímico que aparece en griego (cf. nota VII 2) se ha formado con el sufijo jonio *-idēs*, pues ese es el dialecto en que escribe Heródoto.

[727] A la Macedónide propiamente dicha (cf. VII 127, 1), donde se hallaba la ciudad de Egas, capital de los primeros reyes macedonios.

[728] Mítico rey de Frigia (sobre la presencia de los frigios en Europa, donde habitaron en Macedonia antes de pasar a Asia Menor, cf. VII 73, y nota VII 386), que, en realidad, debía de tratarse de una divinidad relacionada con la vegetación (cf. G. Dumézil, «Le problème des Centaures», *Annales du Musée Guimet* 41 [1929], pág. 243), como parece revelar su carácter animalesco (las orejas de asno con que lo castigó Apolo por haber fallado en favor de Marsias el certamen musical que enfrentó a este último con la divinidad; cf. Higinio, *Fab.* 191, y nota VII 178), su relación legendaria con Sileno (cf. nota VIII 730), o el que se le atribuyera la propiedad de unos jardines que debían de ser famosos.

[729] Probablemente se trata de la *rosa centifolia* («la rosa de las cien hojas»), de la que existen numerosas variedades.

[730] El sátiro más anciano y más sabio, al que se representaba como un obeso lascivo y borrachín, que pasó a dar nombre genérico a todos los sátiros (cf. VII 26, 3), y que se caracterizaba por sus rasgos equinos, habilidad para la música, dotes proféticas cuando estaba embriagado y lubricidad desenfrenada (por lo que debía de haber sido, primitivamente, una divinidad del agua fecundadora [cf. latín *silanus*], y de ahí su relación

capturado. Y por cierto que, dominando los jardines, se alza una montaña, llamada Bermio, que resulta inaccesible a causa del frío [731].) Una vez dueños de esa región, los Teménidas la utilizaron como base de operaciones y conquistaron asimismo el resto de Macedonia [732].

139 Pues bien, Alejandro descendía del tal Perdicas con arreglo a la siguiente genealogía [733]: Alejandro era hijo de Amintas, que lo era, a su vez, de Álcetas. El padre de Álcetas fue Aéropo; el de este último fue Filipo; el de Filipo, Argeo; y el de éste lo fue Perdicas, el personaje que se hizo con el trono.

---

con Dioniso; cf. M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...*, I, págs. 564 y sigs.). Para el episodio al que aquí alude Heródoto (el apresamiento de Sileno, a quien los siervos de Midas encontraron borracho, llevándolo a presencia del monarca, que lo trató afablemente y por ello fue recompensado con el don que le pidió: poder convertir en oro todo lo que tocase), cf. Jenofonte, *Anábasis* I, 2, 13; Pausanias, I 4, 5 (ambos sitúan la acción en Asia Menor); Ateneo, 45c.

[731] El monte Bermio (de 1.802 m. de altura), que se alza en las proximidades de Egas, y que —de Norte a Sur— llega hasta la margen izquierda del Haliacmón, posee nieves perpetuas.

[732] Los territorios costeros entre el Haliacmón y el Axio, así como la Macedonia meridional y septentrional, en perjuicio, sobre todo, de peonios y tracios. Como es lógico, el proceso de extensión del reino de Macedonia fue paulatino, prolongándose por espacio de tres centurias y media; cf., en general, P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu' à l' evénement d' Alexandre le Grand*, París, 1960.

[733] Cf. el cuadro genealógico de los Argéadas en G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 272. Salvo los reinados de Amintas I (de 540 a 498) y de Alejandro I (de 498 a 454), desconocemos la duración de los de sus predecesores, y los cálculos son meramente conjeturales; cf. Diodoro, VII 15-17, *apud* Eusebio, *Chron.* 107-108.

Atenas rechaza la oferta de Mardonio

Tal era, en suma, la genealogía de 140
Alejandro, hijo de Amintas.

Cuando llegó a Atenas —a donde Mar- α
donio lo había enviado [734]—, Alejandro se expresó como sigue [735]: «Éste es, atenienses, el comunicado de Mardonio [736]: «Me ha llegado

[734] Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, págs. 227-228), «siamo nel momento cruciale della guerra. Sul mare, i persiani sono sulla difensiva e tutte le loro speranze sono riposte in Mardonio e nel suo esercito. Risultano chiare le linee della loro strategia. Mardonio deve tentare di staccare gli ateniesi dagli spartani: l' esperienza delle passate battaglie e la situazione attuale sottolineano la difficoltà di un attacco frontale contro i greci collegati senza il controllo del mare. Il problema è quindi di isolare Sparta, provocando la defezione di Atene. Altrove Erodoto he detto che, a suo parere, l' esito vittorioso della guerra si spiega con la volontà ateniese di non piegarsi e di proseguire la lotta fino in fondo (VII 139). Nella risposta degli ateniesi ad Alessandro, questo giudizio prende corpo e sostanza. Il disegno di Serse non è senza fondamento. Sparta è la più grande potenza terrestre greca ed è alla testa dell' alleanza: le Termopili avevano insegnato como fosse rischioso provarsi in una battaglia campale con l' esercito spartano. Nel giudicare Atene il punto debole della lega avversaria, deve aver giocato anche la conoscenza dei dissensi tra gli ateniesi, che Erodoto, ligio alle sue fonti, non illustra espressamente, ma la cui esistenza trapela (cf. IX 4 sg.). La coraggiosa decisione ateniese di respingere le offerte del re sarà ribadita (IX 7 α-β e 11, 1-2), non senza significativi e rischiosi condizionamenti, nei quali è lecito leggere tra le righe i temi di uno sviluppo storico profondamente alterato rispetto alle sue premesse».

[735] El discurso de Alejandro se halla articulado en una triple gradación, al referir el mensaje de Mardonio, en el que se halla incluido el de Jerjes, y añadir su propio comentario a la situación, con lo que se consigue un clímax creciente a medida que los personajes que hacen uso de la palabra (Jerjes —ya en Asia—, Mardonio y Alejandro) se hallan más próximos al auditorio (probablemente, la *bulé* ateniense; cf. nota V 343).

[736] Cf. nota III 215.

un mensaje del rey [737] que dice así: 'Perdono a los atenien-
2 ses todos los agravios que me han inferido. Por ello, Mardonio, ahora debes hacer lo siguiente: ante todo, devuélveles su territorio [738]; y, acto seguido, que se anexionen por su cuenta cualquier otro país que deseen [739], y que conserven su autonomía [740]. Además, si realmente están dispuestos a llegar a un acuerdo conmigo, restaura todos los santuarios que yo mandé incendiar en su patria [741]. Al haber recibido estas instrucciones, me veo en la necesi-

---

[737] Resulta poco verosímil que Jerjes, desde Asia, enviara un mensaje a Mardonio con el contenido que aquí se indica (y que simplemente forma parte del protocolo diplomático persa, con arreglo al tratamiento acordado a los pueblos sometidos al Imperio que se hubiesen sublevado y a los que se formulaban propuestas de capitulación: promesas de no tomar represalias; mantenimiento de la unidad nacional; otorgamiento de beneficios [en este caso territoriales]; mantenimiento de un gobierno indígena; libertad religiosa; etc.; cf. J. M. Cook, *The Persian Empire*, Londres, 1983, págs. 67 y sigs.). Posiblemente, antes de su partida de Grecia, Jerjes habría autorizado a Mardonio para intentar pactar con los atenienses. Sea como fuere, hay que destacar que la situación de Mardonio, durante la campaña del año 479, no resulta excesivamente coherente (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 634, nota 1), ya que tan pronto se muestra partidario de llegar a un entendimiento diplomático con los griegos (en este caso con Atenas [su aparente necesidad de plegarse a la voluntad de Jerjes tiene por objeto dar un tono más amenazador a sus palabras]), para dividirlos, como se decanta por llevar a cabo una guerra a ultranza (cf., *infra*, IX 3; 4; 41 y sigs.).

[738] Posiblemente en el sentido de una renuncia persa a la soberanía *de facto*, pues el comienzo del capítulo implica que los atenienses habían reocupado Atenas durante el invierno de 480/479 a. C.

[739] Tal vez a costa de los megareos (que formaban parte de la alianza griega antipersa; cf. VIII 1, 1; 45), ya que los tebanos eran aliados de Jerjes (cf. VII 233).

[740] Es decir, el mantenimiento del gobierno democrático (cf. nota VI 207), desechándose la idea de una reinstauración de la tiranía (cf. VII 6, 2).

[741] Cf. VIII 53, 2.

dad de cumplirlas, a no ser que por vuestra parte haya
algún impedimento. Por eso os hago la siguiente conside- 3
ración: ¿por qué os obstináis actualmente en mantener contra el rey una guerra insensata? Es indudable que no váis a conseguir derrotarlo y, por otra parte, no estáis en condiciones de resistir permanentemente: habéis visto el ingente número de los efectivos de Jerjes y los éxitos que han conseguido [742]; y también estáis al corriente de las fuerzas con que cuento en estos momentos, de manera que, aun suponiendo que os impongáis a nosotros, alzándoos con la victoria —cosa que, si estáis en vuestro sano juicio, no podéis esperar en modo alguno—, acudirá otro ejército mu-
cho más potente. Por mediros con el rey, no aspiréis, en 4
definitiva, a perder vuestra patria y a poner constantemente en juego vuestra propia existencia; todo lo contrario, firmad la paz: podéis hacerlo con todos los honores, dado que esa es la voluntad del monarca [743]. ¡Conservad vuestra libertad aliándoos con nosotros sin fraudes ni engaños [744]!»

Esto es, atenienses, lo que Mardonio me encargó que β
os dijera. Por lo que a mí se refiere [745], no voy a hablaros de la simpatía que siento por vosotros (de hecho, no sería ahora la primera prueba que tendríais de ella [746]), pero os

---

[742] Mardonio sin duda alude al triunfo persa en las Termópilas y a la toma de Atenas por Jerjes (cf., además, H. Stein, *Herodotus. Buch VIII...*, pág. 116).

[743] Naturalmente, la paz propuesta a Atenas no se consideraría en términos de igualdad; cf. nota III 66.

[744] Una fórmula estereotipada, empleada en la terminología diplomática como cláusula a un tratado (cf. I 69, 2; IX 7 α; Tucídides, IV 118, 1; V 18; 23; 47).

[745] Alejandro pasa a hablar *propria persona.*

[746] Cf. VII 173, 3, y nota VIII 708. (El título de «Filoheleno», con que se conoció a Alejandro I, es de tradición posterior; cf. *schol.* Thucyd., A 57, 2.)

5 ruego encarecidamente que prestéis oídos a Mardonio, ya que no os veo en condiciones de luchar permanentemente contra Jerjes (realmente, si os viera capaces de ello, jamás me hubiera presentado ante vosotros con semejantes proposiciones), pues el poderío del rey es sobrehumano y, ade-
6 más, su brazo llega a todos los rincones [747]. Si —en resumidas cuentas—, ante las ventajosas condiciones que os ofrecen los persas por su deseo de pactar con vosotros, no llegáis a un rápido acuerdo con ellos, temo por vuestra suerte, pues os encontráis, mucho más que cualquiera de vuestros aliados, en plena ruta de los invasores, y sois los únicos que en todo momento os váis a ver perjudicados por ser dueños de una tierra idónea para servir de campo
7 de batalla [748]. Así que hacedme caso, pues para vosotros es un verdadero honor que el Gran Rey [749] acceda expresamente a perdonaros sólo a vosotros, en toda Grecia, los agravios pasados y a ser vuestro amigo».

141 Esto fue lo que dijo Alejandro.

Por su parte los lacedemonios, al tener noticias de que Alejandro se había presentado en Atenas para inducir a

[747] Literalmente, «y su mano es sumamente larga», aludiendo al poderío del monarca (cf. Isaías, LIX 1; Pólux, II 151; y, en otro contexto, Ovidio, *Her.*, XVII 166). El segundo hijo de Jerjes, Artajerjes I (que reinó en Persia de 465/464 a 424), fue conocido con el epíteto de *Makrócheir* (= *Longimano*), aludiendo precisamente a ese poderío (aunque el sobrenombre fue mal comprendido por Plutarco [*Artajerjes* 1], que lo interpretó en el sentido de que el monarca «tenía la mano derecha más larga que la izquierda»).

[748] Ya que el propósito de Mardonio era atacar el Peloponeso y, para ello (como ya había ocurrido el año anterior), forzosamente tenía que invadir el Ática.

[749] «Rey de los países» era el título con que era denominado, en Persia, el monarca reinante (cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, págs. 121 y sig.). El adjetivo, además, está justificado en este caso porque Alejandro también era rey (aunque sometido a Jerjes).

los atenienses a pactar con el Bárbaro, se acordaron de los oráculos [750] que predecían su expulsión —así como la de los demás dorios— del Peloponeso a manos de los medos y de los atenienses, y temieron seriamente que estos últimos pudieran pactar con el Persa, por lo que decidieron enviar embajadores de inmediato. Y el caso es que 2
se dio la circunstancia de que la audiencia concedida a Alejandro y a los espartiatas fue simultánea, pues los atenienses habían retardado la sesión [751], dándole largas al asunto, convencidos de que los lacedemonios iban a enterarse de la llegada de un emisario, enviado por el Bárbaro, para proponerles un acuerdo, y de que, al tener noticias de ello, despacharían embajadores a toda prisa. La actitud de los atenienses era, pues, premeditada, al objeto de testimoniarles sus intenciones a los lacedemonios.

Cuando Alejandro puso fin a su intervención, tomaron 142
la palabra los embajadores espartanos: «Los lacedemonios —dijeron— nos han enviado para pediros que no cometáis ningún atentado contra Grecia y que no aceptéis las proposiciones que os hace el Bárbaro, ya que ello consti- 2
tuiría una enorme iniquidad y una deshonra para cual-

---

[750] Heródoto debe de estar aludiendo a los oráculos que, en 511 a. C., se había llevado Cleómenes I de la Acrópolis de Atenas (cf. V 90, 2: «oráculos que afirmaban que los atenienses iban a infligirles numerosas y graves afrentas»), pero, a no ser que, a partir de una formulación general de la potencial amenaza que para Esparta suponía Atenas, los lacedemonios extrajeran la conclusión que aquí menciona el historiador, es indudable que una alianza entre Persia y Atenas, en perjuicio de Esparta, sólo pudo considerarse factible en tiempos de la Segunda Guerra Médica.

[751] Presumiblemente la sesión de la *bulé* (sobre la organización de sus sesiones, cf. P. J. Rhodes, *The Athenian Boule,* Oxford, 1972, págs. 30 y sigs.) en la que Alejandro iba a exponer la oferta de Mardonio.

quier pueblo griego, pero, sobre todo, lo supondría —y por muchas razones— para vosotros en particular. De hecho, fuisteis vosotros quienes provocasteis esta guerra[752], cuando nosotros no la deseabamos; e, inicialmente, el conflicto, que ahora afecta también a la totalidad de Grecia,
3 se suscitó por la defensa de vuestra patria[753]. Por otra

[752] Al apoyar, con el envío de 20 naves (cf. V 97, 3), a los jonios en su sublevación contra los persas (cf. nota V 490), cosa que no habían hecho los lacedemonios (cf. V 49 y sigs.; y nota V 233). Pese a que el historiador afirma, en el primero de los pasajes citados, que el envío de los navíos atenienses fue «un germen de calamidades tanto para griegos como para bárbaros» (y el propio Jerjes, en VII 8 β, 2-3, acusa a los atenienses de haber sido los primeros en romper las hostilidades), en otros lugares señala la intención de los Aqueménidas de conquistar Grecia sin que haya mediado provocación suficiente (cf. III 134, 6; VII 138, 1), y en VI 94 manifiesta que la intervención de Atenas y Eretria en apoyo de los jonios fue un mero pretexto para la campaña de Darío contra Grecia. La causa remota de las Guerras Médicas hay que verla, pues (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Introduction*, París, 1966 [= 1942], págs. 229-231), en la idea aqueménida de hacerse con un imperio universal, en su ansia de ininterrumpidas conquistas fomentadas por la base teológica de la realeza persa. Cf. asimismo, F. Egermann, «Das Geschichtswerk des Herodot. Sein Plan», *Neue Jahrbücher für klassische Altertum* (1938), págs. 191-197, y 239-254, para quien la idea principal de Heródoto —y en torno a la que se agrupan todos los episodios de su obra— es la responsabilidad en la guerra del Imperio Persa, que pretendía imponerse por la fuerza.

[753] La lectura de los manuscritos *(archês)* supondría un claro anacronismo, ya que habría que traducir «se suscitó por vuestra aspiración a la hegemonía». Por ello, y si bien es cierto que en la *Historia* no faltan las alusiones anacrónicas (cf. H. French, «Topical Influences on Herodotus' Narrative»..., págs. 9 y sigs.), parece preferible aceptar la conjetura de Wesseling *(archêthen)*, que siguen todas las ediciones modernas (cf., sin embargo, K. C. Kamerbeek, *«Perì tês hymetérēs archês»*, *Mnemosyne* 11 (1958), págs. 252 y sigs., para un intento de mantener la lectura de los manuscritos sin que las palabras del historiador supongan una referencia anacrónica).

parte [754], sería absolutamente intolerable que los atenienses, además de ser los responsables de toda esta situación, lo fuerais también de la esclavitud de Grecia, cuando en todo momento, y desde tiempos remotos, pasáis por ser los libertadores de mucha gente [755]. Así que nos solidarizamos con vuestros sufrimientos, tanto por las dos cosechas que ya habéis perdido [756], como por la ruina económica en que, desde hace ya mucho tiempo, os veis sumidos. Es más, para resarciros, los lacedemonios y sus aliados [757] 4
os prometen cuidar, mientras dure esta contienda, de la alimentación de vuestras mujeres y de todos vuestros familiares que no sean aptos para la guerra [758]. ¡Pero que no

---

[754] El texto es de difícil exégesis y, por ello, se han propuesto diferentes soluciones y lecturas. De acuerdo con W. W. How, J. Wells (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 285, *apud* Matthiae y Abicht), en la traducción interpreto *aitíous* con valor praegnante.

[755] Probable alusión a las míticas guerras mantenidas por los atenienses contra los tebanos y las amazonas, y al apoyo que prestaron a los Heráclidas (cf. IX 27, 3-4), temas que acabarían convirtiéndose en unos tópicos de obligada referencia en la oratoria panegírica del siglo IV a. C. (cf. M. Nouhaud, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques...*, págs. 14 y sigs.).

[756] Teniendo en cuenta que este episodio transcurre en Atenas durante el invierno, o a comienzos de la primavera, del año 480/479 a. C., la afirmación puede entenderse referida a la cosecha del año 480 (que se había perdido por la invasión persa) y a la de 479, dado que no se habría podido sembrar durante el otoño (como pretendía Temístocles; cf. VIII 109, 4). O bien hay una alusión a las dos cosechas de 480: la de cereales y la de frutos (uva, higos y olivas).

[757] Los miembros de la Liga Peloponesia (cf. nota VIII 12; y J. A. O. Larsen, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 [1933], págs. 257 y sigs.).

[758] Como puede advertirse, lo único que prometen los espartanos (en un tono condescendiente más que de comprensión) es mantener a los refugiados atenienses, dando por descontada una nueva invasión del Áti-

os llegue a convencer Alejandro de Macedonia por mucho que matice la oferta de Mardonio! Su deber es actuar como lo está haciendo: al ser un tirano, coopera con un tirano [759]. Pero, desde luego, vosotros, si realmente estáis en vuestro sano juicio, no debéis hacer lo que os dice, pues sabéis que entre los bárbaros no rige la lealtad ni la sinceridad [760]». Esto fue lo que dijeron los embajadores espartanos.

143 Entonces los atenienses le dieron a Alejandro la siguiente respuesta [761]: «Nosotros, personalmente, ya sabemos sin ningún género de dudas que el Medo cuenta con un potencial muy superior al nuestro, así que, desde luego, huelga que nos eches en cara esa inferioridad. Pero, pese a todo, prendados como estamos de la libertad [762], nos

---

ca, pero en ningún momento ofrecen llevar sus tropas al N. del Istmo de Corinto.

[759] El término (cf. nota VIII 334) sí que tiene en este caso sentido peyorativo. Realmente, tanto Alejandro como Jerjes (a quien está representando Mardonio) eran reyes, y no tiranos, pero el historiador utiliza, indistintamente, los términos *týrannos* y *basileús* para hacer referencia a un poder caracterizado por su irresponsabilidad ante la ley y los demás miembros de una comunidad (cf. K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots...*, págs. 6-7).

[760] Esta afirmación de los lacedemonios posee una mera finalidad impresiva (y, estructuralmente, sirve para preparar la ardiente profesión de panhelenismo que manifestarán los atenienses en VIII 144, 2). Que el historiador no coincidía con ella queda claro a lo largo de su obra y, en especial, en su alabanza de la *paideía* persa (cf. I 136).

[761] La afirmación de Plutarco (*Arístides* 10), acerca de que fue este estadista ateniense el principal artífice de la respuesta a los lacedemonios y a Alejandro de Macedonia, debe de ser una mera conjetura del biógrafo a partir de la gran fama de probidad que aureoló su persona en la tradición posterior al siglo v a. C. (cf. nota VIII 406; e I. Calabi Limentani, *Rendiconti Istituto Lombardo* [1960], págs. 43 y sigs.).

[762] Libertad frente a sometimiento es el principal rasgo que, a juicio de Heródoto, separa a griegos y persas (cf. VII 135, 3, para la contesta-

defenderemos como podamos. Por eso, no trates de convencernos para llegar a un acuerdo con el Bárbaro, porque no vamos a prestarte oídos. Así pues, transmite cuanto 2
antes a Mardonio la contestación de los atenienses: 'Mientras el sol continúe recorriendo el mismo curso que sigue en la actualidad [763], jamás pactaremos con Jerjes; al contrario, confiando en el auxilio de los dioses y de los héroes, cuyos santuarios e imágenes mandó él incendiar sin respeto alguno [764], nos enfrentaremos a él para defendernos.'

Y, por lo que a ti se refiere, en lo sucesivo no te pre- 3
sentes en Atenas con proposiciones de este tipo, y no nos incites a incurrir en infamias so pretexto de prestarnos un señalado favor, pues no queremos que, en tu condición de *próxenos* y amigo [765], sufras de nosotros el menor daño [766]».

Esa fue la respuesta que le dieron a Alejandro, mien- 144
tras que a los embajadores de Esparta les dieron esta otra:

---

ción de los espartiatas Espertias y Bulis a las proposiciones de Hidarnes; y P. Hohti, «Freedom of speech in speech sections in the *Histories* of Herodotus»..., págs. 19 y sigs.).

763 La expresión (de trágica solemnidad; cf. Sófocles, *Filoctetes* 1329-1331; Eurípides, fr. 688, A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, Hildesheim, 1964 [= Leipzig, 1889], con supl. de B. Snell) constituye un planteamiento *ex adynátou* (cf. nota V 429) que confiere a la negación siguiente un carácter absoluto.

764 Sobre la fe griega en la protección divina, cf. VIII 109, 3, y W. Burkert, «*Theôn ópin ouk alégontes*. Götterfurcht und Leumannsches Missverständnis», *Museum Helveticum* 38 [1981], págs. 195 y sigs. Acerca de la destrucción de templos por parte de los persas, cf. nota VIII 551.

765 Cf. nota VIII 708.

766 Cf. VII 133, para la suerte que, según el historiador, corrieron los heraldos de Darío en 491 a. C., y IX 5, sobre el fin de Lícides y su familia por haberse mostrado partidario de aceptar las proposiciones de Mardonio.

«El que los lacedemonios temieran que pudiesemos llegar a un acuerdo con el Bárbaro era del todo humano; pero que os hayáis asustado, conociendo como conocéis la manera de pensar de los atenienses, se nos antoja a todas luces una vergüenza [767], porque no hay en toda la tierra oro suficiente, ni una comarca tan excepcional por su belleza y su fertilidad, como para que estuviesemos dispuestos, a ese precio, a abrazar la causa de los medos y a escla-
2 vizar a la Hélade [768]. De hecho, hay muchas y poderosas razones que nos impiden hacerlo aunque quisieramos. La primera y principal la constituye el incendio y la destrucción de las imágenes y los templos de los dioses, que exigen de nosotros una implacable venganza [769], en vez de pactar con el autor de tales sacrilegios; por otro lado está el mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses,

---

[767] Ya que los atenienses, pese a que podían haber concedido audiencia a Alejandro con bastante antelación a la llegada de los embajadores lacedemonios, habían esperado a que éstos se presentaran en Atenas para escuchar las ofertas persas (cf. VIII 141, 2). Como indica Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 160, nota 1), «du premier membre de l'antithèse au second, l'orateur passe du ton d'une maxime où les lacédémoniens sont nommés à la troisième personne, au ton d'une apostrophe où ils sont pris à partie en la personne de leurs députés».

[768] Para los atenienses (y para el propio historiador, aunque no hay que exagerar la influencia que sobre él ejercieron sus fuentes atenienses de información, que, en su época, justificaban así la posición hegemónica de su ciudad al frente de la Liga delo-ática; cf. L. Canfora, «Storici e società ateniese», *Rendiconti Istituto Lombardo* 107 [1973], págs. 1.136 y sigs.), el medismo de Atenas y la esclavización de la Hélade no podían disociarse (cf. VII 139), cuando, de hecho, fue la enérgica oposición de Atenas contra Persia la que acabó dando origen al Imperio ateniense (cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire...*, págs. 42 y sigs.).

[769] Tenemos aquí una anticipación del motivo por el que se constituyó la Liga delo-ática (cf. Tucídides, I 96).

y con usos y costumbres similares [770], cosas que, de trai-
cionarlas, supondrían un baldón para los atenienses.
Sabed, por lo tanto —si es que no lo sabíais ya de 3
antemano [771]—, que, mientras quede vivo un solo atenien-
se, jamás pactaremos con Jerjes. Desde luego, os agrade-
cemos la buena predisposición que mostráis para con nos-
otros; el que os preocupéis de la ruina económica en que
nos encontramos hasta el extremo de ofreceros a cuidar
de la alimentación de nuestros familiares. Vuestra genero- 4
sidad es abrumadora [772]; no obstante, aguantaremos como
podamos, sin suponer la menor carga para vosotros. De
momento, empero —y tal y como están las cosas—, enviad
un ejército a marchas forzadas, pues, según nuestras pre- 5
visiones, el Bárbaro no tardará en presentarse, invadiendo
nuestra patria: atacará en cuanto reciba la noticia de que
no vamos a hacer nada de lo que nos pedía. Por eso, antes
de que se presente en el Ática, tenéis una buena ocasión

---

[770] Este pasaje constituye el *locus classicus* sobre la «unidad de la Hélade», que, sin embargo, y como observa Mardonio en VII 9 β, 2, no impedía la existencia de constantes disensiones entre los diferentes Estados griegos. En la afirmación de la identidad racial y lingüística hay una probable alusión al mito que hacía descender a las estirpes griegas de los hijos de Heleno: Doro, Eolo y Juto (padre, a su vez, de Ión y Aqueo); cf. Hesíodo, fr. 9, R. Merkelbach, M. L. West, *Hesiodi Fragmenta Selecta* (apéndice a la edición oxoniense de F. Solmsen), Oxford, 1970.

[771] Hipótesis retórica que los atenienses se habían negado ya a aceptar (cf. nota VIII 767).

[772] Tiene razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 161, nota 1), al señalar que esta afirmación se trata de un «compliment de pure courtoisie. Ce dont les Athéniens ont un besoin pressant —ils vont le dire sans ambages— ce n'est pas un secours alimentaire, dont ils pourront se passer tant bien que mal aussi longtemps qu'ils resteront en Attique; c'est un secours militaire qui leur permette d'y rester».

para adelantaros y acudir a Beocia con socorros [773]». Ante esta respuesta de los atenienses, los embajadores espartanos regresaron a su patria.

---

[773] Para que la línea defensiva griega se estableciera al N. del Ática. Los embajadores lacedemonios no responden a la petición ateniense porque, presumiblemente, la estrategia espartana seguía previendo, por tierra, defender la línea del Istmo de Corinto; cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 279 y sigs.

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = *Grecia Central;* 2 = *Estrecho de Salamina;* 3 = *Salamina. I: la aproximación persa;* 4 = *Salamina. II: la batalla;* 5 = *Grecia y Asia Menor;* 6 = *Peloponeso;* 7 = *Ática;* 8 = *Topografía de Platea;* 9 = *Platea. I: movimientos previos a la batalla;* 10 = *Platea. II: la batalla;* 11 = *El mundo mediterráneo;* 12 = *Próximo Oriente),* con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevada frecuencia.

ÍNDICE GENERAL